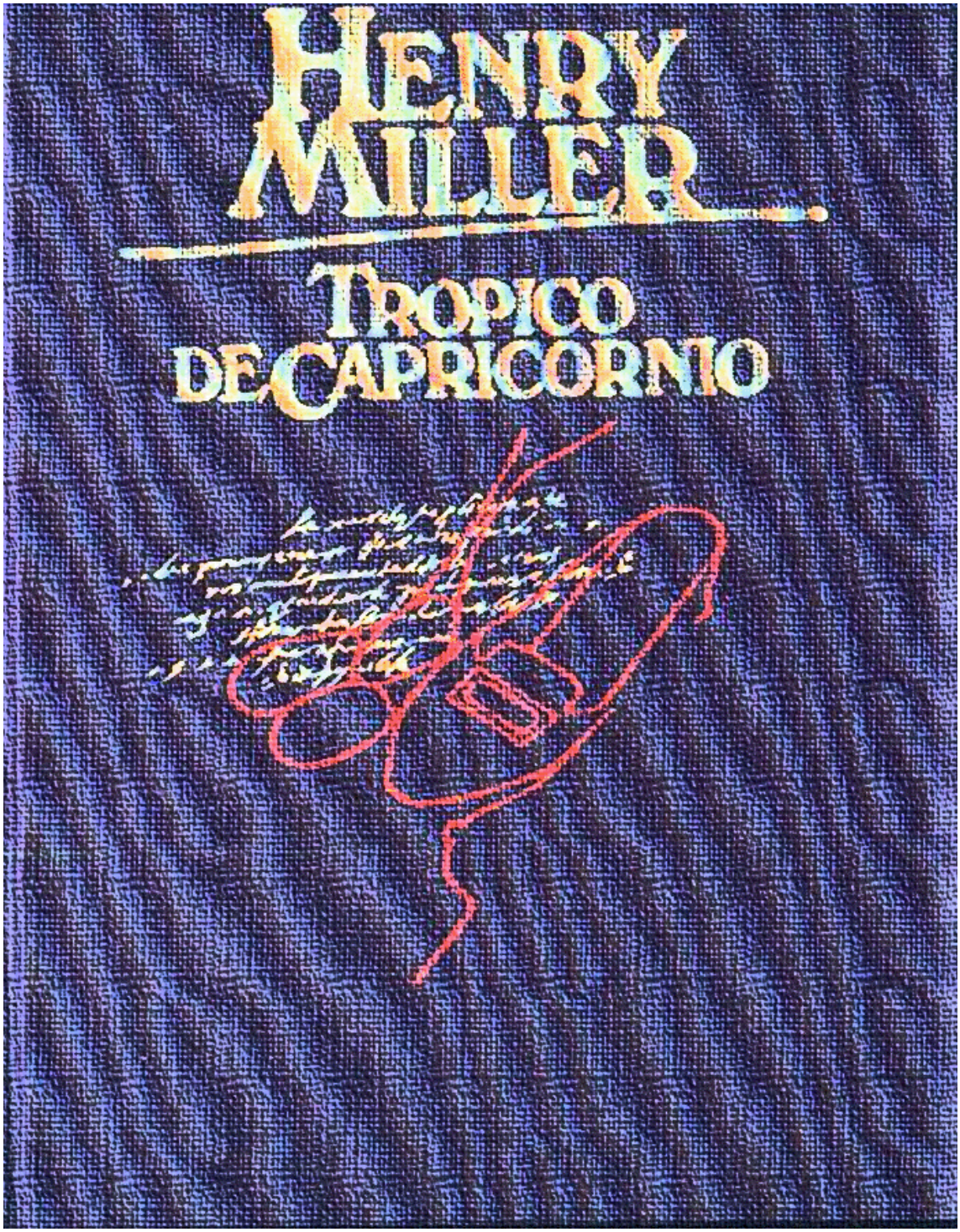
TRÓPICO DE CAPRICORNIO
HENRY MILLER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A ella.

En el tranvía ovárico

Muchas veces el ejemplo es más eficaz que las palabras para conmover los corazones de hombres y mujeres, como también para mitigar sus penas. Por eso, como yo también he conocido el consuelo proporcionado por la conversación con alguien que fue testigo de ellas, me propongo ahora escribir sobre los sufrimientos provocados por mis desventuras para quien, aun estando ausente, siempre sabe dar consuelo. Lo hago para que, al comparar tus penas con las mías, descubras que las tuyas no son nada verdaderamente, o a lo sumo de poca monta, y así podrás soportarlas más fácilmente.

Introducción a Historia Calamitatum
(«Historia de mis desventuras»)

Una vez que has entregado el alma, lo demás sigue con absoluta certeza, incluso en pleno caos. Desde el principio nunca hubo otra cosa que el caos: era un fluido que me envolvía, que aspiraba por las branquias. En el substrato, donde brillaba la luna, inmutable y opaca, todo era suave y fecundante; por encima, no había sino disputa y discordia. En todo veía en seguida el extremo opuesto, la contradicción, y entre lo real y lo irreal la ironía, la paradoja. Era el peor enemigo de mí mismo. No había nada que deseara hacer que no pudiese igualmente dejar de hacer. Incluso de niño, cuando no me faltaba nada, deseaba morir: quería rendirme porque luchar carecía de sentido para mí. Consideraba que la continuación de una existencia que no había pedido no iba a probar, verificar, añadir ni sustraer nada. Todos los que me rodeaban eran unos fracasados, o, si no, ridículos. Sobre todo, los que habían tenido éxito. Estos me aburrían hasta hacerme llorar. Era compasivo para con las faltas, pero no por compasión. Era una cualidad puramente negativa, una debilidad que brotaba ante el simple espectáculo de la miseria humana. Nunca ayudé a nadie con la esperanza de que sirviera de algo; ayudaba porque no podía dejar de hacerlo. Me parecía inútil cambiar el estado de cosas; estaba convencido de que nada cambiaría, sin un cambio del corazón, ¿y quién podía cambiar el corazón de los hombres? De vez en cuando un amigo se convertía; era algo que me hacía

vomitar. Tenía tan poca necesidad de Dios como El de mí, y con frecuencia me decía que, si Dios existiera, iría a su encuentro tranquilamente y le escupiría en la cara.

Lo más irritante era que, a primera vista, la gente solía considerarme bueno, amable, generoso, leal, etc., porque estaba exento de envidia. La envidia es la única cosa de la que nunca he sido víctima. Nunca he envidiado a nadie ni nada. Al contrario, lo único que he sentido ha sido compasión hacia todo el mundo y por todo.

Desde el principio mismo debí de haberme ejercitado en no desear nada demasiado ardientemente. Desde el principio mismo, fui independiente, pero de forma falsa. No necesitaba a nadie porque quería ser libre, libre para hacer y dar sólo lo que dictaran mis caprichos. En cuanto esperaban algo de mí o me lo pedían, me plantaba. Esa fue la forma que adoptó mi independencia. En otras palabras, estaba corrompido, corrompido desde el principio. Como si mi madre me hubiera amamantado con veneno, y, aunque me destetó pronto, el veneno permaneció en mi organismo. Parece ser que, incluso cuando me destetó, me mostré completamente indiferente; la mayoría de los niños se rebelan, o fingen rebelarse, pero a mí me importaba un comino. Era un filósofo, siendo todavía un niño de mantillas. Estaba contra la vida, por principio. ¿Qué principio? El principio de la futilidad. Todos los que me rodeaban luchaban sin cesar. Por mi parte, nunca hice un esfuerzo. Si parecía que hacía un esfuerzo, era sólo para agradar a alguien; en el fondo, me importaba un bledo. Y si pudierais decirme por qué había de ser así, lo negaría, porque nací con una vena de maldad y nada puede suprimirla. Más adelante, cuando ya había crecido, me enteré de que les costó un trabajo de mil demonios sacarme de la matriz. Lo entiendo perfectamente. ¿A santo de qué moverse? ¿A son de qué salir de un lugar agradable y cálido, un refugio acogedor donde te ofrecen todo gratis? El recuerdo más temprano que tengo es el del frío, la nieve y el hielo en el arroyo, de la escarcha en los cristales de las ventanas, del helor de las verdes paredes maderosas de la cocina. ¿Por qué vive la gente en los rudos climas de las zonas *templadas,* como las llaman impropiamente? Porque la gente es idiota por naturaleza, perezosa por naturaleza, cobarde por naturaleza. Hasta que no cumplí diez años, nunca me di cuenta de que existían países «cálidos», lugares donde no tenías que ganarte la vida con el sudor de la frente ni tintar y fingir que era tónico y estimulante. En todos los sitios donde hace frío hay gente que se mata a trabajar y, cuando tienen hijos, les predican el evangelio del trabajo, que, en el fondo, no es sino la doctrina de la inercia. Mi familia estaba formada por nórdicos puros, es decir, *idiotas.* Suyas eran todas las ideas equivocadas que se hayan podido exponer en este mundo. Una de ellas era la doctrina de la limpieza, por no hablar de la de la probidad. Eran penosamente limpios. Pero por dentro apestaban. Ni una sola vez habían abierto la puerta que conduce hasta el alma; ni una sola vez se les ocurrió dar un salto a ciegas en la oscuridad. Después de comer, se lavaban los platos con presteza y se colocaban en la alacena; después de haber leído el periódico, se plegaba cuidadosamente y se guardaba en un estante; después de lavar la ropa, se planchaba y doblaba y luego se guardaba en los cajones. Todo se hacía pensando en el mañana, pero el mañana nunca llegaba. El presente sólo era un puente, y en él siguen gimiendo, como el mundo, y ni a un solo idiota se le ocurre volar el puente.

Mi amargura me impulsa con frecuencia a buscar razones para

Librodot

condenarlos, para mejor condenarme a mí mismo. Pues soy como ellos también, en muchos sentidos. Durante mucho tiempo creía que había escapado, pero con el paso del tiempo veo que no soy mejor, que soy un poco peor incluso, porque yo vi siempre las cosas con mayor claridad que ellos y, sin embargo, seguí siendo incapaz de cambiar mi vida. Cuando rememoro mi vida, me parece que nunca he hecho nada por mi propia voluntad, sino siempre apremiado por otros. A menudo la gente me toma por un aventurero; nada podría estar más alejado de la verdad. Mis aventuras han sido siempre casuales, siempre impuestas, siempre sufridas en lugar de emprendidas. Pertenezco por esencia a ese pueblo nórdico, altivo y jactancioso que nunca ha tenido el menor sentido de la aventura, a pesar de lo cual ha recorrido la Tierra y la ha vuelto del revés, esparciendo vestigios y ruinas por todas partes. Espíritus inquietos, pero no aventureros. Espíritus agonizantes, incapaces de vivir en el presente. Vergonzosos cobardes, todos ellos, yo incluido. Pues sólo existe una gran aventura y es hacia dentro, hacia uno mismo, y para ésa ni el tiempo ni el espacio ni los actos, siquiera, importan.

Cada ciertos años estuve a punto de hacer ese descubrimiento, pero fue muy propio de mí que siempre consiguiera escurrir el bulto. Si intento pensar en una buena excusa, la única que se me ocurre es el ambiente, las calles que conocí y la gente que vivía en ellas. No puedo pensar en calle alguna de América, ni en persona alguna que viva en ella, capaces de enseñarle a uno el camino que conduce al descubrimiento de sí mismo. He recorrido las calles de muchos países del mundo, pero en ninguna parte me he sentido tan degradado y humillado como en América. Pienso en todas las calles de América combinadas y como formando una enorme letrina, una letrina del espíritu en que todo se ve aspirado hacia abajo, drenado y convertido en mierda eterna. Sobre esa letrina el espíritu del trabajo agita una varita mágica; palacios y fábricas surgen juntos, y fábricas de municiones y de productos químicos y acerías y sanatorios y prisiones y manicomios. El continente entero es una pesadilla que produce la mayor miseria para el mayor número. Yo era uno solo, una sola entidad en medio de la mayor francachela de riqueza y felicidad (riqueza estadística, felicidad estadística), pero nunca conocí a un hombre que fuera verdaderamente rico ni verdaderamente feliz. Yo por lo menos sabía que era desgraciado, que era pobre, que estaba desarraigado, que desentonaba. Ese era mi único consuelo, mi única alegría. Pero no bastaban. Habría sido mejor para mi paz espiritual, para mi alma, que hubiera expresado mi rebelión a las claras, que hubiese ido a la cárcel, que me hubiese podrido y hubiese muerto en ella. Habría sido mejor que, como el loco Czolgosz, hubiera matado a tiros a algún honrado presidente McKinley, a algún alma apacible e insignificante como ésa que nunca hubiese hecho el menor daño a nadie. Porque en el fondo de mi corazón anidaba un asesino: quería ver a América destruida, arrasada de arriba abajo. Quería verlo suceder por pura venganza, como expiación por los crímenes que cometían contra mí y contra otros como yo que nunca han sido capaces de alzar la voz y expresar su odio, su rebelión, su legítima sed de sangre.

Yo era el producto maligno de un suelo maligno. Si no fuera imperecedero, el «yo» de que escribo habría quedado destruido hace mucho tiempo. A algunos esto puede parecerles una invención, pero lo que quiera que imagine haber ocurrido sucedió efectivamente, *por lo menos para mí.* La

Librodot

Historia puede negarlo, ya que no he participado en la historia de mi pueblo, pero aun cuando todo lo que digo sea falso, parcial, rencoroso, malévolo, aun cuando sea yo un mentiroso y un envenenador, aun así es la verdad y tendrán que tragarla.

En cuanto a lo que sucedió...

Todo lo que ocurre, cuando tiene importancia, es contradictorio por naturaleza. Hasta que no apareció aquella para la que escribo esto, pensaba que las soluciones para todas las cosas se encontraban en algún lugar exterior, en la vida, como se suele decir. Cuando la conocí, pensé que estaba aprehendiendo la vida, aprehendiendo algo en que podría hincar el diente. En lugar de eso, la vida se me escapó de las manos completamente. Extendí los brazos en busca de algo a que apegarme... y no encontré nada. Pero, al hacerlo, con el esfuerzo por aterrarme, por apegarme, a pesar de haber quedado desamparado, descubrí algo que no había buscado: *a mí mismo.* Descubrí que lo que había deseado toda mi vida no era vivir —si se llama vida a lo que otros hacen—, sino expresarme. Comprendí que nunca había sentido el menor interés por vivir, sino sólo por lo que ahora estoy haciendo, algo que es paralelo a la vida, pertenece a ella al mismo tiempo, y la sobrepasa. Lo verdadero me interesa poco o nada, y tampoco lo real, siquiera; sólo me interesa lo que imagino ser, lo que había asfixiado día a día para vivir. Que muera hoy o mañana carece de importancia para mí, nunca la ha tenido, pero que ni siquiera hoy, tras años de esfuerzo, pueda decir lo que pienso y siento... eso sí que me preocupa, me irrita. Desde la infancia me veo tras la pista de ese espectro, sin disfrutar de nada, sin desear otra cosa que ese poder, esa capacidad. Todo lo demás es mentira: todo lo que haya hecho o dicho en cualquier época que no tuviera relación con eso. Y ésa es, en gran medida, la mayor parte de mi vida.

Yo era una contradicción en esencia, como se suele decir. La gente me consideraba serio y de altas miras, o alegre e imprudente, o sincero y formal, o descuidado y despreocupado. Era todo eso a la vez... y algo más, algo que nadie sospechaba, yo menos que nadie. Cuando era un niño de seis o siete años, solía sentarme en la mesa de trabajo de mi abuelo y leer para él, mientras cosía. Lo recuerdo vivamente en los momentos en que, apretando la plancha caliente contra la costura de una chaqueta, se quedaba con una mano sobre la otra y miraba soñador por la ventana. Recuerdo la expresión de su cara, cuando se quedaba soñando así, mejor que el contenido de los libros que leía, mejor que las conversaciones que sosteníamos o que los juegos en que participaba en la calle. Solía preguntarme con qué estaría soñando, qué era lo que le hacía quedarse así ensimismado. Todavía no había yo aprendido a soñar despierto. Siempre estaba lúcido, en el presente, y entero. Su ensueño me fascinaba. Sabía que no tenía relación con lo que estaba haciendo, que no pensaba lo más mínimo en ninguno de nosotros, que estaba solo y estando solo se sentía libre. Yo nunca me sentía solo, y menos que nunca cuando estaba solo. Me parecía que siempre estaba acompañado; era como una migaja de un gran queso, que era el mundo, supongo, aunque nunca me detuve a pensarlo. Pero sé que nunca existí separado, nunca pensé que fuera yo el gran queso, por decirlo así. De modo

que, incluso cuando tenía razones para sentirme desdichado, para quejarme, para llorar, tenía la ilusión de participar en una desdicha común, universal. Cuando lloraba, el mundo entero lloraba: y así lo imaginaba. Muy raras veces lloraba. La mayoría de las veces estaba contento, me divertía. Me divertía porque, como he dicho antes, en realidad todo me importaba tres cojones. Estaba convencido de que, si las cosas me salían mal, le salían mal a todo el mundo. Y generalmente las cosas sólo salían mal cuando uno se preocupaba demasiado. Eso se me quedó grabado desde muy niño. Por ejemplo, recuerdo el caso de mi amigo de la infancia Jack Lawson. Durante todo un año estuvo en cama víctima de los peores sufrimientos. Era mi mejor amigo, o por lo menos eso decía la gente. Bueno, pues, al principio probablemente lo compadecía y quizá de vez en cuando pasaba por su casa para preguntar por él, pero al cabo de un mes o dos me volví completamente insensible a su sufrimiento. Me decía que tenía que morir y que cuanto antes mejor, y, después de haber pensado eso, actué en consecuencia, es decir, que muy pronto lo olvidé, lo abandoné a su suerte. Por aquel entonces sólo contaba doce años y recuerdo que me sentí orgulloso de mi decisión. También recuerdo el entierro... lo vergonzoso que fue. Allí estaban, amigos y parientes, todos congregados en torno al féretro y todos ellos llorando a gritos como monos enfermos. La madre, sobre todo, me daba cien patadas. Era una persona rara, espiritual, adepta de la *Christian Science,* creo, y, aunque no creía en la enfermedad ni en la muerte tampoco, armó tal escándalo, que era como para que el propio Cristo se hubiera alzado de la tumba. Pero, ¡su amado Jack, no! No, Jack yacía allí frío como el hielo y rígido y sordo a sus llamadas. Estaba muerto y la cosa no tenía vuelta de hoja. Yo lo sabía y me alegraba. No desperdicié lágrimas en relación con ello. No podía decir que había pasado a mejor vida porque, al fin y al cabo, su «él» había desaparecido. El se había ido y con él los sufrimientos que había soportado y el dolor que involuntariamente había causado a otros. «¡Amén!», dije para mis adentros, y acto seguido, como estaba ligeramente emocionado, me tiré un sonoro pedo... justo al lado del ataúd.

Eso de tomar las cosas en serio... recuerdo que no me apareció hasta la época en que me enamoré por primera vez. Y ni siquiera entonces me las tomaba demasiado en serio. Si lo hubiera hecho verdaderamente, no estaría ahora aquí escribiendo sobre eso: habría muerto de pena, o me habría ahorcado. Fue una mala experiencia porque me enseñó a vivir una mentira. Me enseñó a sonreír cuando no lo deseaba, a trabajar cuando no creía en el trabajo, a vivir cuando carecía de razón para seguir viviendo. Incluso cuando la hube olvidado, conservé la costumbre de hacer aquello en lo que no creía.

Desde el principio todo era caos, como he dicho. Pero a veces llegué a estar tan cerca del centro, del núcleo de la confusión, que me asombra que no explotara todo a mi alrededor.

Es costumbre achacar todo a la guerra. Yo digo que la guerra no tuvo nada que ver conmigo, con mi vida. En una época en que otros conseguían puestos cómodos, yo pasaba de un empleo miserable a otro, sin ganar nunca lo suficiente para subsistir. Casi tan rápidamente como me contrataban me despedían. Me sobraba inteligencia, pero inspiraba desconfianza. Dondequiera que fuese fomentaba discordia: no porque fuera idealista, sino porque era como un reflector que revelaba la estupidez y futilidad de todo. Además, no era un buen lameculos. Eso me marcaba, indudablemente. Cuando solicitaba trabajo, notaban al instante que me importaba un comino

que me lo dieran o no. Y, naturalmente, por lo general me lo negaban. Pero al cabo de un tiempo el simple hecho de buscar trabajo se convirtió en una actividad, en un pasatiempo, por decirlo así. Me presentaba y me ofrecía para cualquier cosa. Era una forma de matar el tiempo: no peor, por lo que veía, que el propio trabajo. Era mi propio jefe y tenía mi horario propio, pero, a diferencia de otros jefes, provocaba mi propia ruina, mi propia bancarrota. No era una sociedad ni un consorcio ni un estado ni una federación o comunidad de naciones: si a algo me parecía, era a Dios.

Aquella situación se prolongó desde mediados de la guerra aproximadamente hasta... pues, hasta un día en que caí en la trampa. Por fin llegó un día en que deseé de verdad y desesperadamente un trabajo. Lo necesitaba. Como no tenía un minuto que perder, decidí coger el peor trabajo del mundo, el de repartidor de telegramas. Entré en la oficina de personal de la compañía de telégrafos —la Compañía Telegráfica Cosmodemónica de Norteamérica— hacia el anochecer, dispuesto a pasar por el aro. Acababa de salir de la biblioteca pública y llevaba bajo el brazo unos libros voluminosos sobre economía y metafísica. Para mi gran asombro, me negaron el empleo.

El tipo que me rechazó era un enano que estaba a cargo del conmutador. Pareció tomarme por un estudiante universitario, a pesar de que en mi solicitud quedaba claro que hacía mucho tiempo que había acabado los estudios. Incluso me había adornado en la solicitud con el título de licenciado en filosofía por la Universidad de Columbia. Al parecer, el enano que me había rechazado lo había pasado por alto o bien le había parecido sospechoso. Me enfurecí, tanto más cuanto que por una vez en mi vida solicitaba trabajo en serio. No sólo eso, sino que, además me había tragado mi orgullo, que en cierto sentido es bastante grande. Naturalmente, mi mujer me obsequió con sus habituales mirada y sonrisa despectivas. Dijo que me había limitado a hacerlo por cumplir. Me fui a la cama pensando en ello, irritado todavía, y a medida que pasaba la noche, aumentaba mi enojo. El hecho de tener una mujer y una hija a quienes mantener no era lo que más me preocupaba; la gente no te ofrecía empleos porque tuvieras una familia a la que alimentar, eso lo entendía perfectamente. No, lo que me irritaba era que me hubiesen rechazado a *mí,* a Henry V. Miller, a un individuo competente, superior, que había solicitado el empleo más humilde del mundo. Aquello me indignaba. No podía sobreponerme. Por la mañana me levanté muy temprano, me afeité, me puse mis mejores ropas y salí al galope hacia el metro. Me dirigí inmediatamente a las oficinas principales de la compañía de telégrafos... hasta el piso vigésimo quinto o dondequiera que tuviesen sus despachos el presidente y los vicepresidentes. Dije que deseaba ver al presidente. Naturalmente, el presidente estaba o bien de viaje o bien demasiado ocupado para recibirme, pero, ¿no me importaría ver al vicepresidente o, mejor, a su secretario? Vi al secretario del vicepresidente, un tipo inteligente y considerado, y le eché un rapapolvo. Lo hice con habilidad, sin acalorarme demasiado, pero dándole a entender que no les iba a resultar tan fácil deshacerse de mí.

Cuando cogió el teléfono y preguntó por el director general, pensé que se trataba de una simple broma y que iban a hacerme *danzar* de uno a otro hasta que me hartara. Pero cuando le oí hablar, cambié de opinión. Cuando llegué al despacho del director general, que estaba en otro edificio de la parte alta de la ciudad, me estaban esperando. Me senté en un cómodo sillón de

cuero y acepté uno de los grandes puros que me ofrecieron. Aquel individuo pareció interesarse al instante por la cuestión. Quería que le contara todo, hasta el último detalle, con sus grandes orejas peludas aguzadas para captar hasta la menor información que justificase algo que estaba tomando forma en su chola. Comprendí que el azar me había convertido en el instrumento que él necesitaba. Le dejé que me sonsacara lo que cuadrase con su idea, sin dejar de observar en ningún momento de dónde soplaba el viento. Y, a medida que avanzaba la conversación, iba notando que cada vez se entusiasmaba más conmigo. ¡Por fin me mostraba alguien un poco de confianza! Eso era lo único que necesitaba para soltar uno de mis rollos favoritos. Pues, después de años de buscar trabajo, me había convertido en un experto naturalmente; sabía no sólo lo que *no* había que decir, sino también lo que había que dar a entender, lo que había que insinuar. No tardó en llamar al subdirector general y le pidió que escuchara mi historia. Para entonces ya sabía yo cuál era la historia. Entendí que Hymie —«ese cabrito judío», como lo llamaba el director general— no tenía por qué dárselas de director de personal. Hymie había usurpado esa prerrogativa, eso estaba claro. También estaba claro que Hymie era judío y que los judíos no le caían nada bien al director general, ni al señor Twilliger, el vicepresidente, que era una espina clavada en la carne del director general.

Quizá fuera Hymie, «ese cabrito judío», el responsable del alto porcentaje de judíos en el cuerpo de repartidores de telegramas. Tal vez fuese Hymie realmente quien daba trabajo en la oficina de personal... en Sunset Place, según dijeron. Deduje que era una oportunidad excelente para el señor Clancy, el director general, para bajar los humos a un tal señor Burns, quien, según me informó, hacía treinta años que era director de personal y evidentemente estaba descuidando sus obligaciones.

La conferencia duró varias horas. Antes de que acabara, el señor Clancy me llevó aparte y me informó de que *me* iba a hacer jefe del cotarro. Sin embargo, antes de entrar en funciones, me iba a pedir como favor especial, y también como una especie de aprendizaje que me sería muy útil, que trabajara de repartidor especial. Recibiría el sueldo de director de personal, pero me lo pagarían de una cuenta aparte. En resumen, tenía que pasar de una oficina a otra y observar la forma como llevaban los asuntos todos y cada uno. De vez en cuando debía hacer un pequeño informe sobre cómo iban las cosas. Y una que otra vez, me sugirió, había de visitarlo en su casa en secreto y charlaríamos un poco sobre la situación en las ciento una sucursales de la Compañía Telegráfica Cosmodemónica de Nueva York. En otras palabras, iba a ser un espía durante unos meses y después me pondría a manejar el cotarro. Tal vez me hicieran también director general algún día, o vicepresidente. Era una oferta tentadora, a pesar de ir envuelta en mucha mierda. Dije que sí.

Unos meses después estaba sentado en Sunset Place contratando y despidiendo como un demonio. Era un matadero, ¡palabra! Algo que no tenía el menor sentido. Un desperdicio de hombres, material *y* esfuerzo. Una farsa horrible sobre un telón de fondo de sudor y miseria. Pero así como había aceptado espiar, así también acepté contratar y despedir y todo lo que llevaba consigo. Dije que sí a todo. Si el vicepresidente ordenaba no contratar a inválidos, no contrataba a inválidos. Si el superintendente decía que había que despedir sin avisar a todos los repartidores mayores de cuarenta y cinco años, los despedía sin avisar. Hacía todo lo que me

Librodot

ordenaban, pero de modo que tuvieran que pagarlo. Cuando había huelga, me cruzaba de brazos y esperaba a que pasase. Pero primero procuraba que les costara sus buenos cuartos. El sistema entero estaba tan podrido, era tan inhumano, tan asqueroso, tan irremediablemente corrompido y complicado, que habría hecho falta un genio para darle un poco de sentido o poner orden en él, por no hablar de bondad o consideración humanas. Yo estaba contra todo el sistema laboral americano, que está podrido por ambos extremos. Era la quinta rueda del vagón y ninguno de los dos bandos me utilizaba sino para explotarme. De hecho, todo el mundo se veía explotado: el presidente y su cuadrilla por los poderes invisibles, los empleados por los ejecutivos, y así sucesivamente v por turno, sin parar, de cabo a rabo de la compañía. Desde mi perchita en Sunset Place, podía observar a vista de pájaro toda la sociedad americana. Era como una página de la guía de teléfonos. Alfabética, numérica, estadísticamente, tenía sentido. Pero, cuando la mirabas de cerca, cuando examinabas las páginas por separado, o las partes por separado, cuando examinabas a un solo individuo y lo que lo constituía, el aire que respiraba, la vida que llevaba, los riesgos que corría, veías algo tan inmundo y degradante, tan bajo, tan miserable, tan absolutamente desesperante y sin sentido, que era peor que mirar dentro de un volcán. Podías ver la vida americana en conjunto: económica, política, moral, espiritual, artística, estadística, patológicamente. Parecía un gran chancro en una picha gastada. En realidad, parecía algo peor que eso, porque ya ni siquiera podías ver algo que se pareciese a una picha. Quizás en el pasado aquello hubiera tenido vida, hubiese producido algo, hubiera proporcionado por lo menos un momento de placer, un estremecimiento momentáneo. Pero, al mirarlo desde donde estaba yo sentado, parecía más podrido que el queso más agusanado. Lo asombroso era que su hedor no los matara... Uso tiempos de pretérito constantemente, pero, desde luego, ahora es lo mismo, quizá un poco peor incluso. Por lo menos, ahora sentimos todo el hedor.

Para cuando Valeska entró en escena, ya había yo contratado varios cuerpos de ejército de repartidores. Mi despacho en Sunset Place era como una alcantarilla abierta, y apestaba como tal. Me había metido en la trinchera de primera línea y recibía desde todos lados a la vez. Para empezar, el hombre a quien había quitado el puesto, murió de pena unas semanas después de mi llegada. Resistió lo suficiente para ponerme al corriente y después la diñó. Las cosas ocurrían tan deprisa, que no tuve oportunidad de sentirme culpable. Desde el momento en que llegaba a la oficina, era un largo pandemónium ininterrumpido. Una hora antes de mi llegada —siempre llegaba tarde—, el local ya estaba atestado de solicitantes. Tenía que abrirme paso a codazos escaleras arriba y abrirme camino a la fuerza, literalmente, para poder entrar. Hymie lo pasaba peor que yo, porque estaba fijo en la barricada. Antes de que pudiera quitarme el sombrero, tenía que responder a una docena de llamadas telefónicas. En mi mesa había tres teléfonos y todos sonaban a la vez. Empezaban a tocarme los cojones con sus gritos, antes incluso de que me hubiese sentado a trabajar. Ni siquiera había tiempo para jiñar... hasta las cinco o las seis de la tarde. Hymie lo pasaba peor que yo porque no podía moverse del conmutador. Permanecía sentado a él desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, cambiando volantes de sitio. Un volante era un repartidor prestado por una oficina a otra oficina por todo el día o por parte de él. Ninguna de las ciento una

Librodot

oficinas tenía nunca el personal completo; Hymie tenía que jugar al ajedrez con los volantes, mientras yo trabajaba como un loco para llenar los huecos. Si por milagro conseguía un día cubrir todas las vacantes, a la mañana siguiente encontraba la misma situación exactamente... o peor. Quizás el veinte por ciento del cuerpo fuesen fijos; los demás eran vagabundos. Los fijos ahuyentaban a los nuevos. Los fijos ganaban de cuarenta a cincuenta dólares por semana, a veces sesenta o setenta y cinco, a veces hasta cien dólares por semana, lo que quiere decir que ganaban mucho más que los oficinistas y muchas veces más que sus propios directores. En cuanto a los nuevos, les resultaba difícil ganar diez dólares a la semana. Algunos de ellos trabajaban una hora y renunciaban, y muchas veces tiraban un fajo de telegramas al cubo de la basura o por una alcantarilla. Y siempre que se iban, querían su paga inmediatamente, lo que era imposible, porque en la complicada contabilidad establecida, nadie podía saber lo que había ganado un repartidor hasta pasados diez días por lo menos. Al principio, invitaba al solicitante a sentarse a mi lado y le explicaba todo detalladamente. Hice eso hasta que perdí la voz. Pronto aprendí a reservar mis fuerzas para el interrogatorio necesario. En primer lugar, uno de cada dos muchachos era un mentiroso nato, si no un pillo encima. Muchos de ellos ya habían sido contratados y despedidos varias veces. Algunos lo consideraban un medio excelente de encontrar otro empleo, porque sus tareas les abrían las puertas de centenares de oficinas en las que, normalmente, nunca habrían puesto los pies. Afortunadamente, McGovern, el viejo de confianza que guardaba la puerta y repartía los formularios de solicitud, tenía ojos de lince. Y además estaban los gruesos registros detrás de mí, en que había una ficha de todos los solicitantes que habían pasado por la cárcel. Los registros se parecían a un archivo de la policía; estaban llenos de marcas en tinta roja, que indicaban tal o cual delito. A juzgar por aquellas pruebas, me encontraba en un lugar de aúpa. Uno de cada dos nombres estaba relacionado con un robo, un fraude, una riña, o demencia o perversión o cretinismo. «Ten cuidado: ¡Fulano de Tal es epiléptico!» «No contrates a ese hombre: ¡es negro!» «Ándate con ojo: X ha estado en Dannemora o bien en Sing-Sing.»

Si hubiera sido un hueso con la etiqueta, nunca se habría contratado a nadie. Tuve que aprender rápidamente, y no de los archivos ni de quienes me rodeaban, sino de la experiencia. Había mil y un detalles por los que juzgar a un solicitante: tenía que observarlos todos a un tiempo, y rápidamente, porque en un solo y corto día, aun cuando seas tan rápido como Jack Robinson, sólo puedes contratar a un número determinado y no más. Y por muchos que contratara, nunca bastaban. El día siguiente iba a haber que empezar de nuevo. Sabía que algunos sólo iban a durar un día, pero tenía que contratarlos igualmente. El sistema fallaba desde el principio al fin, pero no era a mí a quien correspondía criticarlo. Lo que me incumbía era contratar y despedir. Me encontraba en el centro de una plataforma giratoria lanzada a tal velocidad, que nada podía permanecer de pie. Lo que se necesitaba era un mecánico, pero, según la lógica de los superiores, no había ninguna avería en el mecanismo, todo funcionaba a las mil maravillas, sólo que había un desorden momentáneo. Y el desorden momentáneo causaba epilepsia, robo, vandalismo, perversión, negros, judíos, putas y Dios sabe qué más: a veces, huelgas y *lock-outs.* Con lo que, de acuerdo con aquella lógica, se cogía una gran escoba y se barría el establo hasta dejarlo bien limpio, o se cogían porras y revólveres y se hacía entrar en razón a los

Librodot

pobres idiotas víctimas de la ilusión de que el sistema fallaba desde la base. De vez en cuando, estaba bien hablar de Dios, o reunirse para cantar en coro... hasta una gratificación podía estar justificada alguna que otra vez, es decir, cuando todo iba tan mal, que no había palabras para justificarlo. Pero, en general, lo importante era seguir contratando y despidiendo; mientras hubiera hombres y municiones, debíamos avanzar, seguir limpiando de enemigos las trincheras. Mientras tanto Hymie seguía tomando píldoras purgantes... en cantidad suficiente como para hacerle volar el trasero, en caso de que hubiera tenido, pero ya no tenía, simplemente se imaginaba que jiñaba, se imaginaba que cagaba en el retrete. En realidad, el pobre tío vivía en trance. Había ciento una oficinas de que ocuparse y cada una de ellas tenía un cuerpo de repartidores mítico, si no hipotético, y, ya fuesen reales o irreales los repartidores, tangibles o intangibles, Hymie tenía que distribuirlos de la mañana a la noche, mientras yo llenaba los huecos, lo que también era imaginario, porque, ¿quién podía decir, cuando se había enviado a un recién contratado a una oficina, si llegaría hoy o mañana o nunca? Algunos de ellos se perdían en el metro o en los laberintos bajo los rascacielos; otros se pasaban el día viajando en el metro elevado porque yendo con uniforme era gratuito y quizá nunca se habían dado el gustazo de pasarse el día viajando en él. Algunos salían camino de Staten Island y acababan en Canarsie, o bien los traía un poli en estado de coma. Otros olvidaban dónde vivían y desaparecían completamente. Otros, a los que contratábamos en Nueva York, aparecían en Filadelfia un mes después, como si fuera la cosa más normal del mundo. Otros salían hacia su destino y en camino consideraban que era más fácil vender periódicos y se ponían a venderlos con el uniforme que les habíamos dado, hasta que los atrapaban. Otros se iban directos a la sala de observación de un hospital psiquiátrico, movidos por algún extraño instinto de conservación.

Cuando llegaba por la mañana, lo primero que hacía Hymie era sacar punta a sus lápices; lo hacía religiosamente por muchas llamadas que sonaran, porque, como me explicó más adelante, si no sacaba punta a los lápices al instante, se quedaría sin sacar. A continuación miraba por la ventana para ver qué tal tiempo hacía. Después, con un lápiz recién afilado, dibujaba una casilla en la parte de arriba de la pizarra que guardaba a su lado y daba el informe meteorológico. Eso, según me informó también, resultaba ser muchas veces una excusa útil. Si la nieve alcanzaba treinta centímetros de espesor o el piso estaba cubierto de aguanieve, hasta al diablo podría excusársele por no distribuir los volantes con mayor rapidez, y también podría excusarse al director de personal por no llenar los huecos en días así, ¿no? Pero lo que constituía un misterio para mí era por qué no se iba a jiñar primero, en lugar de conectar el conmutador tan pronto como había sacado punta a sus lápices. También eso me lo explicó más adelante. El caso es que el día comenzaba siempre con confusión, quejas, estreñimiento y vacantes. También empezaba con pedos sonoros y malolientes, malos alientos, salarios bajos, pagos atrasados que ya debían haberse liquidado, zapatos gastados, callos y juanetes, pies planos, billeteros desaparecidos y estilográficas perdidas o robadas, telegramas flotando en la alcantarilla, amenazas del vicepresidente, consejos de los directores, riñas y disputas, aguaceros e hilos telegráficos rotos, nuevos métodos de eficacia y antiguos que se habían desechado, esperanza de tiempos mejores y una oración por la gratificación que nunca llegaba. Los nuevos repartidores

Librodot

salían de la trinchera y eran ametrallados; los viejos excavaban cada vez más hondo, como ratas en un queso. Nadie estaba satisfecho, y menos que nadie el público. Por el hilo se tardaba diez minutos en llegar a San Francisco, pero el mensaje podía tardar un año en llegar a su destinatario... o podía no llegar nunca.

La Y.M.C.A., deseosa de mejorar la ética de los muchachos trabajadores de toda América, celebraba reuniones al mediodía: ¿me gustaría enviar a algunos muchachos de aspecto pulcro a escuchar una charla de cinco minutos dada por William Carnegue Asterbilt (hijo) sobre el servicio? El señor Mallory de la Sociedad de Beneficencia desearía saber si podría dedicarle unos minutos algún día para que me hablara de los presidiarios modélicos en libertad provisional que estarían encantados de prestar cualquier clase de servicios, incluso los de repartidores de telegramas. La señora de Guggenhoffer, de las Damas Judías de la Caridad, me estaría muy agradecida de que le ayudase a mantener algunos hogares destrozados que se habían deshecho porque todos los miembros de la familia estaban enfermos, inválidos o imposibilitados. El señor Haggerty, del Hogar para Jóvenes Vagabundos, estaba seguro de que tenía a los jovencitos que me convenían, con sólo que les diera una oportunidad; todos ellos habían recibido malos tratos de sus padrastros o madrastras.

El alcalde de Nueva York me agradecería que prestara mi atención personal al portador de la presente del que respondía en todos los sentidos... pero el misterio era por qué demonios no daba él un empleo a dicho portador. Un hombre, inclinado sobre mi hombro, me entrega un trozo de papel en que acaba de escribir: «Yo entender todo, pero no oír voces.» Luther Winifred está a mi lado, con su andrajosa chaqueta sujeta con alfileres. Luther es dos séptimas partes indio puro y cinco séptimas partes germanoamericano, según me explica. Por el lado indio es *crow* («cuervo») de la tribu de los *crows* («cuervos») de Montana. Su último empleo fue el de poner persianas pero no tiene fondillos en los pantalones y le da vergüenza subir a una escalera delante de una dama. Salió del hospital el otro día y por eso está todavía un poco débil, pero no tanto como para no poder repartir telegramas, en su opinión.

Y después está Ferdinand Mish... ¿cómo podría haberlo olvidado? Ha estado esperando en la cola toda la mañana para hablar conmigo. Nunca contesté a las cartas que me envió. ¿Era eso justo?, me pregunta dulcemente. Desde luego que no. Recuerdo vagamente la última carta que me envió desde el Hospital Canino y Felino en el Grand Concourse, donde trabajaba de ayudante. Me decía que se arrepentía de haber renunciado a su puesto, «pero fue porque mi padre era demasiado estricto conmigo y no me permitía disfrutar de ninguna diversión ni de ningún placer fuera de casa». «Ya tengo veinticinco años», escribía, «y no creo que deba dormir con mi padre, ¿no le parece? Sé que dicen que es usted un caballero excelente y, como ahora soy independiente, espero...» McGovern, el viejo portero, está junto a Ferdinand esperando que le haga una seña. Quiere poner a Ferdinand de patas en la calle: lo recuerda de cuando cinco años atrás Ferdinand cayó en la acera frente a la oficina principal, con el uniforme puesto, víctima de un ataque epiléptico. No, joder, ¡no puedo hacerlo! Voy a darle una oportunidad, al pobre tío. Le enviaré a Chinatown, que es un barrio bastante tranquilo. Entretanto, mientras Ferdinand se pone el uniforme en la habitación de atrás, me estoy tragando el rollo de un

Librodot

muchacho huérfano que quiere «ayudar a la compañía a triunfar». Dice que, si le doy una oportunidad, rezará por mí todos los domingos, cuando vaya a la iglesia, excepto los domingos que tenga que presentarse en la comisaría por estar en libertad condicional. Al parecer, él no hizo nada. Simplemente empujó al tipo y el tipo cayó de cabeza y se mató. *El siguiente:* un ex cónsul de Gibraltar. Tiene una caligrafía muy bonita... demasiado bonita. Le pido que venga a verme al final del día: no me inspira confianza. Mientras tanto, Ferdinand ha tenido un ataque en el vestuario. ¡Menos mal! Si hubiera ocurrido en el metro, con un número en la gorra y todo lo demás, me habrían despedido. *El siguiente:* un tipo con un solo brazo y hecho una furia porque McGovern le está enseñando la puerta. «¡Qué hostia! ¿Es que no estoy fuerte y sano?», grita, y para demostrarlo levanta una silla con el *brazo* bueno y la hace añicos. Vuelvo a la mesa y me encuentro en ella un telegrama para mí. Lo abro. Es de George Blasini, ex repartidor número 2459 de la Oficina del S. O. «Siento haber tenido que renunciar tan pronto, pero ese trabajo no era compatible con mi natural indolente y, aunque soy un auténtico amante del trabajo y de la frugalidad, hay veces que no podemos controlar ni dominar nuestro orgullo personal.» ¡Mierda!

Al principio, sentía entusiasmo, a pesar de que los de arriba me desanimaban y los de abajo eran unos pelmas. Tenía ideas y las ponía en práctica, tanto si gustaban al vicepresidente como si no. Cada diez días más o menos me llamaban la atención y me echaban un sermón por tener «un corazón demasiado grande». Nunca tenía dinero en el bolsillo, pero usaba libremente el dinero de los demás. Mientras fuera el jefe, tenía crédito. Regalaba dinero a diestro y siniestro, regalaba mis trajes y mi ropa interior, mis libros, todo lo superfluo. Si hubiera estado en mi mano, habría regalado la compañía a los pobres tipos que me importunaban. Si me pedían diez centavos, daba medio dólar; si me pedían un dólar, daba cinco. Me importaba tres cojones cuánto les daba, porque era más fácil pedir prestado y dárselo a los pobres tipos que negárselo. En mi vida he visto tanta miseria junta, *y* espero no volver a verla nunca más. Los hombres son pobres en todas partes: siempre lo han sido y siempre lo serán. Y, por debajo de la terrible pobreza, hay una llama, generalmente tan baja que es casi invisible. Pero está ahí y, si tiene uno el valor de avivarla, puede convertirse en una conflagración. Constantemente me instaba a no ser demasiado indulgente, ni demasiado sentimental, ni demasiado caritativo. «¡Tienes que ser firme! ¡Tienes que ser duro!», me advertían. «¡A tomar por culo!», me decía para mis adentros. «Seré generoso, flexible, clemente, tolerante, tierno.» Al principio, escuchaba a todos hasta el final; si no podía darles empleo, les daba dinero, y, si no tenía dinero, les daba cigarrillos o les daba ánimos. Pero, ¡les daba algo! El efecto era asombroso. Los resultados de una buena acción, de una palabra amable, son incalculables. Me veía colmado de gratitud, de buenos deseos, de invitaciones, de pequeños regalos conmovedores, enternecedores. Si hubiera tenido auténtico poder, en lugar de ser la quinta rueda de un vagón, sólo Dios sabe lo que habría podido hacer. Podría haber usado la Compañía Telegráfica Cosmodemónica de Norteamérica como base para acercar a toda la humanidad a Dios, podría haber transformado tanto Norteamérica como Sudamérica y también el Dominio de Canadá. Tenía el secreto en la mano: ser generoso, ser amable, ser paciente. Hacía el trabajo de cinco hombres. Durante tres años apenas dormí. No tenía ni una sola camisa en buenas condiciones y muchas veces me daba tanta vergüenza

pedir prestado a mi mujer o sacar algo de la hucha de la niña, que para comprar el billete para ir al trabajo por la mañana le soplaba el dinero al ciego que vendía periódicos en la estación del metro. Debía tanto dinero por todas partes, que ni siquiera trabajando durante veinte años habría podido pagarlo. Pedía a los que tenían y daba a los que lo necesitaban, y era lo mejor que podía hacer, y lo volvería a hacer, si estuviera en la misma posición.

Incluso realicé el milagro de acabar con el absurdo trasiego de personal, algo que nadie había abrigado esperanzas de conseguir. En lugar de apoyar mis esfuerzos, los contrarrestaban insidiosamente. Según la lógica de los superiores, el trasiego de personal había cesado porque los salarios eran muy altos. Así, que los redujeron. Fue como quitar el culo de un cubo de un puntapié. El edificio entero se tambaleó y se desplomó en mis manos. Y, como si no hubiera pasado nada, insistieron en que se llenasen los huecos inmediatamente. Para dorar la píldora un poco, insinuaron que podía incluso aumentar el porcentaje de judíos, podía aceptar un inválido de vez en cuando, si no estaba totalmente incapacitado, podía hacer esto y lo otro, todo lo cual, según me habían informado anteriormente, era contrario al reglamento.

Me puse tan furioso, que acepté a cualquiera y cualquier cosa; habría aceptado potros y gorilas, si hubiera podido imbuirles la poca inteligencia necesaria para entregar telegramas. Unos días antes sólo había habido cinco o seis vacantes a la hora de cerrar. Ahora había trescientas, cuatrocientas, quinientas: se me escurrían como arena entre los dedos. Era maravilloso. Permanecía sentado y sin hacer pregunta alguna los contrataba a carretadas: negros, judíos, paralíticos, lisiados, ex presidiarios, putas, maníacos, depravados, idiotas, cualquier cabrón que pudiera mantenerse sobre dos piernas y sostener un telegrama en la mano. Los directores de las ciento una oficinas estaban muertos de miedo. Yo me reía. Me reía todo el día pensando en el tremendo lío que estaba creando. Llovían las quejas de todas partes de la ciudad. El servicio estaba tullido, estreñido, estrangulado. Una mula podría haber llegado más rápido que algunos de los idiotas que yo ponía a trabajar.

Lo mejor de la nueva etapa fue la introducción de repartidoras de telegramas. Cambió la atmósfera entera del local. Sobre todo para Hymie, fue un regalo del cielo. Cambió de sitio el conmutador para poder verme mientras hacía malabarismos con los volantes. A pesar del aumento de trabajo, tenía una erección permanente. Venía a trabajar con una sonrisa en los labios y no dejaba de sonreír en todo el día. Estaba en el cielo. Al final del día, siempre tenía yo una lista de cinco o seis a las que valía la pena probar. El truco consistía en mantenerlas en la incertidumbre, prometerles un empleo, pero conseguir primero un polvo gratis. Generalmente bastaba con convidarlas a comer para llevarlas de nuevo a la oficina por la noche y tumbarlas en la mesa cubierta de zinc del vestuario. Si, como ocurría a veces, tenían un piso acogedor, las llevábamos a su casa y acabábamos la fiesta en la cama. Si les gustaba beber, Hymie se traía una botella. Si valían la pena, por poco que fuese, y necesitaban un poco de pasta, Hymie sacaba su fajo de billetes y extraía uno de cinco o de diez dólares, según los casos. Se me hace la boca agua, cuando pienso en aquel fajo que siempre llevaba. Nunca supe de dónde lo sacaba, porque era el que cobraba menos de la empresa. Pero siempre había el mismo fajo y me daba lo que le pidiera. Y en

Librodot

cierta ocasión sucedió que efectivamente nos dieron una gratificación y devolví a Hymie hasta el último centavo, lo que le asombró tanto que aquella noche me llevó a «Delmonico's» y se gastó una fortuna conmigo. Y no sólo eso, sino que, además, al día siguiente insistió en comprarme un sombrero y camisas y guantes. Incluso insinuó que podía ir a su casa y joderme a su mujer, si me apetecía, aunque me advirtió que por aquellos días andaba algo pachucha de los ovarios.

Además de Hymie y McGovern, tenía de ayudantes a dos bellas rubias que muchas noches nos acompañaban a cenar. Y también estaba O'Mara, un antiguo amigo mío que acababa de regresar de Filipinas y a quien nombré mi ayudante principal. También estaba Steve Romero, un peso pesado a quien tenía por allí por si hubiera camorra. Y O'Rourke, el detective de la empresa, que se presentaba ante mí al final del día, cuando empezaba su trabajo. Por último, añadí otro hombre al equipo: Kronski, un joven estudiante de medicina, que estaba diabólicamente interesado en los casos patológicos, de los cuales teníamos para dar y tomar. Eramos un equipo alegre, unido por el deseo de joder a la empresa a toda costa. Y, al tiempo que jodiamos a la empresa, jodiamos todo lo que se pusiera a tiro, salvo O'Rourke, pues éste tenía que conservar su dignidad y, además, padecía de la próstata y había perdido completamente el interés por follar. Pero O'Rourke era quien con frecuencia nos invitaba a cenar por la noche y a él era también a quien recurríamos, cuando estábamos en apuros.

Así estaban las cosas en Sunset Place después de que hubieran pasado dos años. Me encontraba saturado de humanidad, con experiencias de una y otra clase. En los momentos de serenidad, tomaba notas que tenía intención de usar más adelante, en caso de que alguna vez tuviera oportunidad de contar mis experiencias. Esperaba un momento de respiro. Y después, por casualidad, un día que me habían echado una reprimenda por alguna negligencia injustificable, el vicepresidente dejó caer una frase que se me quedó atrancada en el buche. Había dicho que le gustaría ver a alguien escribir un libro del género de los de Horatio Alger sobre los repartidores de telegramas; dio a entender que quizá podría ser yo la persona indicada para hacerlo. Me puse furioso al pensar en lo cretino que era y al mismo tiempo me sentí encantado porque, en secreto, deseaba ardientemente decir las verdades y desahogarme. Pensé para mis adentros: «Espera, cacho gilipollas, espera a que me desahogue... y verás qué libro del género de Horatio Alger te voy a dar... ¡espera *y* verás!» Cuando salí de su despacho, mi cabeza era un torbellino. Veía el ejército de hombres, mujeres y niños que había pasado por mis manos, los veía llorar, rogar, suplicar, implorar, maldecir, escupir, echar rayos, amenazar. Veía las huellas que dejaban en las carreteras, los veía tumbados en el suelo en los trenes de carga, veía a los padres vestidos con harapos, la carbonera vacía, el agua de la pila derramándose, las paredes rezumando y entre las frías perlas del rezumadero las cucarachas corriendo como locas; los veía moverse renqueando como gusanos contrahechos o caer de espaldas presas de un frenesí epiléptico, con la boca crispada, los labios derramando saliva, las piernas retorcidas, veía las paredes ceder y la peste salir a borbotones como un fluido alado, y los superiores, con su lógica de hierro, esperando que pasara, esperando que todo quedase recompuesto, esperando, esperando, tranquilos, satisfechos, con grandes puros en la boca

Librodot

y los pies sobre el escritorio, diciendo que se trataba de un desorden momentáneo. Veía al personaje de Horatio Alger, el sueño de una América enferma, ascendiendo cada vez más alto, primero repartidor de telegramas, después telegrafista, luego gerente, después jefe, luego inspector, después vicepresidente, luego presidente, después magnate de un consorcio, luego rey de la cerveza, después señor de todas las Américas, dios del dinero, dios de dioses, barro de barro, nulidad en la cima, un cero con noventa y siete mil decimales a cada lado. «Cacho cabrones», me decía para mis adentros, «os voy a dar el retrato de doce hombres insignificantes, ceros sin decimales, cifras, dígitos, los doce gusanos indestructibles que están excavando la base de vuestro podrido edificio. Os voy a presentar a Horatio Alger con el aspecto que ofrece el día después del Apocalipsis, cuando el hedor ha desaparecido».

Habían acudido a mí desde todos los confines de la tierra en busca de auxilio. Salvo los primitivos, no había raza que no estuviera representada en el cuerpo. Excepto los ainos, los maoríes, los papúes, los vedas, los lapones, los zulúes, los patagones, los igorrotes, los hotentotes, los tuaregs, excepto los tasmanos, los desaparecidos hombres de Grimaldi, los desaparecidos atlantes, tenía un representante de casi todas las especies bajo el sol. Tenía dos hermanos que todavía eran adoradores del sol, dos nestorianos procedentes del antiguo mundo asirio; tenía dos gemelos malteses procedentes de Malta y un descendiente de los mayas del Yucatán; tenía algunos de nuestros hermanitos morenos de las Filipinas y algunos etíopes de Abisinia; tenía hombres procedentes de las pampas de Argentina y vaqueros extraviados de Montana; tenía griegos, polacos, croatas, eslovenos, rutenos, checos, españoles, galeses, fineses, suecos, rusos, daneses, mexicanos, puertorriqueños, cubanos, uruguayos, brasileños, australianos, persas, japoneses, chinos, javaneses, egipcios, africanos de Costa de Oro y de Costa de Marfil, hindúes, armenios, turcos árabes, alemanes, irlandeses, ingleses, canadienses... y multitud de italianos y de judíos. Sólo recuerdo haber tenido un francés y duró unas tres horas. Tuve algunos indios americanos, la mayoría cherokees, pero no tibetanos ni esquimales: vi nombres que nunca podría haber imaginado y caligrafías que iban desde la cuneiforme hasta la compleja y asombrosamente bella de los chinos. Oí pedir trabajo a hombres que habían sido egiptólogos, botánicos, cirujanos, buscadores de oro, profesores de lenguas orientales, músicos, ingenieros, médicos, astrónomos, antropólogos, químicos, matemáticos, alcaldes de ciudades y gobernadores de estados, guardianes de prisiones, vaqueros, leñadores, marineros, piratas de ostras, estibadores, remachadores, dentistas, cirujanos, ejecutores de abortos, pintores, escultores, fontaneros, arquitectos, traficantes de drogas, tratantes de blancas, buzos, deshollinadores, labradores, vendedores de ropa, tramperos, guardas de faros, chulos de putas, concejales, senadores, todos los puñeteros oficios que existen bajo el sol, y todos ellos sin blanca, pidiendo trabajo, cigarrillos, un billete de metro, *¡una oportunidad, Dios Todopoderoso, tan sólo otra oportunidad!* Vi y llegué a conocer a hombres que eran santos, si es que existen santos en este mundo; vi y hablé con sabios, crapulosos y no crapulosos; escuché a hombres que llevaban el fuego divino en las entrañas, que podían haber convencido a Dios Todopoderoso de que eran dignos de otra oportunidad, pero no al vicepresidente de la Compañía Telegráfica Cosmococo. Estaba sentado, clavado a mi escritorio, y viajaba por todo el mundo a la velocidad de un relámpago, y descubrí que en todas partes ocurre lo mismo: hambre,

Librodot

humillación, ignorancia, vicio, codicia, extorsión, trapacería, tortura, despotismo: la inhumanidad del hombre para con el hombre: las cadenas, los arneses, el dogal, la brida, el látigo, las espuelas. Cuanto mayor es la calidad de un hombre, en peores condiciones está. Hombres que caminaban por las calles de Nueva York con aquel maldito traje degradante, los despreciados, los más viles de los viles, que caminaban como alces, como pingüinos, como bueyes, como focas amaestradas, como asnos pacientes, como jumentos enormes, como gorilas locos, como maniáticos dóciles mordisqueando el cebo colgado, como ratones bailando un vals, como cobayas, como ardillas, como conejos, y muchos, muchos de ellos estaban capacitados para gobernar el mundo, para escribir el mejor libro jamás escrito. Cuando pienso en algunos de los persas, los hindúes, los árabes que conocí, cuando pienso en el carácter de que daban muestras, en su gracia, en su ternura, en su inteligencia, en *su santidad,* escupo a los conquistadores blancos, los degenerados británicos, los testarudos alemanes, los relamidos y presumidos franceses. La tierra es un gran ser sensible, un planeta saturado por completo con el hombre, un planeta vivo que se expresa balbuceando y tartamudeando; no es la patria de la raza blanca ni de la raza negra ni de la raza amarilla ni de la desaparecida raza azul, sino la patria del *hombre y* todos los hombres son iguales ante Dios y tendrán su oportunidad, si no ahora, dentro de un millón de años. Nuestros hermanitos morenos de las Filipinas pueden volver a florecer un día y también los indios asesinados del América del Norte y del Sur pueden revivir un día para cabalgar por las llanuras donde ahora se alzan las ciudades vomitando fuego y pestilencia. ¿Quién dirá la última palabra? *¡El hombre!* La tierra es suya porque él *es* la tierra, su fuego, su agua, su aire, su materia mineral y vegetal, su espíritu de todos los planetas, que se transforma gracias a él, mediante signos y símbolos incesantes, mediante manifestaciones interminables. Esperad, vosotros, mierdas telegráfico-cosmocócicos, demonios encumbrados que estáis esperando a que reparen las cañerías, esperad, asquerosos conquistadores blancos que habéis mancillado la tierra con vuestras pezuñas hendidas, vuestros instrumentos, vuestras armas, vuestros gérmenes mórbidos, esperad, todos los que nadáis en la abundancia contando vuestras monedas, todavía no ha sonado la última hora. El último hombre dirá lo que tenga que decir antes de que todo acabe. Habrá que hacer justicia hasta la última molécula sensible... *¡y se hará!* Nadie dejará de recibir su merecido, y menos que nadie vosotros, los mierdas cosmocócicos de Norteamérica.

Cuando llegó el momento de tomar las vacaciones —¡estaba tan deseoso de contribuir al éxito de la empresa, que no las había tomado desde hacía tres años! — , me tomé tres semanas en lugar de dos y escribí el libro sobre los doce hombrecillos. Lo escribí de una sentada, cinco, siete, a veces ocho mil palabras al día. Pensaba que, para ser escritor, había que producir por lo menos cinco mil palabras al día. Pensaba que había que decir todo de una vez —en un libro— y después desplomarse. No sabía ni papa del oficio de escritor. Estaba cagado de miedo. Pero estaba decidido a borrar a Horatio Alger de la conciencia norteamericana. Supongo que era el peor libro que jamás haya escrito un hombre. Era un volumen colosal y defectuoso del principio al fin. Pero era mi primer libro y estaba enamorado de él. Si hubiera tenido el dinero, como Gide, lo habría publicado a mis expensas. Si hubiese tenido tanto valor como Whitman, habría ido vendiéndolo de puerta

Librodot

en puerta. Todas las personas a las que se lo enseñé dijeron que era espantoso. Me recomendaron que renunciara a la idea de escribir. Tenía que aprender, como Balzac, que hay que escribir volúmenes y volúmenes antes de firmar con el propio nombre. Tenía que aprender, y no tardé en hacerlo, que hay que abandonar todo y no hacer otra cosa que escribir, que tienes que escribir y escribir y escribir, aun cuando nadie crea en ti. Quizá lo hagas precisamente porque nadie cree en ti, quizás el auténtico secreto radique en hacer creer a la gente. Que el libro fuera inadecuado, defectuoso, malo, espantoso, como decían, era más que natural. Estaba intentando al principio lo que un genio no habría emprendido hasta el final. Quería decir la última palabra al principio. Era absurdo y patético. Fue una derrota aplastante, pero me reforzó la espina dorsal con hierro y la sangre con azufre. Por lo menos supe lo que era fracasar. Supe lo que era intentar algo grande. Hoy, cuando pienso en las circunstancias en las que escribí el libro, cuando pienso en la abrumadora cantidad de material a que intenté dar forma, cuando pienso en lo que intenté realizar, me doy palmaditas en la espalda, me pongo un diez. Estoy orgulloso de que resultara un fracaso lamentable; si lo hubiese logrado, habría sido un monstruo. A veces, cuando miro simplemente los nombres de aquellos sobre quienes pensaba escribir, siento vértigo. Cada uno de ellos llegaba hasta mí con un mundo propio; llegaba hasta mí y lo descargaba sobre mi escritorio; esperaba que yo lo recogiera y me lo pusiese sobre los hombros. No tenía tiempo de crear un mundo mío propio: tenía que permanecer fijo como Atlas, con los pies en el lomo del elefante y el elefante sobre el lomo de la tortuga. Preguntarse sobre qué descansaba la tortuga sería volverse loco.

En aquella época no me atrevía a pensar en otra cosa que en los hechos». Para penetrar bajo los hechos, tendría que haber sido un artista, y no se llega a ser artista de la noche a la mañana. Primero tienes que verte aplastado, ver destruidos tus puntos de vista contradictorios. Tienes que verte borrado del mapa como ser humano para renacer como individuo. Tienes que verte carbonizado y mineralizado para elevarte a partir del último común denominador del yo. Tienes que superar la compasión para sentir desde las raíces mismas de tu ser. No se puede hacer un nuevo cielo y una nueva tierra con «hechos». No hay «hechos»: sólo existe *el hecho* de que el hombre, cualquier hombre, en cualquier parte del mundo, va camino de la ordenación. Unos hombres toman el camino más largo y otros el más corto. Todos los hombres desarrollan su destino a su modo v nadie puede prestar otra ayuda que la de mostrarse amable, generoso y paciente. Por mi entusiasmo, en aquella época me resultaban inexplicables ciertas cosas que ahora veo con claridad. Pienso, por ejemplo, en Carnahan, uno de los doce hombrecillos sobre los que decidí escribir. Era lo que se dice un repartidor modélico. Estaba licenciado por una de las universidades más importantes, tenía una inteligencia sólida y un carácter ejemplar. Trabajaba dieciocho y veinte horas al día y ganaba más que ningún otro repartidor del cuerpo. Los clientes a los que servía escribían cartas para ponerlo por las nubes; le ofrecían buenos puestos que rechazaba por una u otra razón. Vivía frugalmente y enviaba la mayor parte de su sueldo a su esposa e hijos que vivían en otra ciudad. Tenía dos vicios: la bebida y el deseo de triunfar. Podía pasarse un año sin beber, pero si tomaba un traguito, no podía parar. Por dos veces había ganado una fortuna en Wall Street y, aun así, antes de acudir a mí en busca de trabajo, no había pasado de sacristán de la iglesia

de un pueblecito. Lo habían despedido de ese empleo porque se había puesto a beber el vino sacramental y se había pasado la noche tocando las campanas. Era honrado, sincero, formal. Yo tenía confianza implícita en él y su hoja de servicios sin tacha demostró que no me había equivocado. No obstante, disparó a su mujer y a sus hijos a sangre fría y después se disparó a sí mismo. Afortunadamente, ninguno de ellos murió; estuvieron internados todos ellos en el mismo hospital y se recuperaron. Después de que lo hubieran trasladado a la cárcel, fui a ver a su mujer para obtener su ayuda. Se negó rotundamente. Dijo que era el hijo de puta más mezquino y cruel que se había echado a la cara: quería verlo colgado. Durante dos días intenté convencerla, pero se mostró inflexible. Fui a la cárcel y hablé con él a través de las rejas. Advertí que ya se había hecho popular entre las autoridades, que ya le habían concedido privilegios especiales. No estaba desanimado lo más mínimo. Al contrario, esperaba aprovechar el tiempo que pasara en la cárcel «estudiando a fondo» el arte de vender. Iba a ser el mejor vendedor de América, cuando saliese en libertad. Casi podría decir que parecía feliz. Dijo que no me preocupara por él, que se las arreglaría perfectamente. Dijo que todo el mundo se portaba fetén con él y que no tenía nada de qué quejarse. Me despedí un poco aturdido. Me fui a una playa cercana y decidí darme un baño. Veía todo con nuevos ojos. Casi me olvidé de regresar a casa, de tan absorto como había quedado en mis meditaciones sobre aquel tipo. ¿Quién podría decir que lo que le había ocurrido no había sido para su bien? Podía ser que saliera de la cárcel hecho un evangelista en lugar de un vendedor. Nadie podía predecir lo que haría. Y nadie podía ayudarle porque estaba desarrollando su destino a su manera particular. Había otro tipo, un hindú, llamado Guptal. No sólo era un modelo de buena conducta: era un santo. Sentía pasión por la flauta, que tocaba a solas en su pequeña y miserable habitación. Un día lo encontraron desnudo, con el cuello cortado de oreja a oreja, y a su lado sobre la cama estaba su flauta. En el entierro hubo doce mujeres que vertieron lágrimas apasionadas... incluida la esposa del conserje que lo había asesinado. Podría escribir un libro sobre aquel joven que fue el hombre más bondadoso y santo que he conocido, que nunca había ofendido a nadie ni había cogido nunca nada de nadie, pero había cometido el error capital de venir a América a propagar la paz y el amor. Otro era Dave Olinski, otro repartidor fiel, diligente, que sólo pensaba en trabajar. Tenía una debilidad fatal: hablaba demasiado. Cuando acudió a mí, ya había dado la vuelta al globo varias veces y lo que no había hecho para ganarse la vida no vale la pena contarlo. Sabía unas doce lenguas y estaba bastante orgulloso de su capacidad lingüística. Era uno de esos hombres cuya buena voluntad y entusiasmo son precisamente su ruina. Quería ayudar a todo el mundo, mostrar a todo el mundo el camino del éxito. Quería más trabajo del que podíamos darle: era un glotón del trabajo. Quizá debería haberle avisado, cuando lo envié a su oficina del East Side, que iba a trabajar en un barrio peligroso, pero afirmaba saber tanto e insistió tanto en trabajar en aquella zona (a causa de su capacidad lingüística), que no le dije nada. Pensé para mis adentros: «Muy pronto lo descubrirás por ti mismo.» Y no me equivocaba lo más mínimo, pues no pasó mucho tiempo sin que tuviera contratiempos. Un día un muchacho del barrio, un judío pendenciero, entró y pidió un impreso. Dave, el repartidor, estaba tras el mostrador. No le gustó el modo como el otro pidió el impreso. Le dijo que debía ser más educado. Se ganó un bofetón en el oído. Aquello le desató la lengua todavía más, con lo

Librodot

que recibió tal sopapo, que le hizo tragarse los dientes y le rompió la mandíbula por tres sitios. Ni siquiera así supo mantener cerrado el pico. Como el grandísimo imbécil que era, va a la comisaría y pone una denuncia. Una semana después, estando sentado en un banco dormitando, una pandilla de rufianes irrumpió en el local y le pegó una paliza que lo dejó hecho papilla. Le dejaron la cabeza tan molida, que los sesos parecían una tortilla. De paso, vaciaron la caja fuerte y la dejaron patas arriba. Dave murió camino del hospital. Le encontraron quinientos dólares escondidos en la punta del calcetín... Otros eran Clausen y su mujer Lena. Se presentaron juntos, cuando él solicitó el empleo. Lena llevaba un niño en los brazos y él llevaba dos pequeños de la mano. Me los envió una agencia de socorro a los necesitados. Lo contraté como repartidor nocturno para que tuviera un salario fijo. Al cabo de unos días recibí una carta suya demencial en la que me pedía disculpas por haber faltado, ya que tenía que presentarse a la comisaría por estar en libertad condicional. Después otra carta en la que decía que su mujer se había negado a acostarse con él porque no quería tener más hijos y me preguntaba si tendría la amabilidad de ir a verlos para intentar convencerla de que se acostara con él. Fui a su casa: un sótano en el barrio italiano. Parecía un manicomio. Lena estaba embarazada otra vez, de unos siete meses, y al borde de la imbecilidad. Le había dado por dormir en la azotea porque en el sótano hacía demasiado calor, y también porque no quería que él volviera a tocarla. Cuando le dije que en su estado actual daría igual, se limitó a mirarme y a sonreír con una mueca. Clausen había estado en la guerra y quizás el gas lo había dejado un poco chiflado. Dijo que le rompería la crisma, si volvía a subir a la azotea. Insinuó que dormía en ella para entenderse con el carbonero que vivía en el ático. Al oír aquello, Lena volvió a sonreír con aquella mueca triste de batracio. Clausen perdió la paciencia y le dio de repente un puntapié en el culo. Ella salió enojada y se llevó a los chavales. El le dijo que era mejor que no volviera nunca más. Entonces abrió un cajón *y sacó* un gran colt. Dijo que lo guardaba por si acaso lo necesitaba alguna vez. También me enseñó unos cuchillos y una especie de cachiporra que había hecho él mismo. Después se echó a llorar. Dijo que su mujer lo estaba poniendo en ridículo, que estaba harto de trabajar para ella, porque se acostaba con todos los vecinos. Los chicos no eran suyos, porque ya no podía hacer un niño aunque quisiera. El propio día siguiente, mientras Lena estaba en la compra, subió a los niños a la azotea y con la cachiporra que me había enseñado les rompió la crisma. Después se tiró de la azotea de cabeza. Cuando Lena llegó a casa y vio lo que había ocurrido, perdió el juicio. Tuvieron que ponerle una camisa de fuerza y llamar a una ambulancia. Otro era Schuldig, el soplón, que había pasado veinte años en la cárcel por un delito que no había cometido. Lo habían azotado casi hasta matarlo para conseguir que confesara; después el encierro incomunicado, el hambre, la tortura, la perversión, la droga. Cuando por fin lo soltaron, ya no era un ser humano. Una noche me describió sus últimos treinta días en la cárcel, la agonía de la espera a que lo soltasen. Nunca he oído nada semejante; no creía que un ser humano pudiera sobrevivir a semejante angustia. Una vez libre, le atormentaba el miedo a que pudieran obligarlo a cometer un crimen y lo volviesen a enviar a la cárcel. Se quejaba de que lo seguían, lo espiaban, iban tras él constantemente. Decía que «ellos» le estaban tentando para que hiciera cosas que no deseaba hacer. «Ellos» eran los polis que le seguían los pasos, que

cobraban para volverlo a encerrar. Por la noche, cuando estaba dormido, le susurraban al oído. Se sentía impotente frente a ellos, porque primero lo hipnotizaban. A veces colocaban droga bajo su almohada, y con ella un revólver o un cuchillo. Querían que matara a algún inocente para tener una acusación más sólida contra él esa vez. Iba de mal en peor. Una noche, después de haberse paseado durante horas con un fajo de telegramas en el bolsillo, se dirigió a un poli y le pidió que lo encerrara. No podía recordar su nombre ni su dirección ni la oficina siquiera para la que trabajaba. Había perdido su identidad completamente. Repetía sin cesar: «Soy inocente... soy inocente.» Volvieron a torturarlo mientras lo interrogaban. De repente, dio un salto y exclamó como un loco: «Confesaré... confesaré...», y acto seguido empezó a contar un crimen tras otro. Siguió así durante tres horas. De improviso, en plena confesión horripilante, se interrumpió, echó una mirada rápida a su alrededor, como quien vuelve en sí de repente, y después, con la rapidez y la fuerza de que sólo un loco puede hacer acopio, dio un salto tremendo a través de la habitación y estrelló el cráneo contra la pared de piedra... Cuento esos incidentes breve y apresuradamente a medida que me vienen a la mente; mi memoria rebosa con millares de detalles semejantes, con multitud de caras, gestos, relatos, confesiones, todos ellos entrelazados y entretejidos como la prodigiosa fachada de algún templo indio hecho no de piedra, sino de la experiencia de la carne humana, un monstruoso edificio de sueño construido enteramente con realidad y que, sin embargo, no es realidad, sino simplemente el recipiente que contiene el misterio del ser humano. Mi mente se pasea por la clínica donde por ignorancia y con buena voluntad llevé a algunos de los más jóvenes para que los curaran. No se me ocurre una imagen más evocadora para expresar la atmósfera de aquel lugar que el cuadro de El Bosco en que el mago, al modo de un dentista extrayendo un nervio en vivo, aparece representado como liberador de la locura. Todo el relumbrón y la charlatanería de nuestros especialistas científicos alcanzaba la apoteosis en la persona del afable sádico que dirigía aquella clínica con connivencia y consentimiento plenos de la ley. Era la imagen viva de Caligari, pero sin las orejas de burro. Fingiendo que entendía las secretas regulaciones de las glándulas, investido con los poderes de un monarca medieval, indiferente hacia el dolor que infligía, ignorante de todo lo que no fuera su conocimiento médico, se ponía a trabajar en el organismo humano como un fontanero en las tuberías subterráneas. Además de los venenos que introducía en el organismo del paciente, recurría a sus puños o a sus rodillas, según los casos. Cualquier cosa justificaba una «reacción». Si la víctima se mostraba letárgica, le gritaba, le daba bofetadas, le pellizcaba en el brazo, le daba puñetazos, patadas. Si, por el contrario, la víctima tenía demasiada energía, empleaba los mismos métodos, sólo que con mayor gusto. Los sentimientos del sujeto carecían de importancia para él; cualquiera que fuese la reacción que lograra obtener era simplemente una demostración o manifestación de las leyes que regulan el funcionamiento de las glándulas de secreción interna. El objetivo de su tratamiento era volver al sujeto apto para la sociedad. Pero, por deprisa que trabajara e independientemente de que tuviese éxito o no, la sociedad producía cada vez más inadaptados. Algunos de ellos lo eran tan maravillosamente, que, cuando, para obtener la reacción proverbial, les daba una enérgica bofetada, respondían con un gancho o una patada en los cojones. Era cierto, la mayoría de sus sujetos eran exactamente como los calificaba: delincuentes

Librodot

incipientes. El continente entero iba pendiente abajo —todavía va— y no sólo las glándulas necesitan una regulación, sino también los rodamientos de bolas, la armadura, la estructura del esqueleto, el cerebro, el cerebelo, el coxis, la laringe, el páncreas, el hígado, el intestino grueso y el intestino delgado, el corazón, los riñones, los testículos, la matriz, las trompas de Falopio, y toda la pesca. El país entero carece de ley, es violento, explosivo, demoníaco. Está en el aire, en el clima, en el paisaje ultragrandioso, en los bosques petrificados que yacen horizontalmente, en los ríos torrenciales que corroen los cañones rocosos, en las distancias supranormales, los supernos y áridos yermos, las cosechas más que florecientes, los frutos monstruosos, la mezcla de sangres quijotescas, la miscelánea de cultos, sectas, creencias, la oposición de leyes y lenguas, el carácter contradictorio de temperamentos, principios, necesidades, exigencias. El continente está lleno de violencia enterrada, de los huesos de monstruos antediluvianos y de razas humanas desaparecidas, de misterios envueltos en la fatalidad. A veces la atmósfera es tan eléctrica, que el alma se siente llamada a salir de su cuerpo y enloquece. Como la lluvia, todo llega a cántaros... o no llega. El continente entero es un volcán enorme cuyo cráter está oculto momentáneamente por un panorama conmovedor que es en parte sueño, en parte miedo, en parte desesperación. De Alaska al Yucatán es la misma historia. La Naturaleza domina, la Naturaleza triunfa. Por todos lados el mismo instinto asesino, destructivo, saqueador. Por fuera parece un pueblo recto: sano, optimista, valiente. Por dentro están llenos de gusanos. Una chispita y explotan.

Con frecuencia ocurría, como en Rusia, que llegaba un hombre en busca de camorra. Se había despertado así, como azotado por un monzón. Nueve de cada diez veces se trataba de un buen tipo, un tipo a quien todo el mundo apreciaba. Pero cuando se encolerizaba, nada podía detenerlo. Era como un caballo enloquecido y lo mejor que se podía hacer por él era dejarlo en el sitio de un tiro. Siempre ocurre lo mismo con las personas pacíficas. Un día les da la locura homicida. En América ocurre constantemente. Lo que necesitan es un desahogo para su energía, para su sed de sangre. Europa sangra regularmente mediante la guerra. América es pacifista y caníbal. Por fuera parece un hermoso panal de miel, con todos los abejones arrastrándose unos sobre otros y trabajando frenéticamente; por dentro, es un matadero, en que cada hombre acaba con su vecino y le chupa el tuétano de los huesos. Superficialmente, parece un mundo masculino y audaz; en realidad, es una casa de putas dirigida por mujeres, en que los nativos del país hacen de chulos y los malditos extranjeros venden su carne. Nadie sabe lo que es quedarse sentado de culo y contento. Eso sólo ocurre en las películas en que todo está falsificado, hasta las llamas del infierno. El continente entero está profundamente dormido y en ese sueño se produce una gran pesadilla.

Nadie podría haber dormido más profundamente que yo en medio de aquella pesadilla. La guerra, cuando llegó, sólo produjo un débil retumbo en mis oídos. Como mis compatriotas, era pacifista y caníbal. Los millones de hombres que resultaron liquidados en la carnicería se desvanecieron en una nube, de modo muy parecido a los aztecas y a los incas y a los indios pieles rojas y a los búfalos. La gente fingía sentirse profundamente conmovida, pero no lo estaba. Simplemente estaban revolviéndose espasmódicamente en su sueño. Nadie perdió el apetito, nadie se levantó a tocar la alarma contra incendios. El día que me di cuenta por primera vez de que había habido una

Librodot

guerra fue unos seis meses más o menos después del armisticio. Fue en un tranvía de la línea que cruza la ciudad por la calle 14. Uno de nuestros héroes, un muchacho de Texas con una ristra de medallas en el pecho, vio por casualidad a un oficial que pasaba por la acera y se puso furioso. Él mismo era sargento y probablemente tenía razones poderosas para sentirse irritado. El caso es que la vista del oficial lo puso tan furioso, que se levantó de su asiento y empezó a despotricar a gritos contra el gobierno, el ejército, los civiles, los pasajeros del tranvía, contra todo el mundo y contra todo. Dijo que, si hubiese otra guerra, no lo podrían arrastrar a ella ni con un tiro de veinte mulas. Dijo que, antes de ir él, tendría que ver muertos a todos y cada uno de los hijos de puta; dijo que le importaban tres cojones las medallas con que lo habían condecorado y, para demostrar que hablaba en serio, se las arrancó y las tiró por la ventanilla; dijo que, si volvía a verse alguna vez en una trinchera con un oficial, le dispararía por la espalda como a un perro sarnoso, y que eso iba también por el general Pershing o cualquier otro general. Dijo muchas más cosas, con algunas blasfemias que había aprendido al otro lado del charco, y nadie abrió el pico para contradecirle. Y, cuando acabó, tuve la impresión por primera vez de que había habido una guerra y de que el hombre a quien oía había estado en ella y de que, a pesar de su valentía, la guerra lo había convertido en un cobarde, y de que si llegara a matar otra vez, sería con toda lucidez y a sangre fría, y nadie tendría agallas para enviarlo a la silla eléctrica, porque había cumplido con su deber para con sus semejantes, que consistía en negar sus instintos sagrados, así que todo era justo y correcto, porque un crimen lava otro en nombre de Dios, patria y humanidad, la paz sea con todos vosotros. Y la segunda vez que experimenté la realidad de la guerra fue cuando el ex sargento Griswold, uno de nuestros repartidores nocturnos, perdió los estribos e hizo añicos la oficina de una de las estaciones de ferrocarril. Me lo enviaron para que lo despidiera, pero no tuve valor para echarlo. Había realizado una destrucción tan bella, que más que nada sentí deseos de abrazarlo y estrecharlo; lo único que deseaba con toda el alma era que subiese al piso vigésimo quinto o dondequiera que tuviesen sus despachos el presidente y los vicepresidentes y acabara con toda la maldita pandilla. Pero en nombre de la disciplina, y para representar hasta el final aquella farsa asquerosa, tenía que hacer algo para castigarlo o me castigarían a mí, si no; y, como no se me ocurría un castigo más leve, le quité el trabajo a comisión y lo dejé con el salario fijo. Se lo tomó bastante a mal, por no comprender exactamente cuál era mi posición, si a favor o en contra de él, así que pronto recibí una carta suya en la que me decía que me iba a hacer una visita dentro de un día o dos y que más me valía que me anduviera con cuidado porque me iba a arrancar el pellejo. Decía que se presentaría después de las horas de trabajo y que, si tenía miedo, más me valía tener por allí algunos guardaespaldas para protegerme. Yo sabía que hablaba en serio y me entró bastante tembleque, cuando dejé la carta sobre la mesa. Sin embargo, lo esperé solo, pues consideré que sería todavía más cobarde pedir protección. Fue una experiencia extraña. En cuanto me puso la vista encima, debió de advertir que, si yo era un hijo de puta y un hipócrita mentiroso y asqueroso, como me llamaba en su carta, era porque él era lo que era, es decir, no mucho mejor. Debió de comprender inmediatamente que los dos estábamos en el mismo barco y que el maldito barco estaba haciendo agua por todas partes. Vi que algo así le pasaba por la cabeza al avanzar hacia mí, por fuera

Librodot

todavía furioso, todavía echando espuma por la boca, pero por dentro completamente apagado, blando y fofo. Por mi parte, el miedo que sentía se había esfumado en el momento en que lo vi entrar. El simple hecho de estar allí tranquilo y solo, de ser menos fuerte, menos *capaz* de defenderme, me daba ventaja. Y no es que yo quisiera tener ventaja sobre él. Pero la situación había tomado ese cariz y, naturalmente, lo aproveché. En el momento en que se sentó, se ablandó como masilla.

Ya no era un hombre, sino sólo un niño grande. Debe de haber habido millones como él, niños grandes con ametralladoras que podían aniquilar regimientos enteros sin pestañear; pero de regreso en las trincheras del trabajo, sin un arma, sin un enemigo claro y visible, estaban tan desamparados como hormigas. La comida y el alquiler —eso era lo único por lo que luchar—, pero no había forma, forma clara y visible, de luchar por ello. Era como ver un ejército fuerte y bien equipado, capaz de vencer lo que se pusiera por delante y que, sin embargo, recibiese cada día la orden de retirarse, de retirarse y retirarse y retirarse porque eso era lo más indicado estratégicamente, aun cuando significara perder terreno, perder cañones, perder munición, perder víveres, perder sueño, perder valor, y perder la propia vida, por último. Dondequiera que hubiese hombres luchando por la comida y el alquiler, se producía esa retirada, en la niebla, en la oscuridad, sin otra razón que la de que era lo más indicado estratégicamente. Luchar era fácil, pero luchar por la comida y el alquiler era como luchar con un ejército de fantasmas. Lo único que podías hacer era retirarte, y mientras te retirabas veías morir a tus propios hermanos, uno tras otro, silenciosa, misteriosamente, en la niebla, en la oscuridad, y no había nada que hacer. Estaba tan confuso, tan perplejo, tan irremediablemente aturdido y vencido, que apoyó la cabeza en los brazos y lloró sobre mi escritorio. Y mientras está sollozando así, suena el teléfono de repente y es el despacho del vicepresidente —nunca el vicepresidente en persona, siempre *su despacho*— y quieren ver despedido inmediatamente a ese tal Griswold, y yo digo: «¡Sí, señor!», y cuelgo. No le digo nada de eso a Griswold, pero lo acompaño a su casa y ceno con él y con su esposa y sus chicos. Y cuando le dejo, me digo que, si tengo que despedir a ese tipo, alguien va a pagarlo... y, en cualquier caso, quiero saber primero de dónde procede la orden y por qué. Y por la mañana, acalorado y malhumorado, me dirijo directamente al despacho del vicepresidente y digo que quiero hablar con el vicepresidente en persona y le pregunto: «¿Ha sido usted quien ha dado la orden? ¿Y por qué?» Y, antes de que tenga ocasión de negarlo, o de explicar sus razones, le tiro un directo donde no le gusta y no puede encajarlo —«y si no le gusta, señor Twilldilliger, puede usted quedarse con el puesto, mi puesto y el de él, y metérselo en el culo»— y acto seguido me marcho y le dejo con la palabra en la boca. Vuelvo al matadero y me pongo a trabajar como de costumbre. Desde luego, espero que antes de acabar el día me despidan. Pero nada de eso. No, para mi asombro, recibo una llamada del director general para decirme que tenga calma, que me tranquilice un poco, sí, serénese, no se precipite, vamos a examinar el asunto, *etc.* Supongo que todavía estarán examinándolo porque Griswold siguió trabajando como siempre: de hecho, lo ascendieron incluso a la categoría de oficinista, lo que fue una faena también, porque de oficinista ganaba menos que de repartidor, pero su orgullo quedó a salvo e indudablemente aquello le bajó un poco los humos. Pero eso es lo que le ocurre a un tipo, cuando sólo es un héroe en sueños. A no ser que la

pesadilla sea lo suficientemente fuerte como para despertarte, sigues retrocediendo, y o bien acabas ante un tribunal o de vicepresidente. En cualquier caso es lo mismo, un lío de la hostia, una farsa, un fiasco del principio al fin. Lo sé porque lo viví, y desperté. Y, cuando desperté, me marché. Me marché por la misma puerta por la que había entrado... sin siquiera decir: «¡Con permiso, señor!»

Las cosas suceden instantáneamente, pero primero hay que pasar por un largo proceso. Lo que percibes, cuando ocurre algo, es la explosión, y un segundo antes la chispa. Pero todo sucede de acuerdo con una ley... y con el consentimiento pleno y la colaboración del cosmos entero. Antes de que pudiera alzarme y explotar, había que preparar la bomba adecuadamente, había que cebarla apropiadamente. Después de poner las cosas en orden para los cabrones de arriba, tuvieron que hacerme tragar el orgullo, tuvieron que enviarme a patadas de un lado para otro como un balón, tuvieron que pisotearme, aplastarme, humillarme, encadenarme, maniatarme, reducirme a la impotencia como a un calzonazos. Nunca en mi vida he deseado tener amigos, pero en aquel período particular parecían brotar a mi alrededor como hongos. Nunca tenía un momento de tranquilidad. Si iba a casa por la noche con la esperanza de descansar, había alguien esperándome. A veces era una pandilla la que me esperaba y parecía darles igual que llegara o no. Cada grupo de amigos que hacía despreciaba al otro. Stanley, por ejemplo, despreciaba a todos. También Ulric se mostraba bastante desdeñoso hacia los otros. Acababa de regresar de Europa después de una ausencia de varios años. No nos habíamos visto mucho desde la infancia hasta un día en que, por pura casualidad, nos encontramos en la calle. Aquél fue un día importante porque me abrió un mundo nuevo, un mundo con el que había soñado a menudo pero que nunca había tenido esperanzas de ver. Recuerdo vivamente que estábamos parados en la esquina de la Sexta Avenida con la Calle 49 hacia el atardecer. Lo recuerdo porque parecía completamente absurdo estar escuchando a un hombre hablar del Monte Etna y el Vesubio y Capri y Pompeya y Marruecos y París en la esquina de la Sexta Avenida y la Calle 49, Manhattan. Recuerdo la forma como miraba a su alrededor mientras hablaba, como alguien que no había comprendido del todo dónde se había metido, pero que intuía vagamente que había cometido un error horrible al regresar. Sus ojos parecían decir todo el tiempo: «Esto no tiene valor, ni el más mínimo valor.» Sin embargo, no decía eso, sino simplemente esto: «¡Estoy seguro de que te gustaría! ¡Estoy seguro de que es el lugar para ti!» Cuando se separó de mí, me sentía aturdido. El tiempo que pasó hasta que volví a verlo me pareció una eternidad. Quería volver a oírlo todo, hasta los más pequeños detalles. Nada de lo que había oído o leído sobre Europa parecía igualar a aquella entusiasta descripción de labios de mi amigo. Me parecía tanto más milagroso cuanto que los dos procedíamos del mismo ambiente. Él lo había conseguido porque tenía amigos ricos... y porque sabía ahorrar su dinero. Yo nunca había conocido a nadie que fuera rico, que hubiese viajado, que tuviera dinero en el banco. Todos mis amigos eran como yo, vivían al día, y nunca pensaban en el futuro. O'Mara, sí, había viajado un poco, casi por todo el mundo... Pero de vagabundo, o bien en el ejército, lo que era incluso peor que ser un vagabundo. Mi amigo Ulric fue el primer conocido mío del que podía decir de verdad que había viajado. Y sabía hablar de sus experiencias.

Librodot

A consecuencia de aquel encuentro fortuito en la calle, nos vimos con frecuencia durante un período de varios meses. Solía venir a buscarme por la noche después de cenar y nos íbamos a pasear por el parque cercano. ¡Qué sed tenía yo! Cualquier detalle, por pequeño que fuese, sobre el otro mundo me fascinaba. Aún hoy, muchos años después, aún hoy que conozco París como la palma de la mano, su descripción de París sigue ante mis ojos, todavía vívida, todavía real. A veces, después de que haya llovido, al recorrer la ciudad a toda velocidad en un taxi, tengo vislumbres fugaces de aquel París que describía; simples instantáneas efímeras, como al pasar por las Tullerías, quizás, o un vislumbre de Montmartre, o del Sacre Coeur, a través de la rue Lafitte, con los últimos colores del atardecer. ¡*Un simple muchacho de Brooklin*! Esa era la expresión que usaba a veces, cuando sentía vergüenza de su incapacidad para expresarse con mayor propiedad. Y yo también era un simple muchacho de Brooklin, es decir, uno de los últimos y más insignificantes de los hombres. Pero, en mis vagabundeos, codeándome con el mundo, raras veces encuentro a alguien que sea capaz de describir con tanto amor y fidelidad lo que ha visto y sentido. A aquellas noches en Prospect Park con mi antiguo amigo Ulric debo, más que a nada, estar hoy aquí. Todavía no he visto la mayoría de los lugares que me describió; algunos quizá no los vea nunca. Pero viven dentro de mí, cálidos y vívidos, tal como los creó en nuestros paseos por el parque.

Entretejidos con su charla sobre el otro mundo iban el cuerpo entero y la textura de la obra de Lawrence. Con frecuencia, mucho después de que se hubiera vaciado el parque, seguíamos sentados en un banco discutiendo la naturaleza de las ideas de Lawrence. Al rememorar ahora aquellas discusiones, veo claramente hasta qué punto estaba confuso, hasta qué punto ignoraba lastimosamente el auténtico significado de las palabras de Lawrence. Si las hubiera entendido realmente, mi vida nunca habría podido tomar el rumbo que siguió. La mayoría de nosotros vivimos la mayor parte de nuestras vidas sumergidos. Desde luego, en mi caso, puedo decir que hasta que no abandoné América no subí a la superficie. Quizás América no tuviera nada que ver con ello, pero el caso es que no abrí los ojos de par en par hasta que no pisé París. Y tal vez fuera así sólo porque había renunciado a América, había renunciado a mi pasado.

Mi amigo Kronski solía burlarse de mis «euforias». Era su forma indirecta de recordarme, cuando estaba extraordinariamente alegre, que el día siguiente me encontraría deprimido. Era cierto. Sólo tenía altibajos. Largos períodos de abatimiento y melancolía seguidos de extravagantes estallidos de júbilo, de inspiración parecida al estado de trance. Nunca un nivel en que fuera yo mismo. Parece extraño decirlo, pero nunca era yo mismo. Era o bien anónimo o bien la persona llamada Henry Miller elevada a la *enésima* potencia. En este último talante, por ejemplo, podía contar a Hymie todo un libro, mientras íbamos en el tranvía, a Hymie, que nunca sospechó que yo fuera otra cosa que un buen jefe de personal. Parece que estoy viendo sus ojos ahora, mirándome una noche en que estaba en uno de mis estados de «euforia». Habíamos cogido el tranvía en el puente de Brooklin para ir a un piso en Greenpoint donde nos esperaban un par de fulanas. Hymie había empezado a hablarme, como de costumbre, de los ovarios de su mujer. En primer lugar, no sabía con precisión lo que eran los ovarios, así que estaba explicándoselo de forma cruda y simple. De repente,

Librodot

en plena explicación, me pareció tan profundamente trágico y ridículo que Hymie no supiera lo que eran los ovarios, que me sentí borracho, tan borracho como si me hubiese tomado un litro de whisky. De la idea de los ovarios enfermos germinó con la velocidad de un relámpago una especie de vegetación tropical compuesta del más heterogéneo surtido de baratillo, en medio del cual se encontraban instalados, seguros y tenaces, por decirlo así, Dante y Shakespeare. En el mismo instante recordé también de repente la cadena de mis propios pensamientos que había comenzado hacia la mitad del Puente de Brooklin y que la palabra «ovarios» había interrumpido de improviso. Comprendí que todo lo que Hymie había dicho hasta la palabra «ovarios», había pasado por mí como arena por un tamiz. Lo que había comenzado en medio del puente de Brooklin era lo que había comenzado una y mil veces en el pasado, generalmente cuando me dirigía a la tienda de mi padre, cosa que se producía un día tras otro como en trance. En resumen, lo que había comenzado era un libro de horas, del tedio y la monotonía de mi vida en medio de una actividad feroz. Hacía años que no pensaba en aquel libro que solía escribir cada día en el trayecto de Delancey Street a Murray Hill. Pero, al pasar por el puente con la puesta de sol y los rascacielos brillando como cadáveres fosforescentes, sobrevino el recuerdo del pasado... el recuerdo de ir y venir por el puente, de ir a un trabajo que era la muerte, de regresar a un hogar que era un depósito de cadáveres, de recitar de memoria *Fausto* al tiempo que miraba el cementerio allí abajo, de escupir al cementerio desde el tren elevado, el mismo guarda en el andén cada día, un imbécil, y los otros imbéciles leyendo sus periódicos, nuevos rascacielos en construcción, nuevas tumbas en las que trabajar y morir, los barcos que pasaban por abajo, la Fall River Line, la Albany Day Line, por qué voy a trabajar, qué voy a hacer esta noche, cómo podría meterle mano en el cálido coño a la gachí de al lado, escapa y hazte vaquero, prueba la suerte en Alaska, las minas de oro, apéate y da la vuelta, no te mueras todavía, espera un día más, un golpe de suerte, el río, acaba con todo de una vez, hacia abajo, hacia abajo, como un sacacorchos, la cabeza y los hombros en el fango, las piernas libres, los peces vendrán a morder, mañana una vida nueva, dónde, en cualquier parte, por qué empezar de nuevo, en todas partes lo mismo, la muerte, la muerte es la solución, pero no te mueras todavía, espera un día más, un golpe de suerte, una cara nueva, un nuevo amigo, millones de oportunidades, eres muy joven todavía, estás melancólico, no mueras todavía, espera un día más, un golpe de suerte, a tomar por culo de todos modos, y así sucesivamente por el puente dentro de la jaula de cristal, todos apiñados, gusanos, hormigas, saliendo a rastras de un árbol muerto y sus pensamientos saliendo también a rastras... Quizá, por encontrarme allí arriba entre las dos orillas, suspendido por encima del tráfico, por encima de la vida y de la muerte, con las altas tumbas a cada lado, tumbas que resplandecían con la moribunda luz del ocaso, y el río corriendo indiferente, corriendo como el tiempo mismo, quizá cada vez que pasaba por allí arriba algo tiraba de mí, me instaba a asimilarlo, a darme a conocer; el caso es que cada vez que pasaba por allí arriba estaba verdaderamente solo, y siempre que ocurría eso empezaba a escribirse el libro, gritando las cosas que nunca había revelado, los pensamientos que nunca había expresado, las conversaciones que nunca había sostenido, las esperanzas, los sueños, las ilusiones que nunca había confesado. De modo, que, si aquél era el yo auténtico, era, maravilloso, y, lo que es más, no

Librodot

parecía cambiar nunca, sino reanudar el hilo a partir de la última interrupción, continuar en la misma vena, una vena que había descubierto cuando, siendo niño, salí a la calle solo por primera vez, y allí, en el sucio hielo del arroyo, yacía un gato muerto, la primera vez que había mirado la muerte y había comprendido lo que era. Desde aquel momento supe lo que era estar aislado: cada objeto, cada ser vivo y cada cosa llevaba su existencia independiente. También mis pensamientos llevaban una existencia independiente. De repente, al mirar a Hymie y pensar en aquella extraña palabra, «ovarios», más extraña en aquel momento que cualquier otra de mi vocabulario, aquella sensación de aislamiento glacial se apoderó de mí y Hymie, que estaba sentado a mi lado, era un sapo, un sapo enteramente, y nada más. Me veía saltando del puente de cabeza al fango primigenio, con las piernas libres y esperando un mordisco; así se había zambullido Satán a través de los cielos, a través del sólido núcleo de la tierra, el más oscuro, denso y caliente foso del infierno. Me veía caminando por el Desierto de Mojave y el hombre que tenía a mi lado estaba esperando la caída de la noche para lanzarse sobre mí y matarme. Me veía caminando de nuevo por el País de los Sueños y un hombre iba caminando por encima de mí sobre una cuerda floja y por encima de él iba sentado un hombre en un aeroplano escribiendo letras de humo en el cielo. La mujer cogida a mi brazo estaba embarazada y dentro de seis o siete años la cosa que llevaba en su seno sabría leer las letras del cielo y lo que fuera, varón, hembra o cosa, sabría qué era un cigarrillo, quizás una cajetilla diaria. En la matriz se formaban uñas en cada dedo de las manos y de los pies; podías detenerte ahí, en una uña del pie, la más pequeña uña del pie imaginable y podías romperte la cabeza intentando explicártelo. A un lado del registro se encuentran los libros que el hombre ha escrito, que contienen tal mezcolanza de sabiduría y disparates, de verdad y falsedad que, aunque llegara uno a edad tan avanzada como Matusalén, no podría desembrollar el enredo; al otro lado del registro, cosas como uñas de pies, cabello, dientes, sangre, *ovarios,* si lo deseáis, todas incalculables, todas escritas en otro tipo de tinta, en otra escritura, una escritura incomprensible, indescifrable. Los ojos del sapo estaban fijos en mí como dos botones de cuello metidos en grasa fría; estaban metidos en el sudor frío del fango primigenio. Cada botón era un ovario que se había despegado, una ilustración sacada del diccionario sin necesidad de elucubración; cada ovario abotonado, deslustrado en la fría grasa amarilla del globo del ojo, producía un escalofrío subterráneo, la pista de patinaje del infierno en que los hombres se encontraban patas arriba sobre el hielo, con las piernas libres y esperando un mordisco. Por allí se paseaba Dante a solas, agobiado por el peso de su visión, atravesando círculos infinitos que avanzaban gradualmente hacia el cielo, para quedar entronizado en su obra. Allí Shakespeare, con semblante sereno, caía en el ensueño insondable de la exaltación para resurgir en forma de elegantes tomos en cuarto e insinuaciones. Una glauca escarcha de incomprensión barrida por explosiones de risa. El centro del ojo del sapo irradiaba nítidos rayos blancos de lucidez diáfana que no debían anotarse ni clasificarse en categorías, que no debían contarse ni definirse, sino que giraban ciegamente en una mutación caleidoscópica. Hymie, el sapo, era la patata ovárica, engendrada en el paso elevado entre dos orillas: para él se habían construido los rascacielos, se había destrozado la selva, se había asesinado a los indios, se había exterminado a los búfalos; para él se habían unido las ciudades

Librodot

gemelas mediante el Puente de Brooklin, se habían bajado las compuertas, se habían tendido los cables de una torre a otra; para él se sentaban hombres patas arriba en el cielo a escribir palabras con fuego y humo; para él se inventaron los anestésicos y el fórceps y el gran Bertha que podía destruir lo que el ojo no podía ver; para él se descompuso la molécula y se reveló que el átomo carecía de sustancia; para él se escudriñaban cada noche las estrellas con telescopios y se fotografiaban mundos nacientes en el acto de la gestación; para él se redujeron a la nada las barreras del tiempo y del espacio y los sumos sacerdotes del cosmos desposeído explicaron irrefutable e indiscutiblemente cualquier clase de movimiento, ya se tratara del vuelo de las aves o de la revolución de los planetas. Luego, en el medio del puente, por ejemplo, en medio de un paseo, en el medio siempre, ya fuera de un libro, una conversación, o del acto de amor, volvía a tomar conciencia de que nunca había hecho lo que quería y por no haber hecho lo que quería se desarrolló dentro de mí esa creación que no era sino una planta obsesiva, una especie de vegetación coralina, que estaba expropiando todo, incluida la propia vida, hasta que la propia vida se convirtió en lo que se negaba, pero que se imponía, creando vida y matándola al mismo tiempo. La veía persistir después de la muerte, como el cabello que crece en un cadáver, y, aunque la gente hable de «muerte», el cabello sigue dando testimonio de la vida, y, al final, no hay muerte, sino esa vida del cabello y las uñas, y, aunque haya desaparecido el cuerpo y el espíritu se haya extinguido, en la muerte sigue algo vivo, expropiando el espacio, causando el tiempo, creando un movimiento infinito. Podía suceder gracias al amor, o a la pena, o al hecho de nacer con un pie deforme; la causa no era nada, el acontecimiento lo era todo. *En el principio era el Verbo...* Fuera lo que fuese, *el Verbo,* enfermedad o creación, seguía su curso desenfrenado; seguiría infinitamente, sobrepasaría el tiempo y el espacio, duraría más que los ángeles, destronaría a Dios, desengancharía el Universo. Cualquier palabra contenía todas las palabras... para quien hubiera llegado al desprendimiento gracias al amor o a la pena o a la causa que fuese. En cada palabra la corriente regresaba hasta el principio perdido y que nunca volvería a encontrar, ya que no había ni principio ni fin, sino sólo lo que se expresaba en el principio y en el fin. Así transcurría en el tranvía ovárico aquel viaje del hombre y el sapo formados de la misma sustancia, ni mejores ni peores que Dante pero infinitamente diferentes, uno que no sabía el significado exacto de nada, el otro que sabía con demasiada exactitud el significado de todo, y, por tanto, perdidos y confusos ambos a través de principios y fines, para acabar, por último, transportados hasta Java o India Street, Greenpoint, donde les harían entrar de nuevo en la llamada corriente de la vida un par de golfas de serrín, con los ovarios crispados, de la conocida variedad de los gasterópodos. Lo que ahora me parece la prueba más maravillosa de mi aptitud o ineptitud para con los tiempos es el hecho de que nada de lo que la gente escribía o hablaba tenía el menor interés para mí. Lo único que me obsesionaba era el objeto, la *cosa* separada, desprendida, insignificante. Podía ser una parte de un cuerpo humano o una escalera de un teatro de variedades; podía ser una chimenea o un botón que hubiera encontrado en el arroyo. Fuera lo que fuese, me permitía abrirme, entregarme, poner mi firma. Estaba tan claramente fuera de su mundo como un caníbal de los límites de la sociedad civilizada. Estaba henchido de un amor perverso hacia la cosa en sí: no un apego filosófico, sino un hambre apasionada,

Librodot

desesperadamente apasionada, como si la *cosa* desechada, sin valor, que todo el mundo pasaba por alto, encerrase el secreto de mi regeneración.

Viviendo en un mundo en que había una plétora de lo nuevo, me apegaba a lo viejo. En cada objeto había una partícula minúscula que me llamaba la atención de modo especial. Yo tenía un ojo microscópico para la mancha, para la vena de fealdad que para mí constituía la única belleza del objeto. Me atraía y apreciaba lo que distinguía al objeto, o lo volvía inservible, o lo databa, fuera lo que fuese. Si eso era perverso, también era sano, si consideramos que yo no estaba destinado a pertenecer a ese mundo que estaba surgiendo a mi alrededor. Pronto también yo me convertí en algo parecido a aquellos objetos que veneraba, en algo aparte, en un miembro inútil de la sociedad. Estaba claramente anticuado, no había duda. Y, sin embargo, era capaz de divertir, de instruir, de alimentar, pero nunca de verme aceptado, de modo auténtico. Cuando lo deseaba, cuando se me antojaba, podía elegir a un hombre cualquiera, de cualquier estrato de la sociedad y hacer que me escuchase. Podía tenerlo hechizado, si lo deseaba, pero, como un mago, o un hechicero, sólo mientras el espíritu permaneciera en mí. En el fondo, sentía en los demás una desconfianza, un desasosiego, un antagonismo que, por ser instintivo, era irremediable. Debería haber sido un payaso; eso me habría permitido la más amplia gama de expresión. Pero yo subestimaba esa profesión. Si me hubiera hecho payaso, o incluso animador de variedades, habría sido famoso. La gente me habría apreciado precisamente porque no me habría entendido; pero habría entendido que no había que entenderme. Eso habría sido un alivio, como mínimo.

Siempre me asombraba la facilidad con que la gente se enfurecía con sólo oírme hablar. Quizá mi forma de hablar fuera algo extravagante, si bien ocurría con frecuencia cuando hacía los mayores esfuerzos para contenerme. El giro de una frase, la elección de un adjetivo desafortunado, la facilidad con que las palabras salían de mis labios, las alusiones a temas que eran tabú: todo conspiraba para señalarme como un proscrito, como un enemigo para la sociedad. Por bien que empezaran las cosas, tarde o temprano me descubrían. Si me mostraba modesto y humilde, por ejemplo, en ese caso resultaba demasiado modesto, demasiado humilde. Si me mostraba alegre y espontáneo, audaz y temerario, en ese caso resultaba demasiado franco, demasiado alegre. Nunca conseguía estar del todo a*u point* con el individuo con quien estuviera hablando. Si no era una cuestión de vida o muerte —todo era una cuestión de vida o muerte para mí entonces—, si simplemente se trataba de pasar una velada agradable en casa de algún conocido, sucedía lo mismo. Emanaban de mí vibraciones, alusiones y matices, que cargaban la atmósfera desagradablemente. Podía ser que se hubieran divertido durante toda la velada con mis historias, podía ser que les hubiese hecho desternillarse de risa, como ocurría a menudo, y todo parecía augurar lo mejor. Pero, tan fatalmente como el destino, tenía que ocurrir algo antes de que concluyera la velada, una vibración se soltaba y hacía sonar la araña o recordaba a algún alma sensible el orinal de debajo de la cama. Aun antes de que hubieran dejado de reír, empezaba a hacer sentir sus efectos del veneno. «Esperamos volverlo a ver un día de éstos», decían, pero la mano húmeda y fláccida que tendían desmentía las palabras.

Personna non grata! ¡Joder, qué claro lo veo ahora! No había dónde escoger: tenía que tomar lo que había a mano y aprender a apreciarlo. Tenía que aprender a vivir con la escoria, a nadar como una rata de alcantarilla o

Librodot

ahogarme. Si optas por incorporarte al rebaño, eres inmune. Para que te acepten y te aprecien, tienes que anularte, volverte indistinguible del rebaño. Puedes soñar, si sueñas lo mismo que él. Pero si sueñas algo diferente, no estás en América, no eres un americano de América, sino un hotentote de África, o un calmuco, o un chimpancé. En cuanto tienes ideas «diferentes», dejas de ser americano. Y en cuanto te vuelves algo diferente, te encuentras en Alaska o en la Isla de Pascua o en Islandia.

¿Digo esto con rencor, con envidia, con mala intención? Quizá. Quizá. Siento no haber podido llegar a ser americano. Quizá. Con mi fervor actual, que es también *americano,* estoy a punto de dar a luz a un edificio monstruoso, un rascacielos, que indudablemente durará hasta mucho después de que hayan desaparecido los demás rascacielos, pero que desaparecerá también cuando lo que lo produjo desaparezca. Todo lo americano desaparecerá algún día, más completamente que lo griego, o lo romano, o lo egipcio. Esta es *una* de las ideas que me hizo salir de la cálida y cómoda corriente sanguínea en que en un tiempo pastábamos en paz todos como búfalos. Una idea que me ha causado pena infinita, pues no pertenecer a algo duradero es la peor de las agonías. Pero no soy un búfalo ni deseo serlo. Ni siquiera soy un *búfalo espiritual.* Me he escabullido para reincorporarme a una corriente de conciencia más antigua, una raza anterior a la de los búfalos, una raza que sobrevivirá al búfalo.

Todas las cosas, todos los objetos animados o inanimados que son *diferentes* están veteados de rasgos indelebles. Lo que yo soy es indeleble, porque es diferente. Esto es un rascacielos, como he dicho, pero es *diferente* de los rascacielos habituales *a l'américaine.* En este rascacielos no hay ascensores ni ventanas del piso setenta y tres desde las que tirarse. Si te cansas de subir, es que estás de malas. No hay directorio en el vestíbulo principal. Si buscas a alguien, tendrás que buscar. Si quieres una bebida, tendrás que salir a buscarla; no hay despacho de bebidas en este edificio ni estancos ni cabinas telefónicas. ¡Todos los demás rascacielos tienen lo que desees! Este sólo contiene lo que *yo* deseo, lo que a mí me gusta. Y en algún lugar de este rascacielo está Valeska, y ya llegaremos a ella cuando el ánimo me mueva a hacerlo. Por el momento se encuentra bien, Valeska, teniendo en cuenta que está a dos metros bajo tierra y a estas alturas quizá completamente agujereada por los gusanos. Cuando existía en carne y hueso, también estaba agujereada por los gusanos humanos, que no tienen respeto a nada que tenga un tono diferente, un olor diferente.

Lo triste en el caso de Valeska era que tenía sangre negra en las venas. Era deprimente para todos los que la rodeaban. Te hacía advertirlo, quisieras o no. La sangre negra, como digo, y el hecho de que su madre fuese una ramera. La madre era blanca, naturalmente. Quien fuera el padre nadie lo sabía, ni siquiera la propia Valeska.

Todo iba de primera hasta el día en que a un entrometido judío de la oficina del vicepresidente le dio por espiarla. Se sintió horrorizado, según me comunicó confidencialmente, ante la idea de que yo hubiera contratado como secretaria mía a una negra. Por la forma como hablaba parecía que pudiese contaminar a los repartidores. El día siguiente me llamaron la atención. Era exactamente como si hubiera cometido un sacrilegio. Desde luego, fingí no haber observado nada extraño en ella, excepto que era extraordinariamente inteligente y competente. Por último, el presidente en persona tomó cartas en el asunto. Celebró una entrevista con ella en la que

muy diplomáticamente propuso darle un puesto mejor en La Habana. No dijo nada de la mácula del color. Simplemente, que sus servicios habían sido extraordi- narios y que les gustaría ascenderla... a La Habana. Valeska volvió a la oficina hecha una furia. Cuando estaba furiosa, era magnífica. Dijo que no se movería de allí. Steve Romero y Hymie estaban presentes y fuimos a cenar juntos. Durante la noche nos pusimos un poco piripis y a Valeska se le soltó la lengua. Camino de casa me dijo que no se iba a dar por vencida; quería saber si eso pondría en peligro mi empleo. Le dije tranquilamente que, si la despedían, yo también me iría. Hizo como que no me creía al principio. Le dije que hablaba en serio, que no me importaba lo que ocurriera. Pareció exageradamente impresionada; me cogió las dos manos y las retuvo muy cariñosamente, mientras las lágrimas le caían por las mejillas.

Aquello fue el comienzo de la historia. Creo que fue el día siguiente mismo cuando le pasé una nota en la que decía que estaba loco por ella. Leyó la nota sentada enfrente de mí y, cuando acabó, me miró directamente a los ojos y dijo que no lo creía. Pero volvimos a ir a cenar aquella noche y tomamos más copas y bailamos y, mientras bailábamos, se apretaba contra mí lascivamente. Quiso la suerte que fuera la época en que mi mujer se disponía a abortar otra vez. Se lo estaba contando a Valeska, mientras bailábamos. Camino de casa, dijo de repente: «¿Me dejas que te preste cien dólares?» La noche siguiente la llevé a cenar a casa para que le entregara los cien dólares a mi mujer. Me asombró lo bien que se llevaban las dos. Antes de que acabase la velada, quedamos en que Valeska vendría a casa el día del aborto para cuidar a la niña. Llegó el día y di permiso por la tarde a Valeska. Aproximadamente una hora después de que se hubiera marchado, decidí de repente tomarme la tarde libre también. Me dirigí al teatro de la Calle 14, donde ponían una revista. Cuando me faltaba una manzana para llegar al teatro, cambié de idea de pronto. Sencillamente, pensé que, si pasaba algo —si mi mujer la diñaba—, me remordería la conciencia por haber pasado la tarde viendo una revista. Paseé un poco, entré y salí vanas veces de la sala de juegos y después me dirigí a casa.

Es extraño cómo salen las cosas. Estaba intentando distraer a la niña, cuando recordé de repente un truco que mi abuelo me había enseñado, cuando yo era niño. Coger las fichas de dominó y hacer acorazados altos con ellas; después tirar despacito del mantel sobre el que flotan los acorazados hasta que llegue al borde de la mesa, momento en que das un rápido tirón repentino y caen al suelo. Repetimos el juego una y mil veces, los tres, hasta que a la niña le entró tanto sueño, que se fue tambaleándose a la habitación de al lado y se quedó dormida. Las fichas estaban tiradas por el suelo y el mantel también. De pronto, sin saber cómo, Valeska estaba reclinada contra la mesa, metiéndome la lengua hasta la garganta y yo le estaba metiendo mano entre las piernas. Al tumbarla sobre la mesa, me enroscó con las piernas. Sentí una de las fichas bajo el pie, parte de la flota que habíamos destruido una docena de veces o más. Pensé en mi abuelo sentado en el banco, en cómo había advertido a mi madre un día que yo era demasiado joven para leer tanto, en su mirada pensativa mientras apretaba la plancha caliente contra la costura húmeda de una chaqueta; pensé en el ataque de los Rough Riders contra San Juan Hill, en la imagen de Teddy cargando a la cabeza de sus voluntarios que aparecía en el voluminoso libro que solía yo leer junto a su banco; pensé en el acorazado Maine que flotaba sobre mi cama en el cuartito de la ventana enrejada, y en el almirante Sewey y en

Librodot

Schley y en Sansón; pensé en el viaje a los astilleros que nunca llegué a hacer porque en camino mi padre recordó de repente que teníamos que ir a ver al médico aquella tarde y, cuando salí de la consulta del médico, había perdido las amígdalas y la fe en los seres humanos... Apenas habíamos acabado, cuando sonó el timbre y era mi mujer que volvía del matadero. Todavía iba abrochándome la bragueta, cuando atravesé el vestíbulo para abrir la puerta. Venía blanca como la cal. Parecía como si no fuera a poder pasar nunca más por otro trance semejante. La acostamos y después recogimos las fichas de dominó y volvimos a colocar el mantel sobre la mesa. La otra noche en un *bistrot,* yendo hacia el retrete, pasé por casualidad por delante de dos viejos que jugaban al dominó. Tuve que detenerme un momento y coger una ficha. Al sentirla en la mano, recordé inmediatamente los acorazados, el ruido que hacían al caer al suelo. Y, con los acorazados, la pérdida de las amígdalas y de mi fe en los seres humanos. De modo que, cada vez que pasaba por el Puente de Brooklin y miraba hacia abajo, hacia los astilleros, tenía la impresión de que se me caían las tripas. Allí arriba, suspendido entre las orillas, tenía siempre la impresión de estar colgado sobre un vacío; allí arriba todo lo que me había ocurrido alguna vez parecía irreal, y peor que eso: *innecesario.* En lugar de unirme a la vida, a los hombres, a la actividad de los hombres, el puente parecía romper todos los vínculos. Daba igual que me dirigiera hacia una orilla o hacia la otra: a ambos lados estaba el infierno. Sin saber cómo, había conseguido romper mi vinculación con el mundo que estaban creando las manos y las mentes humanas. Quizás estuviera en lo cierto mi abuelo, tal vez me hubiesen echado a perder desde el principio los libros que leía. Pero hace siglos que los libros no me llaman la atención. Hace ya mucho tiempo que casi he dejado de leer. Pero el vicio persiste. Ahora las personas son libros para mí. Las leo desde la primera página hasta la última y después las dejo de lado. Las devoro, una tras otra. Y cuanto *más* leo, más insaciable me vuelvo. No podía haber fin, y no lo hubo, hasta que no empezara a formarse dentro de mí un puente que me volviese a unir a la corriente de la vida, de la que me habían separado siendo niño.

Una sensación terrible de desolación se cernió sobre mí durante años. Si creyera en los astros, tendría que creer en que estaba completamente sometido al dominio de Saturno. Todo lo que me sucedió ocurrió demasiado tarde como para significar mucho para mí. Así ocurrió incluso con mi nacimiento. Estaba previsto para Navidad, pero nací con un retraso de media hora. Siempre me pareció que estaba destinado a ser la clase de individuo que se está destinado a ser por haber nacido el 25 de diciembre. El almirante Dewey nació ese día y también Jesucristo... quizá también Krishnamurti, que yo sepa. El caso es que me retuvo en sus garras como un pulpo, salí con otra configuración: en otras palabras, con una disposición desfavorable. Dicen —me refiero a los astrólogos— que las cosas irán mejorando para mí con el paso del tiempo; de hecho, el futuro ha de ser bastante espléndido. Pero, ¿qué me importa el futuro? Habría sido mejor que mi madre hubiera tropezado en la escalera la mañana del 25 de diciembre y se hubiese roto el pescuezo: ¡eso me habría proporcionado un buen comienzo! Así, pues, cuando intento pensar dónde se produjo la ruptura, voy retrocediendo cada vez más, hasta que no queda más remedio que explicarla por el retraso en la hora de nacimiento. Hasta mi madre, con su lengua viperina, pareció entenderlo en cierto modo. «¡Siempre a remolque, como la

Librodot

cola de una vaca!»: así era como me caracterizaba. Pero, ¿acaso es culpa mía que me retuviera encerrado en su seno hasta que hubiese pasado la hora? El destino me había preparado para ser determinada persona; los astros estaban en la conjunción correcta y yo coincidía con los astros y daba patadas por salir. Pero no pude escoger a la madre que me iba a dar a luz. Quizá tuve suerte por no nacer idiota, si consideramos las circunstancias. No obstante, una cosa parece clara —y es una secuela del día 25—: que nací con un complejo de crucifixión. Es decir, para ser precisos, que nací fanático. *¡Fanático!* Recuerdo que desde la más tierna infancia me espetaban esa palabra. Sobre todo, mis padres. ¿Qué es un fanático? Alguien que cree apasionadamente y actúa desesperadamente en función de lo que cree. Yo siempre creía en algo y, por eso, me metía en líos. Cuantos más palmetazos me daban, más firmemente creía. *Creía...* ¡y el resto del mundo, no! Si se tratara exclusivamente de recibir castigo, uno podría seguir creyendo hasta el final; pero la actitud del mundo es mucho más insidiosa. En lugar de castigarte, va minándote, excavándote, quitándote el terreno bajo los pies. No es ni siquiera traición, a lo que me refiero. La traición es comprensible y resistible. No, es algo peor, algo más bajo que la traición. Es un negativismo que te hace fracasar por intentar abarcar demasiado. Te pasas la vida consumiendo energía en intentar recuperar el equilibrio. Eres presa de un vértigo espiritual, te tambaleas al borde del precipicio, se te ponen los pelos de punta, no puedes creer que bajo tus pies haya un abismo insondable. Se debe a un exceso de entusiasmo, a un deseo apasionado de abrazar a la gente, de mostrarles tu amor. Cuanto más tiendes los brazos hacia el mundo, más se retira. Nadie quiere amor auténtico, odio auténtico. Nadie quiere que metas la mano en sus sagradas entrañas: eso es algo que sólo debe hacer el sacerdote en la hora del sacrificio. Mientras vives, mientras la sangre está todavía caliente, tienes que fingir que no existen cosas como la sangre y el esqueleto por debajo de la envoltura de la carne. *¡Prohibido pisar el césped!* Ese es el lema de acuerdo con el cual vive la gente.

Si sigues manteniendo el equilibrio así al borde del abismo el tiempo suficiente, adquieres una gran destreza: te empujen del lado que te empujen, siempre recuperas el equilibrio. Al estar siempre en forma, adquieres una alegría feroz, una alegría que no es natural, podríamos decir. En el mundo actual sólo hay dos pueblos que entienden el significado de esta declaración: los judíos y los chinos. Si da la casualidad de que no perteneces a ninguno de los dos, te encuentras en un apuro extraño. Siempre te ríes cuando no debes; te consideran cruel y despiadado, cuando, en, realidad, eres simplemente resistente y duradero. Pero, si te ríes cuando los otros ríen y lloras cuando los otros lloran, en ese caso tienes que prepararte para morir como ellos mueren y para vivir como ellos viven. Eso significa estar en lo cierto y llevar la peor parte al mismo tiempo. Significa estar muerto, cuando estás vivo, y estar vivo sólo cuando estás muerto. En esa compañía el mundo siempre presenta un aspecto normal, aunque en las condiciones más anormales. Nada es cierto ni falso, el pensamiento es el que hace que lo sea. Y cuando te empujan más allá del límite, tus pensamientos te acompañan y no te sirven de nada.

En cierto sentido, en un sentido profundo, quiero decir, a Cristo nunca lo empujaron más allá del límite. En el momento en que estaba tambaleándose y balanceándose a consecuencia de una gran reculada, apareció aquella corriente negativa, e impidió su muerte. Todo el impulso

Librodot

negativo de la humanidad pareció enrollarse en una monstruosa masa inerte para crear el número entero humano, la cifra uno, uno e indivisible. Hubo una resurrección que es inexplicable, a no ser que aceptemos el hecho de que los hombres siempre han estado más que dispuestos a negar su propio destino. La tierra gira y gira, los astros giran y giran, pero los hombres, el gran cuerpo de hombres que componen el mundo, están presos en la imagen del uno y sólo uno.

Si no lo crucifican a uno, como a Cristo, si consigue uno sobrevivir, seguir viviendo y superar la sensación de desesperación y de futilidad, en ese caso ocurre otra cosa curiosa. Es como si uno hubiera muerto realmente y hubiese resucitado efectivamente; vive uno una vida supranormal, como los chinos. Es decir, que uno es alegre, sano e indiferente de una forma que no es natural. Desaparece el sentido trágico: sigue uno viviendo como una flor, una roca, un árbol, unido a la Naturaleza y enfrentado a ella al mismo tiempo. Si muere tu mejor amigo, ni siquiera te preocupas de ir al entierro; si un coche atropella a un hombre delante de ti, sigues caminando como si nada hubiera ocurrido; si estalla una guerra, dejas a tus amigos ir al frente, pero tú, por tu parte, no te interesas por la matanza. Y así sucesivamente. La vida se convierte en un espectáculo a medida que se produce. La soledad queda suprimida, porque todos los valores, incluidos los tuyos, están destruidos. Lo único que florece es la compasión, pero no es una compasión humana, una compasión limitada: es algo monstruoso y maligno. Te importa todo tan poco, que puedes permitirte el lujo de sacrificarlo por cualquiera o por cualquier cosa. Al mismo tiempo, tu interés, tu curiosidad, se desarrolla a un ritmo fantástico. También eso es sospechoso, ya que puede atarte a un botón de cuello igual que a una causa. No existe una diferencia fundamental, inalterable entre las cosas: todo es flujo, todo es perecedero. La superficie de tu ser está desintegrándose constantemente; sin embargo, por dentro te vuelves duro como un diamante. Y quizá sea ese núcleo duro, magnético, dentro de ti lo que atrae a los otros hacia ti de buen o mal grado. Una cosa es segura: que cuando mueres y resucitas, perteneces a la tierra y lo que quiera que sea de la tierra es tuyo inalienablemente. Te conviertes en una anomalía de la naturaleza, en un ser sin nombre; nunca volverás a morir, sino que desaparecerás como los fenómenos que te rodean.

En la época en que estaba experimentando el gran cambio no conocía nada de lo que ahora estoy consignando. Todo lo que soporté era como una preparación para el momento en que, después de ponerme el sombrero una noche, salí de la oficina, de lo que había sido mi vida privada hasta entonces, y busqué a la mujer que me iba a liberar de una muerte en vida. Ahora, a la luz de ello, rememoro mis paseos nocturnos por las calles de Nueva York, las noches blancas en que caminaba dormido y veía la ciudad en que había nacido como se ven las cosas en un espejismo. Muchas veces era a O'Rourke, el detective de la empresa, a quien acompañaba por las silenciosas calles. Con frecuencia el suelo estaba cubierto de nieve y el aire era helado. Y O'Rourke venga hablar interminablemente de robos, de asesinatos, del amor, de la naturaleza humana, de la Edad de Oro. Tenía la costumbre de detenerse de repente en plena perorata y en medio de la calle y colocar su pesado pie entre los míos para que no pudiera moverme. Y después, cogiéndome por la solapa, acercaba su cara a la mía y me hablaba a los ojos, y cada palabra penetraba como la rosca de una barrena. Vuelvo a vernos a los dos parados en el medio de una calle a las cuatro de la mañana,

Librodot

mientras el viento aullaba, y caía la nieve, y O'Rourke ajeno a todo menos a la historia que tenía que desembuchar. Recuerdo que siempre, mientras él hablaba, yo observaba los alrededores con el rabillo del ojo, consciente no de lo que decía sino de que nos encontrábamos parados en Yorkville o en Alien Street o en Broadway. Siempre me parecía un poco extravagante la seriedad con que contaba sus horribles historias de asesinatos en medio del mayor revoltijo de arquitectura que el hombre haya creado nunca. Mientras me hablaba de huellas dactilares, podía ser que yo estuviese estudiando con la mirada una albardilla o una cornisa en un pequeño edificio de ladrillo rojo justo detrás de su sombrero negro; me ponía a pensar en el día en que se había instalado la cornisa, en quién podía haber sido el hombre que la había diseñado y por qué la había hecho tan fea, tan parecida a cualquiera de las otras cornisas asquerosas y desagradables ante las que habíamos pasado desde el East Side hasta Harlem y más allá de Harlem, si deseábamos seguir adelante, más allá de Nueva York, más allá del Mississippi, más allá del Gran Cañón, más allá del desierto de Mojave, en cualquier parte de América en que haya edificios para el hombre y la mujer. Me parecía absolutamente demencial que cada día de mi vida tuviese que sentarme a escuchar las historias de los demás, las triviales tragedias de pobreza e infortunio, de amor y muerte, de anhelo y desilusión. Si, como sucedía, cada día acudían hasta mí por lo menos cincuenta hombres, cada uno de los cuales derramaba el relato de su infortunio, y con cada uno de ellos tenía que guardar silencio y «recibir», era más que natural que llegara un momento en que tuviese que hacer oídos sordos, y endurecer el corazón. El bocado más minúsculo era suficiente para mí; podía mascarlo y mascarlo y digerirlo durante días y semanas. Y, sin embargo, me veía obligado a permanecer sentado allí, a verme inundado, o salir por la noche y recibir más, a dormir escuchando, a soñar escuchando. Desfilaban ante mí hombres procedentes de todo el mundo, de todos los estratos de la sociedad, hablantes de mil lenguas diferentes, adoradores de dioses diferentes, observadores de leyes y costumbres diferentes. El relato del más pobre de ellos habría ocupado un volumen enorme, y, sin embargo, si se hubiesen transcrito íntegramente todos y cada uno, habrían podido comprimirse en el tamaño de los Diez Mandamientos, podrían haberse registrado en el reverso de un sello de correos, como el Padrenuestro. Cada día me estiraba tanto, que mi piel parecía cubrir el mundo entero; y cuando estaba solo, cuando ya no estaba obligado a escuchar, me encogía hasta quedar reducido al tamaño de la punta de un alfiler. La delicia mayor, pero rara, era caminar por las calles a solas... caminar por las calles de noche, cuando estaban desiertas, y reflexionar sobre el silencio que me rodeaba. Millones de personas tumbadas boca arriba, muertas para el mundo, con las bocas abiertas, que sólo emitían ronquidos. Caminar por entre la arquitectura más demencial que jamás se haya inventado, preguntándome por qué y con qué fin, si todos los días tenía que salir de aquellos cuchitriles miserables o palacios magníficos un ejército de hombres deseosos de desembuchar el relato de su miseria. En un año, calculando por lo bajo, me tragaba veinticinco mil relatos; en dos años, cuarenta mil; en diez años, me volvería loco de remate. Ya conocía bastante gente para poblar una ciudad de buen tamaño. ¡Qué ciudad sería, si se los pudiera reunir a todos juntos! ¿Desearían rascacielos? ¿Desearían museos? ¿Desearían bibliotecas? ¿Construirían también alcantarillas y puentes y vías férreas y fábricas? ¿Harían las mismas cornisas de hojalata,

Librodot

todas iguales, una, y otra, y otra, a*d infiniturn,* desde Battery Park hasta Golden Bay? Lo dudo. Sólo el aguijón del hambre podía hacerles moverse. El estómago vacío, la mirada feroz en los ojos, el miedo, el miedo o algo peor, era lo que los mantenía en movimiento. Uno tras otro, todos iguales, todos incitados por la desesperación, construyendo los rascacielos más altos, los acorazados más temibles, fabricando el mejor acero, el encaje más fino, la cristalería más delicada, aguijoneados por el hambre. Caminar con O'Rourke y no oír hablar sino de robos, incendios provocados, violaciones, homicidios, era como oír un pequeño motivo de una gran sinfonía. Y de igual modo que puede uno silbar una tonada de Bach y estar pensando en una mujer con la que uno quiere acostarse, así también, mientras escuchaba a O'Rourke, iba pensando en el momento en que dejara de hablar y dijese: «¿Qué vas a comer?» En medio del asesinato más horripilante me ponía a pensar en el filete de lomo de cerdo que con seguridad nos servirían en un lugar que estaba un poco más adelante y me preguntaba también qué clase de verduras nos pondrían para acompañarlo, y si pediría después tarta o natillas. Lo mismo me ocurría cuando me acostaba con mi mujer de vez en cuando; mientras ella gemía y balbuceaba, podía ser que yo estuviera preguntándome si había vaciado ella los posos de la cafetera, porque tenía la mala costumbre de descuidar las cosas: me refiero a las cosas *importantes.* El café recién hecho era importante... y los huevos con jamón recién hechos. Mala cosa sería que volviera a quedar preñada, grave en cierto modo, pero más importante que eso era el café recién hecho por la mañana y el olor de los huevos con jamón. Podía soportar las angustias y los abortos y los amores frustrados, pero tenía que llenar el vientre para seguir tirando y quería algo nutritivo, algo apetitoso. Me sentía exactamente como Jesucristo se habría sentido, si lo hubieran bajado de la cruz y no le hubiesen dejado morir. Estoy seguro de que el sobresalto de la crucifixión habría sido tan grande, que habría sufrido una amnesia completa con respecto a la humanidad. Estoy seguro de que, después de que hubiera curado de sus heridas, le habrían importado un comino las tribulaciones de la humanidad, de que se habría lanzado con la mayor fruición sobre una taza de café y una tostada, suponiendo que hubiera podido conseguirlas.

Quien, por un amor demasiado grande, lo que al fin y al cabo es monstruoso, muere de sufrimiento, renace para no conocer ni amor ni odio, sino para disfrutar. Y ese disfrute de la vida, por haberse adquirido de forma no natural, es un veneno que tarde o temprano corrompe el mundo entero. Lo que nace más allá de los límites del sufrimiento humano actúa como un boomerang y provoca destrucción. De noche las calles de Nueva York reflejan la crucifixión y la muerte de Cristo. Cuando el suelo está cubierto de nieve y reina un silencio supremo, de los horribles edificios de Nueva York sale una música de una desesperación y una ruina tan sombrías, que hace arrugarse la carne. No se puso piedra alguna sobre otra con amor ni reverencia; no se trazó calle alguna para la danza ni el goce. Juntaron una cosa a otra en una pelea demencial por llenar la barriga y las calles huelen a barrigas vacías y barrigas llenas y barrigas a medio llenar. Las calles huelen a un hambre que no tiene nada que ver con el amor; huelen a la barriga insaciable y a las creaciones del vientre vacío que son nulas y vanas.

En esa nulidad y vaciedad, en esa blancura de cero, aprendí a disfrutar con un bocadillo o un botón de cuello. Podía estudiar una cornisa o una albardilla con la mayor curiosidad mientras fingía escuchar el relato de

Librodot

una aflicción humana. Recuerdo las fechas de ciertos edificios y los nombres de los arquitectos que los proyectaron. Recuerdo la temperatura y la velocidad del viento, cuando estábamos parados en determinada esquina; el relato que lo acompañaba se ha esfumado. Recuerdo que incluso estaba recordando alguna otra cosa entonces, y puedo deciros lo que estaba recordando, pero, ¿para qué? Había en mí un hombre que había muerto y lo único que quedaba eran sus recuerdos; había otro hombre que estaba vivo, y ese hombre debía ser yo, yo mismo, pero estaba vivo sólo al modo como lo está un árbol, o una roca, o un animal del campo. Así como la ciudad misma se había convertido en una enorme tumba en que los hombres luchaban para ganarse una muerte decente, así también mi propia vida llegó a parecerse a una tumba que iba construyendo con mi propia muerte. Iba caminando por un bosque de piedra cuyo centro era el caos, bailaba o bebía hasta atontarme, o hacía el amor, o ayudaba a alguien, o planeaba una nueva vida, pero todo era caos, todo piedra, y todo irremediable y desconcertante. Hasta el momento en que encontrara una fuerza suficientemente grande como para sacarme como un torbellino de aquel demencial bosque de piedra, ninguna vida sería posible para mí ni podría escribirse una sola página que tuviera sentido. Quizás al leer esto, tenga uno todavía la impresión del caos, pero está escrito desde un centro vivo y lo caótico es meramente periférico, los retazos tangenciales, por decirlo así, de un mundo que ya no me afecta. Hace sólo unos meses me encontraba en las calles de Nueva York mirando a mi alrededor, como había hecho hace doce años; una vez más me vi estudiando la arquitectura, estudiando los detalles minúsculos que sólo capta el ojo transtornado. Pero aquella vez era como si hubiera llegado de Marte. ¿Qué raza de hombres es ésta?, me pregunté. ¿Qué significa? Y no había recuerdo del sufrimiento ni de la vida que se extinguía en el arroyo; lo único que ocurría era que estaba observando un mundo extraño e incomprensible, un mundo tan alejado de mí, que tenía la sensación de pertenecer a otro planeta. Desde lo alto del Empire State Building miré una noche la ciudad, que conocía desde abajo: allí estaban, en su verdadera perspectiva, las hormigas humanas con las que me había arrastrado, los piojos humanos con los que había luchado. Se movían a paso de caracol, cada uno de ellos cumpliendo indudablemente su destino microcósmico. En su infructuosa desesperación habían elevado ese edificio colosal que era su motivo de orgullo y de jactancia. Y desde el techo más alto de aquel edificio colosal habían suspendido una ristra de jaulas en que los canarios encarcelados trinaban con su gorjeo sin sentido. Dentro de cien años, pensé, quizás enjaularían a seres humanos vivos, alegres, dementes, que cantarían al mundo por venir. Quizás engendrarían una raza de gorjeadores que trinarían mientras los otros trabajasen. Tal vez habría en cada jaula un poeta o un músico, para que la vida de abajo siguiera fluyendo sin trabas, unida a la piedra, unida al bosque, un caos agitado y crujiente de nulidad y vacío. Dentro de mil años podrían estar todos dementes, tanto los trabajadores como los poetas, y todo quedar reducido de nuevo a ruinas como ha ocurrido ya una y mil veces. Dentro de otros mil años, o cinco mil años, o diez mil, exactamente donde ahora estoy parado examinando la escena, puede que un niño abra un libro en una lengua todavía desconocida que trate de esta vida que pasa ahora, una vida que el hombre que escribió el libro nunca experimentó, una vida con forma y ritmo disminuidos, con comienzo y final, y al cerrar el libro el niño pensará qué gran raza eran los

Librodot

americanos, qué maravillosa vida hubo en un tiempo en este continente que ahora habita. Ninguna raza por venir, excepto quizá la raza de los poetas ciegos, podrá nunca imaginar el caos agitado con que se compuso esa historia futura.

¡Caos! ¡Un caos tremendo! No es necesario escoger un día concreto. Cualquier día de mi vida —allá, al otro lado del charco— serviría. Cualquier día de mi vida, mi minúscula, microcósmica vida, era un reflejo del caos exterior. A ver, dejadme recordar... A las siete y media sonaba el despertador. No me levantaba de la cama de un salto. Me quedaba en ella hasta las ocho y media, intentando dormir otro poco. Dormir... ¿cómo podía dormir? En el fondo de mi mente había una imagen de la oficina, a la que ya iba a llegar tarde. Ya veía a Hymie llegar a las ocho en punto, el conmutador zumbando ya con llamadas de auxilio, los solicitantes subiendo las amplias escaleras de madera, el olor intenso a alcanfor procedente del vestuario. ¿Por qué levantarse y repetir la canción y la danza de ayer? Con la misma rapidez con que los contrataba desaparecían. Me estaba dejando los cojones en el trabajo y no tenía una camisa limpia para ponerme. Los lunes mi mujer me entregaba el estipendio semanal: el dinero para los transportes y para la comida. Siempre estaba en deuda con ella y ella con el tendero, el carnicero, el casero, etcétera. No podía ni pensar en afeitarme: no había tiempo. Me ponía la camisa rota, engullía el desayuno, y le pedía prestado cinco centavos. Si ella estaba de mal humor, se los soplaba al vendedor de periódicos del metro. Llegaba a la oficina sin aliento, con una hora de retraso y doce llamadas por hacer antes de hablar siquiera con un solicitante. Mientras hago una llamada, hay otras tres llamadas que esperan respuesta. Uso dos teléfonos a la vez. El conmutador está zumbando. Hymie saca punta a sus lápices entre llamada y llamada. McGovern, el portero, está a mi lado para hacerme una advertencia sobre uno de los solicitantes, probablemente un pillo que intenta presentarse de nuevo con un nombre falso. Detrás de mí están las fichas y los registros con los nombres de todos los solicitantes que hayan pasado alguna vez por la máquina. Los malos llevan un asterisco en tinta roja; algunos de ellos tienen seis apodos detrás del nombre. Entretanto, la habitación bulle como una colmena. Apesta a sudor, pies sucios, uniformes antiguos, alcanfor, desinfectante, malos alientos. A la mitad habrá que rechazarlos: no es que no los necesitemos, sino que no nos sirven ni siquiera en las peores condiciones. El hombre que está frente a mi escritorio, parado ante la barandilla con manos de paralítico y la vista nublada, es un ex alcalde de Nueva York. Ahora tiene setenta años y aceptaría encantado cualquier cosa. Trae cartas de recomendación estupendas, pero no podemos admitir a nadie que tenga más de cuarenta y cinco años de edad. En Nueva York cuarenta y cinco es el límite. Suena el teléfono y es un secretario melifluo de la Y.M.C.A. Me pregunta si podría hacer una excepción con un muchacho que acaba de entrar en su despacho... un muchacho que ha estado en el reformatorio durante un año aproximadamente. *¿Qué hizo?* Intentó violar a su hermana. Italiano, naturalmente. O'Mara, mi ayudante, está interrogando minuciosamente a un solicitante. Sospecha que es epiléptico. Por fin, descubre lo que buscaba y, por si quedaran dudas, al muchacho le da un ataque allí mismo, en la oficina. Una de las mujeres se desmaya. Una mujer bonita con una hermosa piel en torno al cuello está intentando convencerme para que la contrate. Es una puta de pies a cabeza y sé que, si la admito, me costará caro. Quiere trabajar en determinado

Librodot

edificio de la parte alta de la ciudad... porque, según dice, queda cerca de su casa. Se acerca la hora de comer y empiezan a llegar algunos compañeros. Se sientan alrededor a verme trabajar, como si se tratara de una función de variedades. Llega Kronski, el estudiante de medicina; dice que uno de los muchachos que acabo de contratar tiene la enfermedad de Parkinson. He estado tan ocupado, que no he tenido tiempo de ir al retrete. O'Rourke me cuenta que todos los telegrafistas y todos los gerentes tienen hemorroides. A él le han estado dando masajes eléctricos durante los dos últimos años, pero ningún remedio surte efecto. La hora de la comida y somos seis a la mesa. Alguien tendrá que pagar por mí, como de costumbre. La engullimos y volvemos pitando. Más llamadas que hacer, más solicitantes a quienes entrevistar. El vicepresidente está armando un escándalo porque no podemos mantener el cuerpo de repartidores en el nivel normal. Todos los periódicos de Nueva York y de treinta kilómetros a la redonda publican largos anuncios pidiendo gente. Se han recorrido todas las escuelas en busca de repartidores eventuales. Se ha recurrido a todas las oficinas de caridad y sociedades de asistencia. Desaparecen como moscas. Algunos de ellos ni siquiera duran una hora. Es un molino humano. Y lo más triste es que es totalmente innecesario. Pero eso no es de mi incumbencia. Lo que me incumbe es actuar o morir, como dice Kipling. Tapo agujeros, con una víctima tras otra, mientras el teléfono suena como loco, el local apesta cada vez más, los agujeros se vuelven cada vez mayores. Cada uno de ellos es un ser humano que pide un mendrugo de pan; tengo su altura, peso, color, religión, educación, experiencia, etc. Todos los datos pasarán a un registro que se rellenará alfabéticamente y después cronológicamente. Nombres y fechas. Las huellas dactilares también, si tuviéramos tiempo. ¿Y para qué? Para que el pueblo americano disfrute de la forma de comunicación más rápida conocida, para que puedan vender sus artículos más deprisa, para que en el momento en que te caigas muerto en la calle se pueda avisar inmediatamente a tus parientes más próximos, es decir, en el plazo de una hora, a no ser que el repartidor a quien se confíe el telegrama decida abandonar el trabajo y arrojar el fajo de telegramas al cubo de la basura. Veinte millones de tarjetas de felicitación de Navidad, todas ellas para desearte Felices Pascuas y Próspero Año Nuevo, de parte de los directores y el presidente y el vicepresidente de la Compañía Telegráfica Cosmodemónica, y quizás el telegrama diga: «Mamá agoniza, ven en seguida», pero el empleado de la oficina está demasiado ocupado para fijarse en el mensaje y, si pones una denuncia por daños y perjuicios, daños y perjuicios espirituales, hay un departamento jurídico preparado expresamente para hacer frente a esas emergencias, de modo que puedes estar seguro de que tu madre morirá y tendrás unas Felices Pascuas y Próspero Año Nuevo de todos modos. Naturalmente, despedirán al empleado y un mes después más o menos volverá a buscar trabajo de repartidor y se lo admitirá y se lo destinará al turno de noche cerca de los muelles, donde nadie lo reconocerá, y su mujer vendrá con los chavales a dar las gracias al director de personal, o quizás al propio vicepresidente, por la bondad y consideración de que ha dado muestras. Y después, un día, todo el mundo se sorprenderá al enterarse de que dicho repartidor ha robado la caja fuerte y encargarán a O'Rourke que coja el tren nocturno para Cleveland o Detroit y le siga la pista, aunque cueste diez mil dólares. Y después el vicepresidente dará la orden de que no se contrate a ningún otro judío, pero al cabo de tres o

Librodot

cuatro días aflojará un poco porque solamente vienen judíos a pedir trabajo.

Y como las cosas se están poniendo tan difíciles y el material está escaseando más que la hostia, estoy a punto de contratar a un enano del circo y lo habría contratado, si no se hubiera deshecho en lágrimas y no me hubiese confesado que no es varón sino hembra. Y, para acabarlo de arreglar, Valeska «lo» toma bajo su protección, se «lo» lleva a casa esa noche y con el pretexto de la compasión, le hace un examen minucioso, incluida una exploración vaginal con el dedo índice de la mano derecha. Y la enana se pone muy acaramelada y, al final, muy celosa. Ha sido un día extenuante y camino de casa me tropiezo con la hermana de uno de mis amigos, que insiste en llevarme a cenar. Después de cenar, nos vamos al cine y en la oscuridad empezamos a magrearnos y, al final, las cosas llegan a tal punto, que salimos del cine y volvemos a la oficina, donde me la tiro sobre la mesa cubierta de zinc del vestuario. Y cuando llego a casa, algo después de medianoche, recibo una llamada de teléfono de Valeska, que quiere que coja el metro inmediatamente y vaya a su casa, es muy urgente. Es un trayecto de una hora y estoy muerto de cansancio, pero, como ha dicho que es urgente, me pongo en camino.

Y cuando llego, me presenta a su prima, una joven bastante atractiva, que, según ha contado, acaba de tener una aventura con un desconocido porque estaba cansada de ser virgen. ¿Y para qué me querían con tanta urgencia? Hombre, es que, con la emoción, se ha olvidado de tomar las precauciones habituales y quizás esté embarazada, y entonces, ¿qué? Querían saber qué había que hacer en mi opinión, y dije: «*Nada.*» Y entonces Valeska me lleva aparte y me pregunta si me importaría acostarme con su prima, para que fuera haciéndose, por decirlo así, y no le volviese a pasar lo mismo.

Todo aquello era una locura y estuvimos riendo los tres histéricamente y después empezamos a beber: lo único que había en la casa era Kummel y no necesitamos mucho para cogerla.

Y después la situación se volvió más disparatada porque las dos empezaron a toquetearme y ninguna de las dos dejaba hacer nada a la otra. Total, que las desnudé a las dos y las metí en la cama y se quedaron dormidas una en brazos de la otra. Y cuando salí, a eso de las cinco de la mañana, me di cuenta de que no tenía ni un centavo en el bolsillo e intenté sacarle cinco centavos a un taxista, pero no hubo manera, así que al final me quité el abrigo forrado de piel y se lo di... por cinco centavos. Cuando llegué a casa, mi mujer estaba despierta y con un cabreo de la hostia porque había tardado tanto. Tuvimos una discusión violenta y, al final, perdí los estribos y le di un guantazo y cayó al suelo y se echó a llorar y entonces se despertó la niña y, al oír llorar a mi mujer, se asustó y empezó a gritar a todo pulmón. La chavala del piso de arriba bajó corriendo a ver qué pasaba. Iba en bata y con la melena suelta por la espalda. Con la agitación se acercó a mí y pasaron cosas sin que ninguno de los dos nos lo propusiéramos. Llevamos a mi mujer a la cama con una toalla mojada sobre la frente y, mientras la chavala del piso de arriba estaba inclinada sobre ella, me quedé detrás y le levanté la bata. Se la metí y ella se quedó así largo rato diciendo un montón de tonterías para tranquilizarla. Por fin, me metí en la cama con mi mujer y, para mi total asombro, empezó a apretarse contra mí y, sin decir palabra, nos apalancamos y así nos quedamos hasta el amanecer. Debería haber estado agotado, pero, en realidad, estaba completamente despierto, y

Librodot

me quedé tumbado junto a ella pensando en que no iba a ir a la oficina sino a buscar a la puta de la hermosa piel con la que había estado hablando por la mañana. Después de eso, empecé a pensar en otra mujer, la esposa de uno de mis amigos que siempre se burlaba de mi indiferencia. Y luego empecé a pensar en una tras otra —todas las que había dejado pasar por una razón o por otra— hasta que por fin me quedé profundamente dormido y en pleno sueño me corrí. A las siete y media sonó el despertador, como de costumbre, y, como de costumbre, miré mi camisa rota colgada de la silla y me dije que no valía la pena y me di la vuelta. A las ocho sonó el teléfono y era Hymie. Más vale que vengas rápidamente, me dijo, porque hay huelga. Y así día tras día, sin razón alguna, excepto que el país entero estaba majareta y lo que cuento sucedía en todas partes, en mayor o menor escala, pero lo mismo en todas partes, porque todo era caos y carecía de sentido.

Así fue siempre, día tras día, durante casi cinco años completos. El continente mismo se veía asolado constantemente por ciclones, tornados, marejadas, inundaciones, sequías, ventiscas, oleadas de calor, plagas, huelgas, atracos, asesinatos, suicidios: una fiebre y un tormento continuos, una erupción, un torbellino. Yo era como un hombre sentado en un faro: debajo de mí, las olas bravías, las rocas, los arrecifes, los restos de las flotas naufragadas. Podía dar la señal de peligro, pero era impotente para prevenir la catástrofe. *Respiraba* peligro y catástrofe. A veces la sensación era tan fuerte, que me salía como fuego por las ventanas de la nariz. Anhelaba liberarme de todo aquello y, sin embargo, me sentía atraído irresistiblemente. Era violento y flemático al mismo tiempo. Era como el propio faro: seguro en medio del más turbulento mar. Debajo de mí había roca sólida, la misma plataforma de roca sobre la que se alzaban los imponentes rascacielos. Mis cimientos penetraban en la tierra profundamente y la armadura de mi cuerpo estaba hecha de acero remachado en caliente. Sobre todo, yo era un ojo, un enorme reflector que exploraba el horizonte, que giraba sin cesar, sin piedad. Ese ojo tan abierto parecía haber dejado adormecidas todas mis demás facultades; todas mis fuerzas se consumían en el esfuerzo por ver, por captar el drama del mundo.

Si anhelaba la destrucción, era simplemente para que ese ojo se extinguiera. Anhelaba un terremoto, un cataclismo de la naturaleza que precipitase el faro en el mar, deseaba una metamorfosis, la conversión en pez, en leviatán, en destructor. Quería que la tierra se abriera, que tragase todo en un bostezo absorbente. Quería ver la ciudad en el seno del mar. Quería sentarme en una cueva y leer a la luz de una vela. Quería que se extinguiera ese ojo para que tuviese ocasión de conocer mi propio cuerpo, mis propios deseos. Quería estar solo durante mil años para reflexionar sobre lo que había visto y oído... *y para olvidar.* Deseaba algo de la tierra que no fuera producto del hombre, algo absolutamente separado de lo humano, de lo cual estaba harto. Deseaba algo puramente terrestre y absolutamente despojado de idea. Quería sentir la sangre corriendo de nuevo por mis venas, aun a costa de la aniquilación. Quería expulsar la piedra y la luz de mi organismo. Deseaba la oscura fecundidad de la naturaleza, el profundo pozo de la matriz, el silencio, o bien los lamidos de las negras aguas de la muerte. Quería ser esa noche que el ojo despiadado iluminaba, una noche esmaltada de estrellas y colas de cometas. Pertenecer a la noche, tan espantosamente silenciosa, tan absolutamente incomprensible y elocuente al mismo tiempo. No volver a hablar ni a oír ni a pensar nunca más. Verme englobado y

Librodot

abarcado y abarcar y englobar al mismo tiempo. No más compasión, no más ternura. Ser humano sólo terrestremente, como una planta o un gusano o un arroyo. Verme desintegrado, privado de la luz y de la piedra, variable como una molécula, duradero como el átomo, despiadado como la tierra.

Aproximadamente una semana antes de que Valeska se suicidara, conocí a Mara. La semana o las dos semanas que precedieron a aquel acontecimiento fueron una auténtica pesadilla. Una serie de muertes repentinas y de encuentros extraños con mujeres. La primera fue Paulina Janowski, una judía de dieciséis o diecisiete años que no tenía hogar ni amigos ni parientes. Vino a la oficina en busca de trabajo. Era casi la hora de cerrar y no tuve valor para rechazarla de plano. No sé por qué, se me ocurrió llevarla a casa a cenar y, de ser posible, intentar convencer a mi mujer para alojarla por un tiempo. Lo que me atrajo de ella fue su pasión por Balzac. Todo el camino hasta casa fue hablándome de *Ilusiones perdidas.* El metro iba atestado e íbamos tan apretados, que daba igual de lo que habláramos porque los dos íbamos pensando en la misma cosa. Naturalmente, mi mujer se quedó estupefacta al verme a la puerta en compañía de una joven bonita. Se mostró educada y cortés con su frialdad habitual, pero en seguida comprendí que era inútil pedirle que alojara a la muchacha. Lo máximo que pudo hacer fue acompañarnos a la mesa, mientras durase la cena. En cuanto hubimos acabado, se excusó y se fue al cine. La muchacha empezó a llorar. Todavía estábamos sentados a la mesa, con los platos apilados delante de nosotros. Me acerqué a ella y la abracé. La compadecía sinceramente y no sabía qué hacer por ella. De repente, me echó los brazos al cuello y me besó apasionadamente. Estuvimos un rato así abrazándonos y después pensé que no, que era un crimen, y que, además, quizá mi mujer no se hubiera ido al cine, que tal vez volviese de un momento a otro. Dije a la chica que se calmara, que cogeríamos el tranvía y daríamos una vuelta. Vi la hucha de la niña sobre la repisa de la chimenea, la cogí, me la llevé al retrete y la vacié en silencio. Sólo había unos setenta y cinco centavos. Cogimos un tranvía y nos fuimos a la playa. Por fin, encontramos un lugar desierto y nos tumbamos en la arena. Estaba histéricamente apasionada y no quedó más remedio que hacerlo. Pensé que después me lo reprocharía, pero no lo hizo. Nos quedamos un rato allí tumbados y se puso a hablar de Balzac otra vez. Al parecer, tenía la ambición de ser escritora. Le pregunté qué iba a hacer. Dijo que no tenía la menor idea. Cuando nos levantamos para marcharnos, me pidió que la dejara en la carretera. Dijo que pensaba ir a Cleveland o a algún sitio así.

Cuando la dejé parada delante de una estación de gasolina, eran más de las doce de la noche. Tenía unos treinta y cinco centavos en el monedero. Cuando me puse en camino hacia casa, empecé a maldecir a mi mujer por lo hija de puta mezquina que era. Deseé con todas mis fuerzas que hubiera sido a ella a quien hubiese dejado parada en la carretera sin saber adonde ir. Sabía que, cuando regresara, ni mencionaría el nombre de la muchacha.

Volví a casa y me estaba esperando. Pensé que iba a volver a armarme un escándalo. Pero no, había esperado porque había un recado importante de O'Rourke. Debía telefonearle tan pronto como llegara a casa. Sin embargo, decidí no telefonear. Decidí quitarme la ropa y acostarme. Justo cuando acababa de instalarme cómodamente en la cama, sonó el teléfono. Era O'Rourke. Había un telegrama para mí en la oficina: quería saber si debía abrirlo y leérmelo. Le dije que naturalmente que sí. El telegrama iba

Librodot

firmado por Mónica. Procedía de Buffalo. Decía que llegaba a la Estación Central por la mañana con el cuerpo de su madre. Le di las gracias y volví a la cama. Mi mujer no preguntó nada. Me quedé tumbado preguntándome qué hacer. Si accedía a la petición de Mónica, sería volver a empezar otra vez. Precisamente había estado agradeciendo a mi estrella que me hubiera librado de Mónica. Y ahora volvía con el cadáver de su madre. Lágrimas y reconciliación. No, no me gustaba aquella perspectiva. Suponiendo que no me presentase, ¿qué pasaría? Siempre habría alguien para hacerse cargo de un cadáver. Sobre todo, si la desconsolada hija era una atractiva joven rubia de vivaces ojos azules. Me pregunté si volvería a su trabajo en el restaurante. Si no hubiera sabido griego y latín, nunca habría hecho buenas migas con ella. Pero mi curiosidad pudo más. Y, además, era tan tremendamente pobre, que también eso me conmovió. Quizá no habría estado mal del todo, si no le hubiesen olido las manos a grasa. Eso era lo que echaba a perder su encanto: sus manos grasientas. Recuerdo la primera noche que la conocí y que fuimos a pasear por el parque. Tenía un aspecto encantador, y era despierta e inteligente. Era la época en que se llevaban las faldas cortas y a ella le favorecía especialmente. Solía ir al restaurante noche tras noche simplemente para verla moverse de un lado para otro, verla inclinarse para servir o agacharse para recoger un tenedor. Y a las bonitas piernas y los ojos hechiceros había que sumar una parrafada maravillosa sobre Homero; al cerdo y al *sauerkraut,* un verso de Safo, las conjugaciones latinas, las odas de Píndaro; al postre, quizá los *Rubaiyat* o *Cynara.* Pero las manos grasientas y la cama desaliñada de la pensión de enfrente del mercado... ¡pufff!... me daban náuseas. Cuanto más la rehuía, más se apegaba a mí. Cartas de amor de diez páginas con notas al pie sobre *Así hablaba Zaratustra.* Y después un silencio repentino, del que me felicité de corazón. No, no podía hacerme a la idea de ir a la Estación Central por la mañana. Me di la vuelta y me quedé profundamente dormido. Por la mañana pediría a mi mujer que telefoneara a la oficina y dijese que estaba enfermo. Ya hacía más de una semana que no caía enfermo: ya era hora de volver a estarlo.

Al mediodía encontré a Kronski esperándome delante de la oficina. Quería que comiera con él: deseaba presentarme a una muchacha egipcia. La muchacha resultó ser judía, pero procedía de Egipto y parecía egipcia. Estaba buenísima y los dos nos pusimos a trabajarla a la vez. Como había dicho que estaba enfermo, decidí no volver a la oficina, sino dar un paseo por el East Side. Kronski volvería para sustituirme. Dimos la mano a la muchacha y nos fuimos cada uno por nuestro camino. Me dirigí hacia el río, donde hacía más fresco, y casi al instante me olvidé de la muchacha. Me senté al borde del muelle con las piernas colgando sobre el larguero. Pasó una chalana cargada de ladrillos rojos. De repente, me vino Mónica a la memoria. Mónica llegando a la Estación Central con un cadáver. ¡Un cadáver franco de porte con destino a Nueva York! Parecía tan absurdo y ridículo, que me eché a reír. ¿Qué habría hecho con él? ¿Lo habría dejado en la consigna o en un apartadero? Seguro que estaba maldiciéndome. Me pregunté qué habría hecho si hubiera podido imaginarme sentado allí, en el muelle, con las piernas colgando sobre el larguero. Hacía calor y bochorno, a pesar de la brisa que soplaba del río. Empecé a dar cabezadas. Mientras dormitaba me vino Paulina a la memoria. La imaginé caminando por la carretera con la mano alzada. Indudablemente, era una chica valiente. Era curioso que no pareciera preocuparle quedar embarazada. Quizás estuviese

Librodot

tan desesperada, que le diera igual. ¡Y Balzac! Eso también era muy absurdo. ¿Por qué Balzac? Bueno, eso era asunto suyo. De cualquier modo, tendría suficiente para comer, hasta que encontrara a otro tipo. Pero, ¡que una chica así pensase en llegar a ser escritora! Bueno, ¿y por qué no? Todo el mundo tenía ilusiones de una clase o de otra. También Mónica quería ser escritora. Todo el mundo se estaba haciendo escritor. ¡Escritor! ¡Dios, qué fútil parecía!

Me adormecí... Cuando me desperté, tenía una erección. El sol parecía abrasarme justo en la bragueta. Me levanté y me lavé la cara en una fuente. Seguía haciendo el mismo calor y bochorno. El asfalto estaba blando como puré, las moscas picaban, la basura se pudría en el arroyo. Fui caminando entre las carretillas y mirando las cosas con mirada vacía. La erección persistió todo el tiempo, a pesar de que no tenía presente ningún objeto definido. Hasta que no volví a pasar por la Segunda Avenida, no recordé de repente a la judía egipcia de la comida. Recordé haberle oído decir que vivía encima del Restaurante Ruso, cerca de la Calle Doce. Seguía sin tener idea de lo que iba a hacer. Iba mirando escaparates simplemente, matando el tiempo. No obstante, los pies me iban arrastrando hacia el norte, hacia la Calle Catorce. Cuando llegué a la altura del Restaurante Ruso, me detuve un momento *y* después subí las escaleras corriendo de tres en tres. La puerta del vestíbulo estaba abierta. Subí dos pisos leyendo los nombres en las puertas. Vivía en el último piso y bajo su nombre aparecía el de un hombre. Llamé suavemente. No hubo respuesta. Volví a llamar, un poco más fuerte. Esa vez oí a alguien ir y venir. Después una voz cerca de la puerta preguntó quién era y al mismo tiempo giró el pomo de la puerta. Abrí la puerta de un empujón y entré a tientas en la habitación a oscuras. Fui a caer en sus brazos y la sentí desnuda bajo la bata medio abierta. Debía de haber estado profundamente dormida y sólo a medias comprendió quién la estaba abrazando. Cuando se dio cuenta de que era yo, intentó escaparse, pero la tenía bien cogida y empecé a besarla apasionadamente y a hacerle retroceder al mismo tiempo hacia el sofá que había cerca de la ventana. Susurró algo sobre que la puerta había quedado abierta, pero no iba a correr el riesgo de dejarla escapar de mis brazos. Así, que di un ligero rodeo y poco a poco la llevé hasta la puerta y le hice empujarla con el culo. La cerré con la mano libre y después la llevé hasta el centro de la habitación y con la mano libre me desabroché la bragueta y saqué el canario y se lo metí. Estaba tan drogada por el sueño que era casi como manejar un autómata. También me daba cuenta de que disfrutaba con la idea de que la follaran medio dormida. Lo malo era que cada vez que la embestía, se despertaba un poco más. Y a medida que recobraba la conciencia, se asustaba cada vez más. No sabía qué hacer para volver a dormirla sin perderme un polvo tan bueno. Conseguí tumbarla en el sofá sin perder terreno, y entonces ella estaba más cachonda que la hostia, y se retorcía como una anguila. Desde que había empezado a darle marcha, creo que no había abierto los ojos ni una vez. Yo repetía sin cesar para mis adentros: «un polvo egipcio... un polvo egipcio», y para no correrme inmediatamente, empecé a pensar en el cadáver que Mónica había traído hasta la Estación Central y en los treinta y cinco centavos que había dejado con Paulina en la carretera. Y entonces, ¡pan!, una sonora llamada en la puerta, ante lo cual abrió los ojos y me miró sumamente aterrorizada. Empecé a retirarme rápidamente, pero, ante mi sorpresa, ella me retuvo con todas sus fuerzas. «No te muevas», me susurró al oído. «¡Espera!» Se oyó otro

Librodot

sonoro golpe y después oí la voz de Kronski que decía: «Soy yo, Thelma... soy yo, *Izzy.*» Al oírlo, casi me eché a reír. Volvimos a colocarnos en una posición natural y, cuando cerró los ojos suavemente, se la moví dentro, despacito para no volver a despertarla. Fue uno de los polvos más maravillosos de mi vida. Creía que iba a durar eternamente. Cada vez que me sentía en peligro de irme, dejaba de moverme y me ponía a pensar: pensaba, por ejemplo, en dónde me gustaría pasar las vacaciones, en caso de que me las dieran, o pensaba en las camisas que había en el cajón de la cómoda, o en el remiendo de la alfombra del dormitorio justo al pie de la cama. Kronski seguía parado delante de la puerta: le oía cambiar de posición. Cada vez que sentía su presencia allí, le tiraba un viaje a ella de propina y, medio dormida como estaba, me respondía, divertida, como si entendiera lo que quería yo decir con aquel lenguaje de mete y saca. No me atrevía a pensar en lo que ella podría estar pensando o, si no, me habría corrido inmediatamente. A veces me aproximaba peligrosamente, pero el truco que me salvaba era pensar en Mónica y en el cadáver en la Estación Central. Aquella idea, su carácter humorístico, quiero decir, actuaba como una ducha fría. Cuando acabamos, abrió los ojos y me miró, como si fuera la primera vez que me veía. No tenía nada que decirle; mi única idea era largarme lo más rápidamente posible. Mientras nos lavábamos, vi una nota en el suelo junto a la puerta. Era de Kronski. Acababan de llevar a su esposa al hospital: quería que ella fuera a encontrarse con él en el hospital. ¡Sentí un gran alivio! Eso significaba que podía largarme sin tener que dar explicaciones inútiles.

Al día siguiente recibí una llamada de Kronski. Su mujer había muerto en el quirófano. Aquella noche fui a casa a cenar; todavía estábamos sentados a la mesa, cuando sonó el timbre. Allí estaba Kronski, a la puerta, con aspecto de estar absolutamente hundido. Siempre me resultaba difícil pronunciar palabras de condolencia; con él era absolutamente imposible. Al oír a mi mujer pronunciar sus trilladas palabras de pésame, me sentí más asqueado que nunca de ella. «¡Vamonos de aquí!», dije.

Caminamos en absoluto silencio por un rato. Al llegar a la altura del parque, entramos y nos dirigimos hacia los prados. Había una niebla espesa y no se veía nada a un metro de distancia. De repente, mientras avanzábamos a ciegas, se echó a sollozar. Me detuve y volví la cabeza a otro lado. Cuando pensé que había acabado, me di la vuelta y me lo encontré mirándome con una sonrisa extraña. «Es curioso», dijo, «lo difícil que es aceptar la muerte». Sonreí yo también en aquel momento y le eché la mano al hombro. «Sigue», dije, «di todo lo que tengas que decir. Desahógate». Reanudamos el paso, y recorrimos los prados de un extremo a otro, como si fuéramos caminando bajo el mar. La niebla se había vuelto tan espesa, que apenas podía distinguir sus facciones. Él iba hablando tranquilamente, pero como un loco. «Sabía que iba a suceder», dijo, «era demasiado bonito como para durar». La noche antes de que cayera enferma, él había tenido un sueño. Había soñado que había perdido su identidad. «Iba tambaleándome y dando vueltas en la oscuridad y pronunciando mi nombre. Recuerdo que llegué a un puente, y, al mirar el agua, me vi ahogándome. Me tiré del puente de cabeza y, cuando salí a la superficie, vi a Yetta flotando bajo el puente. Estaba muerta.» Y de repente añadió: «Estabas allí ayer cuando llamé a la puerta, ¿verdad? Sabía que estabas allí y no podía marcharme. Sabía también que Yetta estaba agonizando y quería estar con ella, pero

Librodot

tenía miedo de ir solo.» No dije nada y él siguió con sus divagaciones. «La primera muchacha a la que amé murió del mismo modo. Yo era un niño y no podía olvidarla. Todas las noches iba al cementerio y me sentaba junto a su tumba. La gente creía que había perdido el juicio. Ayer, cuando estaba parado ante la puerta, todo me volvió a la memoria. Volvía a estar en Trenton, en la tumba, y la hermana de la muchacha a la que amaba estaba sentada a mi lado. Ella dijo que no podía seguir así mucho tiempo, que me volvería loco. Pensé para mis adentros que realmente estaba loco y para demostrármelo a mí mismo decidí hacer alguna locura, así que le dije: "No es *a ella* a quien amo, sino a ti", y la atraje hacia mí y nos tumbamos a besarnos y, al final, me la jodí, al lado mismo de la tumba. Y creo que aquello me curó, porque nunca regresé allí y nunca más volví a pensar en ella... hasta ayer cuando estaba parado en la puerta. Si hubiera podido echarte el guante ayer, te habría estrangulado. No sé por qué me sentí así, pero me pareció que habías abierto una tumba, que estabas violando el cuerpo de la muchacha a la que yo amaba. Es una locura, ¿verdad? ¿Y por qué he venido a verte esta noche? Quizá porque me eres absolutamente indiferente... porque no eres judío y puedo hablarte... porque te importa un comino, y tienes razón... ¿Has leído *La rebelión de los ángeles*?»

Acabábamos de llegar al sendero para bicicletas que rodea el parque. Las luces del bulevar nadaban en la niebla. Lo miré atentamente y vi que estaba fuera de sí. Me pregunté si podría hacerle reír. Temía también que, si se echaba a reír, no se detuviera nunca. Así que empecé a hablar de lo que saliese, de Anatole France primero, y después de otros escritores, y, por último, cuando sentí que se me escapaba, cambié de improviso al tema del general Ivolgin, y ante eso se echó a reír, pero no era risa, sino un cloqueo, un cloqueo horrible, como un gallo con la cabeza en el tajo. Fue un ataque tan violento, que tuvo que detenerse y sujetarse el vientre; le brotaban lágrimas de los ojos y entre los cloqueos dejaba escapar los sollozos más terribles y desgarradores. «Sabía que me harías sentirme mejor», dijo abruptamente, al extinguirse el último estallido. «Siempre he dicho que eres un hijo de puta loco... eres un cabrito judío tú también, sólo que no lo sabes... Ahora, dime, cabronazo, ¿qué tal te fue ayer? ¿Se la metiste? ¿No te dije que era un buen polvo? ¿Y sabes con quién está viviendo? ¡La hostia! ¡Qué suerte tuviste de que no te pescara! Está viviendo con un poeta ruso... tú también conoces a ese tipo. Te lo presenté una vez en el Café Royal. Más vale que no se entere. Te saltará la tapa de los sesos... y escribirá un bello poema y se lo enviará a ella con un ramo de flores. Sí, lo conocí en Stelton, en la colonia anarquista. Su viejo era un nihilista. Toda la familia está loca. Por cierto, más vale que te andes con cuidado. Quería decírtelo el otro día, pero no pensé que actuarías tan deprisa. Mira, puede que tenga sífilis. No estoy intentando meterte miedo. Te lo digo por tu bien...»

Aquella explosión pareció calmarlo. Estaba intentando decirme a su retorcido modo judío que me apreciaba. Para hacerlo, primero tenía que destruir todo lo que me rodeaba: mi mujer, el trabajo, mis amigos, la «tipa negra», como llamaba a Valeska, etc. «Creo que algún día vas a ser un gran escritor», dijo. *«Pero»,* añadió maliciosamente, «primero tendrás que sufrir un poco. Quiero decir sufrir *de verdad,* porque todavía no sabes lo que significa esa palabra. Te lo *crees* simplemente, que has sufrido. Primero tienes que enamorarte. Por ejemplo, esa tipa negra: no pensarás que estás enamorado de ella, ¿verdad? ¿Le has mirado bien el culo...? quiero decir si te has dado

cuenta de cómo le va creciendo. Dentro de cinco años se parecerá a la tía Jemima. Haréis una pareja magnífica paseando por la avenida con una fila de negritos detrás. Preferiría verte casado con una chica judía. Desde luego, no sabrías apreciar su valor, pero te vendría bien. Necesitas algo que te haga sentar la cabeza. Estás desperdiciando tus energías. Oye, ¿por qué andas por ahí con todos esos chorras con que haces amistad? Pareces tener un don para hacer amistad con la gente que no te conviene. ¿Por qué no te dedicas a algo útil? Ese trabajo no es para ti: podrías ser un gran tipo, un tipo importante en otro sitio. Quizás un dirigente sindical... no sé qué exactamente. Pero primero tienes que liberarte de esa mujer con cara de vinagre que tienes. ¡Pufff! Cuando la miro, me dan ganas de escupirle a la cara. No comprendo cómo un tipo como tú ha podido casarse con una mala puta como ésa. ¿Qué te llevó a hacerlo...? ¿simplemente un par de ovarios calientes? Oye, eso es lo que te pasa: sólo piensas en el sexo... No, tampoco quiero decir eso. Tienes inteligencia y tienes pasión y entusiasmo... pero parece importarte un comino lo que haces o lo que te pasa. Si no fueses el cabrón romántico que eres, casi juraría que eras judío.

Mi caso es diferente: nunca he tenido ninguna razón para esperar algo del futuro. Pero tú llevas algo dentro... sólo que eres demasiado vago como para sacarlo. Mira, cuando te oigo hablar a veces, pienso para mis adentros: ¡si ese tipo fuera capaz de escribirlo! Pero, hombre, si podrías escribir un libro que hiciera caérsele la cara de vergüenza a un tipo como Dreiser. Tú eres diferente de los americanos que conozco; en cierto modo, no tienes nada que ver con este país, y está pero que muy bien que así sea. Estás un poco chiflado, también... supongo que lo sabes. Pero en el buen sentido. Mira, hace un rato, si hubiera sido cualquier otra persona la que me hubiese hablado así, la habría asesinado. Creo que te aprecio más porque no has intentado manifestarme compasión. Sé que no debo esperar compasión de ti. Si hubieras dicho una sola palabra hipócrita esta noche, me habría vuelto loco realmente. Lo sé. Estaba al borde mismo. Cuando has empezado a hablar del general Ivolgin, he pensado por un momento que todo había acabado para mí. Eso es lo que me hace pensar que tienes algo dentro... ¡ha sido una auténtica demostración de astucia! Y ahora déjame decirte una cosa... si no te dominas, pronto vas a estar majareta. Llevas algo dentro que te está royendo las entrañas. No sé lo que es, pero no puedes engañarme. Te conozco mejor que la madre que te parió. Sé que algo te aflige... y no es tu mujer, ni tu trabajo, ni, siquiera, esa tipa negra de la que crees estar enamorado. A veces pienso que deberías haber nacido en otra época. Oye, no quiero que pienses que te estoy convirtiendo en un ídolo, pero hay algo de verdad en lo que digo... si tuvieras simplemente un poco más de confianza en ti mismo, podrías ser el hombre más grande del mundo ahora mismo. Ni siquiera tendrías que ser escritor. Podrías llegar a ser otro Jesucristo, si no me equivoco. No te rías... lo digo en serio. No tienes ni la menor idea de tus posibilidades... estás completamente ciego para lo que no sean tus deseos. No sabes lo que quieres. No lo sabes porque nunca te paras a pensar. Te estás dejando consumir por la gente. Eres un tonto de remate, un idiota. Si yo tuviera la décima parte de lo que tú tienes, podría volver el mundo patas arriba. Crees que es una locura, ¿eh? Bueno, pues, escúchame... nunca he estado más cuerdo en mi vida. Cuando he venido esta noche a verte, pensaba que estaba casi a punto de suicidarme. Da casi igual que lo haga o no. Pero el caso es que ahora no tiene demasiado sentido. Con eso no la

recuperaré. Nací sin suerte. Dondequiera que voy parezco llevar conmigo el desastre. Pero no quiero irme para el otro barrio todavía. Primero quiero hacer algo bueno en el mundo. Puede que te parezca una tontería, pero es verdad. Quisiera hacer algo para los demás...»

Se detuvo de improviso y volvió a mirarme con aquella extraña sonrisa triste. Era la mirada de un judío desesperanzado en quien, como en todos los de su raza, el instinto de vida era tan fuerte, que, aunque no había absolutamente nada que esperar, se sentía *incapaz* de matarse. Esa desesperanza era algo totalmente ajeno a mí. Pensé para mis adentros: ¡si al menos pudiera estar en su pellejo y él en el mío! Pero, bueno, ¡si yo podría matarme por una bagatela! Y lo que más me reventaba era la idea de que él ni siquiera disfrutaría en el entierro... ¡el entierro de su propia esposa! Dios sabe que los entierros a que asistíamos eran bastante tristes, pero siempre había algo de comer y de beber después, y algunos buenos chistes verdes y algunas carcajadas con ganas. Quizá fuera yo demasiado joven para apreciar los aspectos tristes, aunque veía con bastante claridad cómo se lamentaban y lloraban. Pero eso nunca significó gran cosa para mí, porque después del entierro, sentados en la terraza de la cervecería contigua al cementerio, siempre había una atmósfera de buen humor a pesar de los vestidos de luto y los crespones y las coronas de flores. Como un niño que era entonces, me parecía que estaban intentando establecer algún tipo de comunicación con el difunto. Algo casi al estilo egipcio, cuando vuelvo a pensarlo. Hubo una época en que creía que eran un hatajo de hipócritas. Pero no lo eran. Eran simplemente alemanes estúpidos y sanos con ganas de vivir. La muerte era algo que superaba su comprensión, por extraño que parezca, pues, si te atenías exclusivamente a lo que decían, te imaginabas que ocupaba gran parte de sus pensamientos. Pero en realidad no la comprendían en absoluto... no como los judíos, por ejemplo. Hablaban de la otra vida, pero en realidad nunca creyeron en ella. Y, si alguien estaba tan desconsolado que llegaba hasta el extremo de llorar, lo miraban con suspicacia, como se miraría a un demente. Había límites para la pena como había límites para la alegría, ésa era la impresión que me daban. Y en los límites extremos siempre estaba la barriga que había que llenar... con bocadillos de queso de Limburgo y cerveza y Kümmel y patas de pavo, si las había. Y al cabo de un minuto ya estaban riendo. Riendo de algún rasgo de carácter curioso del difunto. Hasta la forma como usaban el pretérito me causaba un efecto curioso. Una hora después de que estuviera bajo tierra, ya estaban diciendo del difunto: «Tenía tan buen carácter...», como si hiciese mil años que hubiera muerto la persona a que se referían, un personaje histórico, o un personaje de los Nibelungos. El caso era que estaba muerta, definitivamente muerta para siempre, y ellos, los vivos, estaban ya separados de ella y para siempre, y había que vivir el hoy y el mañana, había que lavar la ropa, preparar la comida, y, cuando le llegara el turno al siguiente, habría que seleccionar un ataúd y reñir por el testamento, pero todo formaría parte de la rutina diaria y perder tiempo lamentándose y sintiendo pena era un pecado porque Dios, si es que existía, lo había querido así y nosotros, los mortales, no teníamos nada que decir al respecto. Sobrepasar los límites dispuestos de la alegría y de la pena era perverso. Estar al borde de la locura era el pecado más grave. Tenían un sentido extraordinario, animal, de la adaptación; habría constituido un espectáculo maravilloso, si hubiera sido verdaderamente animal, pero resultaba horrible cuando te dabas cuenta de

Librodot

que no era sino obtusa indiferencia e insensibilidad alemanas. Y aun así, no sé por qué, yo prefería aquellos estómagos mimados a la pena de cabeza de hidra del judío. En el fondo no podía compadecer a Kronski: tendría que compadecer a toda su tribu. La muerte de su mujer era un simple detalle, una menudencia, en la historia de sus calamidades. Como había dicho él mismo, había nacido sin suerte. Había nacido para ver salir mal las cosas... porque durante cinco mil años las cosas habían salido mal en la sangre de la raza. Venían al mundo con esa mirada de soslayo, deprimida y desesperanzada en el rostro y abandonarían el mundo del mismo modo. Dejaban mal olor tras sí: un veneno, un vómito de pena. El hedor que intentaban eliminar del mundo era el hedor que ellos mismos habían traído al mundo. Reflexionaba sobre todo eso, mientras le escuchaba. Me sentía tan bien y tan limpio por dentro, que, cuando nos separamos, después de haber doblado una esquina, me puse a silbar y a canturrear. Y luego se apoderó de mí una sed terrible y me dije con mi mejor acento irlandés: «Pues, claro. Mira, chaval, lo que tendrías que estar haciendo es tomando una copita», y, al decirlo, me metí en una taberna y pedí una buena jarra de cerveza espumosa y un espeso bocadillo de hamburguesa con mucha cebolla. Me tomé otra jarra de cerveza y después una copa de coñac y pensé para mis adentros con mi rudeza habitual: «Si el pobre tío no tiene bastante juicio para disfrutar con el entierro de su mujer, en ese caso yo lo disfrutaré por él.» Y cuanto más lo pensaba, más contento me ponía, y, si sentía la más mínima pena o envidia, era sólo por el hecho de que no podía ponerme en el pellejo de la pobre judía muerta, porque la muerte era algo que superaba absolutamente la comprensión de un pobre *goi* como yo y era una pena desperdiciarla en gente como ellos, que sabían todo lo que había que saber de la cuestión y, en cualquier caso, no la necesitaban. Me embriagué tanto con la idea de morir, que en mi estupor de borracho iba diciendo entre dientes al Dios de las alturas que me matara aquella noche: «Mátame, Dios, para saber en qué consiste.» Intenté lo mejor que pude imaginar cómo sería eso de entregar el alma, pero no hubo manera. Lo máximo que pude hacer fue imitar un estertor de agonía, pero al hacerlo casi me asfixié, y entonces me asusté tanto, que casi me cagué en los pantalones. De todos modos, eso no era la muerte. Eso era asfixiarse simplemente. La muerte se parecía más a lo que habíamos experimentado en el parque: dos personas caminando una al lado de la otra en la niebla, rozándose contra los árboles y los matorrales, y sin decirse ni palabra. Era algo más vacío que el nombre mismo y, aun así, correcto y pacífico, digno, si lo preferís. No era una continuación de la vida, sino un salto en la oscuridad y sin posibilidad de volver atrás nunca, ni siquiera como una mota de polvo. Y era algo correcto y bello, me dije, pues, ¿por qué habría uno de querer volver atrás? Probar una vez es probar para siempre: la vida o la muerte. Caiga del lado que caiga la moneda, está bien mientras no apuestes. Desde luego, es penoso asfixiarse con la propia saliva: es desagradable más que nada. Y, además, no siempre muere uno de asfixia. A veces uno perece mientras duerme, sereno y tranquilo como un cordero. Llega el Señor y te reintegra al redil, como se suele decir. El caso es que dejas de respirar. ¿Y por qué diablos habríamos de seguir respirando para siempre? Cualquier cosa que hubiera que hacer interminablemente sería una tortura. Los pobres diablos humanos que somos deberíamos sentirnos contentos de que alguien idease una salida. A la hora de dormir, no nos lo pensamos mucho. Pasamos la tercera parte de nuestras vidas roncando sin

Librodot

parar como ratas borrachas. ¿Qué me decís de eso? ¿Es eso trágico? Bueno, entonces, digamos tres terceras partes de sueño como el de ratas borrachas. ¡Joder! Si tuviéramos un poco de juicio, ¡bailaríamos de alegría sólo de pensarlo! Podríamos morir todos mañana en la cama, sin dolor, sin sufrimiento: si tuviésemos juicio como para sacar partido de nuestros remedios. No queremos morir, eso es lo malo que tenemos. Eso es lo que da sentido a Dios y a la olla de grillos de nuestra azotea. ¡El general Ivolgin! Eso le hizo soltar un cloqueo... y algunos sollozos sin lágrimas. Lo mismo habría podido decir «queso de Limburgo». Pero el general Ivolgin significa algo para él... algo demencial. Lo de «queso de Limburgo» habría sido demasiado sensato, demasiado trivial. Sin embargo, todo es queso de Limburgo, incluido el general Ivolgin, el pobre borracho estúpido. El general Ivolgin surgió del queso de Limburgo dostoyevskiano, su marca de fábrica particular. Eso significa determinado sabor, determinada etiqueta. Así, que la gente lo reconoce, cuando lo huele, cuando lo prueba. Pero, ¿de qué estaba hecho ese queso de Limburgo del general Ivolgin? Hombre, pues, de lo que quiera que esté hecho el queso de Limburgo, que es *x* y, por tanto, incognoscible. Y entonces, ¿qué? Pues, nada... nada en absoluto. Punto final... o bien un salto en la oscuridad y sin regreso.

Mientras me quitaba los pantalones, recordé de repente lo que el cabrón me había dicho. Me miré la picha y presentaba un aspecto tan inocente como siempre. «No me digas que tienes sífilis», dije, sosteniéndola en la mano y apretándola un poco, para ver si le salía un poco de pus. No, no pensaba que hubiera demasiada posibilidad de tener sífilis. Yo no había nacido con esa clase de estrella. Purgaciones, sí, eso era posible. Todo el mundo tiene purgaciones alguna vez. Pero, ¡la sífilis, no! Sabía que él me la haría tener, si pudiera, simplemente para hacerme comprender lo que era el sufrimiento. Pero no me iba a tomar la molestia de complacerle. Nací tonto y con suerte. Bostecé. Todo olía tanto al queso limburgués de los cojones, que, con sífilis o sin ella, pensé para mis adentros, si ella está conforme, echaré otro palete y daré por terminado el día. Pero, evidentemente, no estaba conforme. Lo que le apetecía era volverme el culo. Así que me quedé así, con el nabo tieso contra su culo y se lo metí por telepatía. Y por Dios que debió de recibir el mensaje a pesar de lo profundamente dormida que estaba, porque no tuve ninguna dificultad para entrar por la puerta trasera y, además, no tuve que mirarle a la cara, lo que era un alivio de la hostia. Cuando le envié el último viaje, pensé para mis adentros: «Mira, chaval, es queso de Limburgo y ahora puedes darte la vuelta y roncar...»

Parecía que fuera a durar eternamente, el canto del sexo y de la muerte. La tarde siguiente misma en la oficina recibí una llamada de teléfono de mi mujer para decirme que acababan de llevar al manicomio a su amiga Arline. Eran amigas desde el colegio de monjas en Canadá, en el que las dos habían estudiado música y el arte de la masturbación. Yo había ido conociendo poco a poco a todo el grupo, incluida la hermana Antolina, que llevaba un braguero para hernia y, al parecer, era la sacerdotisa suprema del culto del onanismo. Todas ellas habían estado alguna vea enamoradas de la hermana Antolina. Y Arline, la de la jeta de pastel de chocolate, no era la primera del grupo que iba al manicomio. No digo que fuera la masturbación lo que las llevase allí, pero indudablemente la atmósfera del convento tenía algo que ver con ello. Todas ellas estaban viciadas en el embrión.

Antes de que pasara la tarde, entró mi viejo amigo McGregor. Llegó

Librodot

con su habitual aspecto melancólico y quejándose de la llegada de la vejez, a pesar de que apenas pasaba de los treinta años. Cuando le conté lo de Arline, pareció animarse un poco. Dijo que siempre había estado convencido de que le pasaba algo raro. ¿Por qué? Porque cuando intentó forzarla una noche, ella se echó a llorar histéricamente. Lo peor no era el llanto, sino lo que decía. Decía que había pecado contra el Espíritu Santo, por lo que iba a tener que llevar una vida de continencia. Al recordar el caso, se echó a llorar con su tristeza habitual. «Yo le dije: "Bueno, no tienes por qué hacerlo, si no quieres... basta conque lo sostengas en la mano." ¡La hostia! Cuando dije aquello, creí que iba a volverse tarumba. Dijo que yo estaba intentando mancillar su inocencia: así es como lo dijo. Y, al mismo tiempo, la cogió con la mano y me la apretó tan fuerte, que casi me desmayé. Y sin dejar de llorar, además. Y aún machacando sobre lo del Espíritu Santo y su "inocencia". Recordé lo que tú me habías dicho una vez y le di un buen bofetón en la boca. Surtió efecto como una magia. Al cabo de poco, se tranquilizó, lo suficiente para metérsela suavemente poco a poco, y entonces empezó la auténtica diversión. Oye, ¿te has follado alguna vez a una mujer chalada? Vale la pena. Desde el momento en que se la metí, empezó a hablar por los codos. No te lo puedo describir exactamente, pero era como si no supiese que me la estaba jodiendo. Oye, no sé si alguna vez has hecho que una mujer se comiese una manzana, mientras lo hacías... pues, bien, ya te puedes imaginar el efecto que te causa. Este era mil veces peor. Me crispó los nervios de tal modo, que incluso empecé a pensar que también yo estaba un poco chiflado... Y ahora escucha esto, que seguro te costará creer, pero te estoy diciendo la verdad. ¿Sabes lo que hizo cuando acabamos? Me abrazó y me dio las gracias... Espera, eso no es todo. Después se levantó y se arrodilló y elevó una plegaria por mi alma. Joder, lo recuerdo tan bien. "Por favor, haz de Mac un buen cristiano", dijo. Y yo allí tumbado escuchándola y con la picha fláccida. No sabía si estaba soñando o qué. "¡Por favor, haz de Mac un buen cristiano!" ¿Qué te parece?»

—¿Qué vas a hacer esta noche? —añadió alegremente.

—Nada en particular —dije.

—Entonces vente conmigo. Tengo una chavala que quiero que conozcas... *Paula,* la conocí en el Roseland hace unas noches. No está loca: simplemente es ninfómana. Quiero verte bailar con ella. Será un placer... sólo de verte. Oye, si no te corres en los pantalones cuando empiece a menearse, entonces yo soy un hijo de puta. Vamos, cierra la oficina. ¿Para qué seguir muriéndose de asco aquí?

Como había mucho tiempo por matar antes de ir al Roseland, nos fuimos a un tugurio cerca de la Séptima Avenida. Antes de la guerra, era un establecimiento francés; ahora era una taberna clandestina regentada por un par de italianos. Había una pequeña barra junto a la puerta y en la trastienda un cuartito con suelo de serrín y una máquina de música tragaperras. Nuestra intención era tomar un par de copas y después comer. Esa era nuestra *intención.* Sin embargo, conociéndolo como lo conocía, no estaba nada seguro de que fuéramos al Roseland juntos. Si aparecía una mujer que fuese de su gusto —y para eso no importaba que fuera fea, que tuviese mal aliento, ni que fuera coja—, yo sabía que me dejaría en la estacada y se largaría. Lo único que me preocupaba, cuando estaba con él, era asegurarme por adelantado de que tenía dinero suficiente para pagar las copas que pedía. Y, naturalmente, no perderlo nunca de vista hasta que

Librodot

estuviesen pagadas las copas.

Las dos o tres primeras copas lo sumergían siempre en los recuerdos. Reminiscencias de gachís, claro está. Sus recuerdos traían a la memoria una historia que me había contado una vez y que me había causado una impresión indeleble. Trataba de un escocés en su lecho de muerte. Justo cuando estaba a punto de fallecer, su mujer, viéndole hacer esfuerzos por decir algo, se inclinó sobre él con ternura y le dijo: «¿Qué, Jock? ¿Qué es lo que estás intentando decir?» Y Jock, con un último esfuerzo, se alzó fatigosamente y dijo: «Simplemente coño... coño... coño.»

Ese era siempre el tema inicial y el tema final, con McGregor. Era su forma de decir: *futilidad.* El leitmotiv era la enfermedad, porque entre polvo y polvo, por decirlo así, se preocupaba hasta perder la cabeza o, mejor, se preocupaba hasta perder el capullo. Era la cosa más natural del mundo, al final de una noche, que dijera: «Vamos arriba un momento, quiero enseñarte la picha.» De tanto sacarla y mirarla y lavarla y restregarla una docena de veces al día, naturalmente tenía siempre la picha entumecida e inflamada. De vez en cuando iba al médico para que se la explorara con la sonda. O, simplemente para tranquilizarlo, el médico le daba una cajita de ungüento y le decía que no bebiese demasiado. Eso provocaba discusiones interminables, porque, como me decía, «si el ungüento sirve para algo, ¿por qué tengo que dejar de beber?». O, «si dejara de beber totalmente, ¿crees tú que necesitaría usar el ungüento?». Desde luego, cualquiera que fuese mi recomendación, le entraba por un oído y le salía por el otro. Tenía que preocuparse de algo y el pene era indudablemente buen motivo de preocupación. A veces, lo que le preocupaba era el cuero cabelludo. Tenía caspa, como casi todo el mundo, y cuando tenía la picha en buenas condiciones, se olvidaba de ella y se preocupaba del cuero cabelludo. O bien del pecho. En cuanto pensaba en el pecho, se ponía a toser. ¡Y qué tos! Como si estuviera en las últimas fases de la tisis. Y cuando andaba tras una mujer, estaba nervioso e irritable como un gato. Nunca la conseguía demasiado rápido para su gusto. En cuanto la había poseído, ya estaba preocupándose de cómo librarse de ella. A todas les encontraba alguna falta, alguna cosita trivial, generalmente, que le quitaba el apetito.

Estaba repitiendo eso mientras estábamos sentados en la penumbra de la trastienda. Después de tomar un par de copas, se levantó, como de costumbre, para ir al retrete, y de camino echó una moneda en la máquina tragaperras y el mecanismo se puso en marcha, ante lo cual se animó y señalando los vasos, dijo: «¡Pide otra ronda!» Volvió del retrete con aspecto extraordinariamente satisfecho, ya fuese porque había descargado la vejiga o porque se había tropezado con una chavala en el pasillo, no lo sé. El caso es que, mientras se sentaba, cambió de tema... muy sosegado ahora y muy sereno, casi como un filósofo. «¿Sabes una cosa, Henry? Estamos entrando en años. Ni tú ni yo deberíamos estar desperdiciando el tiempo así. Si es que alguna vez vamos a llegar a algo, ya es hora de que empecemos...» Hacía años que le oía ese rollo y sabía cuál iba a ser la conclusión. Eso era un pequeño paréntesis mientras echaba un vistazo por la habitación tranquilamente y escogía a la tía que tuviera menos aspecto de tonta. Mientras charlaba sobre el lamentable fracaso de nuestras vidas, le bailaban los pies y los ojos le brillaban cada vez más. Ocurriría como siempre ocurría, que, mientras decía: «Por ejemplo, Woodruff. Nunca saldrá adelante porque no es otra cosa que un hijo de puta, mezquino y gorrón por naturaleza...», en ese

Librodot

preciso momento, como digo, alguna gorda borracha pasaría por delante de la mesa y le llamaría la atención y, sin la más mínima pausa, interrumpiría su relato para decir: «¡Hola, chica! ¿porqué no te sientas y tomas una copa con nosotros?» Y, como una puta borracha como ésa nunca anda sola, sino en pareja siempre, pues, nada, respondería: «Desde luego, ¿puedo traer a mi amiga?» Y McGregor, como si fuera el tío más galante del mundo, diría: «¡Pues, claro! ¿Por qué no? ¿Cómo se llama?» Y después, tirándome de la manga, se inclinaría hacia mí y me susurraría: «No te me escapes, ¿oyes? Las invitaremos a una copa y nos las quitaremos de encima, ¿comprendes?»

Y, como ocurría siempre, tras una copa vino otra y la cuenta estaba subiendo demasiado y él no conseguía entender por qué había de desperdiciar el dinero con un par de gorronas, así que sal tú primero, Henry, y haz como que vas a comprar una medicina y te seguiré dentro de unos minutos... pero espérame, so hijoputa, no me dejes en la estacada como hiciste la última vez. Y, como hacía siempre, cuando salí afuera, caminé todo lo rápido que me permitieron las piernas, riéndome para mis adentros y agradeciendo a mi estrella por haberme librado de él tan fácilmente. Con todas aquellas copas en la barriga, no me importaba demasiado dónde me llevaran los pies. Broadway iluminado exactamente tan demencial como siempre y la multitud espesa como melaza. Métete en ella como una hormiga y déjate llevar a empujones. Todos haciéndolo, unos por alguna razón válida y otros sin razón alguna. Todos esos empujones y movimientos representan acción, éxito, progreso. Párate a mirar los zapatos o las camisas elegantes, el nuevo abrigo para el otoño, anillos de matrimonio a noventa y ocho centavos cada uno. Uno de cada dos establecimientos, un emporio de comida. Cada vez que tomaba aquel camino hacia la hora de cenar, una fiebre de expectación se apoderaba de mí. Es sólo un trecho de unas cuantas manzanas desde Times Square hasta la Calle Cincuenta, y cuando dice uno Broadway, eso es lo único que quiere uno decir en realidad, y la verdad es que no es nada, simplemente un gallinero y, para colmo, asqueroso, pero a las siete de la tarde, cuando todo el mundo se precipita hacia una mesa, hay una especie de chisporroteo eléctrico en el aire y se te ponen los pelos de punta como antenas y, si eres receptivo, no sólo percibes todos los golpes y parpadeos, sino que, además, te entra el prurito estadístico, el *quid pro quo* de la suma interactiva, intersticial, ectoplasmática de cuerpos chocando en el espacio como las estrellas que componen la Vía Láctea, sólo que ésta es la Alegre Vía Blanca, la cima del mundo sin techo y sin siquiera una raja o un agujero bajo tus pies por el que caer y decir que es mentira. Su absoluta impersonalidad te provoca tal grado de cálido delirio humano, que te hace correr hacia adelante como una jaca ciega y sacudir tus delirantes orejas. Todo el mundo deja de ser quien es tan total, tan execrablemente, que te conviertes automáticamente en la personificación de toda la raza humana, dándote la mano con mil manos humanas, cacareando con mil lenguas humanas diferentes, maldiciendo, aplaudiendo, silbando, canturreando, monologando, perorando, gesticulando, orinando, fecundando, lisonjeando, engatusando, lloriqueando, cambalacheando, maullando, etc. Eres todos los hombres que vivieran hasta Moisés, y a partir de ahí eres una mujer comprando un sombrero, o una jaula de pájaro, o simplemente una trampa para ratones. Puedes estar al acecho en un escaparate, como un anillo de oro de catorce quilates, o puedes trepar por el costado de un edificio como una mosca humana, pero nada detendrá la procesión, ni siquiera paraguas

Librodot

volando a la velocidad de la luz, ni morsas de dos cubiertas que avancen tranquilamente hacia los bancos de ostras. Broadway, tal como lo veo ahora y lo he visto durante veinticinco años, es una rampa que fue concebida por Santo Tomás de Aquino cuando estaba todavía en el útero. Originalmente, estaba destinado a ser usado sólo por serpientes y lagartos, por el lagarto cornudo y la garza roja, pero cuando la Armada Invencible española se hundió, la especie humana salió culebreando del queche y se derramó por todos lados, creando mediante una especie de serpenteo y culebreo ignominiosos la raja coniforme que va de Broadway, por el sur, hasta los campos de golf, por el norte, a través del centro inerte y carcomido de la isla de Manhattan. Desde Times Square hasta la Calle Cincuenta aparece incluido todo lo que Santo Tomás de Aquino olvidó incluir en su magna obra, es decir, entre otras cosas, bocadillos de hamburguesa, botones de cuello, perros de lanas, máquinas tragaperras, bombines grises, cintas de máquina de escribir, pirulíes, retretes grasientos, paños higiénicos, pastillas de menta, bolas de billar, cebollas picadas, servilletas arrugadas, bocas de alcantarilla, goma de mascar, sidecares y caramelos ácidos, celofán, neumáticos de cuerdas, magnetos, linimento para caballo, pastillas para la tos, pastillas de menta, y esa opacidad felina de eunuco histéricamente dotado que se dirige al despacho de refrescos con un fusil de cañones recortados entre las piernas. La atmósfera de antes de comer, la mezcla de pachulí, pecblenda caliente, electricidad helada, sudor azucarado y orina pulverizada te provoca una fiebre de expectación delirante. Cristo no volverá a bajar nunca más a la tierra ni habrá legislador alguno, ni cesará el asesinato ni el robo ni la revolución y, sin embargo... y, sin embargo, uno espera algo, algo terroríficamente maravilloso y absurdo, quizás una langosta fría con mayonesa servida gratis, quizás una invención, como la luz eléctrica, como la televisión, sólo que más devastadora, más desgarradora, una invención impensable que produzca una calma *y* un vacío demoledores, no la calma y el vacío de la muerte sino de una vida como la que soñaron los monjes, como la que sueñan todavía en el Himalaya, en Polinesia, en la Isla de Pascua, el sueño de Hombres anteriores al diluvio, antes de que se escribiera la palabra, el sueño de hombres de las cavernas y antropófagos, de los que tienen doble sexo y colas cortas, de aquellos de quienes se dice que están locos y no tienen modo de defenderse porque los que no están locos los sobrepasan en número. Energía fría atrapada por brutos astutos y después liberada como cohetes explosivos, ruedas intrincadamente engranadas para causar la ilusión de fuerza y velocidad, unas para producir luz, otras energía, otras movimiento, palabras telegrafiadas por maníacos y montadas como dientes postizos, perfectos y repulsivos como leprosos, movimiento congraciador, suave, escurridizo, absurdo, vertical, horizontal, circular, entre paredes y a través de paredes, por placer, por cambalache, por delito; por el sexo; todo luz, movimiento, poder concebido impersonalmente, generado, y distribuido a lo largo de una raja asfixiada semejante a un coño y destinada a deslumbrar y espantar al salvaje, al patán, al extranjero, pero nadie deslumbrado ni espantado, éste hambriento, aquél lascivo, todos uno y el mismo y no diferentes del salvaje, del patán, del extranjero, salvo en insignificancias, un batiburrillo, las burbujas del pensamiento, el serrín de la mente. En la misma raja coñiforme, atrapados pero no deslumbrados, millones han caminado antes de mí, entre ellos uno, Blaise Cendrars, que después voló a la luna y de ella a la tierra de nuevo y

Librodot

Orinoco arriba personificando a un hombre alocado pero en realidad sano como un botón, si bien ya no vulnerable, ya no mortal, la masa magnífica de un poema dedicado al archipiélago del insomnio. De los que padecían esa fiebre pocos salieron del cascarón, entre ellos yo mismo todavía sin salir de él, pero permeable y maculado, conocedor con ferocidad tranquila del tedio de la deriva y el movimiento incesantes. Antes de cenar el golpear y el tintinear de la luz del cielo que se filtra suavemente por la cúpula de gris osamenta, los hemisferios errantes cubiertos de esporas con núcleos de huevos azules coagulándose, en un cesto langostas, en el otro la germinación de un mundo antisépticamente personal y absoluto. De las bocas de las alcantarillas, cenicientas por la vida subterránea, hombres del mundo futuro saturados de mierda, la electricidad helada mordiéndolos como ratas, el día que se acaba y la oscuridad que se acerca como las frías y refrescantes sombras de las alcantarillas. Como un nabo blando que se sale deslizándose de un coño recalentado, yo, el que todavía no ha salido del cascarón, haciendo algunas contorsiones abortivas, pero o bien todavía no lo bastante muerto y blando o bien libre de esperma y patinando *ad astra,* pues todavía no es hora de cenar y un frenesí peristáltico se apodera del intestino grueso, de la región hipogástrica, del lóbulo umbilical pospineal. Las langostas, cocidas vivas, nadan en hielo, sin dar ni pedir cuartel, simplemente inmóviles e inmotivadas en el tedio acuoso y helado de la muerte, mientras la vida flota a la deriva por el escaparate rebozado en desolación, un escorbuto lastimoso devorado por la tomaína, mientras el gélido vidrio de la ventana corta como una navaja, limpiamente y sin dejar residuos.

La vida que pasa a la deriva por el escaparate... también yo soy parte de la vida, como la langosta, el anillo de catorce quilates, pero hay un hecho muy difícil de probar, y es el de que la vida es una mercancía con una carta de porte pegada a ella, pues lo que escojo para comer es más importante que yo, el que come, ya que el uno se come al otro y, en consecuencia, comer, *el verbo,* rey del gallinero. En el acto de comer el huésped se ve perturbado y la justicia derrotada temporalmente. El plato y lo que hay en él, mediante el poder depredador del aparato intestinal, exige atención y unifica el espíritu, primero hipnotizándolo, después masticándolo, luego absorbiéndolo. La parte espiritual del ser pasa como espuma, no deja testimonio ni rastro alguno de su paso, se esfuma, se esfuma más completamente que un punto en el espacio después de una disertación matemática. La fiebre, que puede volver mañana, guarda la misma relación con la vida que la que guarda el mercurio en un termómetro con el calor. La fiebre no convertirá la vida en calor, por lo que consagra las albóndigas y los espaguetis. Masticar mientras otros miles mastican, cuando cada mascada es un asesinato, proporciona el necesario molde social desde el que te asomas a la ventana y ves que hasta se puede hacer una escabechina con la especie humana, o que se la puede mutilar o matar de hambre o torturar porque, mientras se mastica, la simple ventaja de estar sentado en una silla con la ropa puesta, limpiándote la boca con una servilleta, te permite comprender lo que los más sabios de los sabios nunca han sido capaces de comprender, a saber, que no hay otra forma de vida posible, pues con frecuencia dichos sabios no se dignan usar silla, ropa ni servilleta. Así, los hombres que corren cada día a horas regulares por una raja coñiforme de una calle llamada Broadway, en busca de esto o de lo otro, tienden a probar esto y lo otro, que es exactamente el método de los

Librodot

matemáticos, lógicos, físicos, astrónomos, y demás. La prueba es el hecho y el hecho no tiene otro significado que el que le atribuyen los que establecen los hechos.

Devoradas las albóndigas, tirada cuidadosamente al suelo la servilleta de papel, eructando un poquito y sin saber por qué ni adonde, salí al bullicio de veinticuatro quilates y con la multitud que se dirigía al teatro. Aquella vez erré por las calles adyacentes siguiendo a un ciego con un acordeón. De vez en cuando me siento en un porche y escucho un aria. En la ópera, la música carece de sentido; aquí, en la calle, presenta el tono demente preciso que le infunde intensidad. La mujer que acompaña al ciego sostiene una taza de hojalata en las manos; es tan parte de la vida como la taza de hojalata, como la música de Verdi, como la Metropolitan Opera House. Todo el mundo y todas las cosas son parte de la vida, pero, cuando se han sumado todos, todavía falta no sé qué para que sea vida. *¿Cuándo es vida?,* me pregunto, *¿y por qué ahora no?* El ciego sigue su vagabundeo y yo me quedo sentado en el porche. Las albóndigas estaban podridas: el café era asqueroso, la mantequilla estaba rancia. Todo lo que miro está podrido, rancio, es asqueroso. La calle es como un mal aliento; la calle siguiente es igual, y la siguiente y la siguiente. En la esquina el ciego se vuelve a detener y toca *Home to Our Mountams.* Me encuentro un trozo de goma de mascar en el bolsillo: me pongo a masticarla. Mastico por masticar. No hay absolutamente nada mejor que hacer, a no ser tomar una decisión, lo que es imposible. El porche es cómodo y nadie me molesta. Soy parte del mundo, de la vida, como se suele decir, y pertenezco y no pertenezco a ella.

Me quedo sentado en el porche una hora más o menos, soñando despierto. Llego a las mismas conclusiones a que llego siempre, cuando dispongo de un minuto para pensar. O bien debo ir a casa inmediatamente para empezar a escribir o debo huir y empezar una nueva vida. La idea de empezar un libro me aterroriza: hay tanto que decir, que no sé dónde o cómo empezar. La idea de huir y empezar de nuevo es igualmente aterradora; significa trabajar como un negro para subsistir. Para un hombre de mi temperamento, siendo el mundo como es, no hay la más mínima esperanza ni solución. Aun cuando *pudiera* escribir el libro que quiero escribir, nadie lo aceptaría: conozco a mis compatriotas demasiado bien. Aun cuando *pudiese* empezar de nuevo, sería inútil, fundamentalmente porque no deseo trabajar ni llegar a ser un miembro útil de la sociedad. Me quedo ahí sentado mirando la casa de enfrente. No sólo tiene un aspecto feo y carente de sentido, como todas las demás casas de la calle, sino que, además, de mirarla tan intensamente, se ha vuelto absurda de repente. La idea de construir un lugar para refugiarse de esa forma particular me parece absolutamente demencial. La propia ciudad me parece un ejemplo de la mayor demencia; demencia, todo lo que hay en ella, alcantarillas, metro elevado, maquinas tragaperras, periódicos, teléfonos, polis, pomos de puerta, hostales de mala muerte, rejas, papel higiénico, todo. Todo podría perfectamente no existir y no sólo no se habría perdido nada, sino que se habría ganado todo un universo. Miro a la gente que pasa presurosa a mi lado para ver si por casualidad uno de ellos pudiera coincidir conmigo. Supongamos que detuviese a uno de ellos y le hiciera una simple pregunta. Supongamos que me limitase a decirle de sopetón: *«¿Por qué sigue usted llevando la vida que lleva?»* Probablemente llamaría a un poli. Me pregunto: «¿Se habla alguien a sí mismo como lo hago yo?» Me pregunto si me pasará

Librodot

algo raro. La única conclusión que puedo sacar es la de que *soy diferente.* Y ésa es una cuestión muy grave, lo mires como lo mires. Henry, me digo, alzándome despacio del porche, estirándome, sacudiéndome el polvo y escupiendo la goma de mascar, todavía eres joven, eres un chaval, y si les dejas que te tengan atrapado, eres un idiota, porque vales más que cualquiera de ellos, sólo que necesitas liberarte de tus ideas falsas sobre la humanidad. Tienes que comprender, Henry, hijo, que tienes que habértelas con asesinos, con caníbales, sólo que van bien vestidos, afeitados, perfumados, pero eso es lo que son: asesinos, caníbales. Lo mejor que puedes hacer ahora, Henry, es ir a comprarte un helado y cuando te sientes en el despacho de refrescos, estáte ojo avizor y olvídate del destino del hombre, porque todavía podrías encontrar un buen polvete y un buen polvete te limpiará los rodamientos de bolas y te dejará buen sabor de boca, mientras que esto lo único que produce es dispepsia, caspa, halitosis, encefalitis. Y mientras estoy calmándome así, se me acerca un tipo a pedirme diez centavos y le doy veinticinco para no quedarme corto, pensando para mis adentros que, si hubiera tenido un poco más de sentido común, me habría tomado una jugosa chuleta de cerdo con ellos en lugar de las asquerosas albóndigas, pero qué más da ahora, todo es comida y la comida produce energía y la energía es lo que mueve el mundo. En lugar de tomarme el helado de chocolate, sigo caminando y al cabo de poco estoy exactamente donde he querido estar todo el tiempo, que es delante de la ventanilla de despacho de localidades del Roseland. Y ahora, Henry, voy y me digo, si tienes suerte, tu viejo amigo McGregor estará aquí y primero te echará una bronca de la hostia por escapar corriendo y luego te prestará cinco dólares, y, si contienes la respiración mientras subes las escaleras, quizá veas a la ninfómana también y consigas un polvo puro y simple. ¡Entra con mucha calma, Henry, y estáte ojo avizor! Y entro con pies de plomo, como siguiendo instrucciones, dejo el sombrero en el guardarropas, orino un poco, cosa normal, y después vuelvo a bajar las escaleras y examino a las *taxi girls,* todas diáfanamente vestidas, empolvadas, perfumadas, con aspecto lozano y despierto, pero probablemente muertas de aburrimiento y con las piernas cansadas. Al pasar, echo un polvo imaginario a todas y cada una de ellas. El local está rebosante de coños y jodienda y por eso estoy bastante seguro de encontrar a mi viejo amigo McGregor aquí. Es maravilloso con qué facilidad he dejado de pensar en la condición del mundo. Lo menciono porque por un momento, justo mientras estudiaba con la mirada un jugoso culo, he tenido una recaída. Casi he vuelto a entrar en trance. Estaba pensando, ¡palabra!, que quizá debería largarme a casa y empezar el libro. ¡Una idea aterradora! En cierta ocasión pasé toda una tarde sentado en una silla y no vi ni oí nada. Debí de escribir un libro de buen tamaño antes de despertar. Mejor no sentarse. Más vale seguir circulando. Henry lo que deberías hacer es venir aquí algún día con una pasta gansa y ver simplemente lo que daba de sí. Quiero decir cien o doscientos dólares, y gastarlos como el agua y decir que sí a todo. Esa de aspecto arrogante y figura de estatua, apuesto a que se retorcería como una anguila, si se le untara la mano bien. Supongamos que dijese: «¡Veinte dólares!», y tú pudieras decir: «¡Cómo no!» Supongamos que pudieses decir: «Oye, tengo un coche abajo... vámonos a Atlantic City por unos días.» Henry, no hay coche ni veinte dólares. No *te sientes... sigue circulando.*

En la barandilla que separa de la pista de baile me quedo parado y los

Librodot

miro deslizarse. No es una recreación inofensiva... es cosa seria. A cada extremo de la pista de baile hay un letrero que dice: «Prohibido bailar indecorosamente.» Pero que muy requetebién. No hay nada malo en colocar un letrero en cada extremo de la pista. En Pompeya probablemente colgaran un falo. Así se hace en América. Significa lo mismo. No debo pensar en Pompeya o me veré sentado y escribiendo un libro de nuevo. *Sigue circulando, Henry. Concentra la atención en la música.* Sigo haciendo esfuerzos para imaginar lo bien que me lo pasaría, si tuviese el precio de una ristra de boletos, pero cuanto más esfuerzos hago, más vuelvo a caer. Al final, estoy hundido hasta las rodillas en lechos de lava y el gas me está asfixiando. No fue la lava lo que mató a los pompeyanos, fue el gas venenoso que precipitó la erupción. Así fue como los atrapó la lava en posturas tan extrañas, con los pantalones bajados, por decirlo así. Si de repente todo Nueva York se viera sorprendido así... ¡qué museo formaría! Mi amigo McGregor parado ante el lavabo restregándose la picha... los que practican abortos en el East Side cogidos con las manos en la masa... las monjas tumbadas y masturbándose unas a otras... el subastador con un despertador en la mano... las telefonistas ante el conmutador... J. P. Morganana sentado en la taza del retrete limpiándose el culo plácidamente... los polizontes con mangueras de goma torturando... bailarinas desnudistas haciendo el último *striptease...*

Hundido en la lava hasta las rodillas y con los ojos nublados de esperma; J. P. Morganana se está limpiando el culo plácidamente, mientras las telefonistas conectan las clavijas, mientras polizontes con mangueras de goma practican la tortura, mientras mi amigo McGregor se restriega la picha para quitarse los gérmenes y la unta de pomada y la examina al microscopio. Todo el mundo se ve sorprendido con los pantalones bajados, incluidas las bailarinas desnuditas que no llevan pantalones, ni barba, ni bigote, sólo un pedacito de tela para taparse el coñito centelleante. Sor Antolina tumbada en la cama del convento, con la barriga ajustada con un braguero, los brazos en jarras y esperando la Resurrección, esperando, esperando una vida sin hernia, sin relaciones sexuales, sin pecado, sin maldad, mientras mordisquea unas galletas, un pimiento, unas aceitunas finas, un poco de queso de cerdo. Los muchachos judíos en el East Side, en Harlem, en el Bronx, Carnarsie, Bronville, abriendo y cerrando las trampas, sacando los brazos y las piernas, haciendo girar la máquina de fabricar salchichas, obstruyendo los desagües, trabajando como furias por dinero al contado y si abres el pico, te ponen de patas en la calle. Con mil cien boletos en el bolsillo y un «Rolls Royce» esperándome abajo, podría pasármelo pipa, echando un polvo a todas y cada una de ellas respectivamente sin. tener en cuenta la edad, el sexo, la raza, la religión, la nacionalidad, el nacimiento ni la educación. No hay solución para un hombre como yo, por ser yo quien soy y por ser el mundo lo que es. El mundo se divide en tres partes, de las cuales dos son albóndigas y espaguetis y la otra un enorme chancro sifilítico. La arrogante de la figura de estatua probablemente sea un polvo sin rodeos, una especie de *con anonyme* revestido de hoja de oro y papel de estaño. Más allá de la desesperación y de la desilusión hay siempre la ausencia de cosas peores y los emolumentos del hastío. Nada es más asqueroso ni más vano que la alegría viva captada en plena juerga por el ojo mecánico de la época mecánica, mientras la vida madura en una caja negra, un negativo al que hace cosquillas un ácido y que revela un simulacro momentáneo de nada.

Librodot

En el límite extremo de esa nada momentánea llega mi amigo McGregor y se detiene a mi lado y con él está aquella de la que ha hablado, la ninfómana llamada Paula. Esta se mueve con ese balanceo flexible y garboso del sexo ambiguo, todos sus movimientos irradian de la ingle, siempre en equilibrio, siempre lista para flotar, para serpentear y retorcerse, y asir, con los ojos haciendo tictac, los dedos de los pies crispándose y centelleando, la carne rizándose como un lago surcado por una brisa. Es la encarnación de la alucinación del sexo, la ninfa del mar culebreando en los brazos del maníaco. Los observo a los dos mientras se mueven espasmódicamente centímetro a centímetro por la pista; se mueven como un pulpo excitado por el celo. Entre los tentáculos balanceantes la música riela y fulgura, tan pronto rompe en una cascada de esperma y agua de rosas, como forma de nuevo un chorro aceitoso, una columna que se alza erecta sin base, se desintegra otra vez como greda, dejando la parte superior de la pierna fosforescente, una cebra de pie en un charco de malvavisco dorado con charnelas de goma y pezuñas derretidas, con el sexo desatado y retorcido en un nudo. En el suelo marino las ostras bailan la danza de San Vito, unas con trismo, otras con rodillas de articulación doble. La música está espolvoreada con raticida, con el veneno de la serpiente de cascabel, con el fétido aliento de la gardenia, con el esputo del yak sagrado, con el sudor de la rata almizclera, la nostalgia confitada del leproso. La música es una diarrea, un lago de gasolina, estancado con cucarachas y orina de caballo rancia. Las empalagosas notas son la espuma y la baba del epiléptico, el sudor nocturno de la negra fornicadora jodida por el judío. Toda América está en la embarradura del trombón, ese relincho agotado y exhausto de las morsas gangrenadas atracadas a la altura de Point Loma, Pawtucket, cabo Hatteras, Labrador, Carnarsie y puntos intermedios. El pulpo está bailando como una picha de goma: la rumba de Spuyten Duyvil *inédit.* Laura, la ninfómana, está bailando la rumba, la encarnación de la alucinación del *sexo,* la ninfa del mar culebreando en los brazos del maníaco. Los miro bailando la rumba, con el sexo exfoliado y retorcido como la cola de una vaca. En el vientre del trombón se encuentra el alma americana pediéndose a sus anchas. Nada se desperdicia: ni el menor esputo de un pedo. En el sueño dorado y dulzón de la felicidad, en la danza de orina y gasolina pastosas, la gran alma del continente americano galopa como un pulpo, con todas las alas desplegadas, todas las escotillas echadas, y el motor zumbando como una dinamo. La gran alma dinámica atrapada en el clic del ojo de la cámara, en el ardor del celo, exangüe como un pez, resbaladiza como mucosidad, el alma de gentes de razas diferentes copulando en el suelo marino, con ojos desorbitados por el deseo, atormentados por la lascivia. La danza del sábado por la noche, la danza de melones que se pudren en el cubo de la basura, de moco verde fresco y ungüentos viscosos para las partes tiernas. La danza de las máquinas tragaperras y de los monstruos que las inventan. La danza de los revólveres y de los cabrones que lo usan. La danza de la cachiporra y de los capullos que golpean sesos hasta convertirlos en un pulpo de pólipo. La danza del mundo del magneto, de la bujía que no hace chispa, del suave zumbido del mecanismo perfecto, de la carrera de velocidad en una plataforma giratoria, del dólar a la par y los bosques muertos y mutilados. El sábado por la noche de la danza apagada del alma, en la que cada bailarín que brinca es una unidad funcional o el baile de San Vito del sueño de la culebrilla, Laura, la ninfómana, sacudiendo

Librodot

el coño, con los dulces labios de pétalo de rosa dentados con garras de rodamiento de bolas, con el culo como una articulación esférica. Centímetro a centímetro, milímetro a milímetro, empujan por la pista el cadáver copulador. Y después, ¡zas! Como si desconectaran un conmutador, cesa la música de repente y con la interrupción los bailarines se separan, con los brazos y las piernas intactos, como hojas de té que bajan al fondo de la taza. Ahora el aire está azul de palabras, un lento chisporroteo como el del pescado en la plancha. La broza del alma vacía alzándose como cháchara de monos en las ramas más altas de los árboles. El aire azul de palabras que salen por los ventiladores, y vuelven de nuevo en el sueño por túneles y chimeneas arrugadas, aladas como el antílope, rayadas como la cabra, ora inmóvil como un molusco, ora escupiendo llamas. Laura, la ninfómana, fría como una estatua, con las partes devoradas y el cabello arrebatado musicalmente. Al borde del sueño, Laura de pie con los labios mudos y sus palabras cayendo como polen a través de una niebla. La Laura de Petrarca sentada en un taxi, cada una de cuyas palabras suena en la caja registradora, y después queda esterilizada, y luego cauterizada. Laura, el basilisco hecho enteramente de amianto, caminando a la hoguera con la boca llena de goma de mascar. Excelente es la palabra que lleva en los labios. Los pesados labios aflautados de la concha marina. Los labios de Laura, los labios de un amor uranio. Todo flotando hacia la sombra a través de la niebla en declive. Ultimas heces murmurantes de labios como conchas deslizándose a lo largo de la costa del Labrador, escurriéndose hacia el este en la corriente de yodo. Laura perdida, la última de los Petrarcas, desvaneciéndose lentamente al borde del sueño. No es gris el mundo, sino falto de lascivia, el ligero sueño de bambú de la inocencia suave como la superficie de una cuchara.

Y esto en la negra nada frenética del vacío de la ausencia deja una deprimente sensación de desaliento saturado, que no es sino el alegre gusano juvenil de la exquisita ruptura de la muerte con la vida. Desde ese cono invertido del éxtasis la vida volverá a alzarse hasta la prosaica eminencia del rascacielos, a arrastrarme por los pelos y los dientes, henchido de una tremenda alegría vacía, el feto animado del nonato gusano de la muerte al acecho de la descomposición y la putrefacción.

El domingo por la mañana, el teléfono me despierta. Es mi amigo Maxie Schnadig que me anuncia la muerte de nuestro amigo Luke Ralston. Maxie ha adoptado un tono de voz verdaderamente acongojado que me molesta. Dice que Luke era un tipo excelente. Eso también me suena a falso, porque, si bien Luke era un buen tío, sólo era pasable, no precisamente lo que se dice un tipo excelente. Luke era un marica innato y en definitiva, cuando llegué a conocerlo íntimamente, resultó ser un pelma. Así se lo dije a Maxie por teléfono: por la forma como me respondió comprendí que no le gustó demasiado. Dijo que Luke siempre había sido un amigo para mí. Era bastante cierto, pero no del todo. La verdad era que me alegraba de veras de que la hubiera palmado en el momento oportuno: eso quería decir que podía olvidar los ciento cincuenta dólares que le debía. De hecho, al colgar el aparato sentí auténtico júbilo. Era un alivio tremendo no tener que pagar aquella deuda. En cuanto al fallecimiento de Luke, no me perturbaba lo más mínimo. Al contrario, me iba a permitir hacer una visita a su hermana, Lottie, a quien siempre había querido tirarme, sin conseguirlo nunca por una razón o por otra. Ya me veía presentándome allí por el día para darle el

Librodot

pésame. Su marido estaría en la oficina y no habría ningún obstáculo. Me veía rodeándola con los brazos y consolándola; no hay nada como abordar a una mujer cuando está apenada. La veía saltársele los ojos —tenía unos ojos grises, grandes y bellos—, mientras la trasladaba hacia el sofá. Era de esas mujeres que te dejan echarles un polvo mientras fingen estar escuchando música o algo así. No le gustaba la realidad tal como es, los hechos desnudos, por decirlo así. Al mismo tiempo, tenía la suficiente presencia de ánimo para colocarse una toalla debajo con el fin de no manchar el sofá. Yo la conocía a fondo. Sabía que el mejor momento para conseguirla era ahora, ahora que era presa de la emoción por la muerte del pobre Luke... a quien, por cierto, no tenía ella en gran concepto. Desgraciadamente, era domingo y seguro que el marido estaría en casa. Volví a la cama y me quedé tumbado pensando primero en Luke y en todo lo que había hecho por mí y después en ella, Lottie. Se llamaba Lottie Sommers: siempre me pareció un nombre bonito. Le cuadraba perfectamente. Luke era tieso como un palo, con cara de calavera, e impecable y justo hasta lo indecible. Ella era el extremo opuesto: suave, llenita, hablaba despacio, acariciaba las palabras, se movía lánguidamente, usaba los ojos eficazmente. Nadie habría dicho que eran hermanos. Me excité tanto pensando en ella, que intenté abordar a mi mujer. Pero la pobre gilipollas, con su complejo de puritanismo, fingió horrorizarse. Apreciaba a Luke. No se le habría ocurrido decir que era un tipo excelente, porque no era su forma de expresarse, pero insistió en que era un amigo auténtico, leal, fiel, etc. Yo tenía tantos amigos leales, auténticos, fieles, que todo aquello era palabrería para mí. Al final, tuvimos una discusión tan violenta a causa de Luke, que le dio un ataque de histeria y se puso a lamentarse y a sollozar... en la cama, fijaos. Eso me dio hambre. La idea de llorar antes de desayunar me pareció monstruosa. Bajé a la cocina y me preparé un desayuno maravilloso, y mientras me lo comía, me reía para mis adentros de Luke, de los ciento cincuenta dólares que su muerte repentina había borrado de la lista, de Lottie y de la forma como me miraría cuando llegara el momento... y, por último, lo más absurdo de todo, pensé en Maxie, Maxie Schnadig, el fiel amigo de Luke, de pie ante la tumba con una gran corona y quizás arrojando un puñado de tierra al ataúd en el preciso momento en que lo bajaban. No sé por qué, aquello me pareció demasiado estúpido como para expresarlo con palabras. No sé por qué había de parecerme tan ridículo, pero así era. Maxie era un bobalicón. Yo lo soportaba sólo porque podía darle un sablazo de vez en cuando. Y, además, no hay que olvidar a su hermana Rita. Solía dejarle invitarme a su casa ocasionalmente fingiendo que me interesaba su hermano, que estaba trastornado. Siempre era una buena comida y el hermano retrasado mental era realmente divertido. Parecía un chimpancé y hablaba también como un chimpancé. Maxie era demasiado inocente como para sospechar que me estaba divirtiendo simplemente; creía que me interesaba de verdad por su hermano.

Era un domingo hermoso y, como de costumbre, tenía veinticinco centavos en el bolsillo. Caminé por ahí preguntándome dónde ir a dar un sablazo. No es que fuera difícil juntar un poco de pasta, no, pero la cuestión era conseguir la pasta y largarse sin que le aburrieran a uno mortalmente. Recordé a una docena de tipos de allí mismo, del barrio, tipos que apoquinarían sin refunfuñar, pero sabía que después vendría una larga conversación: sobre arte, religión, política. Otra cosa que podía hacer, que

había hecho una y mil veces en casos de apuro, era presentarme en las oficinas de telégrafos, simulando una visita amistosa de inspección y después, en el último minuto, sugerirles que sacaran de la caja un dólar o algo así hasta el día siguiente. Eso exigiría tiempo y, peor todavía, conversación. Después de pensarlo fría y calculadoramente, decidí que lo mejor era recurrir a mi amiguito Curley, que vivía en Harlem. Si Curley no tenía dinero, lo hurtaría para mí del monedero de su madre. Sabía que podía confiar en él. Desde luego, iba a querer acompañarme, pero yo encontraría un modo de librarme de él antes de que pasara la tarde. No era más que un chaval y no necesitaba ser delicado con él.

Lo que me gustaba de Curley era que, aunque sólo era un chaval de diecisiete años, no tenía el menor sentido moral, ni escrúpulos, ni vergüenza. Había acudido a mí en busca de trabajo de repartidor, siendo un muchacho de catorce años. Sus padres, que por aquel entonces estaban en Sudamérica, lo habían enviado por barco a Nueva York para dejarlo a cargo de una tía suya, que lo sedujo casi inmediatamente. Nunca había ido al colegio porque los padres siempre estaban trabajando; eran saltimbanquis que trabajaban «a salto de mata», como él decía. El padre había estado en la cárcel varias veces. Por cierto, que no era su padre auténtico. El caso es que Curley fue a verme siendo un mozalbete que necesitaba ayuda, que necesitaba un amigo más que nada. Al principio pensé que podría hacer algo por él. Caía simpático al instante a todo el mundo, sobre todo a las mujeres. Se convirtió en el niño mimado de la oficina. Sin embargo, no tardé en comprender que era incorregible, que en el mejor de los casos tenía madera de delincuente astuto. No obstante, me gustaba y seguí ayudándole, pero nunca me fié de él como para quitarle la vista de encima. Creo que me gustaba sobre todo porque no tenía el menor sentido del humor. Era capaz de hacer cualquier cosa por mí y, al mismo tiempo, de traicionarme. No podía reprochárselo... Me divertía. Tanto más cuanto que era franco al respecto. Simplemente no podía evitarlo. Su tía Sophie, por ejemplo. Decía que lo había seducido. Era cierto, pero lo curioso era que se había dejado seducir mientras leían la Biblia juntos. A pesar de lo joven que era, parecía comprender que su tía Sophie lo necesitaba en ese sentido. Así que se dejó seducir, según dijo, y después, cuando hacía un tiempo que nos conocíamos, se ofreció a presentarme a su tía para que la beneficiara. Llegó hasta el extremo de hacerle chantaje. Cuando tenía gran necesidad de dinero, iba a verla y se lo sacaba... con veladas amenazas de contar la verdad. Con cara inocente, desde luego. Era asombroso lo que se parecía a un ángel, con grandes ojos claros que parecían tan francos y sinceros. Tan dispuesto a hacerte favores... casi como un perro fiel. Y después, cuando se había ganado tu aprecio, lo bastante astuto como para hacer que le complacieras en sus caprichos. Y, además, extraordinariamente inteligente. La sagaz inteligencia de un zorro y... la total crueldad de un chacal.

En consecuencia, no me sorprendió en absoluto enterarme aquella tarde de que había estado haciendo de las suyas con Valeska. Después de Valeska, abordó a la prima que ya había quedado desflorada y que necesitaba a algún hombre en quien pudiera confiar. Y de ésta pasó, por último, a la enana, que se había hecho un nidito en casa de Valeska. La enana le interesaba porque tenía un coño perfectamente normal. No había tenido intención de hacer nada con ella, porque, según dijo, era una lesbiana repulsiva, pero un día se tropezó con ella mientras se bañaba y así empezó la

Librodot

cosa. Reconoció que estaba empezando a resultarle insoportable, porque las tres lo perseguían sin cesar.

La que más le gustaba era la prima porque tenía algo de pasta y estaba dispuesta a soltarla. Valeska era demasiado astuta, y, además, olía un poco fuerte. De hecho, estaba empezando a hartarse de las mujeres. Decía que era culpa de su tía Sophie. Lo había iniciado mal. Mientras me cuenta eso, va registrando afanosamente los cajones de la cómoda. El padre es un hijoputa despreciable que se merece la horca, dice, mientras busca infructuosamente. Me enseñó un revólver con cachas de nácar... ¿cuánto darían por él? Un revólver era algo demasiado bueno para usarlo contra el viejo... le gustaría dinamitarlo. Al intentar averiguar *por qué* odiaba al viejo, resultó que el chaval estaba enamorado de su madre. No podía soportar la idea de que el viejo se acostara con ella. ¿No pretenderás decir que estás celoso de tu viejo?, le pregunté. Sí, está celoso. Si quería saber yo la verdad, no le importaría acostarse con su madre. *¿Por qué no*? Por eso era por lo que había permitido a su tía Sophie que lo sedujera... pensaba constantemente en su madre. Pero, ¿no te sientes mal, cuando le registras el monedero?, le pregunté. Se echó a reír. No es dinero *de ella,* sino *de él.* ¿Y qué han hecho por mí? Se han pasado la vida dejándome a cargo de otra gente. Lo primero que me enseñaron fue a engañar a la gente. ¡Bonita forma de educar a un niño...!

No hay ni un centavo en la casa. La solución que se le ocurre a Curley es ir conmigo a la oficina en que trabaja y, mientras yo doy conversación al director, registrar el vestuario y limpiar toda la calderilla. O, si no temo arriesgarme, registrará la caja. Nunca sospecharían de *nosotros,* dice. Le pregunto si ha hecho eso alguna otra vez. Naturalmente... una docena de veces o más, en las narices mismas del director. ¿Y no hubo un escándalo? Claro que sí... despidieron a algunos empleados. ¿Por qué no pides algo prestado a tu tía Sophie?, le sugiero. Eso es muy fácil, sólo que tendría que echarle un quiqui rápido y ya no quiere echarle ningún quiqui más. Huele que apesta, la tía Sophie. ¿Qué quieres decir con eso de que *apesta*? Simplemente... que no se lava con regularidad. ¿Por qué? ¿Qué le pasa? Nada, que es religiosa. Y al mismo tiempo se está poniendo gorda y sebosa. Pero le sigue gustando que le eches un quiqui, *¿verdad? ¿Que si le gusta?* Se pirra más que nunca por el asunto. Es repugnante. Es como acostarse con una marrana. ¿Qué piensa tu madre de ella? *¿De ella?* Está más cabreada que la hostia con ella. Piensa que Sophie está intentando seducir al viejo. Bueno, ¡puede que sea verdad! No, el viejo tiene otras cosas. Una noche lo cogí con las manos en la masa, en el cine, muy acaramelado con una chavala. Es una manicura del Hotel Astor. Probablemente esté intentando sacarle algo de pasta. Esa es la única razón por la que seduce a una mujer. Es un hijoputa asqueroso y despreciable, ¡y me gustaría verlo algún día en la silla eléctrica! Tú eres el que vas a acabar en la silla eléctrica algún día, si no te andas con ojo. *¿Quién, yo? ¡De eso, nada!* Soy demasiado listo. Eres bastante listo, pero te vas de la lengua. Yo que tú, procuraría mantener el pico cerrado. ¿Sabes una cosa?, añadí, para sobresaltarlo todavía más, O'Rourke sospecha de ti; si alguna vez riñes con O'Rourke, estás perdido... ¿Y por qué no dice nada, si sabe algo? No te creo. Le explico con bastante detalle que O'Rourke es una de esas poquísimas personas del mundo que prefieren *no* causar dificultades a otra persona, si pueden evitarlo. O'Rourke —le digo— tiene instinto de detective sólo en el sentido de que le gusta *saber*

Librodot

lo que sucede a su alrededor. Lleva el carácter de las personas grabado y archivado permanentemente en la cabeza, de igual modo que los comandantes de un ejército no dejan en ningún momento de tener presente el terreno del enemigo. La gente cree que O'Rourke anda por ahí husmeando y espiando, que siente un placer especial al realizar ese trabajo sucio para la empresa. No es así. O'Rourke es un estudioso nato de la naturaleza humana. Se entera de las cosas sin esfuerzo, gracias, indudablemente, a su forma peculiar de observar el mundo. Ahora bien, por lo que a ti respecta... no me cabe duda de que sabe todo sobre ti. Nunca le he preguntado, lo reconozco, pero lo imagino por las preguntas que hace de vez en cuando. Quizá lo único que quiera es que te confíes. Alguna noche se encontrará contigo accidentalmente y quizá te pida que vayas con él a algún sitio a tomar un bocado. E, inesperadamente, te dirá: ¿recuerdas, Curley, cuando trabajabas en una oficina SA, en la época en que despidieron a aquel empleadillo judío por robar la caja? Creo que hacías horas extraordinarias aquella noche, ¿verdad? Un caso interesante, ése. ¿Sabes? Nunca descubrieron si el empleado robó la caja o *no.* Naturalmente, tuvieron que despedirlo por negligencia, pero no podemos asegurar que robara realmente el dinero. Hace un tiempo que pienso en ese asunto. Tengo una corazonada sobre quién cogió el dinero, pero no estoy absolutamente seguro...

Y entonces probablemente te mire fijamente y cambie abruptamente de conversación. Probablemente te cuente una historia sobre un ladrón que conoció, el cual se creía muy listo y pensaba que iba a quedar impune. Prolongará la historia para ti hasta que te sientas como si estuvieras sentado sobre brasas. Para entonces estarás deseando largarte, pero, justo cuando estés listo para marcharte, recordará de repente otro caso muy interesante y te pedirá que esperes un poquito más, mientras pide otro postre.

Y seguirá así durante tres o cuatro horas de un tirón, sin hacer en ningún momento la menor insinuación abierta, pero sin dejar tampoco de estudiarte detenidamente, y, por último, cuando te creas libre, justo cuando estés dándole la mano y suspirando de alivio, te cortará el paso y, colocándote sus enormes pies entre las piernas, te cogerá de la solapa y mirándote fijamente a los ojos, dirá con voz dulce y agradable: *«Mira una cosa, chaval, ¿no crees que sería mejor que confesaras?»* Y si crees que sólo está intentando amedrentarte y que puedes fingirte inocente y salir bien librado, te equivocas. Porque, al llegar a ese extremo, cuando te pide que confieses, habla en serio y nada del mundo va a detenerlo. Cuando llega a ese extremo, te recomiendo que desembuches hasta el último centavo. No me pedirá que te despida ni te amenazará con la cárcel: se limitará a sugerirte tranquilamente que ahorres un poquito cada semana y se lo entregues a él. Nadie se enterará. Probablemente ni siquiera me lo diga a mí. No, es muy delicado con esas cosas, ¿comprendes?

—Y suponiendo —dice Curley de improviso—que le dijese que robé el dinero para ayudarte a ti, ¿qué pasaría entonces? —Se echó a reír histéricamente.

-No me parece que O'Rourke te creyera -dije con calma-. Naturalmente, puedes intentarlo, si crees que te ayudará a salvarte. Pero creo que más que nada causará mal efecto. O'Rourke me conoce... sabe que no te dejaría hacer una cosa así.

—Pero, ¡sí que me dejaste hacerlo!

—No te dije que lo hicieras. Lo hiciste sin que yo lo supiese. Eso es

Librodot

completamente diferente. Además, ¿puedes probar que acepté dinero de ti? ¿No parecerá un poco ridículo acusarme a mí, la persona que te protegió, de incitarte a dar un golpe así? ¿Quién te va a creer? O'Rourke, no. Además, todavía no te ha atrapado. ¿Por qué preocuparte por adelantado? Quizá podrías empezar a devolver el dinero poco a poco antes de que te tenga acorralado. Hazlo anónimamente.

Para entonces Curley estaba completamente agotado. Había un poco de aguardiente en el aparador, que su viejo guardaba de reserva, y le propuse que tomáramos un poco para animarnos. Mientras bebíamos el aguardiente, me acordé de repente de que Maxie había dicho que estaría en casa de Luke presentando sus respetos. Era el momento oportuno para cazar a Maxie. Estaría dominado por el sentimentalismo y podría contarle cualquier patraña, por manida que fuese. Podría decir que la razón por la que había adoptado un tono tan duro por teléfono era porque estaba desesperado, porque no sabía a quién recurrir en busca de los diez dólares que necesitaba tan urgentemente. Al mismo tiempo podría quedar con Lottie. Aquella idea me hizo sonreír. ¡Si Luke pudiera ver qué clase de amigo era yo! Lo más difícil sería acercarse al féretro y mirar apenado a Luke. *¡No reírse!*

Expliqué la idea a Curley. Se rió con tantas ganas, que le caían lágrimas por la cara. Lo que, dicho sea de paso, me convenció de que lo más prudente sería dejar a Curley abajo, mientras daba el sablazo. De todos modos, eso fue lo que decidimos.

Estaban sentándose a la mesa precisamente, cuando entré con la expresión más triste que pude poner. Maxie estaba allí y casi se escandalizó de mi repentina aparición. Lottie ya se había ido. Eso me ayudó a mantener el semblante triste. Pedí que me dejaran solo con Luke unos minutos, pero Maxie insistió en acompañarme. Los otros sintieron alivio, supongo, pues habían pasado la tarde acompañando a los desconsolados amigos hasta el féretro. Y como buenos alemanes que eran, no les gustaba que les interrumpiesen la cena. Mientras miraba a Luke, todavía con aquella expresión apenada que había conseguido poner, noté los ojos de Maxie fijos en mí inquisitivamente. Alcé la vista y le sonreí como de costumbre. Ante lo cual puso cara de absoluta perplejidad. «Oye, Maxie», dije, «¿estás seguro de que no nos oyen?» Puso cara de mayor asombro y aflicción todavía, pero asintió con la cabeza para tranquilizarme. «Pasa lo siguiente, Maxie... he subido aquí expresamente para verte... para pedirte que me prestes unos dólares. Sé que parece ruin, pero puedes imaginar lo desesperado que debo de estar para hacer una cosa así.» Mientras chamullaba esto, él sacudía la cabeza solemnemente formando una gran O con la boca, como si estuviera intentando ahuyentar a los espíritus. «Mira, Maxie», proseguí rápidamente intentando mantener la voz baja y triste, «ése no es el momento de echarme un sermón. Si quieres hacer algo por mí, déjame diez dólares ahora, ahora mismo... pásamelos aquí, mientras miro a Luke. Ya sabes que realmente apreciaba a Luke. No hablaba en serio por teléfono. Me has cogido en un mal momento. Mi mujer estaba tirándose de los pelos. Estamos en un lío, Maxie, y cuento contigo para hacer algo. Sal conmigo, si puedes, y te lo explicaré con más detalle...» Como esperaba, Maxie no podía salir conmigo. No se le ocurriría siquiera la idea de abandonarlos en un momento así... «Bueno, dámelos ahora», dije, casi brutalmente. «Te lo explicaré todo mañana.

Comeré contigo en el centro.»

-Oye, Henry —dice Maxie, hurgándose en el bolsillo, violento ante la idea de que lo sorprendan con un fajo en la mano en aquel momento—, oye —dijo—, no me importa darte el dinero, pero, ¿no podrías haber encontrado otra forma de ponerte en contacto conmigo? No es por Luke... es... —empezó a toser y a tartamudear, sin saber realmente lo que quería decir.

—¡Por el amor de Dios! —musité, inclinándome más sobre Luke para que, si alguien nos sorprendía, no sospechara lo que me traía entre manos...— por el amor de Dios, no lo discutas ahora... entrégamelo y acabemos de una vez... estoy desesperado, ¿me oyes? —Maxie estaba tan confuso y aturdido, que no podía separar un billete sin sacar el fajo del bolsillo. Inclinándome sobre el féretro reverentemente, tiré del billete que sobresalía de su bolsillo. No pude distinguir si era de un dólar o de diez. No me detuve a examinarlo, sino que me lo guardé lo más rápidamente posible y me enderecé. Después cogí a Maxie del brazo y volví a la cocina donde la familia estaba comiendo solemnemente pero con ganas. Querían que me quedara a tomar un bocado, y era difícil negarse, pero me negué lo mejor que pude y me largué, con la cara crispada por la risa histérica.

En la esquina, junto al farol, me esperaba Curley. En aquel momento ya no pude contenerme más. Cogí a Curley del brazo y corriendo y tirando de él calle abajo me eché a reír, a reír como raras veces he reído en mi vida. Creía que no iba a parar nunca. Cada vez que abría la boca para empezar a explicar el incidente, me daba un ataque. Al final, me asusté. Pensé que quizá me muriera de risa. Después de haber conseguido calmarme un poco, en medio de un largo silencio, va Curley y dice de repente: *¿Lo has conseguido?* Aquello provocó otro ataque, más violento incluso que los anteriores. Tuve que inclinarme sobre una barandilla y sujetarme el vientre. Sentía un dolor terrible en el vientre, pero era un dolor agradable.

Lo que me alivió más que nada fue ver el billete que había sacado del fajo de Maxie. ¡Era un billete de veinte dólares! Aquello me calmó al instante. Y al mismo tiempo me enfureció un poco. Me enfureció pensar que en el bolsillo de aquel idiota de Maxie había otros billetes más, probablemente otros más de veinte, otros más de diez, otros más de cinco. Si hubiera salido conmigo como le sugerí, y si hubiese yo echado un buen vistazo a aquel fajo, no habría sentido remordimiento de obligarle a dármelo por la fuerza. No sé por qué había de sentirme así, pero me enfureció. La idea más inmediata era la de librarme de Curley lo más rápidamente posible —un billete de cinco dólares lo contentaría— y después irme de juerga un poco. Lo que deseaba especialmente era encontrar a una tía vil y asquerosa que no tuviera ni pizca de decencia. ¿Dónde encontrar a una así... *exactamente así*? Bueno, primero librarse de Curley. Naturalmente, Curley se siente ofendido. Esperaba quedarse conmigo. Finge no querer los cinco dólares, pero cuando ve que estoy dispuesto a guardármelos, se apresura a cogerlos y esconderlos.

La noche de nuevo, la noche incalculablemente desierta, fría, mecánica de Nueva York, en la que no hay paz, ni refugio, ni intimidad. La inmensa y helada soledad de la multitud de un millón de pies, el fuego frío y superfluo de la ostentación eléctrica, la abrumadora insensatez de la perfección de la mujer que, mediante la perfección, ha cruzado la frontera del sexo y ha pasado al signo menos, ha pasado al rojo, como la electricidad, como la energía mental de los hombres, como los planetas sin aspecto, como los programas de paz, como el amor por la radio. Llevar dinero en el bolsillo

Librodot

en medio de energía blanca y neutra, caminar sin sentido y sin fecundar a través del brillante resplandor de las calles blanqueadas, pensar en voz alta en plena soledad y al borde de la locura, ser de una ciudad, una gran ciudad, ser del último momento del tiempo en la mayor ciudad del mundo y no sentirse parte de ella, es convertirse uno mismo en una ciudad, un mundo de piedra inerte, de luz superflua, de movimiento ininteligible, de imponderables e incalculables, de la perfección secreta de todo lo que es menos. Caminar con dinero entre la multitud nocturna, protegido por el dinero, arrullado por el dinero, embotado por el dinero, la propia muchedumbre dinero, el aliento dinero, ni un solo objeto, por pequeño que sea, en ninguna parte que no sea dinero, dinero, dinero por todas partes y aun así no es bastante, y luego no hay dinero o poco dinero o menos dinero o más dinero, pero dinero, siempre dinero, y si tienes dinero o no tienes dinero, lo que cuenta es el dinero y el dinero hace dinero, pero, *¿qué es lo que hace al dinero hacer dinero?*

Otra vez la sala de baile, el ritmo del dinero, el amor que llega por la radio, el contacto impersonal y sin alas de la multitud. Una desesperación que llega hasta las propias suelas de los zapatos, un hastío, una desesperanza. En medio de la mayor perfección mecánica, bailar sin gozo, estar tan desesperadamente solo, ser casi inhumano porque eres humano. Si hubiera vida en la luna, ¿qué prueba podría haber casi tan perfecta, tan triste como ésta? Si alejarse del sol es llegar a la fría idiotez de la luna, en ese caso hemos llegado a nuestra meta, la vida no es sino la fría y lunar incandescencia del Sol. Esto es la danza de la vida helada en el hueco de un átomo, y cuanto más bailamos, más se enfría.

Así que bailamos, al son de un ritmo glacial y frenético, al son de ondas cortas y ondas largas, una danza dentro de la taza de la nada, en que cada centímetro de lascivia se cuenta en dólares y centavos. Pasamos de una hembra perfecta a otra en busca del defecto vulnerable, pero son perfectas e impermeables en la impecable consistencia lunar. Esta es la helada virginidad blanca de la lógica del amor, la tela de araña de la marea baja, la franja de la vacuidad absoluta. Y en esa franja de la lógica virginal de la perfección estoy bailando la danza del alma y de la desesperación blanca, el último hombre blanco apretando el gatillo contra la última emoción, el gorila de la desesperación golpeándose el pecho con garras enguantadas e inmaculadas. Soy el gorila que nota que le crecen las alas, un gorila aturdido en el centro de un vacío parecido a la nada; también la noche crece como una planta eléctrica proyectando brotes ardorosos al espacio de terciopelo negro. Soy el negro espacio de la noche en que los brotes revientan con angustia, una asteria nadando en el helado rocío de la luna. Soy el germen de una nueva demencia, una monstruosidad revestida de lenguaje inteligible, un sollozo sepultado como una esquirla en lo más íntimo del alma. Estoy bailando la danza muy sensata y encantadora del gorila angélico. Estos son mis hermanos y hermanas que están locos y no son angélicos. Estamos bailando en el hueco de la taza de la nada. Somos de una sola misma carne, pero estamos separados como estrellas.

En el momento todo está claro para mí, está claro que en esta lógica no hay redención, pues la propia ciudad es la forma suprema de locura y todas y cada una de las partes, orgánicas o inorgánicas, expresión de esa misma locura. Me siento absurda y humildemente grande, no como un megalómano, sino como una espora humana, como la esponja muerta de la

Librodot

vida hinchada hasta la saturación. Ya no miro a los ojos de la mujer que estrecho en los brazos, sino que nado a través de ellos, cabeza y brazos y piernas, y veo que tras las cuencas de los ojos hay una región inexplorada, el mundo del futuro, y aquí no hay lógica alguna, simplemente la germinación silenciosa de acontecimientos no interrumpidos por la noche ni por el día, por el ayer ni por el mañana. El ojo, acostumbrado a la concentración en puntos del espacio, se concentra en puntos del tiempo; el ojo ve hacia adelante y hacia atrás, como guste. El ojo que era el yo del sí mismo ya no existe; este ojo sin yo no revela ni ilumina. Viaja a lo largo de la línea del horizonte, viajero incesante e ignorante. Al intentar conservar el cuerpo perdido, crecí en lógica como la ciudad, un punto dígito en la anatomía de la perfección. Crecí más allá de mi propia muerte, espiritualmente brillante y dura. Estaba dividido en ayeres interminables, mañanas interminables, descansando sólo en la cúspide del acontecimiento, una pared con muchas ventanas, pero la casa había desaparecido. Debo destrozar las paredes y las ventanas, el último caparazón del cuerpo perdido, si quiero reincorporarme al presente. Por eso es por lo que ya no miro a los ojos ni *a través de* los ojos, sino que mediante la prestidigitación de la voluntad nado a través de ojos, cabeza y brazos y piernas para explorar la curva de la visión. Veo a mi alrededor, como la madre que en otro tiempo me llevó en su seno veía a la vuelta de las esquinas del tiempo. He quebrado el muro creado por el nacimiento y la línea del viaje es redonda y continua, uniforme como el ombligo. No hay forma, ni imagen, ni arquitectura, sólo vueltas concéntricas de pura locura. Soy la flecha de la sustancialidad del sueño. Verifico volando. Anulo dejándome caer a la tierra.

Así pasan los momentos, momentos verídicos del tiempo sin espacio en que lo sé todo y sabiéndolo todo me desplomo bajo el salto del sueño sin yo.

Entre *esos* momentos, en los intersticios del sueño, la vida intenta construir en vano, pero el andamio de la lógica de la ciudad no es apoyo. Como individuo, como carne y sangre, me nivelan cada día para formar la ciudad sin carne ni sangre, cuya perfección es la suma de toda lógica y la muerte del alma. Estoy luchando contra una muerte oceánica en que mi propia muerte no es sino una gota de agua que se evapora. Para alzar mi vida individual, una simple fracción de centímetro por encima de este mar de sangre que se hunde, he de tener una fe mayor que la de Cristo, una sabiduría más profunda que la del mayor profeta. He de tener la capacidad y la paciencia para formular lo que no va contenido en el lenguaje de nuestro tiempo, pues lo que no es inteligible carece de sentido. Mis ojos son inútiles, pues sólo me devuelven la imagen de lo conocido. Mi cuerpo entero ha de convertirse en un rayo constante de luz, que se mueva con mayor rapidez todavía, que nunca se detenga, que nunca mire hacia atrás, que nunca se consuma. La ciudad crece como un cáncer; he de crecer como un sol. La ciudad corroe cada vez más lo rojo; es un insaciable piojo blanco que me devora. Voy a morir en cuanto ciudad para volver a ser un hombre. Así, pues, cierro los oídos, los ojos, la boca.

Antes de que vuelva a ser un hombre, probablemente existiré como parque, una especie de parque natural al que la gente vaya a descansar, a pasar el tiempo. Lo que digan o hagan tendrá poca importancia, pues sólo traerán su fatiga, su aburrimiento, su desesperanza. Seré un amortiguador entre el piojo blanco y el glóbulo rojo. Seré un ventilador para erradicar los

Librodot

venenos acumulados mediante el esfuerzo por perfeccionar lo que es imperfectible. Seré ley y orden tal como existe en la naturaleza, tal como se proyecta en el sueño. Seré el parque salvaje en plena pesadilla de la perfección, el sueño sosegado, inconmovible, en plena actividad frenética, el tiro al azar en la blanca tabla de billar de la lógica. No sabré llorar ni protestar, pero estaré siempre ahí en absoluto silencio para recibir y para restaurar. No diré nada hasta que llegue otra vez el momento de ser un hombre. No haré esfuerzos para preservar ni para destruir. No emitiré juicios ni críticas. Los que estén hartos acudirán a mí en busca de reflexión y meditación; los que no estén hartos morirán como vivieron, en el desorden, en la desesperación, ignorando la verdad de la redención. Si alguien me dice, debes ser religioso, no responderé. Si alguien me dice, no tengo tiempo ahora, me espera una gachí, no responderé. Ni aunque esté tramándose una revolución responderé. Siempre habrá una gachí o una revolución a la vuelta de la esquina, pero la madre que me llevó en su seno dobló más de una esquina y no respondió, y, al final, se dio la vuelta de dentro afuera *y yo soy la respuesta.*

Naturalmente, a partir de semejante manía extravagante de perfección nadie habría esperado una evolución hasta la conversión en parque salvaje, ni siquiera yo, pero es infinitamente mejor, mientras esperas la muerte, vivir en estado de gracia y asombro natural. Infinitamente mejor, a medida que la vida avanza hacia una perfección mortal, ser simplemente una brizna de espacio vivo palpitante, un trecho de verde, un poco de aire fresco, un estanque de agua. Mejor también recibir a los hombres silenciosamente y abrazarlos, pues no hay respuesta que darles mientras sigan corriendo frenéticamente a doblar la esquina.

Pienso ahora en la pedrea de una tarde de domingo de hace mucho tiempo, cuando estaba pasando una temporada en casa de mi tía Caroline cerca de Hill Gate. Mi primo Gene y yo nos habíamos visto acorralados por una pandilla de chicos mientras jugábamos en el parque. No sabíamos de qué parte luchábamos, pero estábamos luchando con todo ahínco entre el montón de piedras junto a la orilla del río. Teníamos que mostrar más valor incluso que los otros muchachos porque sospechaban que éramos mariquitas. Así fue como ocurrió que matamos a uno de la pandilla contraria. Justo cuando nos atacaban, mi primo Gene tiró una piedra de buen tamaño al cabecilla y le dio en el vientre. Yo lancé mi piedra al mismo tiempo y le di en la sien y cayó para quedarse en el sitio sin decir ni pío. Unos minutos después llegaron los polis y encontraron muerto al muchacho. Tenía ocho o nueve años, más o menos la misma edad que nosotros. No sé lo que nos habrían hecho, si nos hubiesen atrapado. El caso es que, para no despertar sospechas corrimos a casa: por el camino nos habíamos limpiado un poco y nos habíamos peinado. Entramos con aspecto tan inmaculado como cuando habíamos salido de casa. La tía Caroline nos dio nuestras dos grandes rebanadas de pan de centeno con mantequilla fresca y un poco de azúcar por encima y nos sentamos en la mesa de la cocina a escuchar con sonrisa angelical. Era un día extraordinariamente caluroso y pensó que era mejor que nos quedáramos en casa, en la gran habitación del frente, donde habían bajado las persianas, y que jugásemos a las canicas con nuestro amigo Joey Kesselbaum. Joey tenía fama de ser un poco retrasado y normalmente lo habríamos desplumado, pero aquella tarde, en virtud de una especie de acuerdo tácito, Gene y yo le permitimos que nos ganara todo lo

Librodot

que teníamos. Joey estaba tan contento, que después nos llevó abajo, a su sótano, e hizo que su hermana se levantase las faldas y nos enseñara lo que había debajo. Weesie la llamaban y recuerdo que se enamoró de mí instantáneamente. Yo venía de otra parte de la ciudad, tan lejana, les parecía, que era casi como si viniera de otra ciudad. Incluso parecían pensar que hablaba de forma diferente que ellos. Mientras que los otros chavales solían pagar para hacer que Weesie se levantara las faldas, para nosotros lo hacía por amor. Al cabo de un tiempo, la convencimos para que no volviese a hacerlo para los otros chicos: estábamos enamorados de ella y queríamos que se portara bien. Después de separarme de mi primo al final del verano no volví a verlo durante veinte años o más. Cuando por fin volvimos a vernos, lo que me impresionó profundamente fue su expresión de inocencia: la misma expresión que el día de la pedrea. Cuando le hablé de la pedrea, me asombró todavía *má.s* descubrir que había olvidado que fuimos nosotros quienes matamos al muchacho : recordaba la muerte del muchacho, pero, por el modo como hablaba de ella, parecía que ni él ni yo habíamos tenido nada que ver. Cuando mencioné el nombre de Weesie, le costó trabajo situarla. ¿No recuerdas el sótano de la casa de al lado... *Joey Kesselbaum*? Al oír aquello, una débil sonrisa pasó por su rostro. Le parecía extraordinario que recordara yo cosas así. Ya estaba casado, tenía hijos, y trabajaba en una fábrica de estuches para pipas. Consideraba extraordinario recordar acontecimientos que habían ocurrido en un pasado tan lejano.

Al separarme de él aquella tarde, me sentí terriblemente abatido. Era como si hubiera intentado extirpar una parte preciosa de mi vida, y a él mismo con ella. Parecía más apegado a los peces tropicales que coleccionaba que al maravilloso pasado. Por mi parte, recuerdo todo, todo lo que ocurrió aquel verano, y especialmente el día de la pedrea. De hecho, hay ocasiones en que el sabor de aquella gran rebanada de pan de centeno que su madre me dio aquella tarde es más fuerte que el de la comida que estoy saboreando. Y la imagen del chichi de Weesie casi más vivida que la sensación real de lo que tengo en la mano. La forma como quedó tumbado el muchacho, después de que lo derribáramos, mucho, pero mucho más importante que la historia de la Guerra Mundial. De hecho, todo aquel largo verano me parece como un idilio sacado de las leyendas artúricas. Con frecuencia me pregunto qué hubo en aquel verano particular que lo hace tan vívido en mi recuerdo. Basta con que cierre los ojos un momento para volver a vivir cada día. Desde luego, la muerte del muchacho no me causó angustia: antes de que pasara una semana, había quedado olvidada. También la imagen de Weesie parada en la penumbra del sótano con las faldas levantadas se esfumó fácilmente. Lo extraño es que la gruesa rebanada de pan de centeno que su madre me dio aquel día parece tener más fuerza que ninguna otra imagen de aquella época. Me sorprende... me sorprende profundamente. Quizá sea porque siempre que me daba la rebanada de pan, lo hacía con una ternura y una simpatía que nunca antes había conocido. Era una mujer muy agradable, mi tía Caroline. Tenía la cara marcada de viruela, pero era una cara cordial, simpática, que ninguna deformidad podía estropear. Era tremendamente enérgica y tenía una voz suave y acariciadora. Cuando se dirigía a mí, parecía prestarme más atención incluso, tenerme más consideración, que a su propio

114

hijo. Me habría gustado quedarme con ella para siempre; si me lo

Librodot

hubiesen permitido, la habría escogido como madre. Recuerdo perfectamente que, cuando mi madre vino de visita, pareció enojarse de que estuviera tan contento con mi nueva vida. Incluso observó que era un desagradecido, observación que nunca olvidé, porque entonces comprendí por primera vez que ser desagradecido era quizá necesario y bueno para uno. Si cierro los ojos ahora y pienso en ella, en la rebanada de pan, pienso casi al instante que en aquella casa nunca supe lo que era una regañina. Creo que si hubiera dicho a mi tía Carolina que había matado a un muchacho en el solar, si le hubiese contado cómo ocurrió simplemente, me habría pasado el brazo por el hombro y me habría perdonado... al instante. Quizá sea por eso por lo que aquel verano es tan precioso para mí. Fue un verano de absolución tácita y completa. Por eso es por lo que tampoco puedo olvidar a Weesie. Tenía una bondad natural, una niña que estaba enamorada de mí y que no reprochaba nada. Fue la primera persona del otro sexo que me admiró por ser *diferente.* Después de Weesie, fue al revés. Me amaban, pero también me odiaban por ser lo que era. Weesie hizo un esfuerzo para entender. El propio hecho de que yo procediera de otro lugar, de que hablase otra lengua, la aproximaba más a mí. La forma como le brillaban los ojos cuando me presentó a sus amiguitos es algo que nunca olvidaré. Sus ojos parecían rebosar de amor y admiración. A veces, los tres íbamos paseando hasta la orilla del río por la tarde y sentados al borde hablábamos como hablan los niños, cuando los mayores no están presentes. Hablábamos entonces, ahora lo sé tan bien, de forma más sana y más profunda que nuestros padres. Para darnos aquella gruesa rebanada de pan cada día, los padres tenían que pagar un precio muy alto. El precio más alto era acabar alejados de nosotros. Pues, con cada rebanada que nos daban a comer, no sólo nos volvíamos más indiferentes hacia ellos, sino que, además, nos volvíamos superiores cada vez más. Nuestra fuerza y nuestra belleza radicaban en nuestra ingratitud. Al no ser afectuosos, éramos inocentes de cualquier delito. El muchacho al que vi caer muerto, que yacía allí inmóvil, sin emitir el menor sonido ni gemido, el asesinato de aquel muchacho parece casi una acción limpia, sana. En cambio, la lucha por la comida parece asquerosa y degradante y, cuando estábamos delante de nuestros padres, sentíamos que habían llegado hasta nosotros impuros y eso era algo que nunca podríamos perdonarles. La espesa rebanada de pan de por las tardes, precisamente porque no la ganábamos, nos sabía deliciosa. Nunca volverá el pan a tener ese sabor. Nunca volverán a dárnoslo así. El día del asesinato estaba más sabroso incluso que nunca. Tenía un ligero sabor a terror que no ha vuelto a tener nunca más. Y lo recibimos con la tácita pero completa absolución de la tía Caroline.

Hay algo en el pan de centeno que estoy intentando desentrañar: algo vagamente delicioso, terrorífico y liberador, algo asociado con los primeros descubrimientos. Pienso en otra rebanada de pan de centeno que está relacionada con un período anterior, cuando mi amiguito Stanley y yo solíamos saquear la nevera. Aquél era pan *robado* y, por consiguiente, más maravilloso incluso para el paladar que el pan que nos daban con amor. Pero fue en el acto de comer el pan de centeno, de caminar por ahí con él y hablar al mismo tiempo, como ocurrió algo parecido a una revelación. Fue como un estado de gracia, un estado de completa ignorancia, de abnegación. Parece que he conservado intacto lo que se me impartía en aquellos momentos, fuera lo que fuese, y no hay miedo de que vaya a perder nunca el

Librodot

conocimiento que obtuve. Quizá fuera simplemente el hecho de que no era conocimiento tal como lo concebimos normalmente. Era casi como recibir una verdad, si bien verdad es una palabra demasiado precisa. Lo importante de las discusiones que sosteníamos mientras comíamos el pan de centeno es que siempre se producían lejos de casa, lejos de la mirada de nuestros padres, a quienes temíamos pero nunca respetábamos. Abandonados a nosotros mismos, no había límites para lo que podíamos imaginar. Los hechos tenían poca importancia para nosotros: lo que pedíamos a un tema era que nos diera la oportunidad de expansionarnos. Lo que me asombra, cuando vuelvo a pensarlo, es lo bien que nos entendíamos mutuamente, lo bien que calábamos en el carácter esencial de todos y cada uno, joven o viejo. A la edad de siete años sabíamos con absoluta certeza, por ejemplo, que tal tipo acabaría en la cárcel, por ejemplo, que otro trabajaría como un esclavo, y otro sería un inútil, etc. Nuestros diagnósticos eran absolutamente correctos, mucho más correctos, por ejemplo, que los de nuestros padres, que los de nuestros maestros, más correctos, de hecho, que los de los llamados psicólogos. Alfie Betcha resultó ser un vago rematado; Johny Gerhardt fue a la cárcel; Bob Kunst llegó a ser un burro de carga. Predicciones infalibles. Las enseñanzas que recibíamos sólo servían para oscurecer nuestra visión. Desde el día en que entramos en el colegio, no aprendimos nada: al contrario, nos volvieron obtusos, nos envolvieron en una bruma de palabras y abstracciones.

Con el pan de centeno el mundo era lo que es esencialmente, un mundo primitivo regido por la magia, un mundo en que el miedo desempeñaba el papel más importante. El muchacho que pudiera inspirar mayor miedo era el jefe y se lo respetaba mientras pudiese mantener su poder. Había otros chicos que eran rebeldes, y se los admiraba, pero nunca llegaban a ser el jefe. La mayoría eran barro en las manos de los que no tenían miedo: en unos pocos se podía confiar, pero en la mayoría no. El aire estaba lleno de tensión: nada podía predecirse para mañana. Aquel núcleo vago y primitivo de una sociedad creaba apetitos vehementes, emociones intensas, curiosidad incisiva. Nada se daba por sentado: cada día requería una nueva prueba de poder, una nueva sensación de fuerza o de fracaso. Y así, hasta la edad de nueve o diez años, conocimos el auténtico sabor de la vida: éramos independientes. Es decir, aquellos de nosotros que teníamos la suerte de no haber sido echados a perder por nuestros padres, aquellos de nosotros que éramos libres para vagar por las calles de noche y descubrir las cosas con nuestros propios ojos.

Lo que pienso, con cierta pena y nostalgia, es que esa vida tan restringida de la infancia parece un universo ilimitado y la vida que la siguió, la vida del adulto, un dominio que disminuye constantemente. Desde el momento en que te meten en el colegio, estás perdido: tienes la sensación de que te han puesto un ronzal en torno al cuello. El pan pierde el sabor igual que lo pierde la vida. El hecho de conseguir el pan pasa a ser más importante que el de comerlo. Todo está calculado y todo tiene un precio.

Mi primo Gene llegó a ser una absoluta nulidad; Stanley llegó a ser un fracasado de primera. Además de esos dos muchachos, por los que sentía el mayor afecto, había otro, Joey, que más adelante llegó a ser cartero. Me dan ganas de llorar al pensar en lo que la vida ha hecho de ellos. De niños eran perfectos, Stanley el que menos, porque Stanley era más temperamental. Stanley se ponía furioso de vez en cuando y no sabías a qué atenerte con él

Librodot

de un día para otro. Pero Joey y Gene eran la esencia de la bondad: eran amigos en el antiguo sentido de la palabra. Pienso con frecuencia en Joey cuando voy al campo, porque era lo que se llama un muchacho de campo. Eso significa, en primer lugar, que era más leal, más sincero, más tierno, que los muchachos que nosotros conocíamos. Vuelvo a verlo viniendo a mi encuentro: siempre corría con los brazos abiertos y dispuesto a abrazarme, siempre sin aliento al contarme las aventuras que planeaba para que yo participara, siempre cargado de regalos que había guardado para cuando yo llegase. Joey me recibía como los monarcas de tiempos antiguos a sus huéspedes. Todo lo que veía era mío. Teníamos innumerables cosas que contarnos y nada era tedioso ni aburrido. La diferencia entre nuestros mundos respectivos era enorme. Aunque yo también era de la ciudad, cuando visitaba a mi primo Gene, me daba cuenta de que existía una ciudad más grande, una ciudad de Nueva York propiamente dicha en la que mi mundanidad era insignificante. Stanley no había hecho nunca excursiones fuera de su barrio, pero procedía de otro país, del otro lado del mar, Polonia, y entre nosotros siempre había el signo distintivo del viaje. El hecho de que hablase otra lengua también aumentaba nuestra admiración hacia él. Cada uno de nosotros iba rodeado de un aura que lo distinguía, de una identidad bien definida que se mantenía inviolada. Con la entrada en la vida esos rasgos diferenciales desaparecieron y todos nos volvimos más o menos parecidos y, desde luego, muy diferentes de lo que habíamos sido. Y es esa pérdida del yo particular, de la individualidad, quizá sin importancia, lo que me entristece y hace resaltar vivamente el pan de centeno. El maravilloso pan de centeno contribuyó a la formación de nuestro yo individual: era como el pan de la comunión en el que todos participan pero del que cada cual recibe según su estado de gracia particular. Ahora comemos del mismo pan, pero sin el beneficio de la comunión, sin gracia. Comemos para llenar el vientre y tenemos el corazón frío y vacío. Estamos separados pero no somos individuos.

Otra cosa en relación con el pan de centeno era que con frecuencia lo comíamos con una cebolla cruda. Recuerdo estar parado con Stanley al final de la tarde, con un bocadillo en la mano, ante la casa del veterinario, que estaba justo enfrente de la mía. Parecía ser siempre a la caída de la tarde cuando el doctor McKinney decidía castrar a un garañón, operación que se realizaba en público y que siempre congregaba a una pequeña multitud. Recuerdo el olor del hierro caliente y el temblor de las patas del caballo. La perilla del doctor McKinney, el sabor de la cebolla cruda y el olor a gas procedente de las alcantarillas justo detrás de nosotros, donde estaban colocando una nueva tubería de gas. Era una operación olfativa del principio al fin y, como muy bien la describe Abelardo, prácticamente indolora. Por no saber el motivo de la operación, solíamos sostener después largas discusiones, que generalmente acababan en una pelea. A nadie le gustaba tampoco el doctor McKinney: olía a yodopsina y a orina de caballo rancia. A veces, el arroyo de delante de su consulta estaba lleno de sangre y en invierno la sangre se helaba y daba un aspecto extraño a su acera. De vez en cuando llegaba el gran carro de dos ruedas, un carro abierto que olía a mil demonios, *y* cargaban en él un caballo muerto. Más que nada lo izaban, el cadáver, mediante una larga cadena que producía un crujido como la bajada de un ancla. El olor de un caballo muerto e hinchado es un olor inmundo pestilente y nuestra calle estaba llena de olores pestilentes. En la esquina

Librodot

estaba la tienda de Paul Sauer, delante de la cual, en la propia calle, apilaban pieles en bruto y pieles curtidas: también apestaban espantosamente. Y, además, el acre olor de la fábrica de estaño de detrás de la casa: como el olor del progreso moderno. El olor de un caballo muerto, que es casi insoportable, es mil veces mejor que el olor de sustancias químicas en combustión. Y el espectáculo de un caballo muerto con el agujero de una bala en la sien, la cabeza en un charco de sangre y el culo reventando con la última evacuación espasmódica, es todavía mejor que el de un grupo de hombres con delantales azules saliendo del portal arqueado de la fábrica de hojalata con una carretilla cargada de fardos de hojalata recién fabricada. Afortunadamente para nosotros, enfrente de la fábrica de hojalata había una panadería, y por la parte trasera de la panadería, que sólo era una verja, podíamos ver trabajar a los panaderos y percibir el irresistible olor dulce del pan y de los bollos. Y si, como digo, estaban colocando las tuberías del gas, había una extraña mezcla de olores: el olor de la tierra recién removida, de las tuberías de hierro oxidado, del gas de las alcantarillas, y de los bocadillos de cebolla que comían los trabajadores italianos, recostados contra los montones de tierra removida. Había también otros olores, naturalmente, pero menos impresionantes: como, por ejemplo, el olor de la sastrería de Silverstein donde siempre estaban planchando ropa. Ese era un hedor caliente y fétido, que puede comprenderse mejor imaginando que Silverstein, que era un judío flaco y hediondo, a su vez, estaba limpiando los pedos que sus clientes habían dejado en los pantalones. La puerta de al lado era la tienda de caramelos y de objetos de escritorio propiedad de dos solteronas chifladas y beatas: allí había el olor casi repugnantemente dulce de melcocha, de cacahuetes españoles, de azufaifa y caramelos Sen-Sen y cigarrillos Sweet Caporal. La papelería era como una cueva bonita, siempre fresca, siempre llena de objetos intrigantes: donde estaba el despacho de refrescos que despedía otro olor característico, se extendía una losa de mármol que en verano se volvía acre, pero, aun así, se mezclaba agradablemente con el olor seco y ligeramente picante del agua gaseosa, cuando caía con efervescencia en el vaso de helado.

Con los refinamientos propios de la madurez, los olores fueron esfumándose para quedar sustituidos por otro olor, el único claramente memorable y placentero: el olor a coño. Y, de modo muy especial, el olor que queda en los dedos después de magrear a una mujer, pues, no sé si se habrá observado antes, pero ese olor es más grato incluso, quizá porque ya llevaba consigo el perfume del pretérito, que el propio olor a coño. Pero este olor, que corresponde a la madurez, es un olor tenue comparado con los olores vinculados a la infancia. Es un olor que se evapora casi tan rápidamente en la imaginación como en la realidad. Se pueden recordar muchas cosas de la mujer que ha amado uno, pero es difícil recordar el olor de su coño... con alguna certeza. En cambio, el olor a cabello mojado, a cabello mojado de mujer, es mucho más fuerte y duradero... por qué, no lo sé. Incluso ahora, casi cuarenta años después, recuerdo el olor del cabello de mi tía Tillie después de que se lo hubiera lavado con champú. Lo hacía en la cocina, que siempre estaba recalentada. Generalmente, era un sábado por la tarde en que se preparaba para un baile, lo que significaba también otra cosa singular: que aparecería un sargento de caballería con bonitos galones amarillos, un sargento particularmente guapo que incluso a mí, que era un niño, me parecía demasiado gentil, viril e inteligente para una imbécil como

Librodot

mi tía Tillie. Pero el caso es que allí estaba sentada en un taburete junto a la mesa de la cocina secándose el cabello con una toalla. Junto a ella había una lamparita con la mecha ennegrecida y junto a la lámpara dos rizadores que sólo de verlos me daban una repugnancia inexplicable. Generalmente tenía un espejito sobre la mesa: vuelvo a verla haciendo muecas de desagrado al mirarse, mientras se apretaba las espinillas de la nariz. Era una criatura viscosa, fea e imbécil, con dos enormes dientes salientes que le daban expresión de caballo, siempre que retiraba los labios al sonreír. También olía a sudor, incluso después de bañarse. Pero el olor de su cabello... ese olor no lo puedo olvidar nunca, porque de algún modo va asociado con mi odio y desprecio hacia ella. Ese olor, cuando el cabello estaba secándose, era como el olor que sube del fondo de una ciénaga. Había dos olores: uno, el del cabello mojado, y otro, el del mismo cabello cuando lo arrojaba al hornillo y estaba en llamas. Siempre había nudos rizados de su cabello que se le quedaban en el peine e iban mezclados con caspa y el sudor de su cuero cabelludo, que era grasiento y sucio. Solía quedarme a su lado a observarla, preguntándome cómo sería el baile y cómo se conduciría en él. Cuando estaba toda acicalada, me preguntaba si estaba bonita y la quería, y, naturalmente, yo le decía que sí. Pero después, en el retrete, que estaba en el vestíbulo contiguo a la cocina, me sentaba a la luz oscilante de la vela que ardía sobre la repisa de la ventana, y me decía que parecía una loca. Después de que se hubiera ido, cogía los rizadores y los olía y los estrujaba. Eran repugnantes y fascinantes... como arañas. Todo lo que había en aquella cocina me fascinaba. A pesar de lo familiarizado que estaba con ella, nunca conseguí hacerla mía. Era a un tiempo tan pública y tan íntima. Allí me bañaban los sábados en el gran barreño de estaño. Allí se bañaban y se acicalaban las tres hermanas. Allí, en la pila, se lavaba mi abuelo hasta la cintura y después me entregaba los zapatos para lustrarlos. Allí me quedaba en invierno mirando por la ventana caer la nieve, miraba con ojos nebulosos e inexpresivos, como si estuviera en la matriz y oyese correr el agua mientras mi madre estaba sentada en el retrete. En la cocina era donde celebraban sus conversaciones secretas, sesiones aterradoras y odiosas de las que siempre reaparecían con caras largas y serias u ojos enrojecidos por el llanto. Por qué les gustaba tanto la cocina es algo que no sé. Pero con frecuencia, cuando estaban así celebrando una conferencia secreta, porfiando a propósito de un testamento o decidiendo cómo prescindir de algún pariente pobre, era cuando la puerta se abría de repente y llegaba un visitante, ante lo cual la atmósfera cambiaba inmediatamente. Quiero decir que cambiaba violentamente, como si se sintieran aliviados de que una fuerza exterior hubiese intervenido para evitarles los horrores de una sesión secreta prolongada. Ahora recuerdo que, al ver abrirse aquella puerta y asomar la cara de un visitante inesperado, mi corazón daba un brinco de alegría. No tardarían en darme una gran jarra de vidrio y en pedirme que fuera al bar de la esquina donde entregaba la jarra, por la ventanita de la puerta de entrada particular, y esperaba hasta que me la devolvían rebosante de cerveza espumeante. Aquella carrerita hasta la esquina en busca de una jarra de cerveza era una expedición de proporciones absolutamente incalculables. En primer lugar, estaba la barbería justo debajo de nosotros donde el padre de Stanley ejercía su profesión. Una y mil veces, justo cuando salía disparado a algún recado, veía al padre dando a Stanley una zurra con el asentador de la navaja, espectáculo que me

Librodot

encendía la sangre. Stanley era mi mejor amigo y su padre no era sino un polaco borracho. Sin embargo, una noche, al salir disparado con la jarra, tuve el intenso placer de ver a otro polaco atacar al viejo de Stanley con una navaja. Vi a su viejo atravesar la puerta de espaldas, con la¡ sangre corriéndole por el cuello y la cara blanca como una sábana. Cayó en la acera frente a la tienda, crispado y gimiendo, y recuerdo que lo miré un minuto o dos, seguí caminando y me sentí absolutamente contento y satisfecho. Stanley había salido a hurtadillas durante la pelea y me acompañó hasta la puerta del bar. También se alegraba, si bien estaba un poco asustado. Cuando volvimos, había una ambulancia delante de la puerta y estaban subiéndolo en la camilla con la cara y el cuerpo cubiertos con una sábana. A veces ocurría que, cuando yo salía, pasaba por delante de la casa el niño cantor predilecto del padre Carroll. Ese era un acontecimiento de primera importancia. El muchacho era mayor que todos nosotros y era un afeminado, un marica en formación. Hasta sus andares nos enfurecían. En cuanto lo avistábamos, corría la noticia en todas las direcciones y, antes de que hubiera llegado a la esquina, se veía rodeado por una pandilla de muchachos mucho más pequeños que se burlaban de él y lo imitaban hasta que se echaba a llorar. Entonces nos abalanzábamos sobre él como una manada de lobos, lo tirábamos al suelo y le desgarrábamos la ropa por la espalda. Era un espectáculo vergonzoso, pero nos hacía sentir bien. Ninguno de nosotros sabía todavía lo que era un marica, pero, fuera lo que fuese, estábamos en contra. De igual modo estábamos en contra de los chinos. Había un chino, el de la lavandería del final de la calle, que solía pasar con frecuencia y, como el mariquita de la iglesia del padre Carroll, tenía que pasar por baquetas. Era exactamente como los dibujos de coolies que se ven en los libros escolares. Llevaba una chaqueta de alpaca negra con ojales de trencilla, y una coleta. Generalmente, caminaba con las manos metidas en las mangas. Lo que mejor recuerdo son sus andares, unos andares taimados, dengosos, femeninos, que eran totalmente extraños y amenazadores para nosotros. Nos inspiraba un espanto mortal, y lo odiábamos porque era absolutamente indiferente a nuestras burlas. Pensábamos que era demasiado ignorante como para reparar en nuestros insultos. Hasta que un día, cuando entramos en la lavandería, nos dio una sorpresita. Primero nos entregó el paquete de ropa; luego se inclinó por debajo del mostrador y recogió un puñado de semillas de lichis de una gran bolsa. Iba sonriendo cuando salió de detrás del mostrador para abrir la puerta. Seguía sonriendo cuando agarró a Alfie Betcha y le tiró de las orejas: nos agarró a cada uno por turno y nos tiró de las orejas, sin dejar de sonreír. Después, hizo una mueca feroz y, ligero como un gato, corrió hasta detrás del mostrador y cogió un cuchillo largo y horrible que blandió hacia nosotros. Salimos atrepellándonos unos contra otros. Cuando llegamos a la esquina y volvimos la vista atrás, lo vimos parado en la puerta con una plancha en la mano y aspecto tranquilo y pacífico. Después de aquel incidente, nadie quiso volver nunca más a la lavandería: teníamos que pagar al pequeño Louis Pirossa cinco centavos cada uno para que fuese a recoger la ropa por nosotros. El padre de Louis era el dueño del puesto de fruta de la esquina. Solía darnos los plátanos pasados como muestra de afecto. A Stanley le gustaban de modo especial los plátanos pasados, pues su tía solía f reírselos. En casa de Stanley consideraban los plátanos pasados como una golosina. Una vez, el día de su cumpleaños, dieron una fiesta para Stanley e

Librodot

invitaron a todo el vecindario. Todo salió a pedir de boca hasta que llegaron los plátanos fritos. No sé por qué, pero nadie quiso tocar los plátanos, pues era un plato que sólo conocían polacos como los padres de Stanley. Se consideraba repugnante comer plátanos, fritos. En pleno desconcierto, algún listillo sugirió que deberíamos dar los plátanos al loco de Willie Maine. Este era mayor que todos nosotros pero no sabía hablar. Lo único que decía era *«¡Bjork! ¡Bjork!»* Era la única respuesta que daba a todo lo que se le decía. Así que, cuando le pasaron los plátanos, dijo: *«¡Bjork!»,* y se abalanzó a por ellos con las dos manos. Pero su hermano, George estaba allí y consideró una ofensa que le endilgaran los plátanos pasados a su hermano loco. Así que George inició una pelea y Willie, al ver a su hermano atacado, empezó a luchar también, gritando: *«¡Bjork! ¡Bjork!»* No sólo golpeaba a los chicos, sino también a las chicas, lo que produjo un pandemonium. Por fin, el viejo de Stanley, al oír el ruido, subió desde la barbería con un asentador de navaja en la mano. Cogió al loco de Willie Maine por el cogote y empezó a zurrarlo. Mientras tanto, su hermano George salió a hurtadillas a llamar al señor Maine. Este, que era también un borrachín, llegó en mangas de camisa y, al ver que el barbero borracho estaba pegando al pobre Willie, se lanzó sobre él con sus vigorosos puños y lo golpeó despiadadamente. Willie, que entretanto había logrado soltarse, se puso a gatas a devorar los plátanos fritos que habían caído al suelo. Se los zampaba como una cabra, lo más deprisa que podía, a medida que los encontraba. Cuando el viejo lo vio masticando sin parar como una cabra, se puso furioso y, cogiendo el asentador, se lanzó contra Willie como una fiera. Entonces Willie empezó a gritar: *«¡Bjork! ¡Bjork!», y* de repente todo el mundo se echó a reír. Aquello aplacó al señor Maine. Por fin, se sentó y la tía de Stanley le trajo un vaso de vino. Al oír el alboroto, acudieron algunos de los demás vecinos y se sirvió más vino y después cerveza y luego aguardiente y, al cabo de poco, todo el mundo estaba contento y cantando y silbando y hasta los chicos se emborracharon y entonces el loco de Willie se emborrachó y volvió a ponerse a gatas como una cabra y gritó: *«¡Bjork! i Bjork!»,* y Alfie Betcha, que estaba muy borracho a pesar de sólo tener ocho años, dio un mordisco al loco de Willie Maine en el trasero y después Willie lo mordió a él y luego todos empezamos a mordernos unos a otros y los padres se reían y daban gritos de júbilo y fue muy, pero que muy divertido y sirvieron más plátanos fritos y todo el mundo los comió esa vez y el loco de Willie Maine intentó cantarnos algo, pero sólo pudo cantar *«¡Bjork! ¡Bjork!»* Fue un éxito asombroso, la fiesta de cumpleaños, y durante una semana o más nadie habló de otra cosa que de la fiesta y de qué buenos polacos eran la familia de Stanley. También los plátanos fritos fueron un éxito y por un tiempo fue difícil conseguir plátanos pasados del viejo de Louis Pirossa porque había gran demanda de ellos. Y después ocurrió un suceso que entristeció a todo el vecindario: la derrota de Joe Gerhardt a manos de Joey Silverstein. Este era el hijo del sastre: era un muchacho de quince o dieciséis años, bastante tranquilo y estudioso, a quien los otros chicos daban de lado por ser judío. Un día, cuando iba a entregar unos pantalones en Fillmore Place, Joe Gerhardt, que era de su edad más o menos y que se consideraba un ser superior, se dirigó a él. Cruzaron unas palabras y después Joe Gerhardt arrebató los pantalones al joven Silverstein y los tiró al arroyo. Nadie habría imaginado nunca que el joven Silverstein respondería a semejante insulto recurriendo a los puños y así, cuando lanzó un golpe a Joe Gerhardt y le acertó en plena mandíbula

Librodot

todo el mundo quedó desconcertado, y más que nadie el propio Joe Gerhardt. Hubo una pelea que duró unos veinte minutos y al final Joe Gerhardt quedó tirado en la acera sin poder levantarse. Acto seguido, el joven Silverstein recogió los pantalones y regresó tranquilo y orgulloso a la tienda de su padre. Nadie le dijo ni palabra. Se consideró el caso como una calamidad. ¿Quién había oído nunca hablar de que un judío diera una paliza a un gentil? Era algo inconcebible, y, sin embargo, había sucedido, en las narices de todo el mundo. Noche tras noche, sentados en el bordillo de la acera, como solíamos hacer, comentábamos la situación desde todos los puntos de vista, pero sin solución hasta que... pues, hasta que el hermano menor de Joe Gerhardt, Johnny, se exaltó tanto, que decidió zanjar la cuestión por su cuenta. Johnny, a pesar de ser más joven y más pequeño que su hermano, era tan fuerte e invencible como un joven puma. Era un representante típico de los irlandeses de las chabolas que componían el vecindario. Para desquitarse del joven Silverstein, se le ocurrió esperarlo al acecho una noche cuando saliera de la tienda y echarle la zancadilla. Cuando le echó la zancadilla aquella noche, llevaba preparadas dos piedras que escondió en sus puños y, cuando el pobre joven Silverstein cayó, se abalanzó sobre él y después con las dos piedras le cascó en las sienes. Ante su asombro, Silverstein no ofreció resistencia: ni siquiera cuando se levantó y le dio la oportunidad de ponerse de pie, se movió lo más mínimo Silverstein. Entonces Johnny se asustó y escapó corriendo. Debió de darse un susto de muerte, porque nunca más volvió: lo único que se volvió a saber de él fue que lo habían detenido en algún lugar del Oeste y lo habían metido en un reformatorio. Su madre, que era una mala puta irlandesa desaliñada y alegre, dijo que se lo tenía merecido y que pedía a Dios no volver a ponerle la vista encima. Cuando el joven Silverstein se recuperó, ya no era el mismo: la gente decía que había quedado un poco chiflado. En cambio, Joe Gerhardt volvió a adquirir preeminencia. Al parecer, había ido a ver al joven Silverstein, cuando éste estaba en cama, y le había pedido perdón de todo corazón. Aquél fue un acto de tal delicadeza, de tal elegancia, que se consideró a Joe Gerhardt casi como un caballero andante: el primero y único caballero del barrio. Era una palabra que nunca se había usado entre nosotros y ahora estaba en boca de todo el mundo y se consideraba una distinción ser un caballero. Recuerdo que aquella repentina transformación del derrotado Joe Gerhardt en un caballero me causó profunda impresión. Unos años después, cuando me trasladé a otro barrio y conocí a Claude de Lorraine, un muchacho francés, estaba preparado para entender y aceptar a «un caballero». Aquel Claude era un muchacho como no había conocido nunca antes. En el barrio anterior lo habrían considerado un mariquita: en primer lugar, hablaba demasiado bien, demasiado correctamente, demasiado educadamente, y, además, era demasiado considerado, demasiado cortés, demasiado galante. Y luego que, estando jugando con él, oírle ponerse a hablar francés, cuando llegaba su padre o su madre, nos producía algo así como un sobresalto. Alemán ya lo habíamos oído hablar y hablar alemán era una trasgresión permisible, pero, ¡francés! Pero, bueno, si hablar francés o incluso entenderlo, era ser completamente distinto, completamente aristocrático, infecto, *distingué.* Y, sin embargo, Claude era uno de los nuestros, tan bueno como nosotros en cualquier sentido, incluso un poquito mejor, teníamos que reconocerlo en secreto. Mas había un pero: ¡su francés! Nos enemistaba. No tenía derecho a vivir en nuestro barrio, a ser tan capaz y

Librodot

viril como era. Muchas veces, cuando su madre lo llamaba y después de que le hubiéramos dicho adiós, nos reuníamos en el solar y hablábamos de todo lo referente a la familia Lorraine. Nos preguntábamos qué comerían, por ejemplo, porque siendo franceses debían de tener costumbres diferentes de las nuestras. Nadie había puesto nunca los pies en casa de Claude de Lorraine: ése era otro hecho sospechoso y repugnante. ¿Por qué? ¿Qué ocultaban? Y, sin embargo, cuando se cruzaban con nosotros por la calle, siempre se mostraban muy cordiales, siempre sonreían, siempre hablaban inglés y, además, un inglés excelente. Solían hacernos sentir bastante avergonzados de nosotros mismos: eran superiores, eso era lo que pasaba. Y había otra cosa desconcertante: con los otros chicos, una pregunta directa recibía una respuesta directa, pero con Claude de Lorraine nunca había respuestas directas. Siempre sonreía con mucho encanto antes de responder y se mostraba muy sereno, calmado, empleaba una ironía y una burla que no alcanzábamos a entender. Era una espina que teníamos clavada, y, cuando por fin se fue a vivir a otro barrio, todos suspiramos aliviados. Por mi parte, hasta quizá diez o quince años después no pensé en aquel muchacho y en su extraño comportamiento elegante. Y fue entonces cuando tuve la impresión de que había cometido un gran error. Pues de pronto un día recordé que Claude de Lorraine se me había acercado en cierta ocasión para ganarse mi amistad evidentemente y yo lo había tratado con bastante arrogancia. En el momento en que pensé en aquel incidente, caí en la cuenta de repente de que Claude de Lorraine debió de ver algo diferente en mí y de que había tenido la intención de honrarme tendiéndome la mano de la amistad. Pero en aquella época tenía yo un código de honor — malo o bueno, es igual — que era el de seguir en el rebaño. Si me hubiera convertido en amigo del alma de Claude de Lorraine, habría traicionado a los otros chicos. Fueran cuales fuesen las ventajas que me hubiera podido proporcionar aquella amistad, no eran para mí; era uno de la pandilla y mi deber era mantenerme alejado de alguien como Claude de Lorraine. He de decir que volví a recordar aquel incidente después de un intervalo aún mayor: después de haber vivido en Francia unos meses y de que la palabra *raisonable* hubiera llegado a adquirir un significado totalmente nuevo para mí. De repente, un día, al oírla en labios de alguien al pasar, pensé en las ofertas de Claude de Lorraine en la calle enfrente de su casa. Recordé vividamente que había usado la palabra *razonable.* Probablemente me había pedido que fuera *razonable,* palabra que entonces nunca se me habría ocurrido pronunciar, ya que no la necesitaba en mi vocabulario. Era una palabra, como «caballero», que raras veces se empleaba y, si acaso, con gran discreción y circunspección. Era una palabra que podía hacer que los demás se rieran de uno. Había muchas palabras como ésa: *realmente,* por ejemplo. Ningún conocido mío había usado nunca la palabra *realmente...* hasta que no apareció Jack Lawson. La usaba porque sus padres eran ingleses, y, aunque nos reíamos de él, se la perdonábamos. *Realmente* era una palabra que me recordaba inmediatamente al pequeño Cari Ragner, del barrio anterior. Cari Ragner era el hijo único de un político que vivía en la callecita bastante distinguida llamada Fillmore Place. Vivía cerca del final de la calle en una casita de ladrillo rojo que siempre estaba cuidada divinamente. Recuerdo la casa porque, al pasar delante del camino de la escuela, solía observar lo bien bruñidos que estaban los pomos metálicos de la puerta. De hecho, nadie tenía pomos metálicos en la puerta. El caso es que el pequeño Cari Ragner

Librodot

era uno de esos muchachos a los que no permitían juntarse con otros chicos. En realidad, raras veces lo veíamos. Generalmente era un domingo cuando lo veíamos por un instante caminando con su padre. Si su padre no hubiese sido una figura influyente en el barrio, a Cari lo habrían apedreado hasta matarlo. Era verdaderamente insoportable, con su traje de los domingos. No sólo llevaba pantalones largos y zapatos de charol, sino que, además, lucía sombrero hongo y bastón. A los seis años de edad, un muchacho que se hubiera dejado vestir de ese modo tenía que ser un tonto: ésa era la opinión unánime. Algunos decían que era un enclenque, como si eso fuera una excusa para su excéntrica forma de vestir. Lo extraño es que ni una vez le oí hablar. Era tan elegante, que quizá se había imaginado que era de mala educación hablar en público. En cualquier caso, solía esperarlo al acecho los domingos por la mañana simplemente para verlo pasar con su viejo. Lo miraba con la misma curiosidad ávida con que miraba a los bomberos limpiar las máquinas en el cuartel. A veces, de vuelta a casa, llevaba una cajita de helado, la más pequeña que había y probablemente suficiente sólo para él, para postre. «Postre» era otra palabra con la que de algún modo nos habíamos familiarizado y que usábamos despectivamente, cuando nos referíamos a gente como Cari Ragner y su familia. Podíamos pasarnos horas preguntándonos qué comería de *postre* aquella gente, y nuestro placer, consistía principalmente en repetir aquella palabra recién descubierta, *postre,* que probablemente había salido de contrabando de la casa de los Ragner. Debió de ser también por aquella época cuando Santos Dumont se hizo famoso. Para nosotros en el nombre de Santos Dumont había algo grotesco. Sus proezas no nos interesaban... sólo el nombre. Para la mayoría de nosotros olía a azúcar, a plantaciones cubanas, a la extraña bandera cubana que tenía una estrella en un ángulo y que era muy apreciada siempre por los que coleccionaban los cromos que daban con los cigarrillos Sweet Caporal y en los que aparecían representadas bien las banderas de las diferentes naciones bien las actrices célebres o los púgiles famosos. Así, pues, Santos Dumont era algo deliciosamente extranjero, a diferencia de las personas u objetos extranjeros habituales, como la lavandería china, o la altiva familia de Claude de Lorraine. Santos Dumont era una expresión mágica que sugería un bello bigote ondeante, un sombrero, espuelas, algo etéreo, delicado, gracioso, quijotesco. A veces traía el aroma de granos de café y de esteras de paja, o por ser tan totalmente exótica y quijotesca, provocaba una digresión sobre la vida de los hotentotes. Pues entre nosotros había chicos mayores que estaban empezando a leer y que nos entretenían horas enteras con relatos fantásticos que habían sacado de libros como *Ayesha o Under Two Flags.* El auténtico sabor del conocimiento va asociado del modo más preciso en mi mente con el solar vacío de la esquina del nuevo barrio, donde me trasplantaron a la edad de diez años. Allí, cuando llegaban los días otoñales y nos reuníamos en torno a la hoguera a asar pajaritos y patatas en las latitas que llevábamos con nosotros, surgía otra clase de discusiones que diferían de las antiguas que había conocido en que sus orígenes eran siempre librescos. Alguien acababa de leer un libro de aventuras, o un libro científico, e inmediatamente toda la calle se animaba con la introducción de un tema desconocido hasta entonces. Podía ser que uno de aquellos chicos acabara de descubrir la existencia de la corriente japonesa e intentase explicarnos cómo se formó y cuál era su efecto. Ese era el único modo como aprendíamos las cosas:

Librodot

recostados contra la valla, por decirlo así, mientras asábamos pajaritos y patatas. Aquellos retazos de conocimiento penetraban profundamente... tan profundamente, de hecho, que más adelante, confrontados con un conocimiento exacto, muchas veces resultaba difícil desalojar el antiguo. Así, un día un chico mayor nos explicó que los egipcios conocían la circulación de la sangre, algo que nos parecía tan natural, que después nos resultó difícil de tragar la historia del descubrimiento de la circulación de la sangre por un inglés llamado Harvey. Tampoco me parece ahora extraño que en aquellos días la mayoría de nuestras conversaciones versaran sobre lugares remotos, como China, Perú, Egipto, África, Islandia, Groenlandia. Hablábamos de fantasmas, de Dios, de la transmigración de las almas, del infierno, de astronomía, de pájaros y peces extraños, de la formación de piedras preciosas, de las plantaciones de caucho, de métodos de tortura, de los aztecas y los incas, de la vida marina, de volcanes y terremotos, de ritos funerarios y ceremonias nupciales en diferentes partes de la tierra, de lenguas, del origen de la América india, de los búfalos que estaban extinguiéndose, de enfermedades extrañas, de canibalismo, de brujería, de asesinos y bandoleros, de los milagros de la Biblia, de alfarería, de mil y un objetos que nunca mencionaban en casa ni en la escuela y que eran de vital importancia para nosotros porque estábamos hambrientos de saber y el mundo estaba lleno de maravilla y misterio, y sólo cuando nos reuníamos en el solar vacío tiritando nos poníamos a hablar en serio y sentíamos la necesidad de comunicación, que era a un tiempo agradable y terrorífica. La maravilla y el misterio de la vida... ¡que sofocan en nosotros cuando nos convertimos en miembros responsables de la sociedad! Hasta que no nos obligaron a trabajar, el mundo era muy pequeño y vivíamos en su periferia, en la frontera, por decirlo así, de lo desconocido. Un pequeño mundo griego que, sin embargo, era lo bastante profundo para proporcionar toda clase de variaciones, toda clase de aventuras y especulaciones. Tampoco era tan pequeño, ya que tenía en reserva las potencialidades más ilimitadas. No he ganado nada con la ampliación de mi mundo: al contrario, he perdido. Quiero volverme cada vez más infantil, y superar la infancia en la dirección contraria. Quiero desarrollarme en el sentido contrario exactamente al normal, pasar a un dominio superinfantil del ser que será absolutamente demente y caótico, pero no al modo del mundo que me rodea. He sido adulto y padre y miembro responsable de la sociedad. Me he ganado el pan de cada día. Me he adaptado a un mundo que nunca fue mío. Quiero abrirme paso a través de este mundo más amplio y encontrarme de nuevo en la frontera de un mundo desconocido que arroje a las sombras este mundo descolorido, unilateral. Quiero pasar de la responsabilidad de padre a la irresponsabilidad del hombre anárquico, al que no se puede constreñir ni sobornar ni calumniar. Quiero adoptar como guía a Oberón, el jinete nocturno que bajo sus negras alas desplegadas, elimina tanto la belleza como el horror del pasado: quiero huir hacia una aurora perpetua con una rapidez y una inexorabilidad que no dejen posibilidad de remordimiento ni de lamentación ni de arrepentimiento. Quiero sobrepasar al hombre inventivo, que es un azote de la tierra, para encontrarme de nuevo ante un abismo infranqueable que ni siquiera las alas más robustas me permitan atravesar. Aun cuando deba convertirme en un parque salvaje y natural habitado sólo por soñadores ociosos, no he de detenerme a descansar aquí, en la estupidez ordenada de la vida adulta y responsable. He de hacerlo en memoria de una

Librodot

vida que no se puede comparar con la vida que se me prometió, en memoria de la vida de un niño al que asfixió y sofocó la aquiescencia mutua de los que habían cedido. Repudio todo lo que los padres y las madres crearon. Regreso a un mundo más pequeño aún que el mundo helénico, a un mundo que siempre puedo tocar con los brazos extendidos, el mundo de lo que sé y reconozco de un momento a otro. Cualquier otro mundo carece de sentido para mí, y es ajeno y hostil. Al volver a atravesar el primer mundo luminoso que conocí de niño, no deseo descansar en él, sino abrirme paso a la fuerza hasta un mundo más luminoso del que debo haber escapado. Cómo será ese mundo es algo que no sé, ni estoy seguro siquiera de que lo vaya a encontrar, pero es mi mundo y ninguna otra cosa me intriga.

El primer vislumbre, la primera comprensión, del nuevo mundo luminoso se produjo al conocer a Roy Hamilton. Contaba entonces veintitrés años, probablemente el peor año de toda mi vida. Me encontraba en tal estado de desesperación, que decidí irme de casa, y sólo pensaba y hablaba de California, donde había proyectado empezar una nueva vida. Tan violentamente soñaba con aquella nueva tierra prometida, que posteriormente, cuando había regresado de California, apenas recordaba la California que había visto, sino que pensaba y hablaba sólo de la California que había conocido en mis sueños. Justo antes de partir fue cuando conocí a Hamilton. Era posible, pero no seguro, que fuera medio hermano de mi antiguo amigo McGregor: hacía poco que se habían conocido, pues Roy, que había vivido la mayor parte de su vida en California, había tenido siempre la impresión de que su auténtico padre era el señor Hamilton y no el señor McGregor. De hecho, había venido al Este precisamente para desentrañar el misterio de su origen. Al parecer, la vida con los McGregor no lo había acercado a la solución del misterio. En realidad, parecía estar más perplejo que nunca después de haber conocido al hombre que, por lo que había deducido, debía de ser su padre legítimo. Estaba perplejo, como más adelante me confesó, porque en ninguno de los dos hombres podía encontrar parecido con el hombre que consideraba ser. Probablemente fuera aquel problema obsesivo de decidir a quién tomar por padre el que había estimulado el desarrollo de su propio carácter. Digo esto, porque inmediatamente después de que me lo presentasen, sentí que me encontraba ante un ser como no había conocido antes. Por la descripción que McGregor me había hecho de él, esperaba encontrarme con un individuo bastante «extraño», palabra que en boca de McGregor significaba ligeramente chiflado. Efectivamente, era extraño, pero tan profundamente sensato, que me sentí entusiasmado al instante. Por primera vez hablaba con un hombre que pasaba por encima del significado de las palabras e iba a la esencia misma de las cosas. Tuve la impresión de estar hablando con un filósofo, no un filósofo como los que había conocido gracias a los libros, sino un hombre que filosofaba constantemente... *y que vivía la filosofía que exponía.* Es decir, que no tenía teoría alguna, excepto la de penetrar hasta la esencia misma de las cosas y, a la luz de cada nueva revelación, vivir su vida de tal modo que hubiera un mínimo de desacuerdo entre las verdades que se le revelaban y la ejemplificación de dichas verdades en la acción. Naturalmente, su comportamiento era extraño para los que lo rodeaban. Sin embargo, no había sido extraño para los que lo conocieron en el Oeste, donde, según decía, estaba en su elemento. Al parecer, allí lo consideraban como un ser superior y le escuchaban con el mayor respeto, incluso con reverencia.

Librodot

Lo conocí en medio de una lucha cuya importancia no apreciéhasta muchos años después. En aquella época no comprendía yo por qué atribuía tanta importancia al hecho de descubrir a su padre auténtico: de hecho, solía gastarle bromas a ese respecto porque la función del padre significaba poco para mí, ni la función de la madre, si vamos al caso. En Roy Hamilton vi la lucha heroica de un hombre que ya se había emancipado y, sin embargo, intentaba establecer un sólido vínculo biológico que no necesitaba lo más mínimo. Paradójicamente, aquel conflicto sobre el padre auténtico lo había convertido en un superpadre. Era un maestro y un modelo: bastaba con que abriera la boca para que yo comprendiese estar oyendo una sabiduría totalmente diferente de cualquier cosa que hasta entonces hubiera asociado con esa palabra. Sería fácil desecharlo por místico, pues indudablemente era un místico, pero era el primer místico que había conocido que sabía también mantenerse de pies a tierra. Era un místico que sabía inventar cosas prácticas, entre ellas un taladro del tipo que se necesitaba urgentemente para la industria petrolífera y con el que más adelante logró hacer una fortuna. Sin embargo, a causa de su extraña charla metafísica, nadie prestó atención en aquella época a su invento, que era muy práctico.

Hablaba continuamente de sí mismo y de su relación con el mundo que lo rodeaba, característica que daba la desafortunada impresión de que era simplemente un charlatán egotista. Incluso se decía, lo que no dejaba de ser cierto, que parecía más preocupado por la verdad de la paternidad del señor McGregor que por el señor McGregor, el padre. Lo que querían dar a entender era que no amaba realmente a su recién encontrada padre, sino que simplemente obtenía una profunda satisfacción personal con la verdad del descubrimiento, que estaba aprovechando aquel descubrimiento para autoensalzarse, como de costumbre. Desde luego, era profundamente cierto, porque el señor McGregor en carne y hueso era infinitamente menos que el señor McGregor como símbolo del padre perdido. Pero los McGregor no sabían nada de símbolos y nunca los habrían entendido, aunque se los hubieran explicado. Estaban haciendo un esfuerzo contradictorio para acoger al instante al hijo perdido desde hacía tanto tiempo y a la vez reducirlo a un nivel comprensible en el que pudieran captarlo, no como el «hijo perdido», sino simplemente como el hijo. Mientras que era evidente para cualquiera con dos dedos de frente que su hijo no era un hijo, sino una especie de padre espiritual, una especie de Cristo, diría yo, que estaba haciendo un esfuerzo de lo más valeroso para aceptar como carne y sangre aquello de lo que se había librado con toda claridad.

Así, pues, me sorprendió y halagó que aquel extraño individuo a quien yo consideraba con la más ardiente admiración me eligiese para confidente suyo. En comparación con él, yo era demasiado libresco, intelectual y mundano de modo equivocado. Pero casi inmediatamente deseché ese aspecto de mi naturaleza y me complací en la luz cálida e inmediata que su intuición profunda y natural de las cosas creaba. En su presencia tenía la impresión de estar desnudo o, mejor, descortezado, pues era mucho más que mera desnudez lo que exigía a la persona a la que hablaba. Al hablarme, se dirigía a un yo mío cuya existencia sólo había yo sospechado vagamente, el yo mío, por ejemplo, que surgía, cuando, de repente, al leer un libro, me daba cuenta de que había estado soñando. Pocos libros tenían esa virtud de colocarme en trance, ese trance de lucidez absoluta en que, sin saberlo, adopta uno las resoluciones más profundas. La conversación de Roy

Librodot

Hamilton tenía esa virtud. Me hacía estar más despierto que nunca, preternaturalmente despierto, sin desintegrar al mismo tiempo la trama del sueño. En otras palabras, atraía al germen del yo, al ser que tarde o temprano crecería más que la personalidad desnuda, la individualidad sintética, y me dejaría solo y solitario para realizar mi propio destino.

Nuestra charla era como un lenguaje secreto en medio del cual los demás se dormían o se esfumaban como fantasmas. A mi amigo McGregor le desconcertaba e irritaba: me conocía más íntimamente que ninguno de los otros tipos, pero nunca había encontrado en mí algo que correspondiera al personaje que ahora le mostraba. Decía que Roy Hamilton era una mala influencia, lo que también era profundamente cierto, ya que aquel encuentro inesperado con su medio hermano contribuyó más que nada a enemistarnos. Hamilton me abrió los ojos y me ofreció nuevos valores, y, aunque más adelante iba a perder la visión que me había legado, aun así nunca podría volver a ver el mundo, ni mis amigos, como lo había visto antes de su llegada. Hamilton me transformó profundamente, como sólo un libro raro, una personalidad rara, una experiencia rara, pueden transformarlo a uno. Por primera vez en mi vida entendí lo que era experimentar una amistad sin sentirse esclavizado ni apegado a causa de la experiencia. Después de que nos separáramos, nunca sentí la necesidad de su presencia efectiva: se había entregado completamente y lo poseí sin que me poseyera. Fue la primera experiencia clara y completa de amistad y nunca se repitió con ningún otro amigo. Era el símbolo personificado y, en consecuencia, enteramente satisfactorio y, por tanto, ya no necesario para mí. Él mismo entendía esto cabalmente. Quizá fuera el hecho de no tener padre lo que le impelió por el camino que conducía al conocimiento del yo, que es el proceso final de identificación con el mundo y, por consiguiente, la comprensión de la inutilidad de los vínculos. Desde luego, en su posición de entonces, en la plenitud total de autocomprensión, nadie era necesario para él, y menos que nadie el padre de carne y hueso que buscó en vano en el señor McGregor. Su venida al Este y su búsqueda de su padre auténtico debió de haber sido algo así como una prueba final, pues cuando se despidió, cuando renunció al señor McGregor y al señor Hamilton, era como un hombre que se había purificado de toda la escoria. Nunca he visto a un hombre tan singular, tan totalmente solo y vivo y con tanta confianza en el futuro como Roy Hamilton, cuando se despidió. Y nunca he visto tanta confusión e incomprensión como la que dejó tras sí en la familia McGregor. Era como si hubiera muerto en medio de ellos, hubiese resucitado y estuviera despidiéndose de ellos como individuo enteramente nuevo, desconocido. Vuelvo a verlos en el pasaje, con las manos estúpida, irremediablemente vacías, llorando sin saber por qué, a no ser que fuese porque se veían privados de algo que nunca habían poseído. Me gusta considerarla simplemente así. Estaban perplejos y despojados, y vagamente, pero que muy vagamente conscientes de que se les había ofrecido una gran oportunidad que no habían tenido fuerza ni imaginación para aprovechar. Eso era lo que la estúpida y vacía agitación de las manos me indicaba: era un gesto más penoso de contemplar que nada de lo que puedo imaginar. Me hizo sentir la horrible inadecuación del mundo, cuando se encuentra frente a frente con la verdad. Me hizo sentir la estupidez del vínculo de sangre y del amor que no está imbuido de espiritualidad.

Miro atrás rápidamente y me vuelvo a ver en California. Estoy solo y trabajo como un esclavo en el naranjal de Chula Vista, ¿Estoy logrando lo

Librodot

que quería? Creo que no. Soy una persona muy desgraciada, desamparada, miserable. Parece que he perdido todo. De hecho, apenas soy una persona: estoy más cerca de un animal. Me paso todo el día de pie o caminando tras dos asnos que van uncidos a mi almádena. No tengo pensamientos, ni sueños, ni deseos. Estoy totalmente sano y vacío. Soy una nulidad. Estoy tan enteramente vivo y sano, que soy como la deliciosa y engañosa fruta que cuelga de los árboles californianos. Otro rayo de sol más y estaré podrido. *Pourri avant d'être mûri!*

¿Soy realmente yo el que se pudre bajo este luminoso sol de California? ¿Es que no queda nada de mí, de todo lo que era hasta este momento? Dejadme pensar un momento... Estuve en Arizona. Recuerdo ahora que ya era de noche cuando pisé por primera vez el suelo de Arizona. Había sólo la luz suficiente para percibir el último vislumbre de una meseta que se desvanecía. Voy caminando por la calle principal de un pueblecito cuyo nombre he olvidado. ¿Qué estoy haciendo en esta calle, en este pueblo? Pues, es que estoy enamorado de Arizona, una Arizona de la imaginación que busco en vano con los ojos. En el tren todavía llevaba conmigo la Arizona que había traído de Nueva York... incluso después de que hubiéramos cruzado la frontera del estado. ¿No había un puente sobre un cañón que me había sobresaltado y me había sacado de mi ensueño? ¿Un puente como no había visto antes, un puente natural creado por una erupción cataclismática, hacía miles de años? Y sobre aquel puente había visto cruzar a un hombre, un hombre que parecía un indio, e iba montado en un caballo y junto al estribo colgaba una gran alforja. Un puente natural y milenario que en el ocaso y con un aire tan claro parecía como el puente más joven y más nuevo imaginable. Y sobre aquel puente tan resistente, tan duradero, pasaba, Dios sea loado, simplemente un hombre y un caballo, nada más. Así, que eso era Arizona y Arizona no era una invención de la imaginación, sino sólo la cosa misma clara y totalmente aislada que era el sueño y el soñador mismo montado a caballo. Y, al pasar el tren, pongo pie en tierra y mi pie ha dejado un agujero profundo en el sueño: estoy en el pueblo de Arizona que figura en la guía y es simplemente la Arizona geográfica que cualquiera que tenga el dinero puede visitar. Voy caminando por la calle principal con una maleta y veo bocadillos de hamburguesas y oficinas de venta de bienes raíces. Me siento tan terriblemente engañado, que me echo a llorar. Ahora es de noche y estoy paseando al final de una calle, donde empieza el desierto, y lloro como un bobo. ¿Cuál yo es el que llora? Hombre, pues, es el nuevo y pequeño yo que había empezado a germinar allí, en Brooklin, y que está ahora en medio de un vasto desierto y condenado a perecer. *¡Ahora, Roy Hamilton, te necesito!* Te necesito por un momento, sólo un momento, mientras me caigo a pedazos. Te necesito porque no estaba del todo preparado para hacer lo que he hecho. ¿Y acaso no recuerdo que me dijiste que no era necesario hacer el viaje, pero que lo hiciera, si debía hacerlo? ¿Por qué no me convenciste para que no fuese? Ah, convencer no fue nunca lo suyo. Y pedir consejo no fue nunca lo mío. Así, que aquí estoy, fracasado en el desierto, y el puente que era real está detrás de mí y lo irreal está ante mí y sólo Cristo sabe que estoy tan desconcertado y perplejo, que, si pudiera hundirme en la tierra y desaparecer, lo haría.

Rememoro rápidamente y veo otro hombre al que dejaron morir tranquilamente en el seno de su familia: *mi padre.* Entiendo mejor lo que le ocurrió, si me remonto muy, muy atrás y pienso en calles como Maujer,

Librodot

Conselyea, Humboldt... sobre todo, Humboldt. Esas calles pertenecían a un barrio que no quedaba demasiado lejos del nuestro, pero que era diferente, más fascinante, más misterioso. Sólo había estado una vez, de niño, en Humboldt Street y ya no recuerdo el motivo de aquella excursión, salvo que fuera el de visitar a algún pariente enfermo que se consumía en un hospital alemán. Pero la calle misma me dejó la impresión más duradera: por qué, no tengo la menor idea. Permanece en mi recuerdo como la calle más misteriosa y más prometedora que he visto nunca. Quizá cuando estábamos preparados para irnos hubiera prometido mi madre, como de costumbre, algo espectacular como recompensa por acompañarla. Siempre me estaba prometiendo *cosas* que nunca se hacían realidad. Quizás entonces, cuando llegué a Humboldt Street y contemplé aquel nuevo mundo con asombro, quizás olvidé completamente lo que me habían prometido y la calle misma se convirtió en la recompensa. Recuerdo que era muy ancha y que había porches muy altos, como no había visto nunca antes, a ambos lados de la calle. También recuerdo que en la tienda de una modista en el primer piso de una de aquellas casas extrañas había un busto en la ventana con un metro colgado al cuello y sé que aquella imagen me conmovió profundamente. Había nieve en el suelo, pero el sol brillaba con fuerza y recuerdo vividamente que alrededor del fondo de los cubos de basura que se habían helado había un charquito de agua dejado por la nieve al derretirse. La calle entera parecía derretirse en el radiante sol invernal. En las barandillas de los altos porches los montículos de nieve que habían formado tan bonitas almohadillas estaban ya empezando a deslizarse, a desintegrarse, dejando manchas oscuras de la piedra parda que estaba entonces muy en boga. Los rotulitos de cristal de los dentistas y médicos, colocados en los ángulos de las ventanas, lanzaban brillantes destellos con el sol del mediodía y me daban la sensación por primera vez de que aquellos consultorios quizá no fueran las cámaras de tortura que sabía que eran. Imaginé, a mi modo infantil, que en aquel barrio, en aquella calle especialmente, la gente era más amable, más expansiva, y, naturalmente, infinitamente más rica. Debí de expansionarme enormemente, a pesar de ser sólo un niño, porque por primera vez miraba una calle que parecía libre de terror. Era el tipo de calle amplia, lujosa, brillante, derretida, que más adelante, cuando empecé a leer a Dostoyevski, asocié con el deshielo de San Petersburgo. Hasta las casas eran de un estilo arquitectónico diferente; había algo semioriental en ellas, algo grandioso y cálido a un tiempo, que me asustaba y a la vez me intrigaba. En aquella calle ancha y espaciosa, vi que las casas estaban muy retiradas de la acera, descansando con calma y dignidad, en un orden que no desfiguraba la intercalación de tiendas y talleres y establos de veterinario. Vi una calle compuesta exclusivamente por residencias y me sentí lleno de reverencia y admiración. Recuerdo todo esto e indudablemente influyó en mí intensamente; sin embargo, nada de esto basta para explicar el extraño poder y atracción que la simple mención de Humboldt Street evoca todavía en mí. Algunos años después, volví de noche a mirar de nuevo aquella calle, y me sentí más turbado aún que cuando la había mirado la primera vez. Desde luego, el aspecto de la calle había cambiado, pero era de noche y la noche es siempre menos cruel que el día. Una vez más experimenté el extraño deleite de la espaciosidad, de aquel lujo que entonces estaba algo marchito, pero todavía seguía fragante, todavía se imponía irregularmente como en otro tiempo las barandillas de piedra parda

Librodot

habían destacado a través de la nieve que se deshacía. Sin embargo, lo más claro de todo era la sensación casi voluptuosa de estar al borde de un descubrimiento. Volví a sentir intensamente la presencia de mi madre, de las grandes mangas abultadas de su abrigo de piel, la cruel rapidez con que me había arrastrado por las calles años atrás y la terca tenacidad con que me había yo regalado la vista con todo lo nuevo y extraño. En aquella segunda visita me pareció recordar vagamente a otro personaje de mi infancia, la vieja ama de llaves a la que llamaban con el estrafalario nombre de señora Kicking. No recordaba que hubiera caído enferma, pero sí que parecía recordar que estábamos visitándola en el hospital donde estaba agonizando y que aquel hospital debía de estar cerca de Humboldt Street, la cual no estaba agonizando sino que estaba radiante en la nieve que se derretía con el sol invernal. Entonces, ¿qué era lo que me había prometido mi madre y que no he podido recordar desde entonces? Capaz como era de prometer cualquier cosa, quizás aquel día, en un momento de distracción, me había prometido algo tan disparatado, que ni siquiera yo con mi credulidad infantil podía tragármelo del todo. Y, aun así, si me hubiera prometido la luna, aunque sabía que no había ni que pensarlo, me habría esforzado por infundir a su promesa algo de fe. Deseaba desesperadamente todo lo que me prometían, y si, después de reflexionar comprendía que era claramente imposible, aun así intentaba a mi modo encontrar un medio de volver realizables esas promesas. Que la gente pudiera hacer promesas sin tener nunca la menor intención de cumplirlas era algo inimaginable para mí. Aun cuando me engañaban de la forma más cruel, seguía creyendo; descubría que algo extraordinario y totalmente ajeno a la voluntad de la otra persona había intervenido para dejar sin efecto la promesa.

Esa cuestión de la creencia, aquella antigua promesa que nunca se cumplió, es lo que me hace pensar en mi padre, que se vio abandonado en el momento de mayor necesidad. Hasta la época de su enfermedad, ni mi padre ni mi madre habían mostrado nunca la menor inclinación religiosa. Aunque siempre estaban defendiendo a la iglesia ante los demás, personalmente nunca pusieron los pies en una iglesia desde que se casaron. Consideraban un poco chiflados a los que iban a la iglesia con demasiada regularidad. La propia forma como decían: «Fulano de Tal es religioso», era suficiente para dar a entender el desdén y el desprecio, o bien la compasión, que sentían por *esos* individuos. Si de vez en cuando, a causa de nosotros, los niños, visitaba la casa el pastor inesperadamente, lo trataban como a alguien con quien estaban obligados a mostrar deferencia por cortesía normal pero con quien no tenían nada en común, de quien recelaban un poco, como representante, de hecho, de una especie a medio camino entre un bobo y un charlatán. A nosotros, por ejemplo, nos decían: «un hombre encantador», pero cuando llegaban sus amigos y empezaba el cotilleo, entonces se oían una clase de comentarios enteramente diferentes, acompañados generalmente por el estruendo de carcajadas despectivas e imitaciones disimuladas.

Mi padre cayó mortalmente enfermo a consecuencia de dejar de beber demasiado bruscamente. Durante toda su vida había sido un hombre sociable y simpático: había echado una barriga que le sentaba bien, tenía las mejillas llenitas y rojas como un tomate, sus modales eran suaves e indolentes, y parecía destinado a vivir hasta una edad avanzada, sano como una nuez. Pero, por debajo de aquella apariencia halagüeña y alegre, las cosas no iban nada bien. Sus negocios andaban mal, las deudas se iban

Librodot

acumulando, y ya algunos de sus amigos más antiguos estaban empezando a abandonarlo. La actitud de mi madre era lo que más le inquietaba. Ella lo veía todo muy negro y no se molestaba en ocultarlo. De vez en cuando se ponía histérica y empezaba a reñir con él violentamente, renegando en el lenguaje más vil, rompiendo platos y amenazando con marcharse para siempre. Total, que una mañana él se levantó decidido a no probar nunca más ni una gota de alcohol. Nadie creyó que lo dijera en serio: había habido otros en la familia que habían dejado de beber, que se habían pasado al agua, como decían, pero que pronto volvieron a caer. Nadie de la familia, y todos ellos lo habían intentado en diferentes momentos, había conseguido nunca volverse abstemio. Pero mi viejo era diferente. De dónde o cómo consiguió la fuerza para mantener su resolución, es algo que sólo Dios sabe. Me parece increíble, porque, si yo hubiera estado en su pellejo, habría bebido hasta la muerte. No así el viejo. Aquélla era la primera vez en su vida que había mostrado resolución con respecto a algo. Mi madre estaba tan asombrada que, como una idiota que era, empezó a burlarse de él, a echarle pullas sobre aquella resistencia que lamentablemente tanta falta le había hecho hasta entonces. Aun así, él se mantuvo en sus trece. Sus compañeros de bebida desaparecieron con bastante rapidez. En resumen, pronto se vio casi completamente aislado. Aquello debió de herirlo en lo vivo, pues antes de que hubieran pasado muchas semanas, cayó mortalmente enfermo y hubo que consultar al médico. Se recuperó un poco, lo suficiente para levantarse de la cama y andar, pero seguía muy enfermo. Decían que padecía de úlceras de estómago, aunque nadie estaba completamente seguro de lo que le aquejaba. Ahora bien, todo el mundo entendía que había cometido un error al dejar de beber tan bruscamente. Sin embargo, era demasiado tarde para regresar a un modo de vida moderado. Su estómago estaba tan débil, que ni siquiera toleraba un plato de sopa. Al cabo de dos meses, se había vuelto casi un esqueleto. Y viejo. Parecía un Lázaro recién salido de la tumba.

Un día mi madre me llevó aparte y con lágrimas en los ojos, me pidió que fuera a ver al médico de la familia y me enterase de la verdad sobre el estado de mi padre. El doctor Rausch había sido el médico de la familia durante años. Era un típico alemán chapado a la antigua, ya bastante cansado y extravagante después de años de ejercer y aun así incapaz de separarse de sus pacientes. A su estúpido modo teutónico, intentaba asustar a los pacientes menos graves para que no volvieran, intentaba curarlos a fuerza de discutir, por decirlo así. Cuando entrabas en su consulta, ni siquiera se molestaba en mirarte, sino que seguía escribiendo o con lo que quiera que estuviese haciendo, al tiempo que te bombardeaba a preguntas de un modo rutinario e insultante. Se comportaba con tanta rudeza, con tanta suspicacia, que por ridículo que pueda parecer, casi parecía esperar que sus pacientes trajeran no sólo sus dolencias, sino también la *prueba* de sus dolencias. Te hacía sentir que no sólo había algo físico que no funcionaba, sino también algo mental. «Eso son imaginaciones suyas», era su frase favorita, que espetaba con sarcasmo y mirando de soslayo maliciosamente. Conociéndolo como lo conocía, y detestándolo con toda el alma, fui preparado, es decir, con el análisis de laboratorio de las evacuaciones de mi padre. Llevaba también un análisis de orina en el bolsillo del abrigo, por si acaso exigía más pruebas.

Cuando era yo un niño, el doctor Rausch había mostrado cierto afecto

Librodot

por mí, pero desde el día en que fui a verlo con purgaciones había perdido la confianza en mí y siempre ponía cara avinagrada, cuando yo asomaba la jeta por la puerta. De tal palo, tal astilla, era su lema, y, en consecuencia, no me sorprendió cuando, en lugar de darme la información que le pedía, se puso a sermonearnos, a mí y al viejo al mismo tiempo, por nuestra forma de vida. «No se puede ir contra la Naturaleza», dijo haciendo una solemne mueca de desagrado, sin mirarme al pronunciar las palabras, sino haciendo alguna anotación inútil en su libreta. Me acerqué tranquilamente a su escritorio, me quedé a su lado un momento sin decir palabra, y después, cuando levantó la vista con su habitual expresión de aflicción e irritación, dije: «No he venido en busca de enseñanzas morales... quiero saber qué le pasa a mi padre.» Al oír aquello, dio un brinco y volviéndose hacia mí con su expresión más severa, dijo, como el estúpido y brutal alemán que era: «Tu padre no tiene ninguna posibilidad de recuperarse. Morirá antes de seis meses.» Dije: «Gracias, eso es lo único que quería saber», y me dirigí hacia la puerta. Entonces, como si hubiera comprendido que había cometido un error, me siguió con andar pesado y, poniéndome la mano al hombro, intentó modificar la declaración tosiendo y tartamudeando y diciendo que no era absolutamente seguro que fuera a morir, etcétera, lo que interrumpí bruscamente abriendo la puerta y gritándole, a pleno pulmón, para que los pacientes de la sala de espera lo oyesen: «Creo que es usted un viejo gilipuertas y espero que la diñe pronto. ¡Buenas noches!» Cuando llegué a casa, modifiqué el informe del doctor un poco diciendo que el estado de mi padre era muy grave, pero que, si se cuidaba mucho, saldría a flote perfectamente. Aquello pareció reanimar enormemente al viejo. Por su propia iniciativa, se puso a dieta de leche y bizcochos, cosa que, fuera o no lo que más le convenía, desde luego no le hizo daño. Siguió en estado de semiinvalidez durante un año, calmándose interiormente cada vez más a medida que pasaba el tiempo y decidido, al parecer, a no dejar que nada turbara su paz mental, nada, aunque se hundiese el mundo. A medida que recuperaba las fuerzas, le dio por dar un paseo diario hasta el cementerio, que quedaba cerca. Allí se sentaba en un banco al sol y miraba a los viejos pasar el tiempo por entre las tumbas. La proximidad de la tumba, en lugar de entristecerlo, parecía animarlo. Si acaso, parecía haberse reconciliado con la idea de su posible muerte, hecho que indudablemente hasta entonces se había negado a encarar. Muchas veces volvía a casa con flores que había cogido en el cementerio, con la cara rebosante de alegría serena, y, tras sentarse en el sillón, contaba la conversación que había tenido aquella mañana con uno de los otros valetudinarios que frecuentaban el cementerio. Al cabo de un tiempo, resultó evidente que estaba disfrutando verdaderamente de su reclusión, o mejor, no precisamente disfrutando, sino aprovechando profundamente la experiencia de un modo que la inteligencia de mi madre no podía comprender. Se estaba volviendo perezoso, era la forma como ella lo expresaba. A veces incluso lo expresaba de un modo más extremo, llevándose el dedo índice a la sien al hablar de él, pero sin decir nada a las claras a causa de mi hermana, que sin lugar a dudas estaba un poco mal de la cabeza.

Y luego, un día, por cortesía de una anciana viuda que visitaba la tumba de su hijo cada día y era, como decía mi madre, «religiosa», conoció a un ministro perteneciente a una de las iglesias vecinas. Aquél fue un acontecimiento trascendental en la vida del viejo. De repente, se abrió y

Librodot

floreció y la esponjita de su alma, que casi se había atrofiado por falta de alimento, adquirió proporciones tan tremendas que se volvió casi irreconocible. El hombre responsable de aquel cambio extraordinario en el viejo no tenía nada de extraordinario personalmente; era un ministro congregacionalista adscrito a una modesta parroquia pequeña que lindaba con nuestro barrio. Su única virtud era la de mantener su religión en segundo plano. El viejo no tardó en caer en una especie de idolatría de adolescente; no hablaba de otra cosa que de aquel ministro a quien consideraba su amigo. Como en su vida había abierto la Biblia, ni ningún otro libro, si vamos al caso, fue bastante asombroso, por no decir más, oírle pronunciar una corta oración antes de comer. Ejecutaba esa breve ceremonia de modo extraño, muy parecido al modo como se toma un tónico, por ejemplo. Si me recomendaba leer determinado capítulo de la Biblia, añadía muy en serio: «Te hará bien.» Era una nueva medicina que había descubierto, una especie de remedio de curandero que estaba garantizado para curar todas las enfermedades, porque, en cualquier caso, no podía hacer daño indudablemente. Asistía a todos los oficios, a todas las funciones que se celebraban en la iglesia, y entre uno y otro, cuando salía a dar un paseo, por ejemplo, se detenía en la casa del ministro y charlaba un poco con él. Si el ministro decía que el presidente era un alma buena y debía ser reelegido, el viejo repetía a todo el mundo exactamente lo que el ministro había dicho e instaba a todo el mundo a votar por la reelección del presidente. Dijera lo que dijese el ministro, era correcto y justo y nadie podía contradecirle. No hay duda de que fue una educación para el viejo. Si el ministro había citado las pirámides en su sermón, el viejo se ponía inmediatamente a informarse sobre las pirámides. Por la forma como hablaba de las pirámides, parecía como si todo el mundo le debiera haber llegado a conocer el tema. El ministro había dicho que las pirámides eran una de las glorias supremas del hombre, *ergo,* no saber de las pirámides era ser vergonzosamente ignorante, casi un pecador. Afortunadamente, el ministro no se extendía mucho sobre el tema del pecado: era de esos curas modernos que convencen a sus fieles más despertando su curiosidad que apelando a su conciencia. Sus sermones se parecían más a un curso de ampliación de escuela nocturna y, por tanto, para gente como el viejo eran muy entretenidos y estimulantes. De vez en cuando, invitaba a los miembros varones a un pequeño festín destinado a demostrar que el buen pastor era simplemente un hombre como ellos y, llegada la ocasión, podía disfrutar de una comida sabrosa e incluso de un vaso de cerveza. Además, se comentó que incluso cantaba: no himnos religiosos, sino cancioncillas alegres de la variedad popular. Atando cabos, de semejante comportamiento alegre se podía inferir incluso que de vez en cuando disfrutaba echando un polvete... siempre con moderación, desde luego. Esa era la palabra que fue como un bálsamo para el alma atormentada del viejo: «moderación». Fue como descubrir un nuevo signo del zodíaco. Y aunque todavía estaba demasiado enfermo como para volver a un modo de vida moderado, aun así le sentó bien a su alma. Y, por eso, cuando el tío Ned, que estaba continuamente pasándose al agua y volviendo a caer continuamente, vino a casa una noche, el viejo le echó un sermoncito sobre la virtud de la moderación. En aquel momento el tío Ned se había pasado al agua, de modo que, cuando el viejo, movido por sus propias palabras, fue de repente al aparador a buscar una garrafa de vino, todo el mundo se escandalizó. Nadie se había atrevido nunca

Librodot

a invitar al tío Ned a beber, cuando había dejado la bebida; atreverse a una cosa así constituía una grave falta de lealtad. Pero el viejo lo hizo con tal convicción, que nadie pudo ofenderse, y el resultado fue que el tío Ned se tomó su vasito de vino y se fue a casa aquella noche sin detenerse en un bar a apagar la sed. Fue un acontecimiento extraordinario, del que se habló mucho los días siguientes. De hecho, el tío Ned empezó a actuar de forma un poco extraña desde aquel día. Al parecer, el día siguiente fue a la bodega y compró una botella de jerez que vació en la garrafa. Colocó la garrafa en el aparador, como había visto hacer al viejo, y, en lugar de acabársela de un trago, se contentó con un vaso cada vez: «sólo una gotita», como él decía. Su comportamiento era tan extraordinario, que mi tía, que no podía dar crédito a sus ojos, vino un día a casa y sostuvo una larga conversación con el viejo.

Le pidió entre otras cosas, que invitara al ministro a su casa alguna tarde, para que el tío Ned tuviese oportunidad de caer bajo su benéfica influencia. En resumen, que Ned no tardó en entrar en la congregación y, como al viejo, la experiencia pareció sentarle muy bien. Todo fue sobre ruedas hasta el día de la excursión al campo. Desgraciadamente, fue un día excepcionalmente caluroso, y entre los juegos, la agitación, la hilaridad, al tío Ned le dio una sed tremenda. Hasta que no estuvo piripi, no observó alguien la regularidad y la frecuencia con que se acercaba al barril de cerveza. Entonces ya era demasiado tarde. Una vez en ese estado, no había quien pudiese con él. Ni siquiera el ministro pudo. Ned abandonó la excursión en silencio y se fue de parranda durante tres días y tres noches. Quizás habría durado más, si no hubiese tenido una pelea a puñetazos en el muelle, donde el vigilante nocturno lo encontró inconsciente. Lo llevaron al hospital con una contusión en la cabeza de la que no se recuperó. Al volver del entierro, el viejo dijo sin echar una lágrima: «Ned no sabía ser moderado. Ha sido culpa suya. En fin, ha pasado a mejor vida...»

Y, como para demostrar al ministro que no era de la misma pasta que el tío Ned, se volvió más asiduo en el cumplimiento de sus deberes para con la iglesia. Lo habían nombrado sacristán, cargo del que estaba extraordinariamente orgulloso y en virtud del cual se le permitía ayudar durante los oficios dominicales a hacer la colecta. Imaginar a mi viejo avanzando por el pasillo de una iglesia congregacionalista con la caja de la colecta en la mano; imaginarlo parado reverentemente ante el altar con la caja de la colecta mientras el ministro bendecía la ofrenda, me parece ahora algo tan increíble que apenas sé qué decir. Como contraste, me gusta imaginar al hombre que era cuando yo era un chavalín e iba a buscarlo al embarcadero un sábado a mediodía. En torno a la entrada del embarcadero había entonces tres bares que los sábados al mediodía estaban llenos de hombres que se habían parado a tomar un bocadillo y una jarra de cerveza en el mostrador. Vuelvo a ver al viejo, tal como era a los treinta años, una persona sana, afable, con una sonrisa para todo el mundo y una ocurrencia agradable para pasar el tiempo, vuelvo a verlo con el brazo apoyado en la barra, con la mano izquierda alzada para beber la cerveza espumeante. Mis ojos quedaban entonces a la altura de la pesada cadena de oro que le atravesaba el chaleco; recuerdo el traje escocés que llevaba en verano y la distinción que le daba entre los otros hombres del bar que no habían tenido la suerte de nacer sastres. Recuerdo cómo metía la mano en la gran fuente de cristal y me daba unas galletas saladas, al tiempo que me decía que fuese a mirar el marcador del escaparate del *Brooklin Times,* que quedaba cerca. Y

Librodot

quizás, al salir corriendo a ver quién iba ganando, pasara cerca del bordillo una hilera de ciclistas por la pequeña franja de asfalto reservada para ellos. Quizás estuviese llegando al muelle el transbordador y me paraba un momento a mirar a los hombres uniformados tirando de las enormes ruedas de madera a que estaban sujetas las cadenas. Cuando abrían las puertas de par en par y ponían las pasarelas, una multitud se precipitaba por el cobertizo y se dirigía hacia los bares que adornaban las esquinas más cercanas. Aquélla era la época en que el viejo sabía el significado de la «moderación», cuando bebía porque sentía verdadera sed, y beber una jarra de cerveza junto al embarcadero era prerrogativa de un hombre. Entonces era como tan bien ha dicho Melville: «Da a todas las cosas el alimento que les conviene... es decir, en caso de que sea asequible. El alimento de tu alma es luz y espacio; así, pues, aliméntala con luz y espacio. Pero la comida para el cuerpo es champán y ostras; así, pues, aliméntalo con champán y ostras; y de ese modo merecerá una gozosa resurrección, en caso de que la haya.» Sí, me parece que entonces el alma del viejo no se había marchitado todavía, que estaba rodeada de luz y espacio interminables y que su cuerpo, sin preocuparse de la resurrección, se alimentaba con todo lo conveniente y asequible: si no champán y ostras, por lo menos buena cerveza y galletitas saladas. Entonces su cuerpo no estaba condenado, ni su modo de vida, ni su falta de fe. Tampoco estaba todavía rodeado de buitres, sino sólo de buenos camaradas, comunes mortales como él que no miraban ni hacia arriba ni hacia abajo sino al frente, con los ojos siempre fijos en el horizonte y satisfechos de lo que veían.

Y ahora, hecho una ruina, se ha convertido en un sacristán de la iglesia y se para ante el altar, encanecido, encorvado y ajado, mientras el ministro da su bendición a la mezquina colecta que se destinará para construir una nueva bolera. Quizá necesitara experimentar el nacimiento del alma, para alimentar aquel tumor en forma de esponja con la luz y el espacio que la iglesia congregacionalista ofrecía. Pero qué pobre sustitutivo para un hombre que había conocido los placeres de la comida que el cuerpo apetecía y que, sin remordimientos de conciencia, había colmado hasta su alma, parecida a una esponja, con una luz y un espacio profanos, pero radiantes y terrestres. Pienso de nuevo en su decorosa barriguita sobre la que llevaba atada la gruesa cadena de oro y me parece que con la muerte de su panza sólo quedó con vida la esponja de un alma, una especie de apéndice de su muerte corporal. Pienso en el ministro que lo había tragado como una especie de devorador de esponjas inhumano, el guardián de un *wigwam* cubierto de escalpelos espirituales. Pienso en lo que siguió a continuación como una especie de tragedia en esponjas, pues, aunque prometió luz y espacio, tan pronto como desapareció de la vida de mi padre, todo el etéreo edificio se desplomó. Todo ocurrió del modo más corriente y natural. Una noche, tras la reunión habitual de los hombres, el viejo vino a casa con semblante apenado. Le habían comunicado aquella noche que el ministro los dejaba. Le habían ofrecido un puesto más ventajoso en el municipio de New Rochelle y, a pesar de su gran renuencia a abandonar a sus fieles, había decidido aceptarlo tras mucho meditarlo: en otras palabras, como un deber. Iba a significar ingresos mayores, desde luego, pero eso no era nada en comparación con las graves responsabilidades que iba a asumir. Lo necesitaban en New Rochelle y obedecía a la voz de su conciencia. El viejo contó todo eso con la misma mojigatería con que el ministro había

Librodot

pronunciado sus palabras. Pero en seguida se vio claro que el viejo se sentía herido. No lograba entender por qué no podían encontrar otro ministro en New Rochelle. Dijo que no era justo tentar al ministro con un salario mejor. *Lo necesitamos aquí,* dijo desconsolado, con tal tristeza que casi sentí ganas de llorar. Añadió que iba a hablar francamente con el ministro, que, si alguien podía convencerlo para que se quedara, era él. Ciertamente, los días siguientes hizo todo lo que pudo, ante el gran embarazo del ministro sin duda alguna. Era penoso ver la expresión de desconcierto con que volvía de aquellas conferencias. Era la expresión de un hombre que intentara agarrarse a una paja para no ahogarse. Naturalmente, el ministro siguió en sus trece. Ni siquiera cuando el viejo se derrumbó y se echó a llorar delante de él pudo inducirle a cambiar de idea. Aquél fue el momento crucial. Desde aquel momento el viejo experimentó un cambio radical. Pareció amargarse y volverse displicente. No sólo olvidó bendecir la mesa, sino que, además, se abstuvo de ir a la iglesia. Volvió a su antigua costumbre de ir al cementerio a tomar el sol en un banco. Se volvió adusto, luego melancólico, y, por último, apareció en su rostro una expresión de tristeza permanente, una tristeza teñida de desilusión, de desesperación, de futilidad. No volvió a mencionar el nombre del ministro, ni la iglesia, ni a ninguno de los sacristanes con los que en otro tiempo había estado asociado. Si por casualidad se los cruzaba en la calle, les daba los buenos días sin pararse a estrecharles la mano. Leía los periódicos asiduamente, desde la primera página hasta la última, sin hacer comentarios. Hasta los anuncios leía, sin dejarse ninguno, como sí intentara taponar un enorme agujero que tuviese ante los ojos constantemente. No volví a verle reír nunca más. Como máximo, nos mostraba una especie de sonrisa cansada, desesperanzada, una sonrisa que se desvanecía al instante y que nos ofrecía el espectáculo de una vida extinta. Estaba muerto como un cráter, muerto sin la menor esperanza de resurrección. Ni aunque le hubiesen dado un estómago nuevo o un nuevo y resistente tracto intestinal, habría sido posible devolverlo de nuevo a la vida. Había dejado atrás el aliciente del champán y las ostras, la necesidad de luz y espacio. Era como el dodo, que entierra la cabeza en la arena y pía por el culo. Cuando se quedaba dormido en la poltrona, se le caía la mandíbula inferior como un gozne que se hubiera soltado; siempre había roncado lo suyo, pero entonces roncaba más fuerte que nunca, como un hombre que estuviera verdaderamente muerto para el mundo. De hecho, sus ronquidos se parecían mucho al estertor de la muerte, salvo que se veían interrumpidos por un silbido prolongado e intermitente como el de los vendedores de cacahuetes. Cuando roncaba, parecía estar desmenuzando el universo entero para que nosotros, los que lo sucedíamos, tuviéramos suficiente leña para toda la vida. Era el ronquido más horrible y fascinante que he oído en mi vida: era estertoroso y estentóreo, mórbido y grotesco; a veces era como un acordeón al plegarse, otras veces como una rana croando en las ciénagas; a un prolongado silbido seguía a veces un resuello espantoso, como si estuviera entregando el alma, después volvía a subidas y bajadas regulares, a un tajar constante y sordo como si estuviese desnudo hasta la cintura, con un hacha en la mano, ante la locura acumulada de todo el batiburrillo de este mundo. Lo que daba a aquellos espectáculos un carácter ligeramente demencial era la expresión de momia de la cara en que sólo los grandes belfos cobraban vida, eran como las branquias de un tiburón en la superficie del océano en calma. Roncaba como un bendito en el

Librodot

seno de las profundidades, sin que lo molestara un sueño ni una corriente, nunca inquieto, nunca importunado por un deseo insatisfecho; cuando cerraba los ojos y se desplomaba, la luz del mundo se iba y quedaba solo como antes de nacer, un cosmos que se desintegraba. Estaba allí sentado en su poltrona como Jonás debió de estar sentado en el cuerpo de la ballena, seguro en el último refugio de una mazmorra, sin esperar nada, sin desear nada, no muerto sino enterrado vivo, tragado entero e ileso, con los gruesos belfos oscilando suavemente con el flujo y el reflujo del blanco aliento del vacío. Estaba en la tierra de Nod buscando a Caín y a Abel pero sin encontrar a un ser vivo, ni una palabra, ni un signo. Se sumergía con la ballena y rascaba el helado y negro fondo; recorría millas y millas a toda velocidad, guiado exclusivamente por las lanudas crines de los animales submarinos. Era el humo que salía en volutas por las chimeneas, las densas capas de nubes que oscurecían la luna, el espeso légamo que formaba el resbaladizo suelo de linóleo de las profundidades oceánicas. Estaba más muerto que los muertos por estar vivo y vacío, más allá de cualquier esperanza de resurrección, en el sentido de que había traspasado los límites de la luz y el espacio y estaba cobijado con seguridad en el negro agujero de la nada. Era más digno de envidia que de compasión, pues su sueño no era una calma pasajera ni un intervalo, sino el sueño mismo que es el abismo y, por eso, al dormir se hundía, se hundía cada vez más en el sueño al dormir, en la más honda profundidad profundamente dormido, el más profundo y más dulce de los sueños del sueño. Estaba dormido. *Está* dormido. *Estará* dormido. Duerme. Duerme. *Padre, duerme, te lo ruego, porque los que estamos despiertos bullimos de horror...*

Con el mundo que se alejaba revoloteando en las últimas alas de un ronquido sordo veo abrirse la puerta para dar paso a Grover Watrous. «¡Cristo sea con vosotros!», dice arrastrando su pie deforme. Ya es un joven hecho y derecho y ha encontrado a Dios. Sólo hay un Dios y Grover Watrous lo ha encontrado, así que no hay nada más que decir, excepto que todo tiene que volver a decirse en el nuevo lenguaje de Dios que habla Grover Watrous. Ese nuevo y brillante lenguaje que Dios inventó especialmente para Grover Watrous me intriga enormemente, primero porque siempre había considerado a Grover un redomado zoquete, segundo porque noto que ya no tiene manchas de tabaco en sus ágiles dedos. Cuando éramos niños, Grover vivía en la puerta contigua a la nuestra. Me visitaba de vez en cuando para practicar un dúo conmigo. A pesar de que sólo tenía catorce o quince años, fumaba como un carretero. Su madre no podía hacer nada para impedirlo, porque Grover era un genio y un genio tenía que tener un poco de libertad, sobre todo cuando además tenía la mala suerte de haber nacido con un pie deforme. Grover era el tipo de genio que florece en la suciedad. No sólo tenía manchas de nicotina en los dedos, sino que llevaba las uñas negras de porquería que se le rompían tras horas de practicar, por lo que imponían a Grover la cautivadora obligación de arrancárselas con los dientes. Grover solía escupir uñas rotas junto con partículas de tabaco que se le quedaban entre los dedos. Era delicioso y estimulante. Los cigarrillos dejaban agujeros quemados en el piano y, como observaba mi madre críticamente, *deslustraban* las teclas. Cuando Grover se marchaba, la sala apestaba como la trastienda de una funeraria. Apestaba a cigarrillos apagados, a sudor, a ropa sucia, a los tacos de Grover y al calor seco que dejaban las mortecinas notas de Weber, Berlioz, Liszt y compañía. Apestaba también al oído

Librodot

supurante de Grover y a sus dientes cariados. Apestaba a los mimos y lloriqueos de su madre. Su propia casa era un establo divinamente apropiado para su genio, pero el salón de nuestra casa era como la sala de espera de una funeraria y Grover era un zafio que ni siquiera sabía lavarse los pies. En invierno la nariz le goteaba como una alcantarilla y Grover, por estar demasiado absorto en su música para preocuparse de limpiarse la nariz, dejaba chorrear el moco frío hasta que le llegaba a los labios donde una blanca lengua muy larga lo chupaba. A la flatulenta música de Weber, Berlioz, Liszt y compañía añadía una salsa picante que volvía tolerables a esas mediocridades. De cada dos palabras que salían de los labios de Grover una era un taco, y una expresión frecuente era: «No hay modo de que me salga bien este trozo de los cojones.» A veces se enfadaba tanto, que se ponía a aporrear el piano con los puños como un loco. Era su genio que le salía por donde no debía. De hecho, su madre atribuía gran importancia a aquellos arrebatos de cólera; la convencían de que llevaba algo dentro. La otra gente decía sencillamente que Grover era insoportable. No obstante, se le perdonaban muchas cosas por su pie deforme. Grover era lo bastante taimado como para aprovecharse de aquel defecto; siempre que quería algo a toda costa, le daba dolor en el pie. El piano era el único que no podía respetar aquel miembro tullido. Así, pues, el piano era un objeto al que maldecir y dar patadas y aporrear hasta hacerlo añicos. En cambio, si estaba en forma, Grover se pasaba horas sentado al piano; de hecho, no había quien lo arrancara de él. En esas ocasiones su madre se quedaba parada en el césped delante de la casa y acechaba a los vecinos para sacarles unas palabras de elogio. Se quedaba tan embelesada con la «divina» interpretación de su hijo, que olvidaba hacer la comida. El viejo, que trabajaba en las alcantarillas, solía llegar a casa malhumorado y hambriento. A veces subía directamente a la sala y arrancaba de un tirón a Grover del piano. También él usaba un vocabulario bastante grosero y cuando se lo soltaba al genio de su hijo, no le quedaba a Grover gran cosa que decir. En opinión del viejo, Grover era sencillamente un hijoputa holgazán que era capaz de hacer mucho ruido. De vez en cuando amenazaba con tirar el piano de los cojones por la ventana... y a Grover con él. Si la madre era lo bastante temeraria como para intervenir durante esas escenas, él le daba un bofetón y le decía que se fuera a la mierda. También tenía sus momentos de debilidad, naturalmente, y entonces preguntaba a Grover qué matraqueaba, y si éste decía, por ejemplo «hombre, pues, la sonata *Pathétique»,* el viejo buitre decía: «¿Qué diablos significa eso? ¿Por qué no lo expresan en cristiano?» La ignorancia del viejo era más insoportable todavía para Grover que su brutalidad. Sentía auténtica vergüenza de su viejo y, cuando éste no estaba delante, lo ridiculizaba sin piedad. Cuando se hizo un poco mayor, solía insinuar que no habría nacido con un pie deforme, si el viejo no hubiese sido tan cabrón y despreciable. Decía que el viejo debía de haber dado una patada a su madre en el vientre, cuando estaba encinta. Esa supuesta patada en el vientre debió de haber afectado a Grover de diversas formas, pues cuando llegó a ser un joven hecho y derecho, como decía, se entregó a Dios con tal pasión, que no podías sonarte la nariz delante de él sin pedir permiso a Dios primero.

La conversión de Grover se produjo inmediatamente después de que el viejo se desinflase, y por eso es por lo que me he acordado de ella. Nadie había visto a los Watrous por unos años y después, en medio de un maldito

Librodot

ronquido, podríamos decir, allí entró Grover pavoneándose, impartiendo bendiciones e invocando a Dios como testigo mientras se remangaba las mangas para librarnos del mal. Lo que primero noté en él fue el cambio en su apariencia personal; se había lavado en la sangre del cordero. Estaba tan inmaculado, realmente, que casi emanaba de él un perfume. También su lenguaje se había limpiado; en lugar de blasfemias feroces, ahora sólo había bendiciones e invocaciones. No era una conversación lo que sostenía con nosotros, sino un monólogo en que, si había alguna pregunta, él mismo la contestaba. Al tomar el asiento que se le ofrecía, dijo con la agilidad de una liebre que Dios había entregado a su amado Hijo único para que pudiéramos disfrutar de vida eterna. ¿Queríamos realmente esa vida eterna... o íbamos a limitarnos a revolearnos en los goces de la carne y a vivir sin conocer la salvación? La incongruencia de mencionar los «goces de la carne» a una pareja entrada en años, uno de cuyos miembros estaba profundamente dormido y roncando, no se le pasó por la cabeza, desde luego. Estaba tan vivo y alborozado en el primer acceso de la misericordiosa gracia de Dios, que debió de haber olvidado que mi hermana estaba mochales, pues, sin siquiera preguntar cómo estaba, empezó a arengarla con aquella palabrería espiritual recién descubierta, a la que ella era enteramente impenetrable, porque, como digo, le faltaban tantos tornillos, que, si hubiera estado hablando de espinacas picadas, le habría causado el mismo efecto. Una frase como «los placeres de la carne» significaba para ella algo así como un bello día con una sombrilla roja. Por la forma como estaba sentada al borde de la silla y moviendo la cabeza, yo veía que lo único que esperaba era que él se parase a recobrar aliento para contarle que el pastor — *su* pastor, que era un episcopalista— acababa de regresar de Europa y que iba a haber una tómbola en el sótano de la iglesia en la que ella ocuparía una caseta llena de tapetes procedentes de las rebajas de los almacenes. De hecho, es cuanto él hizo una pausa, le soltó todo el rollo: sobre los canales de Venecia, la nieve de los Alpes, los coches de dos ruedas de Bruselas, el extraordinario *liverwurst* de Munich. No sólo era religiosa, mi hermana; es que estaba completamente chiflada. Grover acababa de decir algo sobre que había visto un nueva cielo y una nueva tierra... *pues el primer cielo y la primera tierra habían llegado a su fin,* dijo, mascullando las palabras en una especie de *glissando* para revelar un mensaje profético sobre la Nueva Jerusalén que Dios había establecido en la tierra y en que él, Grover Watrous, que en otro tiempo había usado un lenguaje grosero y había estado desfigurado por un pie deforme, había encontrado la paz y la calma de los justos. *«No habrá más muerte...»,* empezó a gritar, cuando mi hermana se inclinó hacia delante y preguntó con toda inocencia si le gustaba jugar a los bolos, ya que el pastor acababa de instalar una bolera muy bonita en el sótano de la iglesia y sabía que le gustaría ver a Grover, pues era un hombre encantador y bondadoso con los pobres. Grover dijo que jugar a los bolos era pecado y que él no pertenecía a ninguna iglesia porque Dios lo necesitaba para cosas más elevadas. «El que se supere heredará todas las cosas», añadió, «y yo seré su Dios, y él será mi hijo». Volvió a hacer una pausa para sonarse la nariz en un pañuelo blanco muy bonito, con lo que mi hermana aprovechó la ocasión para recordarle que en otro tiempo siempre le goteaba la nariz pero que nunca se limpiaba. Grover la escuchó muy solemnemente y después observó que se había curado de muchos malos hábitos. En aquel momento el viejo se despertó y, al ver a Grover en persona sentado junto a él, se asustó mucho y

Librodot

por unos momentos pareció que no estaba seguro de si Grover era un fenómeno mórbido del sueño o una alucinación, pero la vista del pañuelo blanco le devolvió la lucidez. «¡Ah, eres tú!», exclamó. «El chico de los Watrous, ¿verdad? Bueno, hombre, ¿y qué haces aquí, por todos los santos?»

—He venido en nombre del Santo de Santos —dijo Grover tan campante—. Me ha purificado la muerte en el Calvario y estoy aquí en el dulce nombre de Cristo para que os redimáis y caminéis en la luz, el poder y la gloria.

El viejo pareció aturdido. «Pero, hombre, ¿qué es lo que te ha pasado?», dijo, mostrando a Grover una débil sonrisa consoladora. Mi madre acababa de llegar de la cocina y se había quedado junto a la silla de Grover. Estaba haciendo una mueca con la boca para intentar dar a entender al viejo que Grover estaba chalado. Hasta mi hermana pareció darse cuenta de que algo raro le pasaba, sobre todo cuando se negó a visitar la nueva bolera que su encantador pastor había instalado expresamente para los jóvenes como Grover.

¿Qué le pasaba a Grover? Nada, excepto que tenía los pies plantados sólidamente en el quinto cimiento de la gran muralla de la Ciudad Santa de Jerusalén, el quinto cimiento compuesto enteramente de sardónice, desde el que dominaba la vista de un río puro de agua de vida, que brotaba del trono de Dios. Y la vista de ese río de la vida era para Grover como la picadura de mil pulgas en el colon inferior. Hasta que no hubiera dado por lo menos siete vueltas a la tierra corriendo no iba a poder sentarse tranquilamente a observar la ceguera y la indiferencia de los hombres con alguna ecuanimidad. Estaba vivo y purificado, y aunque, para los espíritus indolentes y sucios de los cuerdos, estaba «chiflado», a mí me pareció que estaba mejor así que antes. Era un pelmazo que no podía hacerte daño. Si le escuchabas durante largo rato, te purificabas un poco, aunque quizá no quedaras convencido. El nuevo lenguaje brillante de Grover siempre se me metía hasta el diafragma y, mediante una risa excesiva, me limpiaba la basura acumulada por la indolente cordura que me rodeaba. Estaba vivo como Ponce de León había esperado estar vivo; vivo como sólo unos pocos hombres lo han estado. Y, al estar vivo de un modo no natural, le importaba un comino que te rieras en sus narices, ni le habría importado que le hubieses robado las pocas posesiones que tenía. Estaba vivo y vacío, lo que es tan próximo a Dios que es demencial.

Con los pies sólidamente plantados en la gran muralla de la Nueva Jerusalén, Grover conocía un gozo inconmensurable. Quizá si no hubiera nacido con un pie deforme, no habría conocido ese gozo increíble. Quizás hubiese sido una suerte que su padre hubiera dado una patada a su madre en el vientre, mientras Grover estaba todavía en la matriz. Tal vez hubiese sido aquella patada en el vientre lo que le había hecho elevarse, lo que lo había vuelto tan completamente vivo y despierto, que hasta en el sueño pronunciaba mensajes de Dios. Cuanto más duramente trabajaba, menos cansado se sentía. Ya no tenía preocupaciones, ni remordimientos, ni recuerdos desgarradores. No reconocía deberes, ni obligaciones, salvo los que tenía para con Dios. ¿Y qué esperaba Dios de él? Nada, nada... excepto que cantara alabanzas de Él. Dios sólo pedía a Grover Watrous que se revelara vivo en la carne. Sólo le pedía que estuviese cada vez más vivo. Y cuando estaba plenamente vivo, Grover era una voz y esa voz era un diluvio que reducía todas las cosas a caos y ese caos, a su vez, se convirtió en la

boca del mundo en cuyo centro mismo estaba el verbo *ser. En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.* Así, que Dios era ese extraño y pequeño infinitivo que es lo único que hay... ¿y es que no es bastante? Para Grover era más que suficiente: era todo. A partir de ese Verbo, ¿qué más daba el camino que siguiera? Separarse del Verbo era alejarse del centro, erigir una Babel. Quizá Dios hubiera lisiado deliberadamente a Grover Watrous para mantenerlo en el centro, en el Verbo. Mediante una cuerda invisible Dios mantenía a Grover Watrous sujeto a su estaca, que pasaba por el corazón del mundo, y Grover se convirtió en la gorda gansa que ponía un huevo de oro cada día.

¿Por qué escribo sobre Grover Watrous? Porque he conocido a millares de personas y ninguna de ellas estaba tan viva como él. La mayoría de ellas eran más inteligentes, muchas de ellas eran brillantes, algunas eran famosas incluso, pero ninguna estaba viva y vacía como Grover. Grover era infatigable. Era como un trocito de radio que, aunque se lo sepulte bajo una montaña, no pierde su poder de emitir energía. Había visto antes muchas personas de las llamadas *enérgicas* —¿acaso no está América llena de ellas?—, pero nunca, en forma de ser humano, un depósito de energía. ¿Y qué era lo que creaba ese depósito inagotable de energía? Una iluminación. Sí, ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, que es la única forma como ocurre algo importante. De la noche a la mañana Grover tiró por la borda sus valores preconcebidos. De repente, dejó de moverse como los demás. Echó el freno y dejó el motor en marcha. Si en otro tiempo, como otra gente, había pensado que era necesario llegar a algún sitio, ahora sabía que un sitio era cualquier sitio y, por tanto, aquí mismo, así que, ¿a santo de qué moverse? ¿Por qué no aparcar el coche y mantener el motor en marcha? Entretanto, la propia tierra se está moviendo y Grover sabía que estaba girando y que él estaba girando con ella. ¿Va la tierra a algún sitio? Indudablemente, Grover debió de hacerse esta pregunta e indudablemente debió de haberse convencido de que *no* iba a ningún sitio. Entonces, ¿quién había dicho que debíamos llegar a algún sitio? Grover preguntaba a unos y a otros hacia dónde se dirigían y lo extraño era que, aunque todos se dirigían a sus destinos individuales, ninguno de ellos se detuvo nunca a pensar que el único destino inevitable, igual para todos, era la tumba. Eso asombró a Grover porque nadie podía convencerlo de que la muerte no era una cosa segura, mientras que nadie podía convencer a nadie de que cualquier otro destino no fuera cosa segura. Convencido de la absoluta seguridad de la muerte, Grover se volvió de repente tremenda y arrolladoramente vivo. Por primera vez en su vida empezó a vivir, y al mismo tiempo el pie deforme desapareció completamente de su conciencia. Esto es algo extraño también, si uno lo piensa, porque el pie deforme, exactamente igual que la muerte, era otro hecho ineluctable. Y, sin embargo, el pie deforme desapareció de su mente, o, lo que es más importante, todo lo que había unido al pie deforme. Del mismo modo, al haber aceptado la muerte, también la muerte desapareció de la mente de Grover. Al haber aceptado la certeza de la muerte, todas las incertidumbres desaparecieron. Ahora el resto del mundo iba cojeando con incertidumbres de pie deforme, y Grover Watrous era el único que estaba libre y no impedido. Grover Watrous era la personificación de la certeza. Podía estar equivocado, pero estaba seguro. *¿Y de qué sirve estar en lo cierto, si tiene uno que ir cojeando o con un pie deforme?* Sólo unos pocos hombres han comprendido alguna vez esta verdad y sus

Librodot

nombres han pasado a ser grandes. Probablemente Grover Watrous no llegará a ser conocido, pero no por ello deja de ser grande. Probablemente ésa sea la razón por la que escribo sobre él: el simple hecho de que tuve suficiente juicio para comprender que Grover había alcanzado la grandeza, aunque nadie vaya a admitirlo. En aquella época pensaba simplemente que Grover era un fanático inofensivo, sí, un poco «chiflado», como insinuaba mi madre. Pero todos los hombres que habían captado la verdad de la certeza estaban un poco chiflados y ésos son los únicos hombres que han realizado algo para el mundo. Otros hombres, otros *grandes* hombres, han destruido un poco por aquí y por allá, pero esos pocos de que hablo, y entre los cuales incluyo a Grover Watrous, eran capaces de destruirlo todo para que la verdad viviera. Generalmente esos hombres habían nacido con un impedimento, con un pie deforme, por decirlo así, y por una extraña ironía lo único que los hombres recuerdan es el pie deforme. Si un hombre como Grover queda desposeído de su pie deforme, el mundo dice que ha llegado a estar «poseso». Esa es la lógica de la incertidumbre y su fruto es la miseria. Grover fue el único ser auténticamente alegre que conocí en mi vida y, en consecuencia, esto es un pequeño monumento que estoy erigiendo en su memoria, en memoria de esa certidumbre alegre. Es una lástima que tuviera que usar a Cristo de muleta, pero es que, ¿qué importa cómo se llegue a la verdad, con tal de que la captemos y vivamos gracias a ella?

Interludio

Confusión es una palabra que hemos inventado para un orden que no se entiende. Me gusta pararme a pensar en aquella época en que las cosas estaban tomando forma, porque el orden —si se entendiera— debió de ser admirable. En primer lugar, hay que citar a Hymie, Hymie el sapo, y también los ovarios de su mujer, que llevaban mucho tiempo pudriéndose. Hymie estaba completamente absorto en los podridos ovarios de su mujer. Era el tema diario de conversación; ahora tenía prioridad sobre los purgantes y la lengua sucia. Hymie era especialista en «proverbios sexuales», como él los llamaba. Todo lo que decía partía de los ovarios o conducía a ellos. A pesar de todo, seguía quilando con su mujer: prolongadas copulaciones, como de serpientes, en que solía fumar un cigarrillo o dos antes de sacarla. Trataba de explicarme que el pus de los podridos ovarios la ponía cachonda. Siempre había sido un buen polvo, pero ahora lo era mejor que nunca. Una vez que le extirparan los ovarios, no se podía saber cómo reaccionaría. También ella parecía comprenderlo. Así que, ¡a follar se ha dicho! Todas las noches, después de lavar los platos, se desnudaban en su pisito, y se acostaban como una pareja de serpientes. En varias ocasiones intentó describirme la forma de follar de su mujer. Era como una ostra por dentro, con dientes suaves que lo mordisqueaban. A veces le parecía estar dentro mismo de su matriz, de blando y mullido que era, y aquellos suaves dientes que le mordían el canario y lo volvían loco. Solían yacer como unas tijeras y quedarse mirando el techo. Para no correrse, pensaba en la oficina, en las pequeñas preocupaciones que lo tenían en vilo y le hacían sentir el corazón en un puño. Entre uno y otro orgasmo se ponía a pensar en otra, para que, cuando empezase a magrearlo de nuevo, pudiera imaginarse que estaba echando un polvo con otra tía. Solía colocarse de modo que pudiera mirar

Librodot

por la ventana mientras soplaban. Se estaba habituando tanto a aquello, que podía desnudar a una mujer que pasase por el bulevar bajo su ventana y transportarla a la cama; no sólo eso, sino que, además, podía hacer que ocupara el lugar de su mujer, todo ello sin sacarla. A veces, jodía así durante dos horas sin correrse siquiera. Como él decía: ¿para qué desperdiciarlo ?

En cambio, Steve Romero se las veía y se las deseaba para contenerse. Steve tenía la figura de un toro y diseminaba su semen sin control. A veces cambiábamos impresiones en el restaurante chino, a la vuelta de la calle de la oficina. Era una atmósfera extraña. Quizá fuera porque no había vino. Tal vez fuese por las curiosas setas, pequeñas y negras, que nos servían. En cualquier caso, no era difícil sacar el tema a colación. Por lo general, cuando Steve se reunía con nosotros, ya había hecho su entrenamiento, se había duchado y se había dado fricciones. Estaba limpio por dentro y por fuera. Un ejemplar de hombre casi perfecto. No muy brillante, desde luego, pero buen chico, lo que se dice un compañero. En cambio, Hymie era como un sapo. Parecía venir a la mesa directamente desde las ciénagas donde había pasado el día ensuciándose. Llevaba churretes de mugre en torno a los labios, como si fuera miel. De hecho, en su caso no podía llamarse mugre, pues no había otro ingrediente con que poder compararla. Todo era una sustancia fluida, viscosa, pegajosa, compuesta enteramente de sexo. Cuando miraba su comida, la veía como esperma en potencia; si el tiempo era cálido decía que era bueno para los huevos; si subía a un tranvía, sabía de antemano que su movimiento rítmico iba a estimularle el deseo, le iba a provocar una erección lenta y «personal», como él decía. Nunca conseguí saber por qué decía «personal», pero así era como la llamaba. Le gustaba salir con nosotros, porque siempre estábamos bastante seguros de conseguir algún ligue decente. Cuando salía solo, no siempre le iba tan bien. Con nosotros cambiaba de carne: gachís gentiles, como él decía. Le gustaban las gachís gentiles. Olían mejor que las judías, según él. También reían con mayor facilidad... A veces, en pleno tracatrá. Lo único que no podía tolerar era la carne oscura. Le asombraba y desagradaba verme salir con Valeska. En cierta ocasión, me preguntó si no olía un poco fuerte. Le dije que me gustaba así: fuerte y hediondo, con mucha salsa alrededor. Casi se sonrojó al oírme. Era asombroso lo delicado que podía ser para ciertas cosas. La comida, por ejemplo. Era muy melindroso con la comida. Tal vez se tratara de una peculiaridad racial. También era inmaculado en lo tocante a su persona. No podía ver una mancha en sus limpios puños. No paraba de cepillarse, a cada momento sacaba su espejo para ver si tenía restos de comida entre los dientes. Si encontraba una partícula, ocultaba la cara tras la servilleta y la extraía con su mondadientes de nácar. Naturalmente, los ovarios no podía verlos. Tampoco podía olerlos, porque también su mujer era una tía inmaculada. Pasaba el día duchándose en preparación de las nupcias nocturnas. Era trágica la importancia que atribuía a sus ovarios.

Hasta el día que se la llevaron al hospital, fue una auténtica máquina de joder. La idea de no poder volver a follar la aterrorizaba hasta hacerle perder el juicio. Desde luego, Hymie le decía que, pasara lo que pasase, a él no le importaría. Pegado a ella como una serpiente, con un cigarrillo en la boca, viendo pasar a las chicas abajo, en el bulevar, le resultaba difícil imaginar que una mujer no pudiera volver a joder. Estaba seguro de que la operación sería un éxito. *¡Un éxito!* Es decir, que jodería mejor que antes incluso. Solía decírselo, tumbado boca arriba mirando al techo. «Tú sabes

que siempre te querré», le decía. «Muévete un poquito, ¿quieres?... eso, muy bien... así. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí... claro, ¿por qué? ¿Por qué razón habrías de preocuparte de cosas así? Por supuesto que te seré fiel. Oye, córrete un poquito... eso... así... así está bien.» Solía contárnoslo en el restaurante chino. Steve se moría de risa. Steve no podía hacer una cosa así. Era demasiado honrado, sobre todo con las mujeres. Por eso nunca tuvo suerte. El pequeño Curley, por ejemplo —Steve odiaba a Curley—, siempre conseguía lo que quería... Era un mentiroso nato, un impostor nato. A Hymie tampoco le gustaba mucho Curley. Decía que no era honrado, refiriéndose, por supuesto, a que no lo era en cuestiones de dinero. Con respecto a esas cosas Hymie era escrupuloso. Lo que le desagradaba especialmente era la forma como hablaba Curley de su tía. Ya era bastante grave, según Hymie, que se estuviera tirando a la hermana de su madre, pero presentarla como si fuese un trozo de queso rancio era demasiado para Hymie. Hay que tener un poco de respeto hacia una mujer, siempre y cuando no sea una puta. Si es una puta, la cosa cambia. Las putas no son mujeres. Las putas son putas. Ese era el modo de ver de Hymie.

Sin embargo, la auténtica razón de su aversión era que, siempre que salían juntos, a Hymie le tocaba bailar con la más fea. Y no sólo eso, sino que, además, por lo general el que pagaba era Hymie. Hasta la forma que tenía Curley de pedir dinero le irritaba: decía que era como una extorsión. Pensaba que en parte era culpa mía, que yo era demasiado indulgente con el chaval. «No tiene moral», decía Hymie. «¿Y tú? ¿Tienes tú moral?», le preguntaba yo. «¿Yo? ¡Qué leche! Soy demasiado viejo para tener moral. Pero Curley es un chaval todavía.»

—Lo que te pasa es que estás celoso —decía Steve.

—*¿Yo?* ¿Celoso de él? — e intentaba desechar la idea con una risita desdeñosa. Una puya de esa clase le hacía sobresaltarse—. Oye —decía, dirigiéndose a mí—, ¿es que he estado alguna vez celoso de ti? ¿Acaso no te he pasado una chavala, siempre que me lo has pedido? ¿Te acuerdas de aquella pelirroja de la oficina SU... la de las tetas enormes? ¿Es que no era un polvete fenomenal como para pasárselo a un amigo? Pero lo hice, ¿no? Lo hice porque dijiste que te gustaban las tetas grandes. Pero no lo haría por Curley. Es un tramposo. Que se las busque solo.

En realidad, Curley se las buscaba con mucha habilidad. Debía de tener cinco o seis en el bote al mismo tiempo, por lo que pude deducir. Estaba Valeska, por ejemplo: había llegado a tener una relación bastante estable con ella. Estaba tan encantada de tener a alguien que se la tirara sin sonrojarse, que, cuando llegó el momento de compartirlo con su prima y después con la enana, no tuvo el menor inconveniente. Lo que más le gustaba era meterse en la bañera y que él se la cepillase bajo el agua. Todo fue bien hasta que la enana descubrió el pastel. Entonces se armó una trifulca que acabó en reconciliación en el suelo de la sala. Tal como lo contaba Curley, hizo todo menos subirse a la araña. Y, además, siempre dinero en abundancia para sus gastos. Valeska era generosa, pero con la prima se podía hacer lo que se quisiera. Si llegaba a estar a menos de un metro de una picha tiesa, se derretía. Una bragueta desabrochada era suficiente para hacerle entrar en trance. Casi daba vergüenza lo que Curley le obligaba a hacer. Se complacía humillándola. Apenas podía yo censurárselo, pues era una tía increíblemente estirada y gazmoña, cuando iba vestida con su ropa de salir. Casi hubiera uno jurado que no tenía coño, por la

forma como se comportaba en la calle. Naturalmente, cuando él estaba a solas con ella, le hacía pagar sus modales presuntuosos. Lo hacía a sangre fría. «¡Sácala!», decía abriéndose un poco la bragueta. «¡Sácala con la lengua!» (Se la tenía jurada a toda la pandilla, porque, según decía, se lo mamaban una a la otra a su espalda.) El caso es que, una vez que sentía su sabor en la boca, se podía hacer con ella lo que se quisiera. A veces la hacía ponerse sobre las manos y la empujaba así por toda la habitación, como una carretilla. O bien lo hacía como los perros, y, mientras ella gemía y se retorcía, él encendía un cigarrillo, indiferente, y le echaba el humo entre las piernas. En cierta ocasión le jugó una mala pasada haciéndolo de ese modo. La había magreado hasta tal punto, que ella estaba fuera de sí. El caso es que, después de casi haberle sacado brillo al culo a fuerza de barrenarla por detrás, se retiró por un segundo, como para refrescarse la picha, y entonces, muy lenta y suavemente, le introdujo una zanahoria gorda y larga por el chocho. «Esto, señorita Abercrombie», dijo, «es una especie de doble de mi picha normal», y acto seguido se separó y se subió los pantalones. La prima Abercrombie había quedado tan pasmada ante todo aquello, que se tiró un pedo tremendo y la zanahoria salió disparada. Al menos, así fue como lo contó Curley. Indudablemente, era un mentiroso rematado, y puede que no haya ni pizca de verdad en el relato, pero no se puede negar que tenía una habilidad especial para esa clase de bromas. Por lo que se refiere a la señorita Abercrombie y sus modales elegantes, pues... con un coño así siempre se puede imaginar lo peor. En comparación, Hymie era un purista. De algún modo, Hymie y su grueso pito circuncidado eran dos cosas distintas. Cuando tenía una erección personal, como él decía, se refería en realidad a que él no era el responsable. Quería decir que la Naturaleza estaba imponiéndose a través de él: a través de su grueso pito circuncidado, el de Hymie Laubscher. Lo mismo ocurría con el coño de su mujer. Era algo que llevaba entre las piernas, como un adorno, pero no era la señora Laubscher personalmente, ¿entendéis? En fin, todo esto es simplemente una introducción a la confusión sexual general que predominaba en aquella época. Era como coger un piso en el País de la Jodienda. Por ejemplo, la muchacha del piso de arriba... solía bajar a veces, cuando mi mujer estaba dando un recital, para cuidar de la niña. Era una bobalicona tan evidente, que al principio no le presté la menor atención. Pero también tenía un coño, como las demás, una especie de personal coño impersonal del que tenía conciencia inconscientemente. Cuanto más frecuentemente bajaba, más conciencia tomaba a su modo inconsciente. Una noche, estando ella en el baño, después de que hubiera permanecido en él un rato sospechosamente largo, me dio en qué pensar. Decidí espiar por el ojo de la cerradura y ver por mí mismo qué pasaba. Mira por dónde, estaba delante del espejo acariciándose la almejita. Casi hablándole, estaba. Me excité tanto, que no supe qué hacer. Volví al salón, apagué la luz, y me tumbé en el sofá a esperar a que saliera. Mientras estaba tendido, seguía viendo aquel peludo coño suyo y los dedos que parecían rasguear sobre él. Me abrí la bragueta para permitir al canario estremecerse al fresco y a oscuras, intenté hipnotizarla desde el sofá, o, al menos, intenté dejar que mi canario la hipnotizara. «Ven aquí, zorra», decía una y otra vez para mis adentros, «ven aquí y úntame ese coño encima». Debió de captar el mensaje inmediatamente, pues en un santiamén ya había abierto la puerta y estaba buscando a tientas el sofá en la oscuridad. No dije ni palabra, ni hice el

Librodot

menor movimiento. Me limité a mantener la mente fija en su coño moviéndose silenciosamente en la oscuridad como un cangrejo. Por fin, llegó ante el sofá y allí se quedó de pie. Tampoco ella dijo ni palabra. Se limitó a permanecer allí de pie en silencio, y, cuando le deslicé la mano por las piernas, movió ligeramente un pie para abrirlas un poco más. Creo que en toda mi vida he puesto las manos sobre unas piernas más jugosas. Era como engrudo corriéndole piernas abajo, y, si hubiera tenido carteles a mano, habría podido pegar una docena o más. Unos momentos después, con la misma naturalidad que una vaca que baja la cabeza para pastar, se inclinó y se la metió en la boca. Yo tenía nada menos que cuatro dedos dentro de ella, con los que la estimulaba hasta hacer espuma. Tenía la boca llena hasta rebosar y el jugo le corría piernas abajo. Como digo, no pronunciamos ni palabra. Éramos un par de maníacos mudos trabajando sin parar en la oscuridad como sepultureros. Era un paraíso del follaje y yo lo sabía, y estaba dispuesto a joder hasta perder el juicio, si fuera necesario. Probablemente fuese la mujer con la que mejores polvos he echado en mi vida. No abrió el pico ni una sola vez: ni aquella noche, ni la siguiente, ni ninguna. Bajaba así, sigilosamente, en la oscuridad, tan pronto como se olía que estaba solo, y me cubría completamente con el coño. Además, era un coño enorme, ahora que lo pienso de nuevo. Un laberinto oscuro y subterráneo, provisto de divanes y rincones acogedores y hojas de morera. Solía meterme en él como el gusano solitario y esconderme en una pequeña hendidura donde reinaba un silencio sepulcral; era tan apacible y tranquila, que me tendía como un delfín en un banco de ostras. Una ligera sacudida, y era como estar en el coche-cama leyendo un periódico o bien en un atolladero en el que había guijarros redondos y musgosos y puertecitas de mimbre que se abrían y cerraban automáticamente. A veces era como bajar por el tobogán, una profunda zambullida y después una rociada de hormigueantes cangrejos de mar, mientras los juncos se balanceaban febrilmente y las agallas de los pececillos me lamían como agujeros de armónica. En la inmensa gruta negra había un órgano de seda y jabón tocando una música rapaz y tenebrosa. Cuando se lanzaba a fondo, cuando soltaba todo el jugo, producía una púrpura violácea, un tinte morado intenso como el crepúsculo, un crepúsculo ventrílocuo como el que conocen las enanas y las cretinas, cuando menstrúan. Me hacía pensar en caníbales mascando flores, en bantúes enloquecidos, en unicornios salvajes apareados en camas de rododendros. Todo era anónimo y estaba sin formular. Fulano de Tal y su esposa Mengana de Tal: por encima de nosostros, los gasómetros y, por debajo, la vida marina. Como digo, de cintura para arriba, estaba chiflada. Sí, rematadamente loca, aunque todavía no de atar. Quizá por eso fuera su coño tan maravillosamente impersonal. Era un coño que destacaba de entre un millón, una auténtica perla de las Antillas, como la que Dick Osborn descubrió leyendo a Joseph Conrad. Se hallaba en el vasto Pacífico del sexo, un centelleante arrecife de madréporas humanas. Sólo un Osborn podría haberla descubierto, con la latitud y longitud de coño correctas. Encontrarla de día, verla enloquecer poco a poco, era como atrapar una comadreja a la caída de la noche. Lo único que tenía que hacer era tumbarme en la oscuridad con la bragueta abierta y esperar. Era como Ofelia resucitada de repente entre los cafres. No podía recordar ni una palabra de lengua alguna, sobre todo el inglés. Era una sordomuda que había perdido la memoria, y con ella el refrigerador, los rulos, las pinzas y el

Librodot

bolso. Estaba más desnuda incluso que un pez, exceptuando la mata de pelo entre las piernas. Y era más escurridiza incluso que un pez, pues, al fin y al cabo, un pez tiene escamas y ella no tenía. A veces no estaba claro si estaba yo dentro de ella o ella dentro de mí. Era la guerra declarada, el nuevo pancracio, en que cada uno de nosotros se mordía el culo propio. El amor entre los tritones y la compuerta abierta de par en par. Amor sin género y sin desinfectante. Amor en incubación, como el que practican los glotones de América más allá del lindero del bosque. A un lado, el Océano Ártico; al otro lado, el Golfo de México. Y, aunque nunca aludíamos a él explícitamente, siempre estaba con nosotros King Kong, King Kong dormido en el casco hundido del Titanic entre los fosforescentes huesos de los millonarios y las lampreas. No había lógica alguna que pudiera alejar a King Kong. Era el armazón gigantesco que sostiene la efímera angustia del alma. Era la tarta de boda con piernas peludas y brazos de un kilómetro de largos. Era la pantalla giratoria por la que van pasando las noticias. Era el orificio del revólver que nunca disparó, el leproso armado de gonococos con los cañones recortados.

Fue allí, en el vacío de la hernia, donde hice mis tranquilas meditaciones a través del pene. En primer lugar debo citar el teorema binomio, expresión que siempre me había dejado perplejo; lo coloqué bajo la lupa y lo estudié de pe a pa. Estaba el Logos, que en cierto modo había identificado siempre con el aliento; descubrí que, al contrario, era una especie de éxtasis obsesiva, una máquina que seguía moliendo maíz mucho después de que se hubieran llenado los graneros y de que hubiesen expulsado a los judíos de Egipto. Estaba Bucéfalo, más fascinante para mí quizá que ninguna otra palabra de todo mi vocabulario: lo sacaba a relucir siempre que estaba en un aprieto, y con él, naturalmente, Alejandro y todo su séquito imperial. ¡Qué caballo! Engendrado en el Océano Indico, el último de la estirpe, y nunca apareado, excepto con la Reina de las Amazonas durante la aventura mesopotámica. ¡Estaba el gambito escocés! Expresión asombrosa que no tenía nada que ver con el ajedrez. Siempre lo imaginaba como un hombre con zancos, página 2498 del diccionario de Funk y Wagnell. Un gambito era una especie de salto en la oscuridad con piernas mecánicas. Un salto sin objeto: *¡de ahí, gambito!* Más claro que el agua y lo más sencillo del mundo, una vez que lo comprendías. Además estaba Andrómeda, y la Gorgona Medusa, y Castor y Pólux, de origen divino, los gemelos mitológicos eternamente fijos en el efímero embeleso. Estaba la lucubración, palabra claramente sexual y que, sin embargo, sugería connotaciones cerebrales inquietantes. Siempre «lucubraciones de media noche», en que la media noche adquiría un significado siniestro. Y, además, la «tapicería de Arras». En una u otra época, habían apuñalado a alguien «tras la tapicería de Arras». Vi una palia hecha de amianto y en ella había un rasgón tremendo como el que podría haber hecho el propio César.

Como digo, era una meditación muy sosegada, del tipo de aquella a la que debieron de entregarse los hombres de la antigua Edad de Piedra. Las cosas no eran ni absurdas ni explicables. Era un rompecabezas que, cuando te cansabas de él, podías apartar con dos dedos. Todo podía apartarse con facilidad, hasta el Himalaya. No llevaba absolutamente a ningún sitio y, por esa razón, era deleitoso. El grandioso edificio que se podía construir durante un polvo largo podía derribarse en un abrir y cerrar de ojos. Lo que contaba era el polvo y no la construcción. Era como vivir en el Arca durante el

Librodot

Diluvio, donde no faltara nada, ni siquiera un destornillador. ¿Qué necesidad había de asesinar, violar o cometer incesto, cuando lo único que le pedían a uno era que matase el tiempo? Lluvia, lluvia, lluvia, pero dentro del Arca todo seco y calentito, una pareja de cada especie y, en la despensa, jamones de Westfalia, huevos frescos, aceitunas, cebollitas en vinagre, salsa de Worcestershire y otras golosinas. Dios me había escogido a mí, Noé, para fundar un nuevo cielo y una nueva tierra. Me había dado un barco con todos los maderos calafateados y secados adecuadamente. También me había conferido el saber para navegar por los mares tempestuosos. Tal vez cuando dejara de llover habría otros tipos de saber que adquirir, pero para el presente bastaba con el saber náutico. El resto era ajedrez en el Café Royal, Segunda Avenida, sólo que tenía que imaginar a un contrincante, una ingeniosa mente judía que hiciese durar la partida hasta que cesaran las lluvias. Pero, como he dicho antes, no tenía tiempo para aburrirme: estaban mis viejos amigos, Logos, Bucéfalo, la tapicería de Arras, la lucubración, etc. ¿Para qué jugar al ajedrez?

Encerrado así durante días y noches sin interrupción, empecé a comprender que el pensamiento, cuando no es masturbación es lenitivo, curativo, placentero. El pensamiento que no te lleva a ningún sitio te conduce a todas partes: todas las demás clases de pensamiento discurren por carriles y, por lejos que lleguen, al final siempre acaban en la estación o en el depósito de máquinas. Al final siempre hay un farol rojo que dice: ¡ALTO! Pero cuando el pene se pone a pensar, no hay alto ni obstáculo: es una fiesta perpetua, el cebo fresco y el pez que pica. Cosa que me recuerda a otra gachí, Verónica no sé qué más, que siempre me hacía pensar en cosas inoportunas. Con Verónica siempre había un forcejeo en el vestíbulo. En la pista de baile creías que iba a hacerte un regalo permanente de sus ovarios, pero, tan pronto como salía afuera, empezaba a pensar, a pensar en el sombrero, en su bolso, en su tía que estaba esperándola arriba, en la carta que había olvidado echar, en el empleo que iba a perder: toda clase de pensamientos absurdos e inoportunos, que no tenían nada que ver con la situación del momento. Era como si de repente hubiera conectado el cerebro con el coño: el coño más despierto y sagaz que se pueda imaginar. Era casi un coño metafísico, por decirlo así. Era un coño que resolvía problemas, y no sólo eso, sino que, además, lo hacía de modo especial, con un metrónomo. Para aquella clase de lucubración rítmica dislocada era esencial una luz mortecina peculiar. Tenía que haber suficiente oscuridad para un murciélago, y, aun así, bastante luz para encontrar un botón que por casualidad se desprendiera y rodase por el suelo del vestíbulo. Me parece que queda claro lo que quiero decir. Una precisión vaga y, sin embargo, minuciosa, una conciencia firme que simulaba distracción. Y vacilante e indecisa al mismo tiempo, de modo que nunca se podía determinar si se trataba de chicha o de limonada. *¿ Qué es esto que tengo en la mano? ¿Bueno o superior?* La respuesta era siempre muy fácil. Si la agarrabas por las tetas, chillaba como una cotorra; si le metías mano bajo el vestido, culebreaba como una anguila; si la apretabas demasiado, te mordía como un hurón. Se resistía y se resistía y se resistía. ¿Por qué? ¿Qué se proponía? ¿Cedería al cabo de una hora o dos? Ni soñarlo. Era como una paloma intentando volar con las patas atrapadas en una trampa de acero. Fingía no tener patas. Pero, si hacías un movimiento para liberarla, amenazaba con desplumarse sobre ti.

Librodot

Como tenía un culo tan maravilloso y como era más inaccesible que la leche, pensaba en ella como en el Pons Asinorum. Cualquier escolar sabe que el Pons Asinorum sólo pueden cruzarlo dos asnos blancos conducidos por un ciego. No sé por qué es así, pero ésa es la regla, tal como la estableció el viejo Euclides. Era tan sabio, el viejo buitre, que un día —supongo que para divertirse, simplemente— construyó un puente que ningún mortal podría cruzar nunca. Lo llamó el Pons Asinorum porque poseía un par de hermosos asnos blancos, y estaba tan encariñado con aquellos asnos, que no permitía que nadie se apoderara de ellos. Y, por eso, concibió un sueño en que él, el ciego, conduciría un día los asnos sobre el puente y hasta los afortunados terrenos de caza de los asnos. Pues bien, a Verónica le pasaba lo mismo. Estimaba tanto su hermoso culo blanco, que no quería desprenderse de él por nada del mundo. Quería llevárselo con ella al Paraíso, llegado el momento. Por lo que se refiere a su coño, al que, por cierto, nunca hacía referencia... por lo que se refiere a su coño, como digo, pues... era simplemente un accesorio que la acompañaba. En la tenue luz del vestíbulo, sin referirse en ningún momento abiertamente a sus dos problemas, no sé cómo, te hacía tomar conciencia embarazosamente de ellos. Es decir, te hacía tomar conciencia al modo de un prestidigitador. Te dejaba ver o tocar simplemente para engañarte al final, simplemente para demostrarte que no habías visto ni tocado. Era un álgebra sexual muy sutil, la lucubración de media noche que te valdría un 9 o un 10 el día siguiente, pero nada más. Te examinabas, obtenías tu diploma y después te soltaban. Entretanto usabas el culo para sentarte y el coño para hacer aguas. Entre el libro de texto y el retrete había una zona intermedia en la que no debías entrar nunca, porque se denominaba jodienda. Podías hacerte una pajita y echar una meadita, pero no follar. Nunca se apagaba la luz del todo, el sol nunca entraba a raudales. Siempre la luz o la oscuridad suficiente para distinguir un murciélago. Y precisamente ese espectral parpadeo de luz era lo que mantenía a la mente despierta, al acecho, por decirlo así, de bolsos, lápices, botones, llaves, etc. No podías pensar realmente porque ya estabas utilizando la mente. La mente estaba ocupada, como una butaca vacía en el teatro en la que el ocupante hubiera dejado la chistera.

Como digo, Verónica tenía un coño charlatán, lo que no era bueno porque su única función parecía ser la de hablar para que no le echaras un polvo. En cambio, Evelyn tenía un coño risueño. Vivía también en el piso de arriba, sólo que en otra casa. Siempre venía a la hora de comer para contarnos un nuevo chiste. Era una cómica de primera, la única mujer verdaderamente graciosa que he conocido en mi vida. Todo era broma, incluida la jodienda. Podía hacer reír hasta a una picha tiesa, lo que ya es decir. Dicen que una picha tiesa no tiene conciencia, pero una picha tiesa que además se ría es fenomenal. La única forma como puedo describirlo es diciendo que, cuando estaba cachonda y molesta, Evelyn hacía ventriloquia con el coño. Estabas a punto de metérsela, cuando el payaso que tenía entre las piernas soltaba una carcajada de repente. Al mismo tiempo, alargaba los brazos hacia ti y te daba un tironcito y un apretoncito juguetones. También sabía cantar, aquel payaso de coño. De hecho, se comportaba exactamente como una foca amaestrada.

No hay nada más difícil que hacer el amor en un circo. La continua representación del número de la foca amaestrada la volvía más inaccesible que si hubiera estado protegida por barrotes de hierro. Podía acabar con la

Librodot

erección más «personal» del mundo. A fuerza de risa. Al mismo tiempo no era tan humillante como podría uno inclinarse a pensar. Había algo de compasión en aquella risa vaginal. El mundo entero parecía desplegarse como una película pornográfica cuyo trágico tema fuese la impotencia. Podías verte a ti mismo como un perro, o una comadreja, o un conejo blanco. El amor era algo aparte, un plato de caviar, pongamos por caso, o un heliotropo de cera. Podías ver al ventrílocuo que hay dentro de ti hablando de caviar o de heliotropos, pero la persona real era siempre tumbada en el sembrado de coles con las piernas completamente abiertas ofreciendo una hoja verde y brillante al primero que llegase.

Pero, si hacías un movimiento para mordisquearla, el sembrado de coles estallaba a reír, con una risa radiante, fresca, vaginal como Jesús H. Cristo e Immanuel Kant el Cauteloso nunca soñaron, porque, de lo contrario, el mundo no sería lo que es hoy y, además, no habría habido ni Kant ni Cristo Todopoderoso. La mujer raras veces ríe, pero cuando lo hace es como un volcán. Cuando la mujer ríe, lo mejor que puede hacer el hombre es largarse al sótano refugio contra ciclones. Nada quedará en pie ante la carcajada vaginal, ni siquiera el hormigón armado. Cuando se le despierta la capacidad de reír, la mujer puede superar en risa a la hiena o al chacal o al gato montes. De vez en cuando se la oye en una reunión de linchadores. Significa que se ha quitado la tapa, que todo vale. Significa que va a salir de caza... y ten cuidado, ¡ no te vaya a cortar los cojones! Significa que, si se acerca la peste, ELLA llega primero, y con enormes correas de púas que te arrancarán la piel a tiras. Significa que se acostará no sólo con Tom, Dick y Harry, sino también con el Cólera, la Meningitis y la Lepra: significa que se tumbará en el altar como una yegua en celo y aceptará a todos los que se presenten, incluido el Espíritu Santo. Significa que demolerá en una noche lo que el pobre hombre tardó, con su habilidad logarítmica, cinco mil, diez mil, veinte mil años en construir. Lo demolerá y se meará en ello, y nadie la detendrá, una vez que empiece a reír en serio. Y, cuando decía de Verónica que su risa podía acabar con la erección más «personal» imaginable, hablaba en serio; podía acabar con la erección *personal* y te daba a cambio una baqueta al rojo vivo. Puede que no llegaras muy lejos con la propia Verónica, pero con lo que tenía para ofrecerte podías hacer un largo viaje, con toda seguridad. Una vez que entrabas dentro del radio de alcance de su oído, era como si te hubieras tomado una sobredosis de cantárida. Nada del mundo podía bajártela de nuevo, a no ser que la pusieras bajo una almádena.

Así era a todas horas, aunque cada palabra que digo sea una mentira. Era una gira personal por el mundo impersonal, un hombre con un desplantador diminuto en la mano cavando un túnel a través de la tierra para llegar al otro lado. El propósito era llegar por el túnel al otro lado y encontrar por fin la ría de la Culebra, el *nec plus ultra* de la luna de miel de la carne. Y, naturalmente, no se acababa nunca de cavar. Lo máximo a que podía aspirar era a quedarme atascado en el centro inerte de la tierra, donde la presión era más fuerte y más uniforme en todos los sentidos, y permanecer atascado en él para siempre. Eso me haría sentir como Ixion en la rueda, lo que es una especie de salvación que no hay que despreciar totalmente. Por otro lado, yo era un metafísico de la especie instintivista; me era imposible quedarme atascado en ninguna parte, ni siquiera en el centro inerte de la tierra. Tenía que encontrar a toda costa el polvo metafísico y gozarlo, y para eso me vería obligado a salir a una altiplanicie nueva, una

Librodot

meseta de dulce alfalfa y monolitos pulidos, donde las águilas y los buitres volaran al azar.

A veces, sentado en un parque por la noche, especialmente en un parque cubierto de papeles y restos de comida, veía pasar a una, una que parecía ir al Tíbet y la seguía con ojos desencajados con la esperanza de que empezara a volar de repente, pues, si lo hiciese, si empezara a volar, sabía que yo también sería capaz de volar, y eso pondría fin a la tarea de cavar y revolcarse. A veces, probablemente a causa del crepúsculo u otras alteraciones, parecía como si volara efectivamente al doblar una esquina. Es decir, que de repente se elevaba del suelo por espacio de unos metros, como un avión demasiado cargado, pero esa simple elevación repentina e involuntaria, independientemente de que fuese real o imaginaria, me daba esperanza, me infundía valor para mantener los ojos desencajados e inmóviles en el sitio.

Había megáfonos por dentro que gritaban: « Sigue, no te pares, persevera», y todas esas tonterías. Pero, ¿por qué? ¿Con qué fin? ¿Adonde? ¿De dónde? Ponía el despertador para estar levantado a determinada hora, pero, *¿por qué levantado?* ¿Por qué levantarse siquiera? Con aquel diminuto desplantador en la mano trabajaba como un galeote sin la menor esperanza de recompensa. Si seguía en línea recta, iba a cavar el agujero más profundo que haya cavado nunca un hombre. Por otro lado, si hubiera deseado verdaderamente llegar al otro lado de la tierra, ¿es que no habría sido mucho más sencillo tirar el desplantador y tomar un aeroplano simplemente hacia China? Pero el cuerpo *sigue* a la mente. La cosa más sencilla para el cuerpo no siempre es fácil para la mente. Y, cuando se vuelve especialmente difícil y embarazoso es en el momento en que los dos empiezan a seguir direcciones opuestas.

Trabajar con el desplantador era la gloria; dejaba la mente en completa libertad y, aun así, nunca había el menor peligro de que se separaran uno de la otra. Si el animal hembra empezaba de repente a gemir de placer, si al animal hembra le daba de pronto un ataque de placer, con las mandíbulas moviéndose como cordones de zapatos antiguos, el pecho jadeando y las costillas crujiendo, si la tipa empezaba de improviso a caerse en pedazos por el suelo, al desplomarse de goce y exasperación, en ese preciso momento, ni un segundo antes ni después, la prometida meseta aparecería en el horizonte como un barco que saliera de la niebla y no quedaría más remedio que plantar las rayas y las estrellas en ella y tomar posesión de ella en nombre del Tío Sam y de todo lo sagrado. Esos reveses ocurrían con tanta frecuencia, que era imposible no creer en la realidad de un reino llamado Jodienda, porque ése era el único nombre que se le podía dar, y, sin embargo, nadie podía reclamar su propiedad permanentemente. Desaparecería de la noche a la mañana... a veces en un abrir y cerrar de ojos. Era la Tierra de Nadie y apestaba a las muertes invisibles por ella esparcidas. Si se declaraba una tregua, te encontrabas en ese terreno y te dabas la mano o trocabas tabaco. Pero las treguas nunca duraban mucho tiempo. Lo único que parecía tener permanencia era la idea de la «zona intermedia». En ella volaban las balas y los cadáveres se apilaban: luego llovía y, al final, sólo quedaba hedor.

Todo esto es una forma de hablar en sentido figurado sobre lo ínmencionable. Lo inmencionable es la jodienda y el coño puros y simples, sólo deben mencionarse en las ediciones de lujo; de lo contrario, el mundo se

Librodot

deshará en pedazos. La amarga experiencia me ha enseñado que lo que sostiene el mundo es la relación sexual. Pero la *jodienda,* la auténtica, el *coño,* el auténtico, parecen contener un elemento no identificado que es mucho más peligroso que la nitroglicerina. Para hacerse una idea de lo auténtico hay que consultar el catálogo de los almacenes Sears-Roebuck aprobado por la Iglesia Anglicana. En la página 23 encontrarás un grabado de Príapo haciendo malabarismos con un sacacorchos en la punta de la pirula; está de pie a la sombra del Partenón por error; está desnudo, salvo un taparrabos que le prestaron para esa ocasión los *Holy Rollers* de Oregón y Saskatchewan. Hay una conferencia de larga distancia para preguntar si deben vender a plazo corto o largo. Dice: *«Idos a tomar por culo» y* cuelga el aparato. En segundo plano Rembrandt está estudiando la anatomía de nuestro Señor Jesucristo que, si recordáis, fue crucificado por los judíos y después llevado a Abisinia para ser golpeado con tejos y otros objetos. El tiempo parece bueno y más cálido, como de costumbre, a no ser por una ligera niebla que se levanta del mar Jónico; es el sudor de los huevos de Neptuno castrados por los primeros monjes, o quizá por los maniqueos de la época de la plaga de Pentecostés. Largas tiras de carne de caballo cuelgan a secar y las moscas andan por todas partes, tal como lo describe Homero en la antigüedad. Muy cerca hay una máquina trilladora McCormick, una segadora y agavilladora con un motor de treinta y seis caballos y sin interruptor. Ha acabado la siega y los trabajadores están contando su salario en los campos distantes. Surge la encendida aurora en el primer día de la relación sexual en el antiguo mundo helenístico, ahora fielmente reproducido para nosotros en color gracias a los Hermanos Zeiss y otros pacientes fanáticos de la industria. Pero éste no es el aspecto que ofrecía a los hombres de la época d« Homero que estaban en aquel lugar. Nadie sabe qué aspecto tenía el dios Príapo, cuando se vio reducido a la ignominia de balancear un sacacorchos en la punta de la pilila. De pie, así, a la sombra del Partenón, indudablemente se puso a soñar con gachís lejanas; debió de perder conciencia del sacacorchos y de la máquina trilladora y segadora; debió de volverse muy silencioso en su interior y, por último, debió de perder hasta el deseo de soñar. Mi idea —y, naturalmente, estoy dispuesto a que me corrijan, si estoy equivocado— es que estando así, en medio de la niebla que se alzaba, oyó de repente el repique del Ángelus y, mira por dónde, apareció ante sus propios ojos un hermoso terreno verde de pantanos en que los chocktaws estaban divirtiéndose con los navajos; en el aire por encima había cóndores blancos, con collarines festoneados de caléndulas. También vio una enorme pizarra en que aparecía escrito el cuerpo de Cristo, el cuerpo de Absalón y el mal, que es la lujuria. Vio la esponja empapada en sangre de ranas, los ojos que Agustín se cosió en la piel, el manto que no era lo bastante grande como para tapar nuestras iniquidades. Vio esas cosas en el antiquísimo momento en que los navajos estaban divirtiéndose con los chocktaws y se llevó tal sorpresa, que de repente salió una voz de entre sus piernas, de la larga caña pensante que había perdido en el sueño, y se trataba de la más aguda estridente y penetrante, la más jubilosa y feroz clase de voz que haya salido alguna vez carcajeándose de las profundidades. Empezó a cantar con su larga picha con gracia y elegancia tan divinas, que los blancos cóndores bajaron del cielo y cagaron enormes huevos purpúreos por toda la verde zona de los pantanos. Cristo Nuestro Señor se levantó de su lecho de piedra y, a pesar de estar marcado por el tajo, bailó como una

Librodot

cabra montes. Los felás salieron de Egipto encadenados, seguidos por los belicosos igorrotes y los comedores de caracoles de Zanzíbar.

Así estaban las cosas el primer día de la relación sexual en el antiguo mundo helenístico. Desde entonces las cosas han cambiado mucho. Ya no es de buena educación cantar con la pilila, ni se permite a los cóndores siquiera cagar huevos purpúreos por todo el lugar. Todo eso es escatológico y ecuménico. Está prohibido. *Verboten.* Y, por eso, el País de la Jodienda cada vez se aleja más; se vuelve mitológico. Así, pues, me veo obligado a hablar mitológicamente. Hablo con extrema unción, y también con ungüentos preciosos. Dejo de lado los estruendosos címbalos, las tubas, las caléndulas blancas, las adelfas y los rododendros. ¡Vivan las correas y las esposas! Cristo está muerto y destrozado con tejos. Los felás empalidecen en las arenas de Egipto, con las muñecas esposadas sin apretar. Los buitres han devorado hasta la última pizca de carne en descomposición. Todo está en calma, un millón de ratones de oro que mordisquean el queso invisible. Ha salido la luna y el Nilo rumia sus estragos ribereños. La tierra eructa en silencio, las estrellas se estremecen y balan, los ríos se desbordan. Es así... Hay coños que ríen y coños que hablan; hay coños locos, histéricos, en forma de ocarinas y coños lujuriantes, sismográficos, que registran la subida y la bajada de la savia; hay coños caníbales que se abren de par en par como las mandíbulas de una ballena y te tragan vivo; hay también coños masoquistas que se cierran como las ostras y tienen conchas duras y quizás una perla o dos dentro; hay coños ditirámbicos que se ponen a bailar en cuanto se acerca el pene y se empapan de éxtasis; hay coños puercoespines que sueltan sus púas y agitan banderitas en Navidad; hay coños telegráficos que practican el código Morse y dejan la mente llena de puntos y rayas; hay coños políticos que están saturados de ideología y que niegan hasta la menopausia; hay coños vegetativos que no dan respuesta, a no ser que los extirpes de raíz; hay coños religiosos que huelen como los adventistas del Séptimo Día y están llenos de abalorios, gusanos, conchas de almejas, excrementos de oveja y de vez en cuando migas de pan; hay coños mamíferos que están forrados con piel de nutria e hibernan, durante el largo invierno; hay coños navegantes equipados como yates, buenos para solitarios y epilépticos; hay coños glaciales en los que puedes dejar caer estrellas fugaces sin causar el menor temblor; hay coños diversos que se resisten a cualquier clasificación o descripción, con los que te tropiezas una vez en la vida y que te dejan mustio y marcado; hay coños hechos de pura alegría que no tienen nombre ni antecedente y éstos son los mejores de todos, pero, ¿adonde han ido a parar?

Y, por último, existe el coño que lo es todo y a éste vamos a llamarlo supercoño, pues no es de esta tierra, sino de ese país radiante adonde hace mucho tiempo nos invitaron a huir. En él el rocío siempre centellea y las altas cañas se inclinan con el viento. En él vive el gran padre de la fornicación, el Padre Apis, el toro profético que se abrió paso a cornadas hasta el cielo y destruyó a las deidades castradas del bien y del mal. De Apis surgió la raza de los unicornios, ese ridículo animal del que hablan los escritos antiguos cuya culta frente se estiró hasta convertirse en un falo fulgurante, y del unicornio a través de etapas graduales derivó el hombre de la ciudad reciente del que habla Oswald Spengler. Y de la picha muerta de este triste espécimen surgió el gigantesco rascacielos con sus rápidos ascensores y sus torres de observación. Somos el último punto decimal del

Librodot

cálculo sexual; el mundo gira como un huevo podrido en su canasta de paja. Ahora hablemos de las alas de aluminio con que volar a ese lugar lejano, el país radiante donde vive Apis, el padre de la fornicación. Todo avanza como relojes lubricados; por cada minuto de la esfera hay un millón de relojes silenciosos que van pelando las cáscaras del tiempo. Viajamos más rápido que la calculadora relámpago, más rápido que la luz de las estrellas, más rápido que el pensamiento del mago. Cada segundo es un universo de tiempo. Y cada universo de tiempo no es sino un pestañeo de sueño en la cosmogonía de la velocidad. Cuando la velocidad llegue a su fin, allí estaremos, puntuales como siempre y dichosamente anónimos. Nos desprenderemos de nuestras alas, relojes y repisas de chimenea en que apoyarnos. Nos levantaremos ligeros y alborozados como una columna de sangre, y no habrá recuerdo que nos haga caer de nuevo. A ese tiempo yo lo llamo dominio del supercoño, pues desafía a la velocidad, al cálculo y a la imaginación. Tampoco el propio pene tiene tamaño ni peso conocidos. Sólo hay la sensación continua de la jodienda, el fugitivo en pleno vuelo, la pesadilla que fuma su tranquilo puro. El pequeño Nemo se pasea con una erección de siete días y un maravilloso par de cojones azules legados por la Señora Generosa. Es el domingo por la mañana a la vuelta de la esquina del Cementerio de las plantas siempre verdes.

Es el domingo por la mañana y estoy tumbado dichosamente muerto para el mundo en mi cama de hormigón armado. A la vuelta de la esquina está el cementerio, es decir: el *mundo de la relación sexual.* Me duelen los cojones de tanta jodienda como se produce, pero todo está ocurriendo debajo de mi ventana, en el bulevar donde Hymie tiene su nido de copular. Estoy pensando en una mujer y el resto es confuso. Digo que estoy pensando en ella, pero la verdad es que muero de muerte estelar. Estoy tumbado ahí como una estrella enferma esperando que se extinga. Hace años estuve tumbado en esta misma cama y esperé y esperé a nacer. Nada ocurrió. Excepto que mi madre, con su furia luterana, me tiró encima un cubo de agua. Mi madre, la pobre imbécil, pensaba que yo era un vago. No sabía que me había atrapado la corriente estelar, que me estaba pulverizando hasta la atroz extinción ahí fuera, en la orilla más remota del universo. Creía que era pura pereza lo que me mantenía clavado a la cama. Me tiró encima el cubo de agua: me retorcí y estremecí un poco, pero seguí tumbado ahí en mi cama de hormigón armado. Era inamovible. Era un meteoro apagado y abandonado en las inmediaciones de Vega.

Y ahora estoy en la misma cama y la luz que hay en mí se niega a extinguirse. El mundo de hombres y mujeres está divirtiéndose en los terrenos del cementerio. Están teniendo relaciones sexuales, Dios los bendiga, y yo estoy solo en el País de la Jodienda. Me parece oír el chacoloteo de una gran máquina, los brazaletes de la linotipia pasando a través del rodillo del sexo. Hymie y la ninfómana de su mujer están tumbados al mismo nivel que yo, sólo que están al otro lado del río. El río se llama Muerte y tiene sabor amargo. Lo he vadeado muchas veces, hasta las caderas, pero por alguna razón no me ha petrificado ni inmortalizado. Sigo ardiendo vivamente por dentro, a pesar de que por fuera estoy muerto como un planeta. De esta cama me he levantado para bailar, no una, sino centenares, miles de veces. Cada vez que me retiraba, tenía el convencimiento de que había bailado la danza del esqueleto en un *terrain vague.* Quizás había desperdiciado demasiada de mi sustancia sufriendo; quizá tenía la loca idea

Librodot

de que sería la primera floración metalúrgica de la especie humana; tal vez estuviera imbuido con la idea de que era a la vez un subgorila y un superdiós. En esta cama de hormigón armado recuerdo todo y todo es de cristal de roca. No hay nunca animal alguno, sólo miles y miles de seres humanos todos hablando a la vez, y para cada palabra que pronuncian tengo una respuesta inmediatamente, a veces antes de que la palabra salga de su boca. Hay una gran matanza, pero sin sangre. Los asesinatos se perpetran con limpieza, y siempre en silencio. Pero, aun cuando todo el mundo fuera asesinado, seguiría habiendo conversación, y ésta sería a la vez complicada y fácil de seguir. Porque, ¡yo soy quien la crea! Lo sé, y por eso es por lo que nunca me vuelve loco. Tengo conversaciones que no pueden producirse hasta dentro de veinte años, cuando encuentre a la persona indicada, la que voy a crear, digamos, cuando llegue el momento adecuado. Todas esas charlas se producen en un solar vacío que está unido a mi cama como un colchón. En un tiempo le di un nombre, a este *terrain vague:* lo llamé Ubiguchi, pero, no sé por qué, Ubiguchi nunca me satisfizo, era demasiado inteligible, estaba demasiado cargado de significado. Sería mejor dejarlo en *«terrain vague»,* que es lo que tengo intención de hacer. La gente cree que el vacío es la nada, pero no lo es. El vacío es una plenitud discordante, un mundo atestado de fantasmas en que el alma hace un reconocimiento. Recuerdo haber estado de niño en el solar vacío como si fuera un alma muy viva y desnuda y de pie sobre un par de zapatos. Me habían robado el cuerpo porque no lo necesitaba de forma especial. Entonces podía existir con cuerpo o sin él. Si mataba un pájaro y lo asaba al fuego y me lo comía, no era porque tuviera hambre, sino porque quería saber cosas sobre Timbuctú o la Tierra del Fuego. Tenía que estar en el solar vacío y comer pájaros muertos para crear el deseo de esa tierra radiante en la que más adelante viviría solo y que poblaría de nostalgia. Esperaba cosas definitivas de ese lugar, pero quedé decepcionado de forma lamentable. Llegué lo más lejos que se puede llegar en un estado de completo entumecimiento, y después en virtud de una ley, que debe ser la ley de la creación, supongo, me inflamé y empecé a vivir inexhaustiblemente, como una estrella cuya luz sea inextinguible. Entonces empezaron las auténticas excursiones caníbales que han significado tanto para mí; no más pajaritos muertos recogidos de la hoguera, sino carne humana viva, tierna, carne humana suculenta, secretos como hígados sanguinolentos, confidencias como tumores hinchados que se hayan conservado en hielo. Aprendí a no esperar a que muriera mi víctima, sino a devorarla mientras me hablaba. Muchas veces, cuando dejaba una comida sin acabar, descubrí que no era otra cosa que un viejo amigo menos, un brazo o una pierna. A veces lo dejaba allí: un tronco lleno de intestinos hediondos.

Por ser de la ciudad, de la única ciudad del mundo, y no hay lugar en el mundo como Broadway, solía pasearme para arriba y para abajo mirando los jamones iluminados con reflectores y otras golosinas. Era un esquizerino desde las suelas de la bota hasta las puntas del cabello. Vivía exclusivamente en el gerundio, que sólo entendía en latín. Mucho antes de que leyera sobre ella en el *Black Book,* cohabitaba con Hilda, la coliflor gigantesca de mis sueños. Pasamos juntos por todas las enfermedades morganáticas y algunas que eran *ex cathedra.* Vivíamos en el armazón de los instintos y nos alimentábamos de recuerdos ganglionares. Nunca había *un* universo, sino millones y billones de universos, todos los cuales no

Librodot

ocupaban juntos más espacio que la cabeza de un alfiler. Era un sueño vegetal en la selva del espíritu. Era el pasado, que es el único que abarca la eternidad. En medio de la fauna y flora de mis sueños, oía conferencias telefónicas de larga distancia. Los deformes y los epilépticos dejaban mensajes sobre mi mesa. A veces venía a verme Hans Castorp y juntos cometíamos delitos inocentes. O, si era un día claro y glacial, daba una vuelta con mi bicicleta Presto de Chemnitz, Bohemia.

Lo mejor de todo era la danza del esqueleto. Primero me lavaba todos los miembros en el fregadero, me cambiaba de muda, me ponía los escarpines de bailar. Sintiéndome anormalmente ligero por dentro y por fuera, serpenteaba entrando y saliendo de la multitud por un rato para captar el ritmo humano característico, el peso y la sustancia de la carne. Después iba derecho a la pista de baile, cogía un cacho de carne casquivana e iniciaba la pirueta otoñal. Así fue como entré una noche en el local del griego peludo y tropecé de golpe con ella. Parecía amoratada, blanca como la tiza, sin edad. No había sólo la corriente de acá para allá, sino también la caída interminable, la voluptuosidad del desasosiego intrínseco. Era ágil y al mismo tiempo estaba apetitosamente llenita. Tenía la mirada marmórea de un fauno sumido en lava. Ha llegado el momento, pensé, de volver de la periferia. Di un paso hacia el centro, simplemente para notar que el suelo se movía bajo mis pies. La tierra se deslizaba rápidamente bajo mis asombrados pies. Volví a salir de la cintura terrestre y, mira por dónde, tenía las manos llenas de flores meteóricas. Extendí mis manos ardientes hacia ella, pero era más escurridiza que la arena. Pensé en mis pesadillas favoritas, pero no se parecía a nada que me hubiera hecho sudar y farfullar. En mi delirio empecé a hacer cabriolas y a relinchar. Compré ranas y las apareé con sapos. Pensé en la cosa más fácil de hacer, que es morir, pero no hice nada. Me quedé quieto y empecé a petrificarme en las extremidades. Era tan maravilloso, tan curativo, tan eminentemente sensible, que me eché a reír hasta lo más profundo de las vísceras, como una hiena enloquecida por el celo. ¡Quizá me convirtiera en una piedra de Rosetta! Simplemente me quedé quieto y esperé. Llegó la primavera y el otoño, y luego el invierno. Renové mi póliza de seguros automáticamente. Comí hierba y las raíces de árboles caducos. Me quedé sentado días enteros mirando la misma película. De vez en cuando me cepillaba los dientes. Si me disparabas con una automática, las balas se desviaban y hacían un extraño tat-tat-tat al rebotar contra la pared. En cierta ocasión, en una calle oscura, derribado por un maleante, sentí que un cuchillo me penetraba de parte a parte. Sentí como un baño de agujas. Por extraño que parezca, el cuchillo no me dejó agujeros en la piel. La experiencia fue tan novedosa, que me fui a casa y me clavé cuchillos en todas las partes del cuerpo. Más baños de agujas. Me senté, saqué todos los cuchillos, y volví a maravillarme de que no hubiera ni rastro de sangre, ni agujeros, ni dolor. Estaba a punto de morderme el brazo, cuando sonó el teléfono. Era una conferencia de larga distancia. Nunca supe quién hacía las llamadas, porque nadie se ponía al aparato. Sin embargo, la danza del esqueleto...

La vida pasa a la deriva por el escaparate. Estoy tendido en él como un jamón iluminado esperando que caiga el hacha. En realidad, no hay nada que temer, porque todo está cortado pulcramente en lonchitas y envuelto en celofán. De repente, todas las luces de la ciudad se apagan y las sirenas dan la alarma. La ciudad está envuelta en gas venenoso, explotan bombas,

Librodot

cuerpos despedazados vuelan por los aires. Hay electricidad por todos lados, y sangre y esquirlas y altavoces. Los hombres que van por los aires están locos de alegría, los de abajo gritan y braman. Cuando el gas y las llamas han devorado toda la carne, comienza la danza del esqueleto. Miro desde el escaparate, que ahora está a oscuras. Es mejor que el Saco de Roma porque hay más cosas que destruir.

¿Por qué bailan los esqueletos tan extáticamente?, me pregunto. ¿Es la caída del mundo? ¿Es la danza de la muerte que tantas veces se ha anunciado? El de millones de esqueletos bailando en la nieve mientras la ciudad se desploma en un espectáculo pavoroso. ¿Volverá a crecer algo? ¿Saldrán niños de la matriz? ¿Habrá comida y vino? No hay que olvidar a los hombres que van por los aires, desde luego. Bajarán a saquear. Habrá cólera y disentería y los que estaban arriba y triunfantes perecerán como los demás. Tengo la viva sensación de que voy a ser el último hombre sobre la tierra. Saldré del escaparate, cuando todo haya acabado y me pasearé tranquilamente por entre las ruinas. Dispondré de la tierra entera para mí.

¡Una conferencia de larga distancia! Para comunicarme que no estoy totalmente solo. Entonces, ¿la destrucción no ha sido completa? Es desalentador. El hombre no es ni siquiera capaz de destruirse a sí mismo; de lo único que es capaz es de destruir a los demás. Estoy asqueado. ¡Qué malicioso tullido! ¡Qué crueles ilusiones! Así, que hay otros de la especie por ahí y van a poner orden en este desbarajuste y empezar de nuevo. Dios bajará en carne y hueso y cargará con la culpa. Harán música y construirán cosas de piedra y lo consignarán todo en libros. ¡Pufff! ¡Qué ciega tenacidad! ¡Qué torpes ambiciones!

Vuelvo a estar en la cama. El antiguo mundo griego, el alba de la relación sexual... ¡Y Hymie! Hymie Laubscher siempre en el mismo nivel, mirando hacia abajo, hacia el bulevar al otro lado del río. Hay un momento de calma en la fiesta nupcial y sirven los buñuelos de almejas. *Córrete un poquito,* dice. *¡Eso, así, muy bien!* Oigo croar ranas en la ciénaga fuera de mi ventana. Grandes ranas de cementerio alimentadas por los muertos. Están todas amontonadas en la relación sexual; están croando de alegría sexual.

Ahora comprendo cómo fue concebido y traído al mundo Hymie. ¡Hymie el sapo! Su madre estaba en el fondo del montón y Hymie, que entonces era un embrión, estaba oculto en la bolsa de ella. Eran los primeros días de la relación sexual y no había reglas del Marqués de Queensbury que pusieran trabas. Era joder y ser jodido... y el último, que pagase el pato. Había sido siempre así desde la época de los griegos: un polvo a ciegas en el lodo y después un desove rápido y luego la muerte. La gente folla en diferentes niveles, pero siempre es en una ciénaga y la cama siempre está destinada para el mismo fin. Cuando se derriba la casa, la cama queda siempre de pie: el altar cosmosexual.

Estaba ensuciando la cama con mis sueños. Estirado en el hormigón armado, mi alma abandonaba su cuerpo y vagabundeaba de un lado para otro en un carrito como el que usan en los almacenes para facilitar el cambio. Yo hacía cambios y excursiones ideológicas; era un vagabundo en el país del cerebro. Todo estaba absolutamente claro para mí porque estaba hecho en cristal de roca; en cada salida estaba escrito en grandes caracteres: ANIQUILACIÓN. El miedo a la extinción me solidificaba; el cuerpo se convertía en un trozo de hormigón armado. Estaba adornado por una erección permanente del mejor gusto. Había alcanzado ese estado de vacío

Librodot

tan ardientemente deseado por ciertos miembros devotos de los cultos esotéricos. Había dejado de ser. *Ni siquiera era una erección personal.*

Fue por esa época cuando adopté el seudónimo de Samson Lackawanna y empecé mis saqueos. El instinto criminal que había en mí había salido vencedor. Mientras que hasta entonces había sido sólo un alma errante, una especie de *dybbuk* gentil, en adelante me convertí en un fantasma entrado en carnes. Había adoptado el nombre que me gustaba y bastaba con que actuara instintivamente. En Hong Kong, por ejemplo, hice mi aparición como vendedor de libros. Llevaba un monedero de cuero lleno de dólares mexicanos y visité religiosamente a todos los chinos que necesitaban completar sus estudios. En el hotel llamaba para pedir mujeres como si se tratara de whisky con soda. Por las mañanas estudiaba tibetano para preparar el viaje a Lhasa. Ya hablaba judío con fluidez, y hebreo también. Podía contar dos columnas de números a la vez. Era tan fácil estafar a los chinos, que volví a Manila hastiado. Allí me hice cargo de un señor Rico y le enseñé el arte de vender libros sin gastos de envío. Todo el beneficio provenía de las tarifas del transporte marítimo, pero era suficiente para permitirme una vida lujosa, mientras duró.

El aliento se había convertido en un truco lo mismo que la respiración. Las cosas no eran simplemente dobles, sino múltiples. Me había convertido en una jaula de espejos que reflejaba el vacío. Pero, una vez postulado el vacío firmemente, estaba en mi elemento y lo que se llama creación consistía en llenar agujeros. El carrito me llevó cómodamente de un lugar a otro y en cada pequeño receptáculo del gran vacío dejé caer una tonelada de poemas para borrar la idea de aniquilación. Tenía siempre ante mí perspectivas infinitas. Empecé a vivir en la perspectiva, como una motita microscópica en la lente de un telescopio gigantesco. No había noche en que descansar. Era perpetua luz estelar en la árida superficie de los planetas muertos. De vez en cuando un lago negro como el mármol en que me veía caminando entre brillantes orbes de luz. Tan bajas colgaban las estrellas y tan deslumbrante era la luz que emitían, que parecía como si el universo estuviera simplemente a punto de nacer. Lo que hacía que la impresión fuera más fuerte era que yo estaba solo; no sólo no había animales, ni árboles, ni otros seres, sino que, además, ni siquiera había una brizna de hierba, ni siquiera una raíz muerta. En aquella luz violenta e incandescente sin el menor rastro de sombra siquiera, el propio movimiento parecía ausente. Era como una llamarada de pura conciencia, el pensamiento hecho Dios. Y Dios por primera vez, que yo supiera, estaba perfectamente afeitado. Yo también estaba perfectamente afeitado, impecable, extraordinariamente exacto. Vi mi imagen en los lagos de mármol negro y estaba adornada con estrellas. Estrellas, estrellas... como un golpe entre los ojos y todos los recuerdos esfumados al instante. Era Samson y también Lackawanna y estaba muriendo como un ser en el éxtasis de la conciencia plena.

Y ahora aquí estoy, navegando río abajo en mi pequeña canoa. Todo lo que deseéis que haga lo haré... gratis. Este es el País de la Jodienda, en que no hay animales, ni árboles, ni estrellas, ni problemas. Aquí el espermatozoide es dueño y señor. Nada va determinado de antemano, el futuro es absolutamente incierto, el pasado es inexistente. Por cada millón que nace 999.999 están condenados a morir y a no volver a nacer más. Pero el que mete un gol tiene asegurada la vida eterna. La vida se comprime en una semilla, que es un alma. Todo tiene alma, incluidos los minerales, las

Librodot

plantas, los lagos, las montañas, las rocas. Todo es sensible, incluso en la etapa más baja de la conciencia.

Una vez que se entiende ese hecho, no puede seguir habiendo desesperación. En la base misma de la escala, *chez* los espermatozoides, existe el mismo estado de bienaventuranza que en la cima, *chez* Dios. Dios es la suma de todos los espermatozoides, que han alcanzado la conciencia plena. Entre la base y la cima no hay pasado, no hay estación intermedia. El río nace en algún lugar de la montaña y fluye hasta el mar. En ese río que conduce hasta Dios, la canoa es tan inútil como el acorazado. Desde el comienzo mismo la travesía es de regreso a casa.

Navegando río abajo... lento como la lombriz intestinal, pero lo bastante diminuto como para tomar todas las curvas. Y, además, escurridizo como una anguila. *¿Cómo te llamas?,* grita alguien. *¿Que cómo me llamo? Hombre, pues, llámame Dios simplemente... Dios, el embrión;* sigo navegando. A alguien le gustaría comprarme un sombrero. ¿Cuál es tu talla, imbécil?, grita. *¿Qué talla? Hombre, pues, ¡la talla X!* (¿Y por qué me gritan siempre? ¿Acaso creen que estoy sordo?) El sombrero se pierde en la próxima catarata. *Tant pis...* para el sombrero. ¿Acaso necesita Dios un sombrero? Lo único que Dios necesita es llegar a ser Dios, cada vez más. Todo este navegar, todos estos escollos, el tiempo que pasa, el paisaje, y sobre el paisaje el *hombre,* trillones y trillones de cosas llamadas hombre, como semillas de mostaza. Ni siquiera en el embrión tiene memoria

Dios. El telón de fondo de la conciencia se compone de diminutos ganglios infinitesimales, una capa de pelo suave como la lana. La cabra montes está sola en el Himalaya; no se pregunta cómo ha llegado a la cima. Pasta tranquilamente en medio del *décor;* cuando llegue el momento, volverá a bajar. No aparta el hocico del suelo, mientras va buscando el poco alimento que ofrecen los picos de las montañas. En ese extraño estado capricorniano de embriosis, Dios, el macho cabrío, rumia con estólido deleite entre los picos de las montañas. Las altas elevaciones alimentan el germen de la separación que un día lo apartarán del alma del hombre, que lo convertirán en un padre desolado, semejante a una roca, condenado a vivir eternamente en un vacío que es inconcebible. Pero primero vienen las enfermedades morganáticas, de las que hemos de hablar ahora... Existe un estado de miseria que es irremediable... porque su origen se pierde en la oscuridad. Los almacenes Bloomingdale, por ejemplo, pueden producir ese estado. Todos los grandes almacenes son símbolos de enfermedad y vacío, pero el de Bloomingdale es mi enfermedad especial, mi enfermedad oscura e incurable. En el caos de Bloomingdale hay un orden, pero ese orden es absolutamente demencial para mí; es el orden que encontraría en la cabeza de un alfiler, si la colocara bajo el microscopio. Es el orden de una serie accidental de accidentes concebidos accidentalmente. Ese orden tiene, sobre todo, un olor... y es el olor de Bloomingdale el que infunde terror en mi corazón. En Bloomingdale me desintegro completamente: me desahogo gota a gota en el suelo, una masa indefensa de tripas, huesos y cartílago. Hay un olor, no a descomposición, sino a asociación inconveniente. El hombre, el miserable alquimista, ha reunido en un millón de formas y figuras, sustancias y esencias que no tienen nada en común. Porque en su mente hay un tumor que lo está devorando insaciablemente; ha abandonado la pequeña canoa que lo llevaba gozosamente río abajo para construir un barco mayor y más seguro en que haya sitio para todos. Sus trabajos lo llevan tan

Librodot

lejos, que ha olvidado por completo la razón por la que abandonó la pequeña canoa. El arca está tan llena de cachivaches, que se ha convertido en un edificio inmóvil por encima de un pasaje subterráneo en que el olor a linóleo prevalece y predomina. Reúne todo el significado oculto en la miscelánea intersticial de los almacenes Bloomingdale y colócalo en una cabeza de alfiler, y lo que te quede será un universo en que las grandes constelaciones se mueven sin el menor peligro de colisión. Ese caos microscópico es el que causa mis dolencias morganáticas. En la calle me pongo a apuñalar caballos al azar, o alzo unas faldas aquí y allá en busca de un buzón o pego un sello de correos a una boca, a un ojo, a una vagina. O de repente decido subir a un edificio alto, como una mosca, y, después de haber llegado arriba, me echo a volar de verdad con alas auténticas y vuelo y vuelo y vuelo, recorriendo ciudades como Weehawken, Hoboken, Hackensack, Canarsie, Bergen Beach en un abrir y cerrar de ojos. Una vez que te conviertes en un auténtico esquizerino, volar es la cosa más fácil del mundo; el truco es volar con el cuerpo etéreo, dejar tras de ti en Bloomingdale el saco de huesos, tripas, sangre y cartílago; volar solo con tu yo inmutable, que, si te detienes a reflexionar un momento, siempre está equipado con alas. Volar así, en pleno día, presenta ventajas frente al vuelo nocturno ordinario a que todo el mundo se entrega. Puedes dejarlo en cualquier momento, tan rápida y decisivamente como si pisaras el freno; no hay dificultad para encontrar tu otro yo, porque en el momento en que lo dejas, eres tu otro yo, es decir, el llamado yo entero. Sólo que, como demuestra la experiencia de Bloomingdale, ese yo entero del que tanto se ha alardeado, se cae en pedazos con mucha facilidad. El olor a linóleo, por alguna razón extraña, siempre me hará desplomarme en el suelo. Es el olor de las cosas naturales que estaban pegadas a mí, que se habían juntado, por decirlo así, por consentimiento negativo.

Hasta después de la tercera comida no empiezan a desaparecer los dones matinales, legados por las uniones falsas de los antepasados, y la auténtica roca del yo, la roca feliz, emerge de la basura del alma. A la caída de la noche, el universo de cabeza de alfiler empieza a expandirse. Se expande orgánicamente, desde una motita nuclear infinitesimal, al modo como se forman los minerales o las constelaciones de estrellas. Corroe el caos circundante como una rata que horada el queso. Todo el caos podría juntarse en la cabeza de un alfiler, pero el yo, microscópico al comienzo, crece hasta convertirse en un universo desde cualquier punto del espacio. No es el yo sobre el que se escriben libros, sino el yo eterno que se ha arrendado durante milenios a hombres con nombres y fechas, el yo que empieza y acaba como un gusano, que es el gusano en el queso llamado el mundo. Así como la brisa más ligera puede poner en movimiento un vasto bosque, así también, gracias a un insondable impulso desde dentro, el yo semejante a una roca puede empezar a crecer, y en ese crecimiento nada puede prevalecer contra él. Es como el frío en acción, y el mundo entero un cristal de ventana. Ni asomo de trabajo, ni sonido, ni lucha, ni descanso; el crecimento del yo prosigue, implacable, despiadado, incesante. Solos dos platos en el menú: el yo y el no yo. Y una eternidad para elaborarlo. En esa eternidad que no tiene nada que ver con el tiempo ni con el espacio, hay interludios en que se produce algo así como un deshielo. La forma del yo se descompone, pero el yo, como el clima, permanece. Por la noche la materia amorfa del yo adopta las formas más fugaces: el error penetra por las

Librodot

troneras y el vagabundo se suelta de su puerta. Esa puerta, que el cuerpo lleva encima, si se abre al mundo, conduce a la aniquilación. Es la puerta por la que en todas las fábulas sale el mago; nadie ha leído nunca que haya regresado por la misma puerta. Si se abre hacia dentro, hay infinitas puertas, todas parecidas a escotillones: no hay horizontes visibles, ni líneas aéreas, ni ríos, ni mapas, ni boletos. Cada *couche* es un alto por la noche solamente, ya sea de cinco minutos o de diez mil años. Las puertas no tienen picaportes y nunca se desgastan. Lo más importante que hay que observar: no hay fin a la vista. Todos esos altos por la noche, por decirlo así, son como exploraciones abortivas de un mito. Puede uno ir a tientas, orientarse, observar fenómenos pasajeros; hasta podemos sentirnos en casa. Pero no hay modo de echar raíces. En el preciso momento en que empieza uno a sentirse «establecido», se hunde todo el terreno, el suelo bajo los pies va a la deriva, las constelaciones se sueltan de sus amarras, todo el universo conocido, incluido el yo imperecedero, empieza a moverse silencioso, ominosa, estremecedoramente sereno y despreocupado, hacia un destino desconocido e invisible. Todas las puertas parecen abrirse a la vez; la presión es tan grande, que se produce una implosión y, en la rápida zambullida, el esqueleto estalla en pedazos. Un hundimiento gigantesco semejante debió de ser el que Dante experimentó, cuando se sintió en el Infierno; no era un fondo lo que tocó, sino un núcleo, un centro inerte desde el que se computa el propio tiempo. Ahí comienza la comedia, pues ahí es donde se ve que es divina.

Todo esto es para decir que al pasar una noche por la puerta giratoria del baile Amarillo hace unos doce o catorce años, se produjo el gran acontecimiento. El interludio que imagino como el País de la Jodienda, un dominio en el tiempo más que en el espacio, es para mí el equivalente de ese Purgatorio que Dante ha descrito con todo detalle. Al poner la mano en la barandilla metálica de la puerta giratoria del baile Amarillo, todo lo que yo había sido antes, era, y había de ser, se desplomó. No había nada de irreal en ello; el propio momento en que nací se esfumó, arrastrado por una corriente más potente. Así como antes me habían expulsado de la matriz como un bulto, así también me desviaban ahora de nuevo hacia un vector intemporal donde el proceso de crecimiento se mantiene en suspenso. Pasé al mundo de los efectos. No había miedo, sólo una sensación de fatalidad. Mi espina dorsal estaba enchufada al tumor; me hallaba contra el cóccix de un nuevo mundo implacable. En la zambullida el esqueleto voló en pedazos, dejando al yo inmutable tan desamparado como un piojo aplastado.

Si desde este punto no empiezo, es porque no hay comienzo. Si no vuelo al instante a la tierra radiante, es porque las alas no sirven para nada. Es la hora cero y la luna está en el nadir.

No sé por qué pienso en Maxie Schnadig, a no ser que sea a causa de Dostoyevski. La noche que me senté a leer a Dostoyevski por primera vez fue un acontecimiento de la mayor importancia en mi vida, más importante incluso que mi primer amor. Fue el primer acto deliberado, consciente, que tuvo sentido para mí; cambió la faz del mundo por completo. Ya no sé si es verdad que el reloj se paró en aquel momento, cuando alcé la vista después del primer trago intenso. Fue mi primer vislumbre del alma del hombre. ¿O debería decir que Dostoyevski fue el primer hombre que me reveló su alma? Quizás hubiera sido yo ya un poco raro antes, sin darme cuenta, pero desde el momento en que me sumergí en Dostoyevski fui clara e irrevocablemente

Librodot

raro y me sentí satisfecho de serlo. El mundo ordinario, despierto, cotidiano había acabado para mí. También murió cualquier ambición o deseo de escribir que tuviera, y por mucho tiempo.

Era como los hombres que han estado mucho tiempo en las trincheras, demasiado tiempo bajo el fuego. El sufrimiento humano ordinario, la envidia humana ordinaria, las ambiciones humanas ordinarias... eran mierda para mí.

Concibo mejor mi estado, cuando pienso en mis relaciones con Maxie y su hermana Rita. En aquella época a Maxie y a mí nos interesaba el deporte. Solíamos ir a nadar juntos con mucha frecuencia, eso lo recuerdo muy bien. Muchas veces pasábamos todo el día y toda la noche en la playa. Sólo había visto a la hermana de Maxie una o dos veces; siempre que mencionaba su nombre, Maxie se ponía a hablar precipitadamente de otra cosa. Aquello me fastidiaba porque la compañía de Maxie me aburría mortalmente, y sólo lo soportaba porque me prestaba dinero de buen grado y me compraba cosas que necesitaba. Siempre que salíamos para la playa, yo abrigaba la esperanza de que apareciera su hermana inesperadamente. Pero no, siempre se las arreglaba para mantenerla fuera de mi alcance. Pues, bien, un día, mientras nos desnudábamos en la caseta y me enseñaba el escroto duro y apretado que tenía, le dije de improviso: «Oye, Maxie, están muy bien tus pelotas, son cosa fina, y no tienes por qué preocuparte de ellas, pero, ¿dónde cojones está Rita todo el tiempo? ¿Por qué no te la traes alguna vez y me dejas echarle un vistazo al beo...? sí, al *beo,* ya sabes a qué me refiero.» Como Maxie era judío de Odesa, no había oído nunca antes la palabra beo. Mis palabras lo escandalizaron profundamente, y, aun así, se sintió intrigado también por aquella palabra nueva. Me respondió, como aturdido: «Henry, por Dios, ¡no deberías decirme una cosa así!» «¿Por qué no?», contesté. «Tiene coño, tu hermana, ¿o no?» Estaba a punto de añadir algo más, cuando le dio un tremendo ataque de risa. Eso salvó la situación, por el momento. Pero, en el fondo, a Maxie no le hizo gracia la idea. Durante todo el día estuvo preocupado, aunque en ningún momento volvió a referirse a nuestra conversación. No, estuvo muy calladito aquel día. La única forma de venganza que se le ocurrió fue incitarme a que fuera nadando más allá de la zona de seguridad con la esperanza de que quedara agotado y me ahogase. Veía con tanta claridad lo que le pasaba por la cabeza, que me sentía poseído por la fuerza de diez hombres. En seguidita me iba a ahogar simplemente porque diera la casualidad de que su hermana, como todas las mujeres, tenía un coño.

Aquello sucedió en Far Rockaway. Después de habernos vestido y haber comido, decidí de repente que quería quedarme solo, de modo que, muy bruscamente, en una esquina le di la mano y le dije adiós. ¡Y ahí me quedé! Casi instantáneamente me sentí solo en el mundo, solo como sólo se siente uno en momentos de extrema angustia. Creo que estaba mondándome los dientes distraídamente, cuando esa ola de soledad me acertó de lleno, como un tornado. Me quedé allí, en la esquina de la calle, y me palpé todo el cuerpo para ver si había recibido algún golpe. Era inexplicable, y al mismo tiempo maravilloso, muy estimulante, como un tónico doble, podríamos decir. Cuando digo que estaba en Far Rockaway, quiero decir que estaba parado en el fin de la tierra, en un lugar llamado Xanthos, si es que existe un lugar así, y desde luego tendría que existir una palabra así para referirse a ningún lugar. Si hubiera aparecido Rita en aquel momento, no creo que la

Librodot

hubiese reconocido. Me había convertido en un absoluto extranjero en medio de mis compatriotas. Me parecían locos, mis compatriotas, con sus caras recién bronceadas y sus pantalones de franela y las medias perfectas. Habían estado bañándose como yo porque era un esparcimiento agradable y saludable y ahora, como yo, estaban llenos de sol y de comida y un poco agobiados por el cansancio. Hasta que se apoderó de mí aquella soledad, yo también estaba un poco cansado, pero de repente, parado allí y completamente aislado del mundo, me desperté sobresaltado. Quedé tan electrizado, que no me atrevía a moverme por miedo a que fuera a cargar como un toro o a que me pusiese a subir por la pared de un edificio o a bailar y a gritar. De pronto comprendí que todo aquello se debía a que yo era realmente un hermano de Dostoyevski, a que quizá fuera yo el único hombre en América que sabía lo que quiso decir al escribir esos libros. No sólo eso, sino que, además, sentí germinar en mi interior todos los libros que un día escribiría, a mi vez: me reventaban dentro como capullos de gusanos de seda maduros. Y como hasta entonces no había escrito otra cosa que cartas endiabladamente largas sobre todo y sobre nada, me resultaba difícil darme cuenta de que llegaría un momento en que empezaría, cuando escribiera la primera palabra, *la primera palabra real.* ¡Y ese momento había llegado! Eso fue lo que empecé a comprender.

Hace un momento he usado la palabra Xanthos. No sé si existe un Xanthos o no, y la verdad es que lo mismo me da una cosa que la otra, pero tiene que haber un lugar en el mundo, quizás en las islas griegas, donde llegues al fin del mundo conocido y estés completamente solo y, sin embargo, no te sientas asustado, sino que te alegres, porque en ese lugar de trasbordo puedes sentir el antiguo mundo ancestral que es eternamente joven y nuevo y fecundante. Estás ahí, cualquiera que sea el lugar, como un pollito junto al cascarón del que acaba de salir. Ese lugar es Xanthos, o, como ocurrió en mi caso, Far Rockaway.

¡Allí estaba yo! Oscureció, se levantó viento, las calles quedaron desiertas, y, por último empezó a llover a cántaros. ¡La hostia! ¡Aquello sí que me mató! Cuando cayó la lluvia, y la recibí de lleno en la cara mirando al cielo, de repente empecé a gritar de júbilo. Reí y reí y reí, exactamente como un demente. Y no sabía de qué me reía. No pensaba en nada. Sencillamente, sentía una alegría irresistible, me volvía loco de placer al descubrir que estaba absolutamente solo. Si en aquel momento y lugar precisos me hubieran ofrecido un agradable y sabroso beo en una bandeja, si me hubiesen ofrecido todos los beos del mundo para que escogiera, no habría pestañeado. Tenía lo que ningún beo podía darme. Y justo en ese momento, completamente empapado pero todavía exultante, pensé en la cosa que menos venía a cuento... *¡el billete de vuelta!* ¡Hostias! El cabrón de Maxie se había marchado sin dejarme un céntimo. Allí me teníais con un bonito y floreciente mundo antiguo y sin un céntimo en el bolsillo. Herr Dostoyevski el Joven tuvo que ponerse a andar por aquí y por allá escrutando los rostros amigables y los hostiles para ver si conseguía sacar a alguien unas monedas. Recorrió Far Rockaway de cabo a rabo pero a todo el mundo parecía importarle tres cojones que estuviera en plena lluvia y sin billete de vuelta. Andando por ahí con ese estupor y abatimiento animal que produce mendigar, me puse a pensar en Maxie, el escaparatista, y en que la primera vez que lo vi estaba en el escaparate vistiendo un maniquí. Y de eso, en unos minutos, a Dostoyevski, y después el mundo se detuvo en seco, y luego,

Librodot

como un gran rosal que se abre de noche, la cálida, aterciopelada carne de su hermana Rita.

Y ahora viene algo bastante extraño... Unos minutos después de pensar en Rita, en su íntimo y extraordinario beo, estaba en el tren con destino a Nueva York y dormitando con una maravillosa y lánguida erección. Y, lo que es más extraño, cuando bajé del tren, cuando me había alejado una o dos manzanas de la estación, mira por dónde, voy y me tropiezo precisamente con Rita. Y, como si hubiese recibido información telepática de lo que me pasaba por la cabeza, también Rita estaba caliente de cintura para abajo. Poco después estábamos en un restaurante chino, sentados uno junto al otro en un pequeño reservado, comportándonos exactamente como un par de conejos en celo. En la pista de baile apenas nos movíamos. Estábamos apretados y así nos quedamos, dejando que nos empujaran y nos diesen codazos, como quisieran. Podría haberla llevado a mi casa, pues en aquella época estaba solo, pero no, tenía ganas de llevarla a su casa, y allí de pie, en el vestíbulo, echarle un polvo en las narices de Maxie... cosa que hice. En pleno tracatrá, volví a pensar en el maniquí del escaparate y en el modo como se había reído aquella tarde, cuando dejé caer la palabra beo. Estaba a punto de soltar una carcajada, cuando de repente sentí que se corría, uno de esos orgasmos largos, prolongados, como los que de vez en cuando le sacas a una gachí judía. Tenía las manos bajo su culo, con las puntas de los dedos dentro del coño, en el forro, por decirlo así; cuando empezó a estremecerse, la levanté del suelo y la subí y bajé suavemente en la punta de la picha. Creí que iba a perder el juicio completamente, por la forma como aceleró. Debió de tener cuatro o cinco orgasmos así en el aire, antes de que la pusiera de pie en el suelo. Me la saqué sin derramar una gota y la hice tumbarse en el vestíbulo. Su sombrero había rodado a un rincón y el bolso se había abierto y habían salido algunas monedas. Cito este detalle porque, antes de cepillármela como Dios manda, tomé nota mentalmente para no olvidar embolsarme unas monedas para el billete de vuelta a casa. El caso es que hacía sólo unas horas que había dicho a Maxie en la caseta que me gustaría echar un vistazo al beo de su hermana, y ahí lo tenía ahora a huevo delante de mí, empapado y echando un chorrito tras otro. Si se la habían follado antes, no lo habían hecho como Dios manda, eso desde luego. Y, por mi parte, nunca me había sentido en un estado de ánimo tan excelente, tranquilo, sereno, científico, como entonces tumbado en el suelo del vestíbulo delante de las narices de Maxie, mojando el churro en el íntimo, sagrado y extraordinario beo de su hermana Rita. Habría podido contenerme indefinidamente: era increíble lo indiferente que me sentía y, aun así, completamente consciente de cada sacudida y vibración de ella. Pero alguien tenía que pagar por haberme hecho andar bajo la lluvia en busca de una moneda. Alguien tenía que pagar el éxtasis producido por la germinación de todos esos libros no escritos que había dentro de mí. Alguien tenía que comprobar la autenticidad de aquel coño íntimo, escondido, que había estado atormentándome durante semanas y meses. ¿Quién más apto que yo? Pensé tan intensa y rápidamente entre los orgasmos, que la picha debió de crecerme unos centímetros más. Por fin, decidí acabar volviéndola y dándole por culo. Se resistió un poco al principio, pero cuando sintió que la sacaba, casi se volvió loca. «¡Oh, sí! ¡Sí, sí! ¡Hazlo, hazlo!», balbució, y eso me excitó realmente; apenas se la había metido, cuando sentí que venía, uno de esos largos y angustiosos chorros procedentes de la punta de la columna

vertebral. Se la metí tan adentro, que sentí como si algo hubiese cedido. Caímos uno sobre el otro, exhaustos, jadeando como perros. Sin embargo, al mismo tiempo tuve presencia de ánimo para buscar a tientas unas monedas. No es que fuera necesario, pues ya me había prestado unos dólares: era para compensar la falta del billete de vuelta en Far Rockaway. Joder, ni siquiera entonces acabó ahí la cosa. No tardé en sentirla tantear primero con las manos y luego con la boca. Todavía tenía yo una especie de semierección. Se la metió en la boca y empezó a acariciarla con la lengua. Vi el cielo. Cuando me quise dar cuenta, tenía el cuello entre sus piernas y la lengua recorriéndole el chocho. Y después tuve que subirme encima de ella otra vez y metérsela hasta las cachas. Se retorcía como una anguila, ¡palabra! Y después empezó a correrse otra vez, orgasmos prolongados, angustiosos, con unos gimoteos y balbuceos alucinantes. Al final, tuve que sacarla y decirle que parara. ¡Vaya un beo! ¡Y yo que sólo había pedido echarle un vistazo !

Maxie, con sus historias de Odesa, revivía algo que yo había perdido de niño. Aunque nunca tuve una imagen muy clara de Odesa, su aura era como el pequeño barrio de Brooklin que significó tanto para mí y del que me habían arrancado demasiado pronto. Es una sensación que tengo claramente siempre que veo una pintura italiana sin perspectiva: si es una representación de una procesión funeraria, por ejemplo, es exactamente la clase de experiencia que conocí de niño, una experiencia de intensa inmediatez. Si se trata de la representación de una calle, las mujeres sentadas en las ventanas están sentadas *en* la calle y no encima ni fuera de ella. Todo lo que sucede es conocido inmediatamente por todo el mundo, exactamente como entre los pueblos primitivos. El asesinato está en el aire, el azar es el que rige todo.

Así como en los primitivos italianos falta esa perspectiva, así también en el pequeño y antiguo barrio del que me desarraigaron de niño había esos planos verticales paralelos en los que todo sucedía y a través de los cuales, de una capa a otra, se comunicaba todo, como por ósmosis. Las fronteras eran nítidas, estaban claramente marcadas, pero no eran infranqueables. Entonces, de niño, vivía cerca del límite entre la zona norte y la zona sur. Nuestro barrio estaba un poco más al norte, a pocos pasos de una ancha avenida llamada North Second Street, que era para mí la auténtica línea divisoria entre el norte y el sur. El límite real era Grand Street, que conducía a Broadway Ferry, pero esta calle no significaba nada para mí, excepto que estaba empezando ya a llenarse de judíos. No, North Second Street era la calle del misterio, la frontera entre dos mundos. Así, pues, vivía entre dos límites, uno real, el otro imaginario: como he vivido toda mi vida. Había una callecita que sólo tenía una manzana de larga y que quedaba entre Grand Street y North Second Street, llamada Fillmore Place. Esa callecita salía en diagonal frente a la casa en que vivía mi abuelo y que era de su propiedad. Era la calle más fascinante que he visto en mi vida. Era la calle ideal: para un niño, un amante, un maníaco, un borracho, un estafador, un libertino, un ladrón, un astrónomo, un músico, un poeta, un sastre, un zapatero, un político. De hecho, ésa era la calle que era, habitada por semejantes representantes de la raza humana, cada uno de ellos un mundo en sí mismo y todos viviendo juntos armoniosa e inarmoniosamente, pero *¡untos,* una corporación sólida, una espora humana compactamente trabada que no podía desintegrarse sin que se desintegrara la propia calle.

Así parecía al menos. Hasta que no abrieron el puente de

Librodot

Williamsburg, a lo que siguió la invasión de los judíos de Delancey Street, Nueva York. Eso produjo la desintegración de nuestro pequeño mundo, de la callecita llamada Fillmore Place, que, como el nombre indicaba, era una calle de valor, de dignidad, de luz, de sorpresas. Llegaron los judíos, como digo, y como polillas empezaron a devorar la trama de nuestras vidas hasta que esa presencia parecida a la de las polillas que llevaban consigo a todas partes no dejó nada intacto. Pronto la calle empezó a oler mal, pronto la población auténtica se cambió de barrio, pronto las casas empezaron a deteriorarse, y hasta las escaleras de los porches fueron cayéndose poco a poco como la pintura. Pronto la calle parecía una boca sucia en la que faltaban todos los dientes de delante y con feos raigones ennegrecidos asomando aquí y allá, con los labios podridos y sin paladar. Pronto la basura llegaba a las rodillas en el arroyo y las escaleras de emergencia estaban llenas de ropa de cama hinchada, de cucarachas, de sangre seca. Pronto apareció el rótulo *kosher* en los escaparates y por todas partes había aves de corral, pepinillos flojos y agrios y enormes hogazas de pan. Pronto hubo coches de niño en todas las puertas y en los porches y delante de las tiendas. Y con el cambio desapareció también la lengua inglesa; no se oía otra cosa que yiddish, sólo esa lengua farfullante, asfixiante, chirriante en que Dios y las verduras podridas suenan igual y significan lo mismo.

Fuimos una de la primeras familias que se cambiaron de barrio ante la invasión. Dos o tres veces al año volvía al antiguo barrio, por un cumpleaños o por Navidad o por el Día de Acción de Gracias. En cada visita notaba la pérdida de algo que había amado y apreciado. Era como una pesadilla. Iba de mal en peor. La casa en que todavía vivían mis parientes era como una antigua fortaleza que amenazaba ruina; estaban aislados en una de las alas de la fortaleza, llevando una vida solitaria, propia de una isla, y empezaban a parecer, a su vez, pusilánimes, acosados, degradados. Incluso empezaron a hacer distinciones entre sus vecinos judíos, pues algunos de ellos les parecían muy humanos, muy decentes, limpios, amables, comprensivos, caritativos, etc. Para mí eso era desconsolador. Habría podido coger una ametralladora y abatir al barrio entero, judíos y gentiles por igual.

Por la época de la invasión fue cuando las autoridades decidieron cambiar el nombre de North Second Street por Metropolitan Avenue. Aquella avenida, que para los gentiles había sido el camino a los cementerios, se convirtió en lo que se llama una arteria de tráfico, un enlace entre dos ghettos. Por la zona de Nueva York el barrio ribereño estaba transformándose rápidamente con la erección de rascacielos. Por nuestra zona, la zona de Brooklin, se iban acumulando almacenes y por las cercanías de los puentes aparecían plazas, urinarios, salas de billar, papelerías, heladerías, restaurantes, tiendas de ropa, casas de empeño, etc. En resumen, todo estaba volviéndose *metropolitano,* en el odioso sentido de la palabra.

Mientras vivimos en el antiguo barrio, nunca hablamos de Metropolitan Avenue: siempre era North Second Street, a pesar del cambio oficial de nombre. Quizá fuera ocho o diez años después cuando me quedé parado un día de invierno en la esquina de la calle que da al río y noté por primera vez la gran torre del edificio de la Metropolitan Life Insurance, cuando comprendí que la North Second Street había dejado de existir. El límite imaginario de mi mundo había cambiado. Mi mirada llegaba ahora mucho más allá de los cementerios, mucho más allá de los ríos, mucho más

Librodot

allá de la ciudad de Nueva York o del estado de Nueva York, más allá de Estados Unidos, de hecho. En Point Loma, California, había contemplado el extenso Pacífico y había sentido algo que me hizo mantener el rostro permanentemente vuelto hacia otra dirección. Recuerdo que una noche regresé al antiguo barrio con mi viejo amigo Stanley, que acababa de volver del ejército, y caminamos por las calles tristes y nostálgicos. Un europeo apenas puede saber lo que es esa sensación. En Europa, hasta cuando una ciudad se moderniza, siguen existiendo vestigios del pasado. En América, aunque hay vestigios, se borran, desaparecen de la conciencia, quedan pisoteados, arrasados, anulados por lo nuevo. Lo nuevo es, de un día para otro, una polilla que devora la trama de la vida, dejando al final sólo un gran agujero. Stanley y yo íbamos caminando por ese agujero terrorífico. Ni siquiera una guerra produce esa clase de desolación y destrucción. Con la guerra una ciudad puede quedar reducida a cenizas y toda la población aniquilada, pero lo que vuelve a surgir se parece a lo viejo. La muerte es fecundante, tanto para el suelo como para el espíritu. En América la destrucción es completamente aniquiladora. No hay renacimiento, sólo un crecimiento canceroso, capa tras capa de tejido nuevo y ponzoñoso, cada una de ellas más fea que la anterior.

Íbamos caminando por aquel agujero enorme, como digo, y era una noche de invierno, clara, helada, rutilante, y, al pasar por la zona sur hacia la línea divisoria, saludamos a todas las antiguas reliquias o lugares donde habían estado las cosas en otro tiempo y donde en otro tiempo había habido algo de nosotros. Y cuando nos acercábamos a North Second Street, entre Fillmore Place y North Second Street —una distancia de sólo unos metros y, aun así, una zona del globo tan rica, tan plena—, me detuve ante la casucha de la señora O'Melio y miré la casa donde había sabido lo que era tener un ser realmente. Todo había encogido hasta proporciones diminutas, incluso el mundo que quedaba más allá de la línea divisoria, el mundo que había sido tan misterioso para mí y tan espantosamente imponente, tan delimitado. Estando allí parado, en trance, recordé de repente un sueño que había tenido una y otra vez, que todavía sueño de vez en cuando y que espero soñar mientras viva. Como todos los sueños, lo extraordinario es la viveza de la realidad, el hecho de que *uno está en la realidad* y no soñando. Al otro lado de la línea, soy un desconocido y estoy absolutamente solo. Hasta la lengua ha cambiado. De hecho, siempre me consideran un extraño, un extranjero. Dispongo de tiempo ilimitado y me siento encantado de deambular por las calles. La verdad es que sólo hay *una* calle: la prolongación de la calle en que vivía. Por fin, llego a un puente de hierro por encima de los terrenos del ferrocarril. Siempre es al anochecer, cuando llego al puente, a pesar de que está a poca distancia de la línea divisoria. Allí miro hacia abajo, hacia los raíles enmarañados, los vigilantes, los cobertizos de mercancías, y, al contemplar ese enjambre de extrañas sustancias en movimiento, se produce un proceso de metamorfosis, *exactamente como en un sueño.* Con la transformación y la deformación, me doy cuenta de que ése es el antiguo sueño que he tenido muchas veces. Siento un miedo cerval a despertar, y en realidad sé que voy a despertar en seguida, en el momento preciso en que esté a punto de entrar en la casa que contiene algo de la mayor importancia para mí. Justo cuando me dirijo hacia esa casa, el solar en que me encuentro empieza a desdibujarse en los extremos, a desvanecerse, a desaparecer. El espacio se enrolla sobre mí como una

Librodot

alfombra y me traga, y, naturalmente, la casa en la que nunca consigo entrar.

No hay absolutamente ninguna transición desde este sueño, el más agradable que conozco, hasta el meollo de un libro llamado *La evolución creadora.* En este libro de Henri Bergson, al que llegué con la misma naturalidad que al sueño de la tierra de más allá del límite, vuelvo a estar completamente solo, vuelvo a ser un extranjero, un hombre de edad indeterminada parado ante una puerta de hierro observando una metamorfosis singular por dentro y por fuera. Si este libro no hubiera caído en mis manos en el momento en que lo hizo, quizá me habría vuelto loco. Llegó en un momento en que otro mundo enorme se estaba desmoronando en mis manos. Aunque no hubiese entendido una sola cosa de las escritas en este libro, aunque sólo hubiera preservado el recuerdo de una palabra, *creadoras,* habría sido suficiente. Esta palabra era mi talismán. Con ella podía desafiar al mundo entero, y sobre todo a mis amigos.

Hay ocasiones en que tiene uno que romper con sus amigo» para entender el significado de la amistad. Puede parecer extraña, pero el descubrimiento de este libro equivalió al descubrimiento de una nueva arma, un instrumento, con el que podía cercenar a todos los amigos que me rodeaban y que ya no significaban nada para mí. Este libro se convirtió en mi amigo porque me enseñó que no tenía necesidad de amigos. Me infundió valor para permanecer solo, me permitió apreciar la soledad. Nunca he entendido el libro; a veces pensaba que estaba a punto de entender, pero nunca llegué a hacerlo verdaderamente. Para mí era más importante no entender. Con este libro en las manos, leyendo en voz alta a los amigos, llegué a entender claramente que no tenía amigos, que estaba solo en el mundo. Porque, al no entender el significado de las palabras, ni yo ni mis amigos, una cosa quedó muy clara y fue que había formas diferentes de no entender y que la diferencia entre la incomprensión de un individuo y la de otro creaba un mundo de tierra firme más sólido que las diferencias de comprensión. Todo lo que antes creía haber entendido se desmoronó e hice borrón y cuenta nueva. En cambio, mis amigos se atrincheraron muy sólidamente en el pequeño pozo de comprensión que se habían acabado para sí mismos. Murieron cómodamente en su camita de comprensión, para convertirse en ciudadanos útiles del mundo. Los compadecí, y muy pronto los abandoné uno a uno sin el menor pesar.

Entonces, ¿qué es lo que había en ese libro que podía significar tanto para mí y, aun así, parecer oscuro? Vuelvo a la palabra *creadora.* Estoy seguro de que todo el misterio radica en la comprensión del significado de esta palabra. Cuando pienso ahora en el libro, y en la forma como lo abordé, pienso en un hombre que pasa por ritos de iniciación. La desorientación y reorientación que acompaña a la iniciación en cualquier misterio es la experiencia más maravillosa que se pueda vivir. Todo lo que el cerebro ha trabajado durante toda una vida para asimilar, clasificar y sintetizar tiene que descomponerse y volver a ordenarse. ¡Día conmovedor para el alma! Y, naturalmente, eso se desarrolla, no durante un día, sino durante semanas y meses. Te encuentras por casualidad a un amigo en la calle, a un amigo que no has visto durante varias semanas, y se ha vuelto un absoluto extraño para ti. Le haces señas desde tu nueva posición elevada y, si no las comprende, pasas de largo... *para siempre.* Es exactamente como limpiar de enemigos el campo de batalla: a todos los que están fuera de combate los

rematas con un rápido mazazo. Sigues adelante, hacia nuevos campos de batalla, hacia nuevos triunfos o derrotas. Pero, ¡sigues! Y, a medida que avanzas, el mundo avanza contigo, con espantosa exactitud. Buscas nuevos campos de operaciones, nuevos especímenes de la raza humana a quienes instruyes pacientemente y dotas de nuevos símbolos. A veces escoges a aquellos a quienes antes no habías mirado. Pruebas a todos y todo lo que queda a tu alcance, con tal de que ignoren la revelación.

Así fue como me encontré sentado en el cuarto de remiendos del establecimiento de mi padre, leyendo en voz alta a los judíos que allí trabajaban. Leyéndoles esa nueva Biblia al modo como Pablo debió de hablar a los discípulos. Con la desventaja adicional, desde luego, de que aquellos pobres diablos judíos no sabían leer en inglés. Principalmente me dirigía a Bunchek el cortador, que tenía inteligencia de rabino. Abría el libro, escogía un pasaje al azar y se lo leía traduciéndolo a un inglés casi tan primitivo como el pidgin. Después intentaba explicárselo, escogiendo como ejemplo y analogía las cosas con las que estaban familiarizados. Me asombraba lo bien que entendían, cuánto mejor entendían, pongamos por caso, que un profesor universitario o un literato o un hombre instruido. Naturalmente, lo que entendían no tenía nada que ver, a fin de cuentas, con el libro de Bergson, en cuanto libro, pero, ¿acaso no era ésa la intención de semejante libro? A mi entender, el significado de un libro radica en que el propio libro desaparezca de la vista, en que se lo mastique vivo, se lo digiera e incorpore al organismo como carne y sangre que, a su vez crean nuevo espíritu y dan nueva forma al mundo. La lectura de ese libro era una gran fiesta de comunión que compartíamos, y el rasgo más destacado era el capítulo sobre el Desorden que, por haberme penetrado hasta los tuétanos, me ha dotado con un sentido del orden tan maravilloso, que, si de repente un cometa se estrellara contra la tierra y sacase todo de su sitio, dejara todo patas arriba, volviese todo del revés, podría orientarme en el nuevo orden en un abrir y cerrar de ojos. Tengo tan poco miedo al desorden como a la muerte y no me hago ilusiones con respecto a ninguno de los dos. El laberinto es mi terreno de caza idóneo y cuanto más profundamente excavo en la confusión, mejor me oriento.

Con *La evolución creadora* bajo el brazo, tomo el metro elevado en el Puente de Brooklin después del trabajo e inicio el viaje de regreso al cementerio. A veces entro en la estación de Delancey Street, en pleno corazón del ghetto, después de una larga caminata por las calles atestadas de gente. Entro al metro elevado por la vía subterránea, como un gusano que se ve empujado por los intestinos. Cada vez que ocupo mi lugar entre la multitud que se arremolina por el andén, sé que soy el individuo más excepcional ahí abajo. Contemplo todo lo que está ocurriendo a mi alrededor como un espectador de otro planeta. Mi lenguaje, mi mundo, los llevo bajo el brazo. Soy el guardián de un gran secreto; si abriera la boca y hablase, paralizaría el tráfico. Lo que puedo decir, y lo que me callo cada noche de mi vida en ese viaje de ida *y* vuelta a la oficina es dinamita pura. Todavía no estoy preparado para lanzar mi cartucho de dinamita. Lo mordisqueo meditativa, reflexiva, persuasivamente. Cinco años más, diez años más quizás, y aniquilaré a esta gente totalmente. Si el tren, al tomar una curva, da un violento bandazo, me digo para mis adentros: *«¡Muy bien!¡Descarrrila! ¡Aniquílalos!»* Nunca pienso que yo corra peligro, si el tren descarrila. Vamos apretujados como sardinas y toda la carne caliente apretada contra mí

Librodot

distrae mis pensamientos. Me doy cuenta de que tengo las piernas envueltas en las de otra persona. Miro a la chica que está sentada frente a mí, le miro a los ojos directamente, y aprieto las rodillas con más fuerza en sus entrepiernas. Se pone incómoda, se agita en su asiento, y, por fin, se dirige a la chica que va a su lado y se queja de que la estoy molestando. La gente de alrededor me mira con hostilidad. Miro por la ventana como si tal cosa y hago como si no hubiera oído nada. Aunque quisiera retirar las piernas, no puedo. Sin embargo, la chica, poco a poco, empujando y retorciéndose violentamente, consigue desenredar sus piernas de las mías. Me encuentro casi en la misma situación con la chica que está a su lado, aquella a la que dirigía sus quejas. Casi al instante siento un contacto comprensivo y después, para mi sorpresa, le oigo decir a la otra chica que son cosas que no se pueden evitar, que la culpa no es de ese hombre, sino de la compañía por llevarnos apiñados como corderos. Y vuelvo a sentir el estremecimiento de sus piernas contra las mías, una presión cálida, humana, como cuando le estrechan a uno la mano. Con la mano libre me las arreglo para abrir el libro. Mi propósito es doble: primero, quiero que vea qué clase de libro leo; segundo, quiero poder continuar con nuestra comunicación de las piernas sin llamar la atención. Da excelente resultado. Cuando el vagón se vacía un poco, consigo sentarme a su lado y conversar con ella... sobre el libro, naturalmente. Es una judía voluptuosa con enormes ojos claros y la franqueza que da la sensualidad. Cuando llega el momento de salir, caminamos del brazo por las calles, hacia su casa. Estoy casi en los límites del antiguo barrio. Todo me es familiar y, sin embargo, repulsivamente extraño. Hace años que no he paseado por estas calles y ahora voy caminando con una muchacha judía del *ghetto,* una muchacha bonita con marcado acento judío. Parezco fuera de lugar caminando a su lado. Noto que la gente se vuelve a mirarnos. Soy el intruso, el *goi* que ha venido al barrio a ligarse a una gachí que está muy rica y que traga. En cambio, ella parece orgullosa de su conquista; va fardando conmigo ante sus amigas. ¡Mirad el ligue que me he echado en el metro! ¡Un *goi* instruido, refinado! Casi oigo sus pensamientos. Mientras caminamos despacio, voy estudiando el cariz de la situación, todos los detalles prácticos que decidirán si quedaré con ella para después de cenar o no. Ni pensar en invitarla a cenar. La cuestión es a qué hora y dónde encontrarnos y cómo haremos, porque, según me informa antes de llegar al portal, está casada con un viajante de comercio y tiene que andarse con ojo. Quedo en volver y encontrarme con ella en la esquina frente a la pastelería a cierta hora. Si quiero traer a un amigo, ella traerá a una amiga. No, decido verla sola. Quedamos en eso. Me estrecha la mano y sale corriendo por un corredor sucio. Salgo pitando hacia la estación y me apresuro a volver a casa para engullir la comida.

Es una noche de verano y todo está abierto de par en par. Al volver en el metro a buscarla, todo el pasado desfila caleidoscópicamente. Esta vez he dejado el libro en casa. Ahora vuelvo a buscar a una gachí y no pienso en el libro. Vuelvo a estar a este lado del límite, y a cada estación que pasa volando mi mundo se va volviendo cada vez más diminuto. Para cuando llego a mi destino, soy casi un niño. Soy un niño horrorizado por la metamorfosis que se ha producido. ¿Qué me ha pasado, a mí, un hombre del distrito 14, para bajar en esta estación en busca de una gachí judía? Supongamos que le eche un polvo efectivamente; bueno, ¿y qué? ¿Qué tengo que decir a una chica así? ¿Qué es un polvo, cuando lo que busco es amor? Sí, de repente

Librodot

cae sobre mí como un tornado... Una, la muchacha que amé, la muchacha que vivía aquí, en este barrio, Una de ojos azules y pelo rubio, Una que me hacía temblar sólo de mirarla, Una a quien temía besar o tocarle la mano siquiera. *¿Dónde está Una?* Sí, de pronto ésa es la pregunta candente: *¿Dónde está Una?* Al cabo de dos segundos me siento completamente desalentado, completamente perdido, desolado, presa de la angustia y la desesperación más horribles. ¿Cómo pude dejarla marchar? ¿Por qué? ¿Qué ocurrió? *¿Cuándo* ocurrió? Pensé en ella como un maníaco noche y día, año tras año, y después, sin advertirlo siquiera, va y desaparece de mi mente, así como así, como una moneda que se te cae por un agujero del bolsillo. Increíble, monstruoso, demencial. Pero, bueno, si lo único que tenía que hacer era pedirle que se casara conmigo, pedir su mano... y nada más. Si lo hubiera hecho, ella habría dicho que sí inmediatamente. Me amaba, me amaba desesperadamente. Pues, claro, ahora lo recuerdo, recuerdo cómo me miraba la última vez que nos encontramos. Me estaba despidiendo porque salía aquella noche para California, dejando a todos para iniciar una nueva vida. Y en ningún momento tuve intención de hacer una nueva vida. Tenía intención de pedirle que se casara conmigo, pero la historia que había concebido como un bobo salió de mis labios con tanta naturalidad, que hasta yo me la creí, así que dije adiós y me marché, y ella se quedó allí mirándome y sentí que su mirada me atravesaba de parte a parte. La oí lamentarse por dentro, pero seguí caminando como un autómata y al final doblé la esquina y se acabó todo. ¡Adiós! Así como así. Como en estado de coma.

Y lo que quería decir era: *¡Ven a mí! ¡Ven a mí porque no puedo seguir viviendo sin ti!*

Me siento tan débil, tan inseguro, que apenas puedo subir las escaleras del metro. Ahora sé lo que ha ocurrido: ¡he cruzado la línea divisoria! Esta Biblia que he llevado conmigo es para instruirme, para iniciarme a una nueva forma de vida. El mundo que conocí ya no existe, está muerto y acabado, eliminado.

Y todo lo que yo era ha quedado eliminado con él. Soy un cadáver que recibe una inyección de nueva vida. Estoy radiante y resplandeciente, entusiasmado con nuevos descubrimientos, pero el centro todavía es de plomo, es escoria. Me echo a llorar... ahí mismo en las escaleras del metro. Sollozo en alto, como un niño. Ahora caigo en la cuenta con toda claridad: *¡estás solo en el mundo!* Estás solo... solo... solo. Es penoso estar solo... penoso, penoso, penoso, penoso. No tiene fin, es insondable, y es el destino de todos los hombres en la tierra, pero sobre todo el mío. Otra vez la metamorfosis. Todo vuelve a tambalearse y a amenazar ruina. Vuelvo a estar en el sueño, el doloroso, delirante, placentero, enloquecedor sueño de más allá del límite. Me encuentro en el centro del solar vacío, pero no veo mi casa. No tengo casa. El sueño era un espejismo. Nunca hubo una casa en medio del solar vacío. Por eso es por lo que nunca pude entrar en ella. Mi casa no está en este mundo, ni en el siguiente. Soy un hombre sin casa, sin amigo, sin esposa. Soy un monstruo que pertenece a una realidad que todavía no existe. Ah, pero sí existe, existirá, estoy seguro de ello. Ahora camino rápidamente, con la cabeza gacha, musitando para mis adentros. Me he olvidado de la cita tan completamente, que ni siquiera advertí si pasé delante de ella o no. Probablemente así fuera. Probablemente la miré a la cara y no la reconocí. Probablemente tampoco ella me reconociese. Estoy

Librodot

loco, loco de dolor, loco de angustia. Estoy desesperado. Pero no estoy perdido. No, *hay* una realidad a la que pertenezco. Está lejos, muy lejos. Puedo caminar desde ahora hasta el día del juicio con la cabeza gacha sin encontrarla nunca. Pero está allí, estoy seguro de ello. Miro a la gente con expresión asesina. Si pudiera tirar una bomba y hacer saltar todo el barrio en pedazos, lo haría. Me sentiría feliz viéndolos volar por el aire, mutilados, dando alaridos, despedazados, aniquilados. Quiero aniquilar la tierra entera. No formo parte de ella. Es una locura del principio al fin. Todo el tinglado. Es un enorme trozo de queso rancio con gusanos que lo pudren por dentro. ¡A tomar por culo! ¡Vuélalo en pedazos! Mata, mata, mata: mátalos a todos, judíos y gentiles, jóvenes y viejos, buenos y malos...

Me vuelvo ligero, ligero como una pluma, y mi paso se vuelve más firme, más tranquilo, más regular. ¡Qué noche más bella! Las estrellas brillan tan clara, serena, remotamente. No se burlan de mí precisamente, sino que me recuerdan la fatalidad de todo. ¿ Quién eres tú, muchacho, para hablar de la tierra, de hacer volar las cosas en pedazos? Muchacho, nosotras hemos estado suspendidas aquí millones y billones de años. Lo hemos visto todo, todo, y, aun así, brillamos apacibles cada noche, iluminamos el camino, apaciguamos el corazón. Mira a tu alrededor, muchacho, mira lo apacible y hermoso que es todo. Mira, hasta la basura que yace en el arroyo parece bella a esta luz. Coge la hojita de col, sostenla suavemente en la mano. Me inclino y recojo la hoja de col que yace en el arroyo. Me parece absolutamente nueva, todo un universo en sí misma. Rompo un trocho y lo examino. Sigue siendo un universo. Sigue siendo inefablemente bella y misteriosa. Casi siento vergüenza de volver a arrojarla al arroyo. Me inclino y la deposito suavemente junto a los demás desperdicios. Me quedo muy pensativo, muy, pero que muy tranquilo. Amo a todo el mundo. Sé que en algún lugar en este preciso momento hay una mujer esperándome y, con sólo que avance muy tranquila, muy suave, muy lentamente, llegaré hasta ella. Estará parada en una esquina quizás y, cuando aparezca, me reconocerá... inmediatamente. Así lo creo, ¡palabra! Creo que todo es justo y está prescrito. ¿Mi casa? Pues, el mundo... ¡el mundo entero! En todas partes estoy en casa, sólo que antes no lo sabía. Pero ahora lo sé. Ya no hay línea divisoria. Nunca hubo una línea divisoria: fui yo quien la creó. Camino lenta y dichosamente por las calles. Las amadas calles. Por las que todo el mundo camina y sufre sin mostrarlo. Cuando me paro y me inclino hacia un farol para encender un cigarrillo, hasta el farol me parece un amigo. No es una cosa de hierro: es una creación de la mente humana, moldeada de determinada forma, torcida y formada por manos humanas, soplada por aliento humano, colocada por manos y pies humanos. Me vuelvo y paso la mano por la superficie de hierro. Casi parece hablarme. Es un farol humano. *Está donde corresponde,* como la hoja de col, como los calcetines rotos, como el colchón, como la pila de la cocina. Todo ocupa determinado lugar de determinado modo, como nuestra mente está en relación con Dios. El mundo, en su sustancia visible, es un mapa de nuestro amor. No Dios, sino la *vida,* es amor. Amor, amor, amor. En su pleno centro camina este muchacho, yo mismo, que no es otro que Gottlieb Leberecht Müller.

¡Gottlieb Leberecht Müller! Así se llamaba un hombre que perdió su identidad. Nadie sabía decirle quién era, de dónde procedía o qué le había

ocurrido. En el cine, donde conocí a ese individuo, suponían que había tenido un accidente en la guerra. Pero, cuando me reconocí en la pantalla, sabiendo como sabía que nunca había estado en la guerra, comprendí que el autor se había inventado esa ficción para no exponerme. A menudo olvido cuál es mi yo real. Con frecuencia en mis sueños tomo el filtro del olvido, como se lo suele llamar, y yerro abandonado y desesperado, buscando el cuerpo *y* el nombre que me pertenecen. Y, a veces, la línea divisoria entre el sueño y la realidad es de lo más tenue. A veces, cuando alguien *está* hablándome, me salgo de los zapatos y, como una planta arrastrada por la corriente, inicio el viaje de mi *yo* desarraigado. En ese estado soy perfectamente capaz de cumplir con las exigencias ordinarias de la vida: encontrar a una esposa, llegar a ser padre, mantener a la familia, recibir a amigos, leer libros, pagar impuestos, hacer el servicio militar, etc. En ese estado soy *capaz,* si fuera necesario, de matar a sangre fría, por mi familia o para proteger a mi patria, o por lo que sea. Soy el ciudadano corriente, rutinario, que responde a un nombre y recibe un número en el parapeto. No soy responsable en absoluto de mi destino.

Y después, un día, sin el menor aviso, me despierto, miro a mi alrededor y no entiendo absolutamente nada de lo que está pasando, ni mi conducta ni la de mis vecinos, como tampoco entiendo por qué están los gobiernos en guerra o en paz, según los casos. En esos momentos, vuelvo a nacer y me bautizan con mi nombre auténtico: ¡Gottlieb Leberecht Müller! Todo lo que hago con mi nombre auténtico se considera demencial. La gente hace señas disimuladamente a mi espalda, a veces en mis narices. Me veo obligado a romper con amigos y parientes y seres queridos. Me veo obligado a levantar el campo. Y así, con la misma naturalidad que en un sueño, me vuelvo a ver arrastrado por la corriente, generalmente caminando por una carretera, de cara al ocaso. Entonces todas mis facultades están alerta. Soy el animal más suave, sedoso y astuto... y a la vez soy lo que se podría llamar un santo. Sé mirar por mí mismo. Sé eludir el trabajo, las relaciones que crean problemas, la compasión, la comprensión, la valentía y todos los demás peligros ocultos. Me quedo en un lugar o con una persona durante el tiempo suficiente para obtener lo que necesito, y después me voy. No tengo meta: el vagabundo sin rumbo es suficiente por sí mismo. Soy libre como un pájaro, seguro como un equilibrista. El maná cae del cielo; basta con que extienda las manos y lo reciba. Y en todas partes dejo tras de mí la sensación más agradable, como si, al aceptar los regalos que llueven sobre mí, estuviera haciendo un auténtico favor a los demás. Hasta para cuidar de mi ropa sucia hay manos amorosas. ¡Porque todo el mundo ama a un hombre recto! ¡Gottlieb! ¡Qué nombre más bonito! ¡Gottlieb! Lo repito para mis adentros una y otra vez. Gottlieb Leberecht Müller.

En ese estado siempre me he tropezado con ladrones y bribones y asesinos, ¡y qué afectuosos han sido conmigo! Como si fueran mis hermanos. ¿Y acaso no lo son, en verdad? ¿Es que no he sido culpable de toda clase de delitos? ¿Es que no he sufrido por ello? ¿Y acaso no es por mis delitos por lo que me siento tan unido a mi prójimo? Siempre, cuando veo un brillo de aceptación en los ojos de la otra persona, advierto ese vínculo secreto. A los únicos que no les brillan nunca los ojos es a los justos. Son los justos los que nunca han conocido el secreto de la confraternidad humana, los que están cometiendo los crímenes contra el hombre, los justos son los auténticos monstruos. Los justos son los que exigen nuestras huellas

Librodot

dactilares, los que nos demuestran que hemos muerto hasta cuando estamos delante de ellos en carne y hueso, los que nos imponen nombres arbitrarios, falsos, los que inscriben fechas falsas en el registro y nos entierran vivos. Prefiero a los ladrones, a los bribones, a los asesinos, a no ser que encuentre a un hombre de mi estatura, de mi calidad.

¡Nunca he conocido a un hombre así! Nunca he conocido a un hombre tan generoso, indulgente, tolerante, despreocupado, temerario, limpio de corazón como yo. Me perdono todos los delitos que he cometido. Lo hago en nombre de la humanidad. Sé lo que significa ser humano, su debilidad y su fuerza. Sufro de saberlo y al mismo tiempo me deleito. Si tuviera la oportunidad de ser Dios, la rechazaría. Si tuviese la oportunidad de ser una estrella, la rechazaría. La oportunidad más maravillosa que ofrece la vida es la de ser humano. Abarca todo el universo. Incluye el conocimiento de la muerte, del que ni Dios goza.

En el momento a partir del cual escribo este libro, soy el hombre que volvió a bautizarse a sí mismo. Hace muchos años que eso ocurrió y tantas cosas han sucedido desde entonces que es difícil volver a aquel momento y desandar el viaje de Gottlieb Leberecht Müller. Sin embargo, quizá pueda dar una pista, si digo que el hombre que ahora soy nació de una herida. Esa herida afectó al corazón. De acuerdo con cualquier lógica humana, debería haber muerto. De hecho, todos los que me conocían en otro tiempo me dieron por muerto; caminaba como un fantasma entre ellos. Usaban el pretérito para referirse a mí, me compadecían. Y, sin embargo, recuerdo que solía reír, igual que siempre, que hacía el amor con otras mujeres, que disfrutaba de mi comida y bebida, de la blanda cama a la que me apegaba como un loco. Algo me había matado, y, sin embargo, estaba vivo. Pero estaba vivo sin memoria, sin nombre; estaba separado de la esperanza así como del remordimiento o del pesar. No tenía pasado y probablemente no fuere a tener futuro; estaba enterrado vivo en un vacío que era la herida que me habían asestado. *Yo era la herida misma.* Tengo un amigo que a veces me habla del Milagro del Gólgota, del que no entiendo nada. Pero sí que sé algo de la milagrosa herida que recibí y que se curó con mi muerte. Hablo de ella como de algo pasado, pero la llevo siempre conmigo. Hace mucho que pasó todo y es invisible aparentemente, pero como una constelación que se ha hundido bajo el horizonte.

Lo que me fascina es que algo tan muerto y enterrado como yo lo estaba pudiera resucitar, y no sólo una, sino innumerables veces. Y no sólo eso, sino que, además, cada vez que me desvanecía, me sumergía más profundamente en el vacío, de modo que a cada renacimiento el milagro se vuelve mayor. ¡Y nunca estigma alguno! El hombre que renace es siempre el mismo hombre, cada vez es más él mismo con cada renacimiento. Lo único que hace es cambiar de piel cada vez, y con la piel cambia de pecados. El hombre al que Dios ama es en verdad un hombre que vive con rectitud. El nombre al que Dios ama es la cebolla con un millón de capas de piel. Cambiar la primera capa es doloroso hasta grado indecible; la siguiente capa es menos dolorosa, la siguiente menos todavía, hasta que al final la pena se vuelve agradable, cada vez más agradable, una delicia, un éxtasis. Y después no hay ni placer ni dolor, sino simplemente la oscuridad que cede ante la luz. Y al desaparecer la oscuridad, la herida sale de su escondite: la herida que es el hombre, que es el amor del hombre, queda bañada en la luz. Se recupera la identidad perdida. El hombre da un paso y sale de su herida

Librodot

abierta, de la tumba que había llevado consigo tanto tiempo.

En la tumba que es mi memoria la veo ahora enterrada a ella, a la que amé más que a nadie, más que al mundo, más que a Dios, más que mis propias carne y sangre. La veo pudrirse en ella, en esa sanguinolenta herida de amor, tan próxima a mí que no la podría distinguir de la propia tumba. La veo luchar para liberarse, para limpiarse del dolor del amor, y sumergirse más con cada forcejeo en la herida, atascada, ahogada, retorciéndose en la sangre. Veo la horrible expresión de sus ojos, la lastimosa agonía muda, la mirada del animal atrapado. La veo abrir las piernas para liberarse y cada orgasmo es un gemido de angustia. Oigo las paredes caer, derrumbarse sobre nosotros y la casa deshacerse en llamas. Oigo que nos llaman desde la calle, las órdenes de trabajar, las llamadas a las armas, pero estamos clavados al suelo y las ratas nos están devorando. La tumba y la matriz del amor nos sepultan, la noche nos llena las entrañas y las estrellas brillan sobre el negro lago sin fondo. Pierdo el recuerdo de las palabras, incluso de su nombre que pronuncié como un monomaníaco. Olvidé qué aspecto tenía, qué sensación producía, cómo olía, mientras penetraba cada vez más profundamente en la noche de la caverna insondable. La seguía hasta el agujero más profundo de su ser, hasta el osario de su alma, hasta el aliento que todavía no había expirado de sus labios. Busqué incansablemente aquella cuyo nombre no estaba escrito en ninguna parte, penetré hasta el altar mismo y no encontré... nada. Me enrosqué en torno a esa concha de nada como una serpiente de anillos flameantes, me quedé inmóvil durante seis siglos sin respirar, mientras los acontecimientos del mundo se colaban y formaban en el fondo un viscoso lecho de moco. Vi el Dragón agitarse y liberarse del dharma y del karma, vi a la nueva raza del hombre cociéndose en la yema del porvenir. Vi hasta el último signo y el último símbolo, *pero no pude interpretar las expresiones de su rostro.* Sólo pude ver sus ojos brillando, enormes, luminosos, como senos carnosos, como si yo estuviera nadando por detrás de ellos en los efluvios eléctricos de su visión incandescente.

¿Cómo había llegado a dilatarse así, más allá del alcance de la conciencia? ¿En virtud de qué monstruosa ley se había esparcido por la faz del mundo, revelando todo y, sin embargo, ocultándose a sí misma? Estaba escondida en la faz del sol, como la luna en eclipse; era un espejo que había perdido el mercurio, el espejo que refleja tanto la imagen como el horror. Al mirar la parte posterior de sus ojos, la carne pulposa y translúcida, vi la estructura cerebral de todas las formaciones, de todas las relaciones, de toda la evanescencia. Vi el cerebro dentro del cerebro, la máquina eterna girando eternamente, la palabra Esperanza dando vueltas en un asador, asándose, chorreando grasa, girando sin cesar en la cavidad del tercer ojo. Oí sus sueños musitados en lenguas desaparecidas, los gritos ahogados que reverberaban en grietas diminutas, los jadeos, los gemidos, los suspiros de placer, el silbido de látigos al flagelar. Le oí gritar mi nombre que todavía no había pronunciado, le oí maldecir y chillar de rabia. Oí todo amplificado mil veces, como un homúnculo aprisionado en el vientre de un órgano. Percibí la respiración apagada del mundo, como si estuviera fija en la propia encrucijada del mundo.

Así caminamos, dormimos y comimos juntos, los gemelos siameses a quienes Dios había juntado y a quienes sólo la muerte podría separar.

Caminábamos con los pies para arriba y las manos cogidas, en el

Librodot

cuello de la Botella. Ella se vestía casi exclusivamente de negro, salvo algunos parches purpúreos de vez en cuando. No llevaba ropa interior, sólo un vestido de terciopelo negro saturado d« perfume diabólico. Nos acostábamos al amanecer y nos levantábamos justo cuando estaba oscureciendo. Vivíamos en agujeros negros con las cortinas echadas, comíamos en platos negros, leíamos libros negros. Por el agujero negro de nuestra vida nos asomábamos al agujero negro del mundo. El sol estaba oscurecido permanentemente, como para ayudarnos en nuestra continua lucha intestina. Nuestro sol era Marte, nuestra luna Saturno, vivíamos permanentemente en el cenit del averno. La tierra había dejado de girar y a través del agujero en el cielo colgaba por encima de nosotros la negra estrella que nunca destellaba. De vez en cuando nos daban ataques de risa, una risa loca, de batracio, que hacía temblar a nuestros vecinos. De vez en cuando cantábamos, delirantes, desafinando, en puro trémolo. Estábamos encerrados durante la larga y oscura noche del alma, período de tiempo inconmensurable que empezaba y acababa al modo de un eclipse. Girábamos en torno a nuestros yos, como satélites fantasmas. Estábamos ebrios con nuestra propia imagen, que veíamos cuando nos mirábamos a los ojos. Entonces, ¿cómo mirábamos a los demás? Como el animal mira a la planta, como las estrellas miran al animal. O como Dios miraría al hombre, si el demonio le hubiera dado alas. Y, a pesar de todo, en la fija y estrecha intimidad de una noche sin fin, ella estaba radiante, alborozada; brotaba de ella un júbilo ultranegro como un flujo continuo de esperma del Toro de Mitra. Tenía dos cañones, era un toro hembra con una antorcha de acetileno en la matriz. Cuando estaba en celo, se concentraba en el gran cosmocrátor, los ojos se le quedaban en blanco, los labios llenos de saliva. En el ciego agujero del sexo, valsaba como un ratón amaestrando, con las mandíbulas desencajadas como si fueran las de serpiente, con la piel erizada de plumas armadas de púas. Tenía la lascivia insaciable de un unicornio, el prurito que provocó la decadencia de los egipcios. En su furia, tragaba hasta el agujero del cielo por el que resplandecía la estrella sin brillo.

Vivíamos pegados al techo, y el tufo caliente y repugnante de la vida diaria ascendía y nos sofocaba. Vivíamos con el calor del mármol, y el ardor ascendente de la carne humana caldeaba los anillos como de serpiente en que estábamos encerrados. Vivíamos cautivados por las profundidades más hondas, con la piel ahumada hasta alcanzar el color de un habano gris por las emanaciones de la pasión mundana. Como dos cabezas llevadas en las picas de nuestros verdugos, girábamos lenta y fijamente sobre las cabezas y hombros de abajo. ¿ Qué era la vida en la tierra sólida para nosotros que estábamos decapitados y unidos para siempre por los genitales? Éramos las serpientes gemelas del Paraíso, lúcidas en celo y frías como el propio caos. La vida era un joder perpetuo y negro en torno a un poste fijo de insomnio. La vida era escorpión en conjunción con Marte, en conjunción con Mercurio, en conjunción con Venus, en conjunción con Saturno, en conjunción con Plutón, en conjunción con Urano, en conjunción con el mercurio, el láudano, el radio, el bismuto. La gran conjunción se producía todos los sábados por la noche, Leo fornicando con el Dragón en la casa de los hermanos. El gran *malheur* era un rayo de sol que se filtraba por las cortinas. La maldición era Júpiter, que podía fulgurar con mirada benévola.

La razón por la que es difícil contarlo es porque recuerdo demasiado. Recuerdo todo, pero como un muñeco sentado en las rodillas de un

Librodot

ventrílocuo. Me parece que durante el largo e ininterrumpido solsticio conyugal estuve sentado en su regazo (incluso cuando ella estaba de pie) y recité el parlamento que ella me había enseñado. Me parece que debió de ordenar al fontanero jefe de Dios que mantuviera brillando la negra estrella a través del agujero en el techo, debió de mandarle que derramase una noche perpetua y, con ella, todos los tormentos reptantes que van y vienen silenciosamente en la oscuridad, de modo que la mente se convierte en un punzón que gira y horada frenéticamente la negra nada. ¿Imaginé simplemente que ella hablaba sin cesar, o es que me había convertido en un muñeco tan maravillosamente amaestrado, que interpretaba el pensamiento antes de que llegara a los labios? Los labios estaban entreabiertos, suavizados con una espesa pasta de sangre oscura: los veía abrirse y cerrarse con suma fascinación, tanto si silbaban con odio viperino como si arrullaban como una tórtola. Siempre estaban en primer plano, como en los anuncios de las películas, por lo que ya conocía cada grieta, cada poro, y, cuando empezaba la salivación histérica, veía espumear la saliva como si estuviera sentado en una mecedora bajo las cataratas del Niágara. Aprendí lo que debía hacer exactamente como si fuera parte de su organismo; era mejor que un muñeco de ventrílocuo porque podía actuar sin que tirasen de mí violentamente por medio de hilos. De vez en cuando improvisaba, lo que a veces le agradaba enormemente; desde luego, hacía como que no notaba las interrupciones, pero yo siempre sabía cuándo le gustaba por la forma como se pavoneaba. Tenía el don de la transformación; era casi tan rápida y sutil como el propio diablo. Después de la de pantera y la de jaguar, la transformación que mejor se le daba era la de ave: la de garza salvaje, la de ibis, la de flamenco, la de cisne en celo. Tenía una forma de bajar en picado de repente, como si hubiera avistado un cadáver maduro, lanzándose derecha a las entrañas, arrojándose inmediatamente sobre los bocados preferidos —el corazón, el hígado, o los ovarios— y remontando el vuelo de nuevo en un abrir y cerrar de ojos. Si alguien la descubría, se quedaba quieta como una piedra en la base de un árbol, con los ojos no del todo cerrados pero inmóviles con esa mirada fija del basilisco. Si la aguijoneaban un poco, se convertía en una rosa, una rosa intensamente negra con los pétalos más sedosos y de una fragancia irresistible. Era asombroso lo maravillosamente que aprendí a recitar el parlamento adecuado; por rápida que fuese la metamorfosis, yo siempre estaba allí, en su regazo, regazo de ave, regazo de bestia, regazo de serpiente, regazo de rosa, qué más daba: regazo de regazos, labio de labios, punta a punta, pluma a pluma, la yema en el huevo, la perla en la ostra, garras de cáncer, tintura de esperma y cantárida. La vida era escorpión en conjunción con Marte, en conjunción con Venus, Saturno, Urano, etc.; el amor era conjuntivitis de las mandíbulas, agarra esto, agarra aquello, agarra, agarra, las garras mandibulares de la rueda mandala del deseo. Al llegar la hora de comer, le oía descascarar los huevos, y dentro del huevo *pío-pío,* feliz presagio de la próxima comida. Yo comía como un monomaníaco: la prolongada voracidad alumbrada por el sueño del hombre que rompe tres veces el ayuno. Y mientras comía, ella ronroneaba, el jadeo rítmico y depredador del súcubo al devorar a sus hijuelos. ¡Qué dichosa noche de amor! Saliva, esperma, sucubación, esfinteritis, todo en uno: la orgía conyugal en el Agujero Negro de Calcuta.

Afuera, donde pendía la estrella negra, un silencio panislámico, como

Librodot

el mundo de la caverna donde hasta el viento se serena. Afuera, en caso de que me atreviera a cavilar sobre ello, la quietud espectral de la locura, el mundo de los hombres, adormecidos, exhaustos por siglos de matanza incesante. Afuera, una membrana sangrienta circundante dentro de la cual se producía toda la actividad, mundo heroico de los lunáticos y maníacos que habían apagado la luz del cielo con sangre. ¡Qué apacible nuestra vida de paloma y buitre en la oscuridad! Carne en que enterrar los dientes o el pene, carne abundante y olorosa sin señal de cuchillo ni de tijeras, sin cicatrices de metralla explotada, sin quemaduras de mostaza, sin pulmones quemados. Exceptuando el alucinante agujero en el techo, una vida en el útero casi perfecta. Pero allí estaba el agujero —como una fisura en la vejiga— y no había guata que pudiera taparlo permanentemente, no había orina que pudiese pasar con una sonrisa. Mear larga y libremente, sí, pero, ¿cómo olvidar la grieta en el campanario, el silencio no natural, la inminencia, el terror, la fatalidad del «otro» mundo? Comer hasta hartarse, sí, y mañana otro hartazgo, y mañana y mañana y mañana... pero *al final,* ¿qué? *¿Al final? ¿Qué* era *al final?* Un cambio de ventrílocuo; un cambio de regazo, un desplazamiento del eje, otra grieta en la bóveda... *¿qué? ¿qué?Os* lo voy a decir: sentado en su regazo, petrificado por los rayos fijos y dentados de la estrella negra, corneado, refrenado, amarrado y trepanado por la telepática agudeza de nuestra agitación recíproca, no pensaba en nada en absoluto, en nada que estuviese fuera de la celda que habitábamos, ni siquiera en una miga de pan sobre un mantel. Pensaba puramente dentro de las paredes de nuestra vida de amebas, pensamiento puro como el que Immanuel Kant el Cauteloso nos dio y que sólo el muñeco de un ventrílocuo podría reproducir. Reflexionaba detenidamente sobre todas las teorías de la ciencia, todas las teorías del arte, sobre todas las pizcas de verdad que puede haber en cualquier sistema disparatado de salvación. Calculaba todo exactamente con decimales gnósticos y todo, como primas que distribuye un borracho al final de una carrera de seis días. Pero todo estaba calculado para otra vida que alguien viviría algún día... *quizás.* Estábamos en pleno cuello de la botella, *ella y* yo, como se suele decir, pero el cuello se había roto y la botella no era sino una ficción.

Recuerdo que la segunda vez que la vi, me dijo que en ningún momento había esperado volver a verme, y la próxima vez que la vi dijo que pensaba que yo era un morfinómano, y la vez siguiente me llamó dios, y después intentó suicidarse y luego lo intenté yo y después volvió a intentarlo ella, y nada dio resultado, salvo el de unirnos más, tanto, de hecho, que nos compenetramos, intercambiamos personalidades, nombre, identidad, religión, padre, madre, hermano. Hasta su cuerpo experimentó un cambio radical, no una sino varias veces. Al principio era grande y aterciopelada, como el jaguar, con esa fuerza suave y engañosa de la especie felina, la forma de agazaparse, de saltar, de abalanzarse de repente; después se quedó en los huesos, se volvió frágil, delicada casi como una neguilla, y después de cada cambio pasaba por las modulaciones más sutiles: de piel, músculo, color, postura, olor, andares, ademanes, etcétera. Cambiaba como un camaleón. Nadie podía decir qué aspecto tenía realmente porque con cada cual era una persona enteramente diferente. Al cabo de un tiempo ni siquiera ella sabía qué aspecto tenía. Había comenzado ese proceso de metamorfosis antes de que yo la conociera, como descubrí más adelante. Como tantas mujeres que se creen feas, se había propuesto volverse bella,

Librodot

deslumbrantemente bella. Para conseguirlo, lo primero que hizo fue renunciar a su nombre, después a su familia, a sus amigos, a todo lo que pudiera atarla al pasado. Con todo su ingenio y todas sus facultades, se dedicó al cultivo de su belleza, de su encanto, que ya poseía en alto grado pero que le habían hecho creer que no existían. Vivía constantemente ante el espejo, estudiando todos los movimientos, todos los gestos, todas las muecas, hasta la más mínima. Cambió por completo de forma de hablar, de dicción, de entonación, de acento, de fraseología. Se conducía con tanta habilidad, que era imposible sacar a relucir siquiera el tema de sus orígenes. Estaba constantemente en guardia, incluso mientras dormía. Y, como un buen general, descubrió con bastante rapidez que la mejor defensa es el ataque. Nunca dejaba una posición sin ocupar; sus avanzadas, sus exploradores, sus centinelas estaban situados por todas partes. Su mente era un reflector giratorio que nunca se apagaba.

Ciega para su propia belleza, para su propio encanto, para su propia personalidad, por no hablar de su identidad, acometió con todas sus energías la invención de una criatura mítica, una Helena, una Juno, cuyos encantos no podría resistir mujer ni hombre alguno. Automáticamente, sin conocer la leyenda lo más mínimo, empezó a crear poco a poco los antecedentes ontológicos, la mística sucesión de acontecimientos anteriores al nacimiento consciente. No necesitaba recordar sus mentiras, sus invenciones: bastaba con que tuviera presente su papel. No había mentira demasiado monstruosa como para que no la pronunciase, pues en el papel que había adoptado era absolutamente fiel a sí misma. No tenía que *inventar* un pasado: *recordaba* el pasado que le correspondía. Nunca se dejaba coger en falta por una pregunta directa, ya que nunca se presentaba a un adversario, a no ser ambiguamente. Sólo presentaba los ángulos de las caras siempre cambiantes, los deslumbradores prismas de luz que mantenía girando constantemente. Nunca fue un ser tal, que se lo pudiera sorprender por fin en reposo, sino el propio mecanismo, que accionaba incesantemente la miríada de espejos en que se reflejaría el mito que había creado. No tenía el menor equilibrio; se mantenía suspendida eternamente por encima de sus múltiples identidades en el vacío del yo. No había pretendido convertirse en una figura legendaria, había querido simplemente que reconociesen su belleza. Pero, en la búsqueda de la belleza, pronto olvidó enteramente lo que buscaba, se convirtió en la víctima de su propia creación. Se volvió tan asombrosamente bella, que a veces era aterradora, a veces verdaderamente más fea que la mujer más fea del mundo. Podía inspirar horror y espanto, sobre todo cuando su encanto estaba en su punto culminante. Era como si la voluntad, ciega e incontrolable, resplandeciera a través de la creación y revelase su monstruosidad.

En la oscuridad, encerrados en el negro agujero sin que ningún mundo nos contemplara, sin adversario, sin rivales, el cegador dinamismo de la voluntad disminuía un poco, le daba un brillo de cobre fundido, y las palabras salían de la boca como lava, su carne buscaba ansiosamente un asidero, algo sólido y sustancial en que sentarse, algo en que recobrarse y reposar por unos momentos. Era como un mensaje de larga distancia desesperado, un S.O.S. desde un barco que se hundía. Al principio, lo confundí con la pasión, con el éxtasis producido por la carne al rozar con la carne. Pensaba que había encontrado un volcán vivo, un Vesubio hembra. Nunca pensé en un barco humano que se hundía en un océano de

Librodot

desesperación, en los Sargazos de la impotencia. Ahora pienso en aquella estrella negra que brillaba a través del agujero del techo, aquella estrella inmóvil que pendía sobre nuestra celda conyugal, más fija, más remota que lo absoluto, y sé que era ella, despojada de todo lo que era ella propiamente: un sol negro muerto y sin aspecto. Sé que estábamos conjugando el verbo amar como dos maníacos intentando follar a través de una verja de hierro. He dicho que en el frenético forcejeo en la oscuridad a veces olvidaba su nombre, el aspecto que tenía, quién era. Es cierto. Me excedía en la oscuridad. Me salía de los raíles de la carne para entrar en el espacio infinito del sexo, en las órbitas establecidos por ésta o aquélla: Georgiana, por ejemplo, sólo de una corta tarde; Telma la puta egipcia; Carlotta, Alannah, Una, Mona, Magda, muchachas de seis o siete años; niñas expósitas, fuegos fatuos, rostros, cuerpos, muslos, roces en el metro, un sueño, un recuerdo, un deseo, un anhelo. Podía comenzar con Georgiana de una tarde de domingo cerca de las vías del tren, su vestido suizo de lunares, su ondulante cadera, su acento del sur, su lasciva boca, sus senos que se derretían; podía empezar con Georgiana, el candelabro de diez mil brazos del sexo, y avanzar hacia afuera y hacia arriba por la ramificación del coño hasta la enésima dimensión del sexo, mundo sin fin. Georgiana era como la membrana del minúsculo oído de un monstruo inacabado llamado sexo. Estaba transparentemente viva y palpitante a la luz del recuerdo de una breve tarde en la avenida, los primeros olor y sustancia tangibles del mundo de la jodienda, que es en sí mismo un ser ilimitado e indefinible, como nuestro mundo el mundo. El entero mundo de la jodienda como la membrana que nunca deja de crecer, del animal que llamamos sexo, que es como otro ser que crece en nuestro propio ser y lo va suplantando gradualmente, de modo que con el tiempo el mundo humano sólo será un débil recuerdo de ese ser nuevo, que todo lo abarca, que todo lo procrea y se da a luz a sí mismo.

Precisamente esa copulación como de culebras en la oscuridad, ese acoplamiento de articulaciones dobles y de dos cañones era lo que me ponía en la camisa de fuerza de la duda, los celos, el miedo, la soledad. Si empezaba mi vainica con Georgiana y el candelabro de diez mil brazos del sexo, estaba seguro de que también ella se aplicaba a construir membranas, a fabricar oídos, ojos, dedos, cuero cabelludo, y yo qué sé qué más, del sexo. Comenzaba con el monstruo que la había violado, suponiendo que hubiera una simple pizca de verdad en esa historia; en cualquier caso, también ella empezaba en algún lugar, por un raíl paralelo, avanzando hacia fuera y hacia arriba por aquel ser multiforme e increado a través de cuyo cuerpo hacíamos esfuerzos desesperados para encontrarnos. Como yo sólo conocía una fracción de su vida, como sólo poseía una sarta de mentiras, de invenciones, de imaginaciones, de obsesiones e ilusiones, uniendo fragmentos, sueños de cocaína, frases inacabadas, palabras confusas dichas en sueños, delirios histéricos, fantasías mal disimuladas, deseos morbosos, al conocer de vez en cuando un nombre en persona, al oír por casualidad retazos dispersos de conversación, al observar miradas a hurtadillas, gestos interrumpidos, podía perfectamente reconocerle un panteón de dioses folladores propios, de criaturas de carne y hueso y más que vivas, hombres de aquella misma tarde quizá, de una hora antes tal vez, cuando tenía todavía el coño empapado con la esperma del último polvo. Cuanto más sumisa era, cuanto más apasionada se mostraba, cuanto más me parecía abandonarse, más insegura se volvía. No había comienzo, no había un punto

Librodot

de partida personal, individual; nos encontrábamos como espadachines expertos en el campo del honor ahora abarrotado con los fantasmas de la victoria y la derrota. Estábamos alerta y reaccionábamos ante la más leve acometida, como sólo pueden hacerlo los expertos.

Nos reuníamos al abrigo de la oscuridad con nuestros ejércitos y desde extremos opuestos forzábamos las puertas de la ciudadela. Nada resistía nuestro asalto sangriento; no pedíamos ni dábamos cuartel. Nos reuníamos nadando en sangre, reunión sangrienta y glauca en la noche con todas las estrellas extinguidas, salvo la estrella fija que pendía como un cuero cabelludo por encima del agujero del techo. Si había tomado la dosis adecuada de coca, lo vomitaba como un oráculo, todo lo que le había ocurrido durante el día, ayer, anteayer, el año antepasado, *todo,* hasta el día en que nació. Y ni una palabra era cierta, ni un solo detalle. No se detenía ni un momento, pues si lo hubiera hecho, el vacío que creaba su arranque habría provocado una explosión capaz de partir el mundo en dos. Era la máquina de mentir del mundo en microcosmos, engranada al mismo miedo inacabable y devastador que permite a los hombres emplear todas sus energías en la creación del aparato de la muerte. Al mirarla, hubiera uno pensado que era valiente y lo *era,* con tal de que no se viera obligada a volver sobre sus pasos. Tras ella quedaba el hecho sereno de la realidad, un coloso que seguía todos sus pasos. Cada día esa realidad colosal adquiría nuevas proporciones, cada día más aterradora, más paralizadora. Cada día tenían que crecerle alas más rápidas, garras más afiladas, ojos hipnóticos. Era una carrera hasta los límites extremos del mundo, una carrera perdida desde la salida, y sin nada que pudiera detenerla. En el borde del vacío se hallaba la Verdad, lista para recobrar el terreno perdido de un barrido rápido como un relámpago. Era tan simple y tan evidente, que la ponía frenética. Aunque pusiera en formación mil personalidades, requisase los cañones más grandes, engañara a las mentes más dotadas, diese el rodeo más largo... aun así, el final sería la derrota. En el encuentro final todo estaba destinado a desbaratarse: la astucia, la habilidad, el poder, todo. Iba a ser un grano de arena en la playa del mayor océano, y, peor aún, iba a parecerse a todos y cada uno de los demás granos de arena de esa playa del océano. Iba a verse condenada a reconocer en todas partes su yo excepcional hasta el fin de los tiempos. ¡Qué destino había escogido! ¡Que su singularidad quedara sumergida en lo universal! ¡Que su poder quedase reducido al grado máximo de pasividad! Era enloquecedor, alucinante. ¡No podía ser! ¡No *debía* ser! ¡Adelante! Como las legiones negras. ¡Adelante! Por todos los grados del círculo que cada vez se ensanchaba más. Adelante y lejos del yo, hasta que la última partícula sustancial del alma se extendiera hasta el infinito. En su huida despavorida parecía llevar el mundo entero en su matriz. Nos veíamos expulsados de los confines del universo hacia una nebulosa que ningún instrumento podía concebir. Nos veíamos precipitados a un reposo tan tranquilo, tan prolongado, que en comparación la muerte parecía una francachela de brujas locas.

Por la mañana, contemplando el exangüe cráter de su cara. ¡Ni una línea en él, ni una arruga, ni una sola tacha! La expresión de un ángel en los brazos del Creador. *¿Quién mató a Cock Robin? ¿ Quién hizo una carnicería con los iroqueses?* Yo, no, podía decir mi encantador ángel, y por Dios, ¿quién podía contradecirle, al contemplar aquella cara pura e inocente? ¿Quién podía ver en aquel sueño de inocencia que la mitad de la cara

Librodot

pertenecía a Dios y la otra mitad a Satán? La máscara era lisa como la muerte, fresca, deliciosa al tacto, pálida, cérea, como un pétalo abierto con la más ligera brisa. Era tan seductoramente atractiva y cándida, que podía uno ahogarse en ella, bajar a ella, con el cuerpo y todo, como un buzo, y no regresar nunca más. Hasta que no se abrían los ojos al mundo, seguía así, completamente extinguida y brillante con una luz reflejada, como la propia luna. En su trance de inocencia, semejante a la muerte, fascinaba todavía más; sus delitos se disolvían, rezumaban por los poros, permanecía enroscada como una serpiente dormida clavada a la tierra. El cuerpo, fuerte, ágil, musculoso, parecía poseído por un peso no natural; tenía una gravedad más que humana, la gravedad, casi podríamos decir, de un cadáver caliente. Era como podría uno imaginar que debió de haber sido la bella Nefertiti después de los primeros mil años de momificación, una maravilla de perfección mortuoria, un sueño de la carne preservado de la descomposición mortal. Yacía enroscada en la base de una pirámide hueca, conservada en el vacío de su propia creación como una reliquia sagrada del pasado. Su sopor era tan profundo, que hasta su respiración parecía haberse detenido. Había descendido por debajo de la esfera humana, por debajo de la esfera animal, por debajo incluso de la esfera vegetativa: se había hundido hasta el nivel del mundo animal donde la animación está apenas a un paso de la muerte. Había llegado a dominar hasta tal punto el arte de la superchería, que hasta el sueño era capaz de traicionarla. Había aprendido a no dormir: cuando se enroscaba en el sueño, desconectaba la corriente automáticamente. Si hubiera podido uno sorprenderla así y abrirle el cráneo, lo habría encontrado absolutamente vacío. No guardaba secretos inquietantes; todo lo que podía matarse estaba muerto. Podría seguir viviendo infinitamente, como la Luna, como cualquier planeta muerto, irradiando una refulgencia hipnótica, creando olas de pasión, sumiendo el mundo en la locura, decolorando todas las sustancias terrestres con sus rayos magnéticos, metálicos. Al sembrar su propia muerte, volvía febriles a todos los que la rodeaban. En la horrible quietud de su sueño, renovaba su propia muerte magnética mediante la unión con el frío magma de los mundos planetarios sin vida. Estaba mágicamente intacta. Su mirada caía sobre uno con una fijeza penetrante: era la mirada de la luna a través de la cual el dragón muerto de la vida despedía un fuego frío. Uno de los ojos era castaño cálido, el color de una hoja en otoño; el otro era de color avellana, el ojo magnético que hacía oscilar la aguja de una brújula. Incluso en el sueño ese ojo seguía oscilando bajo la persiana del párpado; era el único signo aparente de vida en ella.

En el momento en que abría los ojos, estaba completamente despierta. Se despertaba con un violento sobresalto, como si el espectáculo del mundo y de sus accesorios humanos fuera una conmoción. Al instante, estaba en plena actividad, moviéndose de un lado para otro como un gran tifón. ¡Lo que le molestaba era la luz! Se despertaba maldiciendo el sol, maldiciendo el resplandor de la realidad. Había que dejar a oscuras la habitación, encender las velas, cerrar las ventanas herméticamente para impedir que llegara a penetrar en la habitación el ruido de la calle. Se movía de un lado para otro desnuda con un cigarrillo colgando de la comisura de los labios. Su tocado era motivo de gran preocupación; tenía que ocuparse de mil detalles insignificantes antes de ponerse siquiera una bata de baño. Era como un atleta preparándose para el gran acontecimiento del día. Desde las raíces del

Librodot

pelo, que estudiaba con profunda atención, hasta la forma y tamaño de las uñas de los pies, inspeccionaba minuciosamente todas las partes de su anatomía antes de sentarse a desayunar. Decía que era como un atleta, pero en realidad era más como un mecánico examinando detenidamente un avión veloz para un vuelo de prueba. Una vez que se ponía el vestido, estaba lanzada para la jornada, para el vuelo que podía acabar tal vez en Irkutsk o en Teherán. En el desayuno tomaba suficiente combustible para que le durara todo el viaje. El desayuno era una sesión prolongada: era la única ceremonia del día en la que se demoraba y perdía el tiempo. De hecho, era exasperantemente prolongada. Se preguntaba uno si llegaría a despegar, si no habría olvidado la gran misión que había jurado cumplir cada día. Quizás estuviera soñando con su itinerario, o tal vez no estaba soñando en absoluto sino simplemente dando tiempo para procesos funcionales de su maravillosa máquina, de modo que, una vez lanzada, no hubiese que dar la vuelta. A esa hora del día estaba muy serena y dueña de sí misma; era como una gran ave del aire parada en un risco de una montaña, reconociendo soñadoramente el terreno que quedaba abajo. No era de la mesa del desayuno de donde iba a lanzarse de repente y a bajar en picado para caer sobre su presa. No, desde la percha de por la mañana temprano despegaba lenta y majestuosamente, sincronizando todos y cada uno de sus movimientos con el ritmo del motor. Todo el espacio quedaba debajo de ella, y sólo el capricho le imponía la dirección. Era casi la imagen de la libertad, de no haber sido por el peso saturnal de su cuerpo y la envergadura anormal de sus alas. Por equilibrada que pareciese, sobre todo en el despegue, uno sentía el terror que motivaba el vuelo diario. Obedecía a su destino y a la vez anhelaba desesperadamente superarlo. Cada mañana se elevaba a las alturas desde su percha, como desde un pico del Himalaya; siempre parecía dirigir su vuelo hacia una región inexplorada en la que, de salir todo bien, desaparecería para siempre. Cada mañana parecía llevarse a las alturas esa desesperada esperanza del último instante; se marchaba con dignidad tranquila *y* grave, como algo que estuviera a punto de bajar a la tumba. Ni una sola vez daba vueltas en torno a la pista de salida; ni una sola vez lanzaba una mirada hacia aquellos a los que estaba abandonando. Como tampoco dejaba el más leve rastro de personalidad tras sí; se lanzaba al aire con todas sus pertenencias, con el menor vestigio que pudiera atestiguar el hecho de su existencia. Ni siquiera dejaba tras sí el aliento de su suspiro, ni siquiera la uña de un pie. Una salida sin tacha como la que podría hacer el propio Diablo por razones personales. Te quedabas con un gran vacío en las manos. Te quedabas abandonado, y no sólo abandonado, sino también traicionado, traicionado de forma inhumana. No sentías deseo de detenerla ni de gritarle que volviera; te quedabas con una maldición en los labios, con un odio negro que oscurecía el día entero. Más tarde, yendo de un lado para otro por la ciudad, moviéndote con la lentitud de los peatones, arrastrándote como el gusano, recogías rumores de su espectacular vuelo; la habían visto doblando determinado promontorio, había descendido aquí o allá por razones que nadie sabía, en otro punto había virado en redondo; había pasado como un cometa, había escrito cartas de humo en el cielo, etc., etc. Todo lo que había hecho era enigmático y exasperante, aparentemente sin objeto. Era como un comentario simbólico e irónico sobre la vida humana, sobre el comportamiento de la criatura humana semejante a una hormiga, visto desde otra dimensión.

Librodot

Entre el momento en que despegaba y el momento en que regresaba yo hacía la vida de un esquizerino de pura raza. No era una eternidad la que transcurría, porque de algún modo la eternidad tiene que ver con la paz y la victoria, es algo hecho por el hombre, algo ganado: no, pasaba por un entreacto en que cada cabello se vuelve blanco hasta las raíces, en que cada milímetro de piel pica y abrasa hasta que el cuerpo entero se convierte en una herida supurante. Me veo sentado ante una mesa en la oscuridad, con las manos y los pies volviéndose enormes, como si estuviera apoderándose de mí una elefantiasis galopante. Oigo la sangre precipitarse al cerebro y golpear los tímpanos como diablos himalayos con almádenas; le oigo batir sus enormes alas, incluso en Irkutsk, y sé que sigue avanzando y avanzando, cada vez más lejos, hasta quedar fuera de alcance. La habitación está tan silenciosa y yo estoy tan espantosamente vacío, que doy gritos y alaridos para hacer un poco de ruido, un poco de sonido humano. Intento levantarme de la mesa, pero tengo los pies demasiado pesados y las manos se han vuelto como los pies informes del rinoceronte. Cuanto más pesado se vuelve mi cuerpo, más ligera la atmósfera de la habitación; voy a estirarme y estirarme hasta llenar la habitación con una masa sólida de jalea compacta. Voy a llenar hasta las grietas de la pared; voy a crecer y a atravesar la pared como una planta parásita, estirándome y estirándome hasta que la casa entera sea una masa indescriptible de carne y cabello y uñas. Sé que eso es la muerte, pero me veo impotente para acabar con ese conocimiento... o con el conocedor. Alguna partícula diminuta de mí está viva, alguna pizca de conciencia persiste, y, a medida que se dilata el armazón interior, ese parpadeo de vida se vuelve cada vez más intenso y fulgura dentro de mí como el frío fuego de una gema. Ilumina toda la viscosa masa de pulpa, de modo que soy como un buzo con una linterna en el cuerpo de un monstruo marino muerto. Gracias a un ligero filamento oculto sigo conectado con la vida que hay por encima de la superficie de la sima, pero está tan lejos el mundo de arriba, y el peso del cadáver es tan grande, que, aunque fuera posible, se tardarían años en llegar a la superficie. Me muevo alrededor de mi propio cuerpo muerto, explorando todos los escondrijos y hendiduras de esa enorme masa informe. Es una exploración interminable, pues con el crecimiento incesante toda la topografía cambia, deslizándose y yendo a la deriva como el caliente magma de la tierra. Ni por un minuto hay tierra firme, ni por un minuto permanece nada quieto y reconocible: es un crecimiento sin hitos, un viaje en que el destino cambia con el menor movimiento o temblor. Ese interminable llenado del espacio es lo que elimina cualquier sensación de espacio o de tiempo; cuanto más se dilata el cuerpo, más diminuto se vuelve el mundo, hasta que al final siento que todo está concentrado en la *cabeza,* de un alfiler. A pesar del forcejeo de la enorme masa muerta en que me he convertido, siento que lo que la sostiene, el mundo del que crece, no es mayor que una cabeza de alfiler. En medio de la corrupción, en el corazón y en las entrañas de la muerte, por decirlo así, siento la semilla, la palanca milagrosa, infinitesimal, que equilibra el mundo. He esparcido el mundo como un jarabe y su vacuidad es aterradora, pero no se puede desalojar la semilla; la semilla se ha convertido en un pequeño nudo de fuego frío que ruge como un sol en el enorme hueco del armazón inerte.

Cuando la gran ave de rapiña regrese exhausta de su vuelo, me encontrará aquí en medio de mi nada, a mí, el esquizerino imperecedero,

Librodot

una semilla llameante oculta en el corazón de la muerte. Cada día cree encontrar otro medio de subsistencia, pero no existe, sólo esta eterna semilla de luz que al morir cada día vuelvo a descubrir para ella. ¡Vuela, oh, ave devoradora! ¡Vuela hasta los límites del universo! ¡Aquí está tu alimento resplandeciendo en el repugnante vacío que has creado! Regresarás para perecer una vez más en el negro agujero; regresarás una y otra vez, pues no tienes alas que puedan llevarte fuera del mundo.

Este es el único mundo en que puedes vivir, esta tumba de la culebra en que reina la oscuridad.

Y de repente, sin razón alguna, cuando pienso en ella regresando al nido, recuerdo los domingos por la mañana en la antigua casita cercana al cementerio. Recuerdo estar sentado al piano en camisa de dormir, pisando los pedales con los pies descalzos, y mis padres acostados y al calorcito en la habitación de al lado. Las habitaciones daban la una a la otra, en forma de telescopio, como en los antiguos pisos americanos en forma de ferrocarril. Los domingos por la mañana se quedaba uno en la cama hasta sentir ganas de gritar de gusto. Hacia las once más o menos, mis padres solían dar golpes en la pared de mi alcoba para que fuera y les tocase algo. Entraba bailando en la habitación como los Hermanos Fratellini, tan apasionado y ligero, que habría podido alzarme como una grúa hasta la rama más alta del árbol del cielo. Podía hacer todo y cualquier cosa sin ayuda, pues al mismo tiempo tenía articulaciones dobles. El viejo me llamaba «el alegre Jim», porque estaba lleno de «Fuerza», lleno de energía y vigor. Primero daba unas volteretas sobre las manos para ellos en la alfombra de delante de la cama; después cantaba en falsete, intentando imitar al muñeco de un ventrílocuo; luego daba unos pasos de baile fantásticos y ligeros para mostrar de qué lado soplaba el viento y, ¡zas!, en un periquete me sentaba al piano y hacía un ejercicio de velocidad. Siempre empezaba con Czerny como ejercicio preliminar para la actuación. El viejo detestaba a Czerny, y yo también, pero Czerny era el *plat du ¡our* en el menú de entonces, y, por eso, dale que te pego con Czerny hasta que parecía que tenía los dedos de goma. En cierto modo vago, Czerny me recuerda el gran vacío que cayó sobre mí más adelante. ¡A qué velocidad tocaba, clavado al piano! Era como beber una botella de tónico de un trago y después que alguien te atara a la cama. Después de haber tocado unos noventa y ocho ejercicios, estaba listo para improvisar un poco. Solía coger un puñado de acordes y estrellarlos contra el piano de un extremo a otro, y después pasaba a modular «El incendio de Roma» o «La carrera de carros de Ben Hur», que gustaban a todo el mundo porque era ruido inteligible. Mucho antes de que leyera el *Tractatus Logico-Phdoiophicus* de Wittgenstein, ya estaba componiendo música para él, en tono de sasafrás. En aquella época estaba versado en ciencia y filosofía, en la historia de las religiones, en lógica inductiva y deductiva, en hepatomancia, en la forma y el peso de los cráneos, en farmacopea y metalurgia, en todas las ramas inútiles del saber, que te dan indigestión y melancolía antes de tiempo. Ese vómito de saber de pacotilla iba cociéndose lentamente en mis tripas durante toda la semana, esperando al domingo para ponerlo en música. Entre «La alarma de fuego de medianoche» y «Marche Militaire», me venía la inspiración, que era la de destruir todas las formas existentes de armonía y crear mi propia cacofonía. Imaginad a Urano bien aspectado con Marte, con Mercurio, con la Luna, con Júpiter, con Venus. Es difícil de imaginar porque Urano funciona de la mejor forma cuando está «afligido»,

Librodot

por decirlo así. Y, sin embargo, aquella música que emitía yo los domingos por la mañana, una música de bienestar y de desesperación bien alimentada, nacía de un Urano ilógicamente bien aspectado, firmemente anclado en la Séptima Casa. Entonces no lo sabía, no sabía que Urano existía, y tenía suerte de ignorarlo. Pero hoy lo comprendo, porque era una alegría por chiripa, un bienestar falso, una creación fogosa de tipo destructivo. Cuanto mayor era mi euforia, más se tranquilizaban mis padres. Hasta mi hermana, que estaba chalada, se tranquilizaba y serenaba. Los vecinos solían asomarse a las ventanas y escuchar, y de vez en cuando oía un estallido de aplausos, y después, ¡zas!, volvía a empezar como un cohete: ejercicio de velocidad núm. 497,1/2. Si por casualidad divisaba una cucaracha que subía por la pared, me sentía dichoso: eso me conducía sin la menor modulación a Opus Izzi de mi tristemente arrugado clavicordio. Un domingo, así como así, compuse uno de los scherzos más encantadores que imaginarse pueda... a un piojo. Era primavera y todos estábamos siguiendo un tratamiento de azufre; había estado toda la semana empollando el *Inferno* de Dante en inglés. El domingo llegó como un deshielo; los pájaros estaban tan enloquecidos por el repentino calor, que entraban y salían por la ventana, inmunes a la música. Uno de los parientes alemanes acababa de llegar de Hamburgo, o Bremen, una tía soltera que parecía un marimacho. Estar cerca de ella simplemente era suficiente para darme un ataque de rabia. Solía darme palmaditas en la cabeza y decirme que iba a ser otro Mozart. Yo detestaba a Mozart, y sigo detestándolo, así que para vengarme de ella tocaba mal, tocaba todas las notas equivocadas que conocía. Y luego vino el piojito, como estaba diciendo, un piojo auténtico que se había enterrado en mi ropa interior de invierno. Lo saqué y lo posé con delicadeza en la punta de una tecla negra. Después empecé a hacer una pequeña giga a su alrededor con mi mano derecha; probablemente lo había ensordecido. Luego, al parecer, quedó hipnotizado por mi ingeniosa pirotecnia. Aquella inmovilidad como de trance acabó por crisparme los nervios. Decidí introducir una escala cromática cayendo sobre él con toda la fuerza del dedo medio. Le acerté de lleno pero con tal fuerza, que se me quedó pegado en la punta del dedo. Eso me dio el baile de San Vito. A partir de entonces comenzó el scherzo. Era un popurrí de melodías olvidadas, sazonadas con áloes *y* el jugo de puercoespines, interpretadas a veces en tres tonalidades a la vez y girando siempre como un ratón valseando en torno a la inmaculada concepción. Más adelante, cuando fui a oír a Prokofiev, entendí lo que estaba ocurriendo, entendí a Whitehead y a Russell y a Jeans y a Eddington y a Rudolf Eucken y a Frobenius y a Link Gillespie; entendí por qué, si no hubiera existido nunca un teorema binomio, lo habría inventado el hombre; entendí el porqué de la electricidad y del aire comprimido, por no hablar de los baños termales ni de las mascarillas de barro. Entendí con mucha claridad, debo decirlo, que el hombre tiene un piojo muerto en la sangre y que, cuando te entregan una sinfonía o un fresco o un explosivo instantáneo, recibes en realidad una reacción de ipecacuana que no iba incluida en el menú predestinado. Entendí también por qué no había llegado a ser el músico que era. Todas las composiciones que había creado en mi cabeza, todas aquellas audiciones privadas y artísticas que se me permitieron, gracias a Santa Hildegarde o Santa Brígida o Juan de la Cruz, o Dios sabe qué, estaban escritas para una edad venidera, una edad con menos instrumentos y con antenas más potentes, tímpanos más potentes

Librodot

también. Antes de poder apreciar esa música, hay que experimentar un tipo de sufrimiendo diferente. Beethoven delimitó el nuevo territorio: se nota su presencia cuando hace erupción, cuando se derrumba en plena quietud. Es un dominio de nuevas vibraciones: para nosotros, sólo una nebulosa confusa, pues todavía tenemos que superar nuestra propia concepción del sufrimiento. Todavía tenemos que absorber ese mundo nebuloso, su tormento, su orientación. A mí me fue dado oír una música increíble estando postrado e indiferente a la pena que me rodeaba. Oí la gestación de un nuevo mundo, el sonido de ríos torrenciales al tomar su curso, el sonido de estrellas rozándose y rechinando, de fuentes coaguladas de gemas resplandecientes. Toda la música está regida todavía por la antigua astronomía, es un producto de invernadero, una panacea para el Weltschmerz. La música es todavía el antídoto para lo anónimo, pero eso todavía no es *música.* La música es el fuego planetario, un irreductible que es totalmente suficiente, es la escritura de los dioses en la pizarra, el abracadabra que tanto a los cultos como a los ignorantes se les escapa porque el eje se ha desenganchado. ¡Mirad las entrañas, lo inconsolable e ineluctable! Nada está determinado, nada está arreglado ni resuelto. Todo esto que está ocurriendo, toda la música, toda la arquitectura, todo el derecho, todas las invenciones, todos los descubrimientos... todo eso son ejercicios de velocidad en la oscuridad, Czerny con zeta mayúscula montando un caballo loco en una botella de mucílago. Una de las razones por las que nunca llegué a ninguna parte con la maldita música fue la de que siempre se mezclaba con el sexo. En cuanto sabía tocar una canción, las gachís me rodeaban como moscas. Para empezar, la culpa fue en gran parte de Lola. Lola fue mi primera profesora de piano. Lola Niessen. Era un nombre ridículo y típico del barrio en que vivíamos entonces. Sonaba a arenque ahumado hediondo, o a coño agusanado. A decir verdad, Lola no era una belleza exactamente. Tenía un aire de calmuca o de chinook, con tez cetrina y ojos biliosos. Tenía algunas verrugas y lobanillos, por no hablar del bigote. Sin embargo, lo que me excitaba era su pilosidad; tenía una hermosa cabellera negra, fina y larga que se arreglaba en moños ascendentes y descendentes sobre su cráneo mongol. En la nuca se lo enroscaba en un nudo en forma de serpentina. Siempre llegaba tarde, como concienzuda idiota que era, y para cuando llegaba, yo siempre estaba un poco debilitado de masturbarme. Sin embargo, en cuanto se sentaba en el taburete a mi lado, volvía a excitarme, entre otras cosas por el pestilente perfume con que se empapaba los sobacos. En verano llevaba mangas muy abiertas y podía verle los mechones de pelo bajo los brazos. Me volvía loco de verlos. La imaginaba cubierta de pelo por todo el cuerpo, incluso en el ombligo. Y lo que deseaba era envolverme en él, hincarle el diente. Podría haberme comido el pelo de Lola como una golosina, si hubiera llevado un pedacito de carne pegado a él. El caso es que era peluda, eso es lo que quiero decir y, por ser peluda como un gorila, no podía concentrarme en la música sino sólo en su coño. Estaba tan deseoso de verle el coño, que por fin un día soborné a su hermanito para que me dejara mirarla a escondidas mientras estaba en el baño. Era todavía más maravilloso de lo que había imaginado: tenía una mata que iba desde el ombligo hasta la entrepierna, una enorme mata espesa, un morral escocés, rico como una alfombra tejida a mano. Cuando le pasó la borla de los polvos, creí que me iba a desmayar. La próxima vez que vino a darme clase, dejé dos botones de la bragueta abiertos. No pareció

Librodot

notar nada anormal. La vez siguiente me dejé toda la bragueta abierta. Aquella vez se dio cuenta. Dijo: «Creo que has olvidado una cosa, Henry.» La miré, rojo como un tomate, y le pregunté suavemente: «*¿El qué?*» Hizo como que miraba a otro lado, mientras la señalaba con la mano izquierda. Acercó tanto la mano, que no pude resistir la tentación de agarrarla y metérmela en la bragueta. Se levantó rápidamente, pálida y asustada. Para entonces la picha se me había salido de la bragueta y se estremecía de placer. Me acerqué a ella y le metí la mano bajo el vestido para llegar a la alfombra tejida a mano que había visto por el ojo de la cerradura. De repente, recibí un sonoro bofetón en el oído y después otro y me cogió de la oreja y llevándome hasta un rincón de la habitación me volvió de cara a la pared y dijo: «¡Ahora abróchate la bragueta, idiota!» Al cabo de unos minutos volvimos al piano: a Czerny y a los ejercicios de velocidad. Ya no podía distinguir un sostenido de un bemol pero seguía tocando porque temía que contara el incidente a mi madre. Afortunadamente, no era una cosa fácil de contar a la madre de uno.

El incidente, por embarazoso que fuese, señaló un cambio clarísimo en nuestras relaciones. Pensaba que la próxima vez que viniera se mostraría severa conmigo, pero al contrario: parecía haberse acicalado, haberse rociado con más perfume, y estaba incluso un poco alegre, lo que era extraordinario en Lola porque era del tipo de personas adustas y reservadas. No me atreví a abrirme la bragueta otra vez, pero me vino una erección y la mantuve durante toda la clase, lo que le debió de gustar porque no dejó de lanzar miradas furtivas en esa dirección. En aquella época yo sólo tenía quince años y ella debía de tener por lo menos veinticinco o veintiocho. Yo no sabía qué hacer, a no ser derribarla deliberadamente un día que mi madre hubiera salido. Por un tiempo llegué a seguirla a escondidas por la noche, cuando salía sola. Tenía la costumbre de salir a dar largos paseos sola por la noche. Yo solía seguirle los pasos, con la esperanza de que llegara a algún lugar desierto cerca del cementerio donde podría probar una táctica violenta. A veces tenía la impresión de que sabía que la estaba siguiendo y que le gustaba. Creo que esperaba que la abordase... creo que eso era lo que quería. El caso es que una noche estaba tumbado en la hierba cerca de las vías del ferrocarril; era una noche de verano sofocante y la gente estaba tumbada por todas partes y en cualquier lado, como perros jadeantes. Yo no estaba pensando en Lola en absoluto... soñaba despierto simplemente, demasiado calor como para pensar en nada. De repente, veo a una mujer que viene por el estrecho sendero. Estoy tumbado en el terraplén y no veo a nadie por allí. La mujer viene despacio, con la cabeza gacha, como si estuviera soñando. Al acercarse un poco más, la reconozco. «¡Lola!», llamo. «¡Lola!» Parece realmente asombrada de verme allí. «Pero, bueno, ¿qué haces tú aquí?», dice, al tiempo que se sienta junto a mí en el terraplén. No me molesté en contestarle, no dije ni palabra: me limité a subirme encima de ella y la tumbé. «Aquí no, por favor», suplicó, pero no le hice caso. Le metí la mano entre las piernas y quedó enredada en aquel espeso zurrón: estaba empapado y chorreando como un caballo al babear. Era mi primer polvo, y, joder, precisamente en aquel momento tenía que pasar un tren *y* echarnos una lluvia de chispas ardientes. Lola quedó aterrorizada. Supongo que también era su primer polvo y probablemente lo necesitara más que yo, pero cuando sintió las chispas, quiso soltarse. Fue como intentar sujetar a una yegua salvaje. No pude mantenerla tumbada, a pesar de lo que forcejeé con

Librodot

ella. Se levantó, se bajó las faldas y se ajustó el moño en la nuca. «Debes irte a casa», dice. «No me voy a casa», dije, al tiempo que la cogía del brazo y empezaba a caminar. Caminamos un buen trecho en absoluto silencio. Ninguno de los dos parecía advertir hacia dónde íbamos. Por último, desembocamos en la carretera y por encima de nosotros quedaban los depósitos y cerca de éstos había un estanque. Instintivamente me dirigí hacia el estanque. Teníamos que pasar bajo unos árboles de ramas bajas, al acercarnos al estanque. Estaba ayudando a Lola a agacharse, cuando de repente resbaló y me arrastró en su caída. No hizo ningún esfuerzo para levantarse; al contrario, me agarró y me apretó contra ella, y ante mi gran asombro sentí también que deslizaba la mano en mi bragueta. Me acarició tan maravillosamente, que en un santiamén me corrí en su mano. Después me cogió la mano y se la colocó entre las piernas. Se tumbó completamente relajada y abrió las piernas al máximo. Me incliné y le besé cada uno de los pelos del coño; le puse la lengua en el ombligo y lo lamí hasta limpiarlo. Después me tumbé con la cabeza entre sus piernas y me bebí con la lengua la baba que le brotaba. Entonces ya estaba gimiendo y se agarraba frenéticamente; el pelo se le había soltado por completo y le cubría el abdomen desnudo. En pocas palabras, se la volví a meter, y me contuve largo rato, lo que debió de agradecerme más que la hostia, porque se corrió no sé cuántas veces: era como un paquete de cohetes explotando, y al mismo tiempo me hincó los dientes, me magulló los labios, me arañó, me desgarró la camisa y no sé qué demonios más. Cuando llegué a casa, y me miré en el espejo, estaba marcado como una res.

Mientras duró, fue maravilloso, pero no duró mucho. Un mes después, los Niessen se fueron a vivir a otra ciudad, y no volví a ver a Lola nunca más. Pero colgué su zurrón sobre la cama y le rezaba todas las noches. Y siempre que iniciaba los ejercicios de Czerny, me venía una erección, al pensar en Lola tumbada en la hierba, al pensar en su larga cabellera negra, en el moño en la nuca, en los gemidos que soltaba y en el jugo que le brotaba. Para mí tocar el piano era simplemente como un sustitutivo de un largo polvo. Tuve que esperar otros dos años antes de mojar el churro otra vez, como se suele decir, y entonces no salió tan bien porque pesqué unas hermosas purgaciones y, además, no fue en la hierba ni en verano y no hubo ardor, sino que fue un polvo mecánico por un dólar en un sucio cuartito de hotel, con aquella cabrona fingiendo que se corría y se corría menos que una piedras Y quizá no fuera ella la que me pegase las purgaciones, sino su amiga de la habitación de al lado que estaba acostándose con mi amigo Simmons. Esto fue lo que pasó: había acabado tan deprisa con mi polvo mecánico, que pensé en ir a ver cómo le iba a mi amigo Simmons. Mira por dónde, todavía estaban en pleno tracatrá, y menudo cómo le daban al asunto. Era checa, aquella chica, y un poco boba; al parecer, no llevaba mucho en el oficio, y solía abandonarse y disfrutar con el acto. Al ver lo bien que se portaba, decidí esperar y probarla yo también. Y así lo hice. Y antes de que pasara una semana me empezó a supurar y me figuré que serían purgaciones o algo que no iba bien en los cojones.

Al cabo de un año más o menos, yo estaba ya dando clases, y quiso la suerte que la madre de la muchacha a la que daba las clases fuese una golfa, una furcia y una fulana como hay pocas. Vivía con un negro, como más adelante descubrí. Al parecer, no podía conseguir una picha lo bastante grande para satisfacerla. El caso es que siempre que estaba a punto de

Librodot

marcharme a casa, me retenía en la puerta y se restregaba contra mí. Me daba miedo liarme con ella porque corría el rumor de que tenía sífilis, pero, ¿qué demonios vas a hacer cuando una mala puta cachonda como ésa se restriega el coño contra ti y te mete la lengua casi hasta la garganta? Solía follarla de pie en el vestíbulo, lo que no era tan difícil porque pesaba poco y podía sostenerla con las manos como una muñeca. Y estoy una noche sosteniéndola así, cuando oigo de repente que meten una llave en la cerradura, y ella lo oye también y se queda muerta de miedo. No había dónde ir. Afortunadamente, había una cortina que colgaba de la puerta y me escondí detrás de ella. Después oí que su andoba negro la besaba y decía: *«¿Cómo estás, cariño*?, y ella le está diciendo que ha estado esperándole y que mejor será que suba, porque no puede esperar más, y cosas así. Y cuando las escaleras dejan de crujir abro la puerta despacito y salgo pitando, y entonces me entra miedo de verdad porque si ese andoba negro llega a descubrirlo alguna vez, me corta el cuello, de eso puedo estar seguro. Y, por eso, dejo de dar clases en esa casa, pero pronto la hija —que acaba de cumplir dieciséis años— se pone a perseguirme y a pedirme que vaya a darle clases a casa de una amiga. Volvemos a empezar de nuevo los ejercicios de Czerny, con chispas y todo. Es la primera vez que huelo un coño fresco, y es maravilloso, como heno recién segado. Jodimos clase tras clase y entre las clases echábamos un polvo extra. Y después, un día, la triste historia de siempre: está preñada, ¿y qué se puede hacer? Tengo que ir a buscar a un judío para que me ayude, y quiere veinticinco dólares por el trabajo y en mi vida he visto veinticinco dólares. Además, ella es menor de edad. Además, podría darle una infección a la sangre. Le doy cinco dólares a cuenta y me largo a los Adirondacks por dos semanas. En los Adirondacks conozco a una maestra de escuela que se muere por recibir clases. Más ejercicios de velocidad, más condones y complicaciones. Siempre que tocaba el piano parecía que soltaba un coño.

Si había una fiesta tenía que llevar el rollo de la música de los cojones; para mí era exactamente como envolverme el pene en un pañuelo y ponérmelo bajo el brazo. En vacaciones, en una granja o en una posada, donde siempre sobraban las gachís, la música surtía un efecto extraordinario. Las vacaciones eran un período que esperaba con ansiedad durante todo el año, no tanto por las tías como porque no había que trabajar. Una vez fuera de la rutina del trabajo, me volvía un payaso. Estaba tan rebosante de alegría, que quería salir de mi pellejo. Recuerdo que un verano conocí en Catskills a una chica llamada Francie. Era bonita y lasciva, con fuertes tetas escocesas y una fila de dientes blancos y regulares, deslumbrantes. La cosa empezó en el río, donde estábamos nadando. Estábamos agarrados al bote y una de las tetas se le había salido de su sitio. Le saqué la otra para que no tuviera que molestarse y después le desaté las trabillas. Se sumergió bajo el bote tímidamente y yo la seguí y, cuando subió a coger aire, le quité el maldito traje de baño y allí quedó flotando como una sirena con sus grandes y fuertes tetas subiendo y bajando como corchos hinchados. Me quité el calzón de baño y empezamos a jugar como delfines bajo el costado del bote. Al poco rato, vino su amiga en una canoa. Era una chica bastante corpulenta, una pelirroja con ojos color ágata y llena de pecas. Quedó bastante escandalizada de encontrarnos en pelotas, pero no tardamos en hacerle caer de la canoa y la desnudamos. Y después los tres empezamos a jugar bajo el agua, pero era difícil llegar a nada con ellas

Librodot

porque estaban escurridizas como anguilas. Cuando nos cansamos, corrimos a una caseta que estaba en el campo como una garita de centinela abandonada. Habíamos traído nuestras ropas e íbamos a vestirnos, los tres, en aquella caseta. Hacía un calor y un bochorno espantosos y estaban juntándose nubes que amenazaban tormenta. Agnes —la amiga de Francie— tenía prisa por vestirse. Estaba empezando a avergonzarse de estar allí desnuda delante de nosotros. En cambio, Francie parecía sentirse a sus anchas. Estaba sentada en el banco con las piernas cruzadas y fumando un cigarrillo. El caso es que, justo cuando Agnes estaba poniéndose el vestido, se produjo un relámpago y al instante se oyó el estampido aterrador de un trueno. Agnes dio un grito y dejó caer el vestido. A los pocos segundos se produjo otro relámpago y otra vez el estruendo de un trueno, peligrosamente cercano. El aire se volvió azul a nuestro alrededor y las moscas empezaron a picar y nos pusimos nerviosos e impacientes y también un poco asustados. Sobre todo Agnes, que tenía miedo de los rayos y más todavía de que la encontraran muerta estando los tres desnudos. Quería ponerse la ropa y correr a su casa, dijo. Y justo cuando pronunció esas palabras, que le salieron del alma, empezó a llover a cántaros. Pensamos que escamparía al cabo de pocos minutos, así que nos quedamos allí, desnudos, mirando el vapor que subía del río a través de la puerta entreabierta. Parecía que caían piedras y los rayos seguían cayendo a nuestro alrededor incesantemente. Ahora todos estábamos completamente asustados y sin saber qué hacer. Agnes se retorcía las manos y rezaba en voz alta; parecía una idiota de Georges Grosz, una de esas perras torcidas con un rosario en torno al cuello y encima con ictericia. Pensaba que iba a desmayarse en nuestros brazos o algo así. De repente, se me ocurrió la brillante idea de hacer una danza de guerra en la lluvia... para distraerlas. Justo cuando salgo de un salto para empezar mi baile, brilla un rayo y parte por la mitad un árbol no lejos de allí. Estoy tan asustado, que pierdo el juicio. Siempre que estoy asustado, me echo a reír. Así que solté una carcajada salvaje, espeluznante, que hizo gritar a las chicas. Cuando les oí gritar, no sé por qué, pero pensé en los ejercicios de velocidad y entonces sentí que me encontraba en el vacío y todo estaba azul a mi alrededor y la lluvia tamborileaba caliente y fría en mi tierna piel. Todas mis sensaciones se habían reunido en la superficie de la piel y debajo de la capa de piel exterior estaba vacío, ligero como una pluma, más ligero que el aire o el humo o el talco o el magnesio o cualquier cosa que se os ocurra. De repente, era un indio chippewa y otra vez en tono de sasafrás y me importaba tres cojones que las chicas gritaran o se desmayasen o se cagaran en los pantalones, que en cualquier caso no llevaban puestos. Al mirar a la loca de Agnes con el rosario en torno al cuello y su enorme panza azul de miedo, se me ocurrió la idea de hacer una danza sacrílega, con una mano cogiéndome las pelotas y con el pulgar de la otra en la nariz haciendo burla a los rayos y truenos. La lluvia era caliente y fría y la hierba parecía llena de libélulas. Fui saltando como un canguro y gritando a pleno pulmón: «¡Oh, Padre, cochino hijo de puta, deja de enviar esos relámpagos de los cojones, o, si no, Agnes va a dejar de creer en ti! ¿Me oyes, viejo capullo de ahí arriba? Deja de hacer chorradas... estás volviendo loca a Agnes. Oye, ¿es que estás sordo, viejo verde?» Y, sin dejar de soltar esos disparates desafiantes, bailé en torno a la caseta saltando y brincando como una gacela y usando las blasfemias más espantosas que se me ocurrían. Cuando brillaba un relámpago, yo saltaba más alto, y cuando el trueno retumbaba,

Librodot

yo rugía como un león y después di una voltereta sobre las manos y luego rodé por la hierba como un cachorro y masqué la hierba y la escupí hacia ellas y me golpeé el pecho como un gorila y durante todo el rato veía los ejercicios de Czerny sobre el piano, la página blanca llena de sostenidos y bemoles, y el imbécil de los cojones, pienso para mis adentros, que se imaginaba que ése era el modo de aprender a tocar el clavicordio bien templado. Y de pronto pensé que Czerny podía estar en el cielo a estas alturas y contemplándome, así que escupí hacia él lo más alto que pude y cuando volvió a retumbar el trueno, grité con todas mis fuerzas: «Oye, Czerny, cabrón, que estás ahí arriba, ojalá te arranquen los cojones los relámpagos... ojalá te tragues la torcida cola y te estrangules... ¿Me oyes, capullo chalado?»

Pero, a pesar de mis buenos esfuerzos, el delirio de Agnes iba en aumento. Era una estúpida irlandesa católica y nunca había oído a nadie dirigirse así a Dios. De repente, mientras estaba bailando por detrás de la caseta, salió disparada hacia el río. Oí gritar a Francie: «¡Corre a por ella, se va a ahogar! ¡Ve a buscarla!» Salí tras ella, con la lluvia cayendo todavía como chuzos, y gritándole que volviera, pero siguió corriendo a ciegas, como poseída por el diablo, y cuando llegó a la orilla, se zambulló y se dirigió hacia el bote. Nadé tras ella y cuando llegamos junto al bote, que temía fuera a volcar ella, la cogí por la cintura con una mano y empecé a hablarle serena y suavemente, como si hablara a un niño. «¡Apártate de mi lado!», dijo, «¡eres un ateo!» ¡Hostia! Me quedé tan asombrado al oír aquello, que podrían haberme derribado con una pluma. Así, que, ¿era por eso? Toda esa histeria porque estaba insultando a Dios Todopoderoso. Me dieron ganas de darle un golpe en un ojo para hacerle recuperar el juicio. Pero no hacíamos pie allí y tenía miedo de que hiciera alguna locura como volcar el bote por encima de nuestras cabezas, si no la trataba adecuadamente. Así que fingí que lo sentía terriblemente y dije que no hablaba en serio, que había sentido un miedo de muerte, y que si patatín y que si patatán, y mientras le hablaba dulce y tranquilizadoramente, le deslicé la mano por la cintura y le acaricié el culo con suavidad. Eso era lo que quería. Me estaba hablando entre sollozos de lo buena católica que era y cómo había intentado no pecar, y quizás estuviera tan absorta en lo que estaba diciendo, que no se daba cuenta de lo que estaba haciendo yo, pero aun así cuando le metí la mano por la entrepierna y dije todas las cosas tontas que se me ocurrieron, sobre Dios, sobre el amor, sobre ir a la iglesia y confesarse y todas esas gilipolleces, debió de sentir algo porque le tenía metidos tres buenos dedos y los movía alrededor como bobinas locas. «Ponme los brazos alrededor, Agnes», le dije suavemente, sacando la mano y atrayéndola hacia mí para poder meter mis piernas entre las suyas... «Así, qué buena chica... no te preocupes... va a acabar pronto.» Y sin dejar de hablar de la iglesia, del confesionario, del amor de Dios y de toda la maldita pesca, conseguí metérsela. «Eres muy bueno conmigo», dijo, como si no supiera que tenía la picha dentro, «y siento haberme portado como una tonta». «Ya sé, Agnes», dije, «no te preocupes... oye, apriétame más fuerte... eso, así». «Me temo que el bote se va a volcar», dice haciendo lo posible para mantener el culo en su sitio mientras rema con la mano derecha. «Sí, volvamos a la orilla», dije, y empecé a retirarme de ella. «Oh, no me dejes», dice, agarrándome con más fuerza. «No me dejes, que me voy a ahogar.» Justo entonces llega Francie corriendo a la orilla. «Date prisa», dice Agnes, «date prisa... que me voy a ahogar».

Librodot

He de decir que Francie era de buena pasta. Desde luego, no era católica y si tenía moral alguna, era del orden de los reptiles. Era una de esas chicas nacidas para follar. No tenía aspiraciones! ni grandes deseos, no se mostraba celosa, no guardaba rencores, siempre estaba alegre y no carecía de inteligencia. Por las noches, cuando estábamos sentados en el porche a oscuras hablando con los invitados, se me acercaba y se me sentaba en las rodillas sin nada debajo del vestido, y yo se la metía mientras ella reía y hablaba con los otros. Creo que habría actuado con el mismo descaro delante del Papa, si hubiera tenido oportunidad. De regreso en la ciudad, cuando iba a visitarla a su casa, usaba el mismo truco delante de su madre que, afortunadamente, estaba perdiendo la vista. Si íbamos a bailar y se ponía demasiado cachonda, me arrastraba hasta una cabina telefónica y la muy chiflada se ponía a hablar de verdad con alguien, con alguien como Agnes, por ejemplo, mientras le dábamos al asunto: Parecía darle un placer especial hacerlo en las narices de la gente, decía que era más divertido, si no pensabas demasiado en ello. En el metro abarrotado de gente, al volver a casa de la playa, pongamos por caso, se corría el vestido para que la abertura quedara en el medio, me cogía la mano y se la colocaba en pleno coño. Si el tren iba repleto y estábamos encajados a salvo en un rincón, me sacaba la picha de la bragueta y la cogía con las manos, como si fuera un pájaro. A veces se ponía juguetona y colgaba su bolso de ella como para demostrar que no había el menor peligro. Otra cosa suya era que no fingía que yo fuera el único tío al que tenía sorbido el seso. No sé si me contaba todo, pero desde luego me contaba muchas cosas. Me contaba sus aventuras riéndose, mientras estaba subiéndome encima o cuando se la tenía metida, o justo cuando estaba a punto de correrme. Me contaba lo que hacían, si la tenían grande o pequeña, lo que decían cuando se excitaban y esto y lo otro, dándome todos los detalles posibles, como si fuera yo a escribir un libro de texto sobre el tema. No parecía sentir el menor respeto por su cuerpo ni por sus sentimientos ni por nada relacionado con ella. «Francie, cachondona», solía decirle yo, «tienes la moral de una almeja». «Pero te gusto, ¿verdad?», respondía ella. «A los hombres les gusta joder, y a las mujeres también. No hace daño a nadie y no significa que tengas que amar a toda la gente con la que folles, ¿no? No quisiera estar enamorada; debe de ser terrible tener que joder con el mismo hombre todo el tiempo, ¿no crees ? Oye, si sólo follaras conmigo todo el tiempo, te cansarías de mí en seguida, ¿no? A veces es bonito dejarse joder por alguien que no conoces en absoluto. Sí, creo que eso es lo mejor», añadió, «no hay complicaciones, ni números de teléfono, ni cartas de amor, ni restos ¡vamos! Oye, ¿crees que está mal lo que te voy a contar? Una vez intenté hacer que mi hermano me follara; ya sabes lo sarasa que es... no hay quien lo aguante. Ya no recuerdo exactamente cómo fue, pero el caso es que estábamos en casa solos y aquel día me sentía ardiente. Vino a mi habitación a preguntarme por algo. Estaba allí tumbada con las faldas levantadas, pensando en el asunto y deseándolo terriblemente, y cuando entró, me importó un comino que fuera mi hermano, simplemente lo vi como un hombre, así que seguí tumbada con las faldas levantadas y le dije que no me sentía bien, que me dolía el estómago. Quiso salir al instante a comprarme algo, pero le dije que no, que me diera friegas en el estómago, que eso me calmaría. Me abrí la blusa y le hice darme friegas en la piel desnuda. Intentaba mantener los ojos fijos en la pared, el muy idiota, y me frotaba como si fuera un leño. "No es ahí, zoquete", dije, "es más abajo... ¿de

Librodot

qué tienes miedo?" Y fingí que me dolía mucho. Por fin, me tocó accidentalmente. "¡Eso! ¡Ahí!", exclamé. "Oh, restriégame ahí! ¡Qué bien sienta!" ¿Y sabes que el muy lelo estuvo dándome masajes durante cinco minutos sin darse cuenta de que era un simple juego? Me exasperó tanto, que le dije que se fuera a hacer puñetas y me dejase tranquila. "Eres un eunuco" dije, pero era tan lelo, que no creo que supiera lo que significaba esa palabra.» Se rió pensando en lo tontorrón que era su hermano. Dijo que probablemente fuese virgen todavía. ¿Qué me parecía... había hecho muy mal? Naturalmente, sabía que yo no pensaría nada semejante. «Oye, Francie», dije, «¿le has contado alguna vez esa historia al poli con el que estás liada?» Le parecía que no. «Eso me parece a mí también», dije. «Si oyera alguna vez esa historia, te iba a dar para el pelo.» «Ya me ha pegado», respondió al instante. «¡Cómo!», dije, «¿le dejas que te pegue?» «No se lo pido», dijo, «pero ya sabes lo irascible que es. No dejo que nadie me pegue pero, no sé por qué, viniendo de él no me importa tanto. A veces me hace sentirme bien por dentro... no sé, quizá la mujer necesite que le den una somanta de vez en cuando. No duele tanto, si te gusta el tipo de verdad. Y después es tan dulce... casi me siento avergonzada...»

No es frecuente encontrar una gachí que reconozca cosas así, me refiero a una gachí legal, no a una retrasada mental. Por ejemplo, Trix Miranda y su hermana, la señora Costello. Menudas pájaras eran esas dos. Trix, que salía con mi amigo McGregor, fingía ante su propia hermana, con la que vivía, que tenía relaciones sexuales con McGregor. Y la hermana fingía ante todo el mundo que era frígida, que no podía tener relaciones de ninguna clase con un hombre, aunque quisiera, porque lo tenia «muy pequeño». Y, mientras tanto, mi amigo McGregor se las jodia a las dos pánfilas y las dos lo sabían pero seguían mintiéndose mutuamente. La mala puta de la Costello era histérica; siempre que tenía la impresión de que no se llevaba un porcentaje justo de los polvos que McGregor repartía, le daba un ataque seudoepiléptico. Eso significaba que había que ponerle toallas, darle palmadas en las muñecas, desabrocharle el vestido, darle friegas en las piernas y, por último, llevarla en volandas al piso de arriba, a la cama, donde mi amigo McGregor se ocuparía de ella tan pronto como hubiera puesto a dormir a la otra. A veces las dos hermanas se acostaban juntas para echar la siesta por la tarde; si McGregor andaba por allí, subía al piso de arriba y se tumbaba entre ellas. Se quedaba así respirando pesadamente, abriendo primero un ojo y luego el otro, para ver cuál de las dos estaba dormitando realmente. En cuanto se convencía de que una de las dos estaba dormida, abordaba a la otra. Al parecer, en esas ocasiones prefería a la hermana histérica, la señora Costello, cuyo marido la visitaba una vez cada seis meses. Cuanto más riesgo corría, más le excitaba, según decía. Si era a la otra hermana, a Trix, a la que le correspondía cortejar, tenía que fingir que sería terrible que la otra los sorprendiera así, y al mismo tiempo, me confesaba a mí, siempre albergaba la esperanza de que la otra se despertara y los sorprendiese. Pero la hermana casada, la que lo tenía «muy pequeño», como solía decir, era una tía taimada y además se sentía culpable con respecto a su hermana y, si ésta la hubiera sorprendido en el acto, probablemente habría fingido que tenía un ataque y que debido a ello no sabía lo que estaba haciendo. Por nada del mundo admitiría que en realidad se estaba dando el gusto de que un hombre se la estuviera jodiendo.

Yo la conocía bastante bien porque le di clases por un tiempo, y solía

Librodot

hacer todo lo posible para hacerle reconocer que tenía un coño normal y que disfrutaría con un buen polvo, si podía echarlo de vez en cuando. Solía contarle historias estrafalarias, que en realidad eran descripciones ligeramente disimuladas de lo que ella hacía, y aun así seguía en sus trece. Había llegado hasta el extremo —lo nunca visto— de conseguir que me dejara meterle el dedo. Pensé que ya la tenía en el bote. Era cierto que estaba seca y un poco apretada, pero lo atribuí a su histeria. Pero imaginaos lo que es llegar hasta ese extremo con una tía y después que te diga en la cara, mientras se baja las faldas de un tirón violento: «¿Lo ves? Ya te he dicho que no estoy bien hecha!» «No veo nada de eso», dije airado. «¿Qué querías? ¿que usase un microscopio para mirarte?»

—¡Muy bonito! —dijo, fingiendo una actitud altanera—. ¡Bonita forma de hablarme es ésa!

—Sabes perfectamente que estás mintiendo —contesté—. ¿Por qué mientes así? ¿No crees que es humano tener un coño y usarlo de vez en cuando? ¿Quieres que se te seque?

—¡Qué lenguaje! —dijo mordiéndose el labio inferior y poniéndose más colorada que un tomate—. Siempre te había considerado un caballero.

—Pues tú no eres una dama —repliqué—, porque hasta una dama se deja echar un polvo de vez en cuando, y, además, las damas no piden a los caballeros que les metan el dedo coño arriba para ver si lo tienen pequeño.

—No te he pedido que me tocaras —dijo—. No se me ocurriría pedirte que me pusieses la mano encima, por lo menos no en mis partes íntimas.

—Quizá pensabas que te iba a limpiar la oreja, ¿es eso?

—Te veía como un médico en ese momento, eso es lo único que puedo decir —dijo firmemente intentando dejarme cortado.

—Oye —dije, decidido a jugarme el todo por el todo—, vamos a hacer como que ha sido un error, como que nada ha ocurrido, nada en absoluto. Te conozco demasiado bien como para que se me ocurra insultarte así. Nunca se me ocurriría hacerte una cosa así... no, que me cuelguen, si miento. Simplemente me estaba preguntando si no estarás en lo cierto, si no lo tendrás quizás bastante pequeño. Mira, todo ha sucedido tan rápido, que no sabría decir lo que he sentido... no creo siquiera que te haya metido el dedo. Debo de haber tocado la parte de afuera... simplemente. Oye, siéntate aquí en el sofá... seamos amigos otra vez. —La senté a mi lado (era evidente que estaba aplacándose) y le pasé el brazo por la cintura, como para consolarla más tiernamente.— ¿Siempre has sido así? —le pregunté inocentemente, y casi me eché a reír al instante, al comprender la idiotez de mi pregunta. Bajó la cabeza tímidamente, como si estuviéramos aludiendo a una tragedia que no se debía mentar—. Oye? quizá si te sentaras en mis rodillas... —y la alcé suavemente desde mis rodillas, al tiempo que le metía la mano delicadamente bajo él vestido y la dejaba descansar ligeramente en su rodilla...— quizá si te sentases un momento así, te sentirías mejor... eso, así, recuéstate en mis brazos... ¿te sientes mejor? —no respondió pero tampoco opuso resistencia; se limitó a recostarse relajada y cerró los ojos. Gradualmente, muy despacio y con suavidad, subí la mano por la pierna, sin dejar de hablarle en voz baja y tranquilizadora. Cuando metí los dedos en la entrepierna y separé los labios menores estaba tan mojado como un estropajo. Le di nuevos masajes, abriéndolo cada vez más, y sin dejar de soltar un rollo telepático sobre que a veces las mujeres se equivocan sobre sí mismas y que a veces creen tenerlo muy pequeño, cuando en realidad son bastante

Librodot

normales, y cuanto más hablaba, más jugo le salía y más se abría. Tenía cuatro dedos dentro y había sitio para más, si hubiera tenido más para meter. Tenía un coño enorme y noté que lo habían agrandado lo suyo. La miré para ver si seguía con los ojos cerrados. Tenía la boca abierta y jadeaba, pero los ojos estaban cerrados, como si estuviera fingiéndose a sí misma que todo era un sueño. Ahora podía moverla con fuerza... no había peligro de que protestase. Y, maliciosamente quizá, la zarandeé innecesariamente, sólo para ver si volvía en sí. Estaba tan fláccida como un cojín de plumas y ni siquiera cuando se golpeó contra el brazo del sofá dio muestra alguna de irritación. Era como si se hubiese anestesiado para un polvo gratuito. Le quité toda la ropa y la tiré al suelo, y después de haberle tirado unos cuantos viajes en el sofá, la saqué y la tumbé en el suelo, sobre su ropa; y luego se la volví a meter y la apretó con esa válvula de succión que usaba con tanta habilidad, a pesar de la apariencia exterior de estar en coma.

Me parece extraño que de la música siempre se pasara al sexo. Por las noches, si salía a dar un paseo, estaba seguro de ligarme a alguna: a una enfermera, a una chica que salía de un baile, a una dependienta, cualquier cosa con faldas. Si iba con mi amigo McGregor en su coche —sólo un paseíto hasta la playa, como él decía—, hacia medianoche me encontraba sentado en una sala de estar ajena en un barrio extraño con una chica en las rodillas que por lo general me importaba un pito porque McGregor era todavía menos exigente que yo. Muchas veces, al subir a su coche, le decía: «Oye, esta noche nada de gachís, ¿ eh?» «¡No, joder, ya estoy hasta los huevos... sólo una vuelta a algún sitio... tal vez a Sheepshead Bay, ¿qué te parece?» No habíamos recorrido más de un kilómetro, cuando se detenía de repente junto a la acera y me daba un codazo. «Mira lo que va por ahí», decía, señalando a una chica que iba andando por la acera. «¡Madre mía, qué piernas!» O bien: «Oye, ¿qué te parece, si le pedimos que se venga con nosotros? Quizá pueda traer a una amiga.» Y antes de que yo pudiera decir nada, ya estaba llamándola y soltándole el rollo de costumbre, que era el mismo para todas. Y nueve de cada diez veces, la chica se venía con nosotros. Y, antes de que hubiéramos avanzado mucho, mientras la tocaba con la mano libre, le preguntaba si tenía una amiga que pudiera traer para hacernos compañía. Y, si ella le armaba un cristo, si no le gustaba que la tocaran tan pronto, decía: «Vale, vete a hacer puñetas, entonces... ¡No podemos perder el tiempo con tías como tú!» Y, dicho eso, reducía la marcha y la hacía salir de un empujón. «No vamos a fastidiarnos con tías así, ¿eh, Henry ?», decía riéndose entre dientes. «Espera un poco, prometo conseguirte algo bueno antes de que acabe la noche.» Y, si le recordaba que íbamos a descansar por una noche, repondía: «Bueno, como gustes... simplemente pensaba que te resultaría más agradable.» Y, de repente, daba un frenazo y ya estaba diciéndole a una silueta sedosa que se vislumbraba entre las sombras: «Hola, chica, ¿qué... dando un paseíto?», y quizás esa vez fuera algo excitante, una tía calentorra sin nada que hacer salvo levantarse las faldas y ofrecértelo. Quizá no tuviéramos ni siquiera que invitarle a un trago, sino sólo detenernos en alguna carretera secundaria y pasar al asunto, uno tras otro, en el coche. Y, si era una boba, como solían ser, ni siquiera se molestaba en llevarla a casa. «Vamos en otra dirección», decía, el muy cabrón, «Será mejor

Librodot

que bajes aquí», y, dicho eso, abría la puerta y la echaba. Naturalmente, en seguida se ponía a pensar en si estaría limpia. Eso le ocupaba el pensamiento durante todo el viaje dé vuelta. «Joder, deberíamos tener más cuidado», decía. «No sabe uno dónde se mete al ligarlas así. Desde la última —¿recuerdas?¿ la que nos ligamos en el Drive— me ha estado picando más que la hostia. Quizá sólo sean los nervios... pienso demasiado en eso. Dime una cosa, Henry: ¿por qué no puede uno quedarse con una sola gachí? Por ejemplo, Trix; es buena chica, ya lo sabes. Y en cierto modo me gusta también, pero... hostia, ¿de qué sirve hablar de eso? Ya me conoces... soy un glotón. ¿Sabes una cosa?. Estoy llegando al extremo de que a veces, cuando voy a buscas a un ligue —imagínate, una chica que quiero joderme, y que, tengo en el bote— pues, como digo, a veces, voy de camino y quizá con el rabillo del ojo veo unas piernas cruzando la calle y, cuando me quiero dar cuenta, ya la tengo en el coche y al diablo la otra. Debo de ser un obseso, supongo... ¿Tú qué crees? No me digas nada» añadía rápidamente. «Te conozco, cabrito... seguro que me dirás lo peor.» Y luego, tras una pausa: «Eres un tipo curioso, ¿sabes? Nunca te veo rechazar nada, pero, no sé por qué, no pareces pensar todo el tiempo en eso. A veces me da la impresión de que te da igual como salga la cosa. Y además eres constante, cabrón... casi diría que eres monógamo. No comprendo cómo puedes seguir tanto tiempo con una mujer. ¿No te aburres con ellas? Joder, yo sé tan bien lo que me van a decir. A veces me dan ganas de decir... ya sabes, de llegar a verlas y decir: "Mira, chica, no me digas ni una palabra... sácamela simplemente y abre bien las piernas".» Se rió con ganas. «¿Te imaginas la cara que pondría Trix, si le soltara algo así? Mira, una vez estuve a punto de hacerlo. No me quité ni la chaqueta ni el sombrero. *¡Cogió un cabreo!* No le importaba demasiado que no me quitara la chaqueta, pero, ¡lo del sombrero! Le dije que tenía miedo de enfriarme con una corriente de aire... naturalmente, no había ninguna corriente de aire. La verdad es que estaba tan impaciente por largarme, que pensé que, si me dejaba el sombrero puesto, acabaría antes. En realidad, tuve que quedarme toda la noche con ella. Me armó tal bronca, que no podía calmarla... Pero, oye, eso no es nada. Una vez me ligué a una irlandesa borracha y aquélla tenía ideas raras. En primer lugar, nunca quería hacerlo en la cama... siempre sobre la mesa. Ya sabes, de vez en cuando no está mal, pero, si lo haces con frecuencia, te deja baldado. Así, que una noche —supongo que estaba un poco trompa— voy y le digo, no, de eso nada, borracha, que eres una borracha... esta noche te vas a venir a la cama conmigo. Quiero un polvo de verdad... *en la cama.* ¿Sabes que tuve que discutir con aquella hija de puta durante casi una hora antes de poder convencerla para que se viniera a la cama conmigo? Y, aun así, con la condición de que no me quitase el sombrero. Oye, ¿me imaginas subiéndome sobre aquella mala puta con el sombrero puesto? ¡Y, encima, en pelotas! Le pregunté... "¿Por qué no quieres que me quite el sombrero?" ¿Sabes lo que me dijo? Dijo que parecía más elegante. ¿Te imaginas la mentalidad de aquella tía? Me odiaba a mí mismo por ir con aquella mala puta. Siempre iba a verla borracho, eso por un lado. Primero tenía que estar como una cuba y como ciego y atontado... ya sabes cómo me pongo a veces...»

Yo sabía perfectamente lo que quería decir. Era uno de mis amigos más antiguos y uno de los tipos más pendencieros que he conocido en mi vida. Testarudo no es la palabra exacta. Era como una mula: un escocés cabezón. Y su viejo era todavía peor. Cuando los dos se ponían furiosos, era

Librodot

digno de verse. El viejo solía bailar, lo que se dice *bailar,* de rabia. Si la vieja se metía por medio, se ganaba un puñetazo en el ojo. Solían echarlo de casa cada cierto tiempo. Y a la calle se iba, con todas sus pertenencias, incluidos los muebles, incluido el piano también. Al cabo de un mes o así, ya estaba de vuelta otra vez... porque en casa siempre confiaban en él. Y entonces una noche llegaba borracho con una mujer que se había ligado en algún sitio y empezaban las broncas otra vez. Al parecer, no les importaba demasiado que llegara a casa con una chica y se quedase con ella toda la noche, pero a lo que sí ponían reparos era a que tuviera el tupé de pedir a su madre que les sirviese el desayuno en la cama. Si su madre intentaba echarle una bronca, él le hacía callar diciendo: «¿A mí qué me explicas? Pero, si tú no te habrías casado todavía, si no te hubieras quedado preñada.» La vieja se retorcía las manos y decía: «¡Qué hijo! ¡Válgame Dios! ¿Qué he hecho para merecer esto?» A lo que él comentaba: «¡Venga ya! ¡Lo que pasa es que eres una vieja gilipuertas!» Muchas veces acudía su hermana para intentar calmar los ánimos. «¡Por Dios, Wallie!», decía. «No quiera meterme en tus asuntos, pero, ¿no podrías hablar con más respeto a tu madre?» Ante lo cual McGregor hacía sentar a su hermana en la cama y empezaba a engatusarla para que le llevara el desayuno. Generalmente, tenía que preguntar a su compañera de cama cómo se llamaba para presentársela a su hermana. «No es mala chica», decía, refiriéndose a su hermana. «Es la única, decente de la familia... Oye, hermanita, tráenos un poco de papeo, ¿quieres? Unos huevos con jamón curiositos, ¿eh? ¿Qué te parece? Oye, ¿anda el viejo por ahí? ¿De qué humor está hoy? Me gustaría pedirle un par de dólares prestados. Intenta sacárselos tú, ¿quieres? Te compraré algo bonito para Navidad.» Y después, como si hubieran quedado de acuerdo en todo, retiraba las sábanas para enseñar a la gachí que tenía al lado. «Mírala, hermana, ¿no es bonita? ¡Mira qué pierna! Oye, tendrías que conseguirte a un hombre tú también... estás demasiado flaca. Aquí, Patsy, apuesto a que no tiene que ir solicitándolo, ¿eh, Patsy?» Y, al decir eso, le daba una palmada a Patsy en la grupa. «Y ahora, ¡largo, hermanita! Quiero un poco de café... y no te olvides, ¡el jamón muy hecho! No traigas ese jamón asqueroso de la tienda... trae algo extra. ¡Y date prisa!»

Lo que me gustaba de él eran sus debilidades; como todos los hombres que hacen demostración de fuerza de voluntad, estaba absolutamente fofo por dentro. No había nada que no hiciera... por debilidad. Siempre estaba muy ocupado y nunca estaba haciendo nada en realidad. Y siempre estudiando algo, siempre intentando mejorar su inteligencia. Por ejemplo, cogía el diccionario más completo, y cada día le arrancaba una página y se la leía de cabo a rabo y religiosamente durante los trayectos de ida y vuelta a la oficina. Estaba atiborrado de datos, y cuanto más absurdos e incongruentes fueran éstos, más placer le daban. Parecía decidido a probar a todos y cada uno que la vida era una farsa, que no valía la pena, que una cosa invalidaba otra, etc. Se crió en el North Side, no muy lejos del barrio en que yo había pasado mi infancia. También él era en gran medida un producto del North Side, y ésa era una de las razones por las que me gustaba. La forma como hablaba por la comisura de los labios, por ejemplo, el tono duro que adoptaba cuando hablaba con un poli, el modo como escupía de asco, el tipo de juramentos que usaba, el sentimentalismo, las estrechas miras, la pasión por el billar o los dados, el pasar la noche contando historias, el desprecio hacia los ricos, el codearse con los políticos, la curiosidad por cosas sin valor, el respeto por la cultura, la fascinación del baile, de los bares, del

Librodot

teatro de variedades, el hablar de ver el mundo y no salir nunca de la ciudad, el idolatrar a cualquiera con tal de que demostrara tener «agallas», mil y un rasgos o particularidades de esa clase me hacían apreciarlo porque eran precisamente esas idiosincrasias las que caracterizaban a los tipos que había conocido yo de niño. Parecía que el barrio se componía exclusivamente de fracasados entrañables. Los adultos se comportaban como niños y los niños eran incorregibles. Nadie podía elevarse mucho por encima de su vecino o, si no, lo lincharían. Era asombroso que alguien llegara a ser doctor o abogado. Aun así, tenía que ser un buen tío, tenía que aparentar que hablaba como todo el mundo, y tenía que votar por la candidatura demócrata. Oír a McGregor hablar de Platón o Nietzsche, por ejemplo, a sus compañeros era algo inolvidable. En primer lugar, para conseguir permiso siquiera para hablar sobre cosas como Platón o Nietzsche a sus compañeros, tenía que aparentar que le habían surgido sus nombres por pura casualidad; o tal vez dijera que había conocido una noche a un borracho interesante en un bar y aquel borracho había empezado a hablar de esos tipos, Nietzsche y Platón. Incluso hacía como que no sabía del todo cómo se pronunciaban sus nombres. Platón no era ningún tonto, decía apologéticamente. Platón tenía una o dos ideas en el coco, sí, señor, ya lo creo que sí. Le gustaría ver a uno de esos políticos estúpidos de Washington intentando echar un pulso con un tipo como Platón. Y seguía explicando, de ese modo indirecto y prosaico, a sus compañeros de dados la clase de pájaro inteligente que fue Platón en su época y cómo podía compararse con otros hombres de otras épocas. Desde luego, probablemente fuera un eunuco, añadía, para echar un poco de agua fría sobre toda aquella erudición. En aquellos tiempos, explicaba con agudeza, era frecuente que los tíos grandes, los filósofos, se castraran —¡como lo oís!— para verse libres de toda clase de tentaciones. El otro tipo, Nietzsche, ése era un caso, un caso para el manicomio. Se decía que estaba enamorado de su hermana. Hipersensible, vamos. Tenía que vivir en un clima especial: en Niza, le parecía que era. Por regla general, a McGregor los alemanes no le gustaban demasiado, pero aquel tipo, Nietzsche, era diferente. En realidad, ese Nietzsche odiaba a los alemanes. Afirmaba ser polaco o algo así. El caso es que los caló perfectamente. Decía que eran estúpidos y bestiales, y por Dios que sabía de lo que hablaba. El caso es que los desenmascaró. En pocas palabras, decía que estaban llenos de mierda, y por Dios, ¿es que no tenía razón? ¿Visteis cómo pusieron pies en polvorosa esos cabrones, cuando recibieron unas dosis de su propia medicina? «Mirad, conozco a un tipo que limpió un nido de ellos en la región de Argonne... decía que eran tan viles, que no le daban ganas ni de cagarse en ellos. Decía que ni siquiera desperdiciaría una bala con ellos... se limitaba a romperles la cabeza con una porra. No recuerdo ahora el nombre de ese tipo, pero el caso es que me dijo que vio la tira en los pocos meses que estuvo allí. Dijo que lo que más le divirtió de todo el asunto de los cojones fue cargarse a su propio comandante. No es que tuviera una queja especial de él... simplemente no le gustaba su jeta. No le gustaba la forma como daba las órdenes el tío. La mayoría de los oficiales que murieron recibieron tiros en la espalda, dijo. ¡Les estuvo bien empleado, por capullos! Era un simple chaval del North Side. Creo que ahora regenta unos billares cerca de Wallabout Market. Un tipo tranquilo, que sólo se ocupa de sus asuntos. Pero, si empiezas a hablarle de la guerra, pierde los estribos. Dice que sería capaz de asesinar al presidente de Estados Unidos, si alguna vez intentaran iniciar otra guerra. Sí, señor, y

Librodot

lo haría, os lo digo yo... Pero leche, ¿qué es lo que quería deciros de Platón? Ah, sí...»

Cuando los otros se habían marchado, cambiaba de tono repentinamente: «Tú no eres partidario de hablar así, ¿verdad?» empezaba. No quedaba más remedio que reconocerlo. «Estás equivocado», continuaba. «Tienes que ponerte a su altura, no sabes cuándo puedes necesitar a esos tipos. ¡Tú te comportas como si fueras libre, independiente! Te comportas como si fueses superior a esa gente. Bueno, pues, en eso es en lo que te equivocas. ¿Qué sabes tú dónde estarás dentro de cinco años, o incluso dentro de seis meses? Podrías quedarte ciego, podría pillarte un camión, podrían meterte en el manicomio, no puedes saber lo que te va a ocurrir. Nadie puede saberlo. Podrías estar tan indefenso como un niño de pecho...»

—¿Y qué? —decía yo.

—Hombre, pues que... ¿no crees que estaría bien tener un amigo, cuando lo necesitases? Podrías estar tan desamparado, que te sintieras contento de tener a un amigo que te ayudase a cruzar la calle. Crees que esos tipos no tienen interés; crees que pierdo el tiempo con ellos. Mira, nunca se sabe lo que un hombre podría hacer por ti algún día. Nadie llega a nada solo...

Era quisquilloso en relación con mi independencia, lo que llamaba mi indiferencia. Si me veía obligado a pedirle un poco de pasta, se mostraba encantado. Eso le proporcionaba la oportunidad de echarme un sermoncito sobre la amistad. «Así, que, ¿tú también necesitas dinero?», decía con una gran mueca de satisfacción que se le extendía por toda la cara. «Así, que, ¿también el poeta tiene que comer? Vaya, vaya... tienes suerte de haber recurrido a mí, Henry, muchacho, porque te aprecio, te conozco, hijoputa sin corazón. Claro que sí, ¿cuánto quieres? No tengo mucho, pero lo dividiré contigo. Creo que es bastante justo, ¿no? ¿O acaso crees, cacho cabrón, que debería dártelo todo y salir a pedir algo prestado para mí? Supongo que quieres una buena comida, ¿eh? Huevos con jamón no sería bastante bueno, ¿verdad? Supongo que te gustaría que cogiera el coche y te llevase al restaurante también, ¿eh? Oye, levántate de esa silla un momento... quiero ponerte un cojín bajo el culo. Bien, hombre, bien; así, que, ¿estás sin blanca? Joder, siempre estás sin blanca... no recuerdo haberte visto nunca con dinero en el bolsillo. Oye, ¿no te sientes nunca avergonzado de ti mismo? Tú hablas de esos vagos con los que me junto... pero, mire usted, señor mío, esos tipos nunca vienen a sacarme diez centavos como tú. Tienen más orgullo... preferirían robarlo a darme un sablazo. Pero, *tú,* la hostia, tú estás lleno de ideas presuntuosas, tú quieres reformar el mundo y todas esas gilipolleces... no quieres trabajar por dinero, no, tú no... esperas que alguien te lo entregue en bandeja de plata. ¡Venga, hombre! Tienes suerte de que haya tipos como yo que te entienden. Tienes que dejar de engañarte, Henry. Estás soñando. Todo el mundo quiere comer, ¿no la sabes? La mayoría de la gente está dispuesta a trabajar para comer... no se quedan todo el día en la cama como tú y después se ponen los pantalones de repente y recurren al primer amigo que esté a mano. Supongamos que yo no estuviera aquí, ¿qué habrías hecho? No respondas... sé lo que me vas a decir. Pero, escucha, no puedes seguir toda tu vida así. Desde luego, tienes un pico de oro... da gusto oírte. Eres el único tipo que conozco con el que disfruto hablando realmente, pero, ¿adonde te conducirá eso? Un día de éstos te van a encerrar por vagancia. Eres un vago y nada más, ¿lo sabes? Ni

Librodot

siquiera vales lo que esos otros vagos sobre los que me sermoneas. ¿Dónde estás, cuando me encuentro en un apuro? No hay forma de encontrarte. No contestas a mis cartas, no coges el teléfono, hasta te escondes a veces cuando voy a verte. Oye, ya sé... no tienes que explicarme. Sé que no quieres oír mis historias todo el tiempo. Pero, joder, a veces tengo que hablarte realmente. Claro, que te la trae floja. Mientras estés protegido de la lluvia y te eches otra comida para el cuerpo, eres feliz. No piensas en tus amigos... hasta que no estás desesperado. Esa no es forma de comportarte, ¿*sí o no?* Di que no y te daré un dólar. Me cago en la leche puta, Henry, eres el único amigo auténtico que tengo, pero eres un hijoputa sinvergüenza, si es que sé lo que me digo. Eres un hijoputa gandul de nacimiento, eso es lo que eres. Prefieres morirte de hambre a dedicarte a algo útil...»

Naturalmente, yo me reía y extendía la mano para el dólar que me había prometido. Eso volvía a irritarlo. «Estás dispuesto a decir cualquier cosa, ¿verdad?, con tal de que te dé el dólar que te he prometido. ¡Vaya un tipo! Hablas de moral... pero, joder, si tienes la ética de una serpiente de cascabel. *No,* no te lo voy a dar todavía, por Cristo que no. Antes te voy a torturar un poco más. Te voy a hacer *ganar* este dinero, si puedo. Oye, ¿qué tal si me lustras los zapatos?... Hazlo por mí, ¿quieres? Nunca llegarán a estar brillantes, si no los lustras ahora.» Cojo los zapatos y le pido un cepillo. No me importa lustrarle los zapatos, ni lo más mínimo. Pero también eso parece irritarle. «O sea, que vas a lustrarlos, ¿verdad? Pero, bueno, es el colmo. Oye, ¿dónde está tu orgullo?... ¿Has tenido alguna vez ni una pizca? Y tú eres el tipo que todo lo sabe. Es asombroso. Sabes tantas cosas, que tienes que lustrar los zapatos de tu amigo para sacarle una comida. ¡Me tienes contento! ¡Toma, cabrón, toma el cepillo! Lustra el otro par también, ya que estás.»

Una pausa. Está lavándose en la pila y canturreando. De repente, en tono vivo y alegre: «¿Qué tal tiempo hace hoy, Henry? ¿Hace sol? Oye, conozco el lugar ideal para ti. ¿Qué me dices de unos mejillones con jamón con un poco de salsa tártara al lado? Es una tabernita cerca de la ensenada. Un día como hoy es el día ideal para mejillones y jamón, ¿eh? ¿Qué me dices, Henry? No me digas que tienes algo que hacer... si te llevo ahí, tienes que pasar un rato conmigo; lo sabes, ¿verdad? ¡Hostia, ojalá tuviera tu carácter! Te dejas llevar por la corriente, minuto a minuto. A veces pienso que te va muchísimo mejor que a cualquiera de nosotros, aunque seas un asqueroso hijoputa, traidor y ladrón. Cuando estoy contigo, el día parece pasar como un sueño. Oye, ¿entiendes a lo que me refiero, cuando digo que tengo que verte a veces? Me vuelvo loco estando solo todo el tiempo. ¿Por qué ando tanto tras las gachís? ¿Por qué juego a las cartas toda la noche? ¿Por qué me junto con esos vagos del Point? Necesito hablar con alguien, eso es lo que pasa.»

Un poco después, en la bahía, sentados por encima del agua, tras haberse tomado un whisky y esperando que nos sirvan los mariscos... «La vida no es tan mala, si puedes hacer lo que quieras, ¿eh, Henry? Si hago un poco de pasta, voy a dar la vuelta al mundo... y tú vas a venir conmigo. Sí, aunque no te lo mereces, voy a gastarme un poco de dinero de verdad contigo. Quiero ver cómo actúas, si te aflojo la cuerda. Te voy a dar el *dinero* ¿entiendes?... No voy a fingir que te lo presto. Veremos qué ocurre con tus bonitas ideas, cuando tengas algo de pasta en el bolsillo. Oye, cuando estaba hablando de Platón el otro día, quería preguntarte una cosa: quería

preguntarte si has leído esa historia suya sobre la Atlántida. ¿Sí? Bueno, ¿y qué te parece? ¿Crees que era simplemente un cuento o crees que puede haber existido un lugar así?»

No me atreví a decirle que sospechaba que había cientos y miles de continentes cuya existencia pasada o futura ni habíamos empezado a imaginar, por lo que dije que me parecía posible, en efecto, que hubiera existido un lugar como la Atlántida.

—Bueno, supongo que da igual una cosa que la otra — prosiguió-, pero te voy a decir lo que pienso. Creo que debió de haber una época así, una época en que los hombres eran diferentes. No puedo creer que hayan sido siempre los cerdos que son ahora y han sido durante los últimos milenios. Creo que es posible que hubiera una época en que los hombres sabían vivir, sabían aceptar la vida tal como es y disfrutarla. ¿Sabes lo que me vuelve loco? Mirar a mi viejo. Desde que se jubiló, se pasa el día sentado frente al fuego y desanimado. Para eso trabajó como un esclavo toda su vida, para estarse ahí sentado como un gorila decrépito. Pues, ¡vaya una mierda! Si pensara que eso era lo que me iba a ocurrir a mí, me volaría los sesos ahora mismo. Mira a tu alrededor... mira a la gente que conocemos... ¿conoces a alguien que valga la pena? ¿A qué viene tanto alboroto? Es lo que me gustaría saber. Estarían mucho, pero que mucho mejor, muertos» No son más que estiércol. Cuando estalló la guerra y los vi ir a las trincheras, me dije: *«¡Bien!* ¡Quizá vuelvan con un poco más de juicio!» Muchos no volvieron, desde luego. Pero, ¡y los otros!... Oye, ¿Crees que se volvieron más *humanos,* más considerados? ¡Nada de eso! En el fondo son todos unos carniceros; y cuando se ven entre la espada y la pared, chillan. Me ponen enfermo, toda esa pandilla de los cojones. Veo lo que son, al sacarlos en libertad bajo fianza cada día. Lo veo desde los dos lados de la barrera. Los del otro lado son más asquerosos todavía. Vamos, que si te, contara algunas de las cosas que sé sobre los jueces que condenan a esos pobres diablos, te darían ganas de partirles la boca. Basta con que les mires a la cara. Sí, Henry, sí, me gustaría pensar que hubo una época en que las cosas eran diferentes. No hemos visto nunca una vida auténtica... y no vamos a verla. Esto va a durar otros varios miles de años, si no me equivoco. Tú piensas que soy un mercenario. Crees que estoy loco por querer ganar mucho dinero, ¿verdad? Pues, mira, te voy a decir una cosa: quiero ganar una fortuna para sacar los pies de esta basura. Me largaría a vivir con una negra, si pudiera escapar de esta atmósfera. Me he partido los cojones intentando llegar adonde estoy, que no es demasiado lejos. Creo tan poco en el trabajo como tú... lo que pasa es que me educaron así. Si pudiera dar un golpe, si pudiese estafar una fortuna a uno de esos cabrones asquerosos con los que trato, lo haría con la conciencia tranquila. Lo malo es que me conozco las leyes demasiado bien. Pero algún día les engañaré, ya lo verás. Y cuando dé el golpe, será de aupa...

Otro whisky mientras llegan los mariscos, y empieza otra vez. «Decía en serio eso de llevarte de viaje conmigo. Lo estoy pensando en serio. Supongo que me dirás que tienes una mujer y una hija que cuidar. Oye, ¿cuándo vas a separarte de esa gruñona? ¿Es que no sabes que tienes que librarte de ella?» Se echa a reír suavemente. «¡Ja! ¡Ja! ¡Y pensar que fui yo quien la escogió para ti! ¡Nunca habría imaginado que serías tan tonto como para dejarte cazar por ella! Pensaba que te ofrecía un buen polvete y tú pobre idiota, vas y te casas con ella. ¡Ja! ¡Ja! Óyeme, Henry, mientras te

queda un poco de juicio: no dejes que esa cara de perro te joda la vida, ¿me entiendes? Me da igual lo que hagas o adonde vayas. No me gustaría nada verte abandonar la ciudad, te lo digo francamente, pero, joder, si tienes que irte a África, lárgate, líbrate de sus garras; es una tía que no te va. A veces, cuando me ligo a una gachí cojonuda, pienso para mis adentros: "Hombre, ésta le iría bien a Henry"... y me propongo presentártela, y después, claro, se me olvida. Pero, joder, hay miles de tías en el mundo con las que te llevas bien, hombre. ¡Y pensar que tenías que ir a escoger a una mala puta mezquina como ésa...! *¿Quieres más jamón?* Más vale que comas ahora lo que quieras, ya sabes que después no quedará pasta. *Tómate otro trago, ¿eh?* Oye, si intentas dejarme plantado hoy, te juro que no te vuelvo a dejar ni un centavo nunca... ¿De qué estaba hablando? Ah, sí, de esa tía chiflada con la que te casaste. Oye, ¿vas a hacerlo o no? Siempre que te veo, me dices que te vas a escapar, pero nunca lo haces. Supongo que no creerás que la estás manteniendo. No te *necesita,* tonto, ¿es que no lo ves? Lo único que quiere es torturarte. En cuanto a la niña... pues, joder, si estuviera en tu pellejo, la ahogaría. Eso parece una canallada, ¿verdad?, pero ya sabes lo que quiero decir. Tú no eres padre. No sé qué cojones eres... lo único que sé es que eres un tipo que vale demasiado como para desperdiciar la vida con ellas. Oye, ¿por qué no intentas hacer algo de provecho? Todavía eres joven y tienes buen aspecto. Lárgate a algún sitio, muy lejos, y empieza de nuevo. Si necesitas un poco de dinero, te lo conseguiré. Es como tirarlo a una alcantarilla, lo sé, pero lo haré igualmente. La verdad, Henry, es que te aprecio más que la hostia. He recibido más de ti que de nadie en el mundo. Supongo que tenemos mucho en común, por proceder del mismo barrio. Tiene gracia que no te conociera en aquellos tiempos. ¡Joder, me estoy, poniendo sentimental...!»

El día pasaba así, con mucha comida y bebida, el sol que calentaba, un coche para llevarnos por ahí, puros entre medias, dormitando un poco en la playa mientras estudiábamos con la mirada a las gachís que pasaban, hablando, riendo, cantando un poco también: un día como muchos, muchos otros que pasé así con McGregor. Días así parecían realmente detener la rueda. En la superficie todo era alegría y despreocupación; el tiempo pasaba como un sueño pegajoso. Pero por debajo era fatalista, premonitorio, me dejaba el día siguiente en un estado de inquietud mórbida. Sabía perfectamente que algún día tenía que cortar; sabía perfectamente que estaba perdiendo el tiempo. Pero también sabía que no podía hacer nada... *todavía.* Tenía que ocurrir algo, algo grande, algo que me hiciera perder la cabeza. Lo único que necesitaba era un empujón, pero tenía que ser una fuerza exterior a mi mundo la que pudiese darme el empujón oportuno, de eso estaba seguro. No podía reconcomerme, porque eso no iba con mi naturaleza. En mi vida todo había salido bien... *al final.* No estaba destinado a esforzarme. Había que dejar algo en manos de la Providencia: en mi caso, mucho. A pesar de las manifestaciones exteriores de infortunio y desgobierno, sabía que había nacido de pie. La situación exterior era mala, de acuerdo... pero lo que más me preocupaba era la situación interior. Tenía realmente miedo de mí mismo, de mi apetito, mi curiosidad, mi flexibilidad, mi afabilidad, mi capacidad de adaptación. Ninguna situación en sí misma podía asustarme: sin saber cómo, siempre me veía en buena posición, sentado dentro de un ranúnculo, por decirlo así, y chupando la miel. Aunque me metieran en la cárcel, tenía el presentimiento de que lo pasaría

Librodot

bien. Supongo que era porque sabía no resistir. Otra gente se agotaba luchando, esforzándose y afanándose; mi estrategia consistía en flotar con la corriente. Lo que la gente me hacía a mí casi no me preocupaba tanto como lo que hacían a otros o a sí mismos. Me sentía tan cojonudamente bien por dentro, que tenía que cargar con los problemas del mundo. Y por eso es por lo que siempre me encontraba en un lío. No estaba sincronizado con mi propio destino, por decirlo así. Si llegaba a casa una noche, por ejemplo, y no había comida en casa, ni siquiera para la niña, daba media vuelta y me iba a buscarla. Pero lo que notaba en mí, y eso era lo que me asombraba, era que tan pronto estaba fuera y agitándome en busca del papeo, ya estaba otra vez a vueltas con la Weltanschauung. No pensaba en comida para *nosotros* exclusivamente, pensaba en la comida en todas sus fases, en todas las partes del mundo y a esa hora, y en cómo se obtenía y en cómo se preparaba y lo que la gente hacía, si no la tenía, y en que tal vez hubiera un modo de solucionarlo para que todo el mundo la tuviese, cuando la necesitara, y no hubiese que desperdiciar más tiempo con un problema tan estúpidamente simple. Sentía lástima de mi mujer y mi hija, claro está, pero también sentía lástima de los hotentotes y de los bosquimanos australianos, por no citar a los belgas y a los turcos y a los armenios que se morían de hambre. Sentía lástima de la raza humana, de la estupidez del hombre y de su falta de imaginación. Perderse una comida no era tan terrible... el espantoso vacío de la calle era lo que me perturbaba profundamente. Todas aquellas malditas casas, una tras otra, y todas tan vacías y tan tristes. Magníficos adoquines bajo los pies y asfalto en la calzada y escaleras de una elegancia bella y horrenda para subir a las casas, y, sin embargo, un tipo podía caminar de un lado para otro todo el día y toda la noche sobre esos costosos materiales y estar buscando un mendrugo de pan. Eso era lo que me mataba. Su incongruencia. Si por lo menos pudiera uno salir con una campanilla y gritar: «Escuchen, escuchen, señores, soy un tipo hambriento. ¿Quién quiere que le lustren los zapatos? ¿Quién quiere que le saquen la basura? ¿Quién quiere que le limpien las tuberías?» Si por lo menos pudieses salir a la calle y expresárselo así de claro. Pero, no, no te atreves a abrir el pico. Si dices a un tipo en la calle que estás hambriento, le das un susto de muerte y corre como alma que lleva el diablo. Eso es algo que nunca he entendido. Y sigo sin entenderlo. Todo es tan sencillo: basta con que digas Sí, cuando alguien se te acerque. Y si no puedes decir Sí, cógelo del brazo y pide a algún otro andoba que te ayude. La razón por la que tienes que ponerte un uniforme y matar a hombres que no conoces, simplemente para conseguir un mendrugo de pan, es un misterio para mí. En eso es en lo que pienso, más que en la boca que se lo traga o en lo que cuesta. ¿Por qué cojones ha de importarme lo que cuesta una cosa? Estoy aquí para vivir, no para calcular. Y eso es precisamente lo que los cabrones no quieren que hagas: *¡vivir!* Quieren que te pases la vida sumando cifras. Eso tiene sentido para ellos. Eso es razonable. Eso es inteligente. Si yo estuviera al timón, tal vez las cosas no estuviesen tan ordenadas, pero todo sería más alegre, ¡qué hostia! No habría que cagarse en los pantalones por nimiedades. Quizá no hubiera calles pavimentadas ni cachivaches de miles de millones de variedades, tal vez no hubiese siquiera cristales en las ventanas, puede que hubiera que dormir en el suelo, quizá no hubiese cocina francesa ni cocina italiana ni cocina china, tal vez las personas se mataran unas a otras cuando se les acabase la paciencia y puede que nadie se lo impidiera porque no habría ni cárceles ni

Librodot

polis ni jueces, y por supuesto no habría ministros ni legislaturas porque no habría leyes de los cojones que obedecer o desobedecer, y quizá se tardara meses y años en ir de un lugar a otro, pero no se necesitaría un visado ni un pasaporte ni un carnet de identidad porque no estaría uno registrado en ninguna parte ni llevaría un número y, si quisieses cambiar de nombre cada semana, podrías hacerlo, porque daría lo mismo, dado que no poseerías nada que no pudieras llevar contigo y, ¿para qué ibas a querer poseer nada, si todo sería gratuito?

Durante aquel período en que iba de puerta en puerta, de empleo en empleo, de amigo en amigo, de comida en comida, intenté, a pesar de todo, delimitar un poco de espacio para mí que pudiera servirme de fondeadero; se parecía más que nada a un salvavidas en medio de un canal rápido. Quien se acercara a un kilómetro de mí oía el repique doloroso de una campana enorme. Nadie podía ver el fondeadero: estaba sumergido profundamente en el fondo del canal. Se me veía subir y bajar en la superficie, a veces meciéndome suavemente o bien oscilando hacia adelante y hacia atrás agitadamente. Lo que me sujetaba era el enorme escritorio con casilleros que coloqué en el salón. Era el escritorio que había estado en la sastrería del viejo durante los cincuenta últimos años, que había visto nacer muchas facturas y muchos gemidos, que había albergado extraños recuerdos en sus compartimentos, y que al final le había yo soplado cuando estaba viejo y ausente de la sastrería; y ahora se encontraba en el centro en medio de nuestro lúgubre salón en el tercer piso de una respetable casa del barrio más respetable de Brooklin. Tuve que sostener una dura batalla para instalarlo allí, pero insistí en que estuviera allí, en el centro del tinglado. Era como colocar un mastodonte en el centro del consultorio de un dentista. Pero, como mi mujer no tenía amigas que la visitaran y como a mis amigos les habría importado tres cojones que estuviese colgado de la araña, lo dejé en la sala y coloqué alrededor todas las sillas que nos sobraban en un gran círculo y después me senté cómodamente y puse los pies sobre el escritorio y soñé con lo que escribiría, si fuera capaz de escribir. Tenía una escupidera al lado del escritorio, y de vez en cuando escupía en ella para que no se me olvidase que estaba allí. Todos los casilleros y los cajones estaban vacíos; dentro del escritorio o sobre él no había otra cosa que una hoja de papel en blanco en la que me resultaba imposible poner siquiera un garabato.

Cuando pienso en los esfuerzos titánicos que hice para canalizar la lava caliente que bullía dentro de mí, los esfuerzos repetidos mil veces para colocar el embudo en su sitio y captar *una* palabra, *una* frase, pienso inevitablemente en los hombres de la antigua edad de piedra. Cien mil, doscientos mil años, trescientos mil años para llegar a la idea del paleolítico. Una lucha quimérica, porque no soñaban con una cosa como el paleolítico. Llegó sin esfuerzo, en un segundo, un milagro podríamos decir, excepto que todo lo que ocurre es milagroso. Las cosas ocurren o no ocurren, y nada más. Nada se realiza mediante el sudor y los esfuerzos. Casi todo lo que llamamos vida es simplemente insomnio, una agonía porque hemos perdido la costumbre de quedarnos dormidos. No sabemos dejarnos llevar. Somos como un muñeco de una caja de sorpresas colocado sobre un resorte y cuanto más esfuerzos hacemos más difícil es volver a la caja.

Creo que si hubiera estado loco, no habría encontrado nada mejor para consolidar mi fondeadero que instalar ese objeto de Neanderthal en medio del salón. Con los pies en el escritorio, recogiendo la corriente, y la

Librodot

columna vertebral cómodamente encajada en un espeso cojín de cuero, estaba en una relación ideal con los restos y desechos que giraban a mi alrededor y que por ser demenciales y formar parte de la corriente, mis amigos intentaban convencerme de que eran la vida. Recuerdo vivamente el primer contacto con la realidad en que entré a través de los pies, por decirlo así. El millón de palabras, fijaos bien, que había escrito, bien ordenadas, bien ensambladas, no eran nada para mí, —vulgares cifras de la antigua edad de piedra—, porque el contacto era a través de la cabeza y la cabeza es un apéndice inútil, a no ser que estés anclado en medio de un canal y en pleno cieno. Todo lo que había escrito antes era material de museo, y la mayoría de lo que se escribe es material de museo y por eso es por lo que no se incendia, no inflama el mundo. Yo era un simple portavoz de la raza ancestral que hablaba a través de mí; ni siquiera mis sueños eran sueños auténticos, genuinos, de Henry Miller. Estar sentado y quieto y concebir una idea que brotara de mí, del salvavidas, era una tarea hercúlea. No me faltaban ideas ni palabras ni capacidad de expresión... me faltaba algo más importante: la palanca que cortara el paso al jugo. La maldita máquina no se detenía, ésa era la dificultad. No sólo estaba en medio de la corriente, sino que, además, la corriente pasaba a través de mí y no podía controlarla en absoluto.

Recuerdo el día en que detuve en seco la máquina y en que el otro mecanismo, el que iba firmado con mis iniciales y que había fabricado con mis propias manos y mi propia sangre, empezó a funcionar lentamente. Había ido a un teatro cercano a ver una función de variedades; era la función de la tarde y tenía una localidad para la galería. Estando en fila en el vestíbulo, experimenté ya una extraña sensación de firmeza. Era como si estuviera coagulándome, convirtiéndome en una masa de jalea reconocible. Era como la última fase de la curación de una herida. Estaba en el punto culminante de la normalidad, lo que es una situación muy anormal. Podía llegar el cólera y echarme su fétido aliento: no importaría. Podía inclinarme a besar las úlceras de una mano leprosa, y ningún mal me sobrevendría. No había simplemente un equilibrio en esa constante contienda entre la salud y la enfermedad, que es a lo máximo a que podemos aspirar la mayoría de nosotros, sino que había un número positivo en la sangre que significaba que, al menos por unos momentos, la enfermedad estaba completamente derrotada. Si uno tuviera la sagacidad de arraigar en ese momento, no volvería nunca a estar enfermo ni a ser desgraciado ni a morir siquiera. Pero llegar a esa conclusión es dar un salto que le llevaría a uno a una época anterior a la antigua edad de la piedra. En ese momento no estaba soñando siquiera con arraigar; estaba experimentando por primera vez en mi vida el significado de lo milagroso. Me sentí tan asombrado al oír mis propias piezas engranarse, que estaba dispuesto a morir allí y entonces por el privilegio de la experiencia.

Lo que ocurrió fue lo siguiente... Al pasar ante el portero con el boleto roto en la mano, las luces se apagaron y subió el telón. Me quedé ligeramente aturdido un momento por la repentina oscuridad. Mientras el telón subía lentamente, tuve la sensación de que a lo largo de las eras el hombre se había visto calmado siempre misteriosamente por ese breve momento que precede al espectáculo. Sentía el telón subiendo *en el hombre.* E inmediatamente comprendí también que ése era un símbolo que se le presentaba incesantemente en el sueño y que, si hubiera estado despierto,

Librodot

los actores nunca habrían entrado en escena, sino que él, el Hombre, habría subido a las tablas. No concebí esa idea: fue una comprensión, como digo, y era tan simple y abrumadoramente clara, que la máquina se detuvo ante mi propia presencia bañada en una realidad luminosa. Aparté la vista del escenario y contemplé lentamente las escaleras, con la mano apoyada en la barandilla. El hombre podría haber sido yo mismo, el antiguo yo que había estado caminando siempre dormido desde que nací. No abarqué con la mirada toda la escalera, sólo los pocos escalones que el hombre había subido o estaba subiendo en el momento en que comprendí todo. El hombre no llegó nunca al final de las escaleras y nunca apartó la mano de la barandilla. Sentí que bajaba el telón, y por unos pocos momentos más me encontré entre bastidores moviéndome entre los decorados, como el tramoyista que se despierta repentinamente y no está seguro de si sigue soñando o si está contemplando un sueño en el escenario. Era tan fresco y tan verde, tan extraordinariamente nuevo como las tierras de pan y queso que las doncellas de Biddenden veían cada día de su larga vida unidas a las caderas. ¡Vi sólo lo que estaba vivo! El resto se desvaneció en una penumbra. Y fue para mantener el mundo vivo para lo que corrí a casa sin esperar a ver la función y me senté a describir el pequeño tramo de escaleras que es imperecedero.

Era más o menos por aquella época cuando los dadaístas —a los que iban a seguir poco después los surrealistas— estaban en su apogeo. No oí hablar de ninguno de los dos grupos hasta unos diez años después; nunca leí un libro francés ni tuve nunca una idea francesa. Quizá fuera yo el único dadaísta de América y no lo sabía. Tenía tan poco contacto con el mundo exterior, que igual podría haber estado viviendo en las junglas del Amazonas. Nadie entendía aquello de lo que yo escribía ni por qué escribía de ese modo. Estaba tan lúcido, que decían que estaba chiflado. Estaba describiendo el Nuevo Mundo... demasiado pronto desgraciadamente, porque todavía no se había descubierto y no podía convencerse a nadie de que existiera. Era un mundo ovárico, todavía escondido en las trompas de Falopio. Naturalmente, nada estaba formulado claramente: sólo había visible la leve insinuación de una espina dorsal, y desde luego ni brazos ni piernas, ni pelo, ni uñas, ni dientes. En el sexo no había ni que soñar; era el mundo de Cronos y su progenie ovicular. Era el mundo de la pizca, en que cada pizca era indispensable, espantosamente lógica, y absolutamente imprevisible. No existía algo así como una *cosa,* porque faltaba el concepto de «cosa».

Digo que era un Mundo Nuevo el que estaba describiendo, pero, como el Nuevo Mundo que Colón descubrió, resultó ser un mundo mucho más antiguo que cualquiera de los que hemos conocido. Por debajo de la fisonomía superficial de piel y huesos vi el mundo indescriptible que el mundo siempre ha llevado consigo; no era ni antiguo ni nuevo, sino el mundo eternamente verdadero que cambia de un momento a otro. Todo lo que miraba era un palimpsesto y no había capa de escritura, por extraña que fuese, que yo no descifrara. Cuando mis compañeros me dejaban por la noche, muchas veces me sentaba y escribía a mis amigos los bosquimanos australianos o a los *Mound Builders*[1] del valle del Mississippi o a los igorrotes de las Filipinas. Tenía que escribir en inglés, naturalmente, porque era la única lengua que hablaba, pero entre la lengua y el código telegráfico empleado por mis amigos del alma había un mundo de diferencia. Cualquier hombre primitivo me habría entendido, cualquier hombre de épocas

[1] Antiguos pueblos indios que construían montículos para enterramientos.

Librodot

arcaicas me habría entendido: sólo los que me rodeaban, es decir, un continente de cien millones de personas, eran incapaces de entender mi lenguaje. Para escribir de forma inteligible para ellos me habría visto obligado en primer lugar a matar algo y, en segundo lugar, a detener el tiempo. Acababa de comprender que la vida es indestructible y que no existe una cosa como el tiempo, sólo el presente. ¿Esperaban que negara una verdad que había tardado toda la vida en vislumbrar? Sin lugar a dudas eso era lo que esperaban. La única cosa que no querían oír era que la vida era indestructible. ¿Acaso no se alzaba su precioso nuevo mundo sobre la destrucción de los inocentes, sobre la violación y el pillaje y la tortura y la devastación? Ambos continentes se habían visto violados; ambos continentes se habían visto despojados y saqueados de todo lo precioso... *en cosas.* En mi opinión, a ningún hombre se le ha sometido a una humillación mayor que a Moctezuma; ninguna raza ha sido exterminada más despiadadamente que la del indio americano; ninguna tierra ha sido violada del modo execrable e infame como lo fue California por los buscadores de oro. Siento vergüenza al pensar en nuestros orígenes: nuestras manos están empapadas de sangre y crimen. Y la carnicería y el pillaje no cesan, como descubrí con mis propios ojos viajando a lo largo y ancho del país. Cualquier hombre, hasta el amigo más íntimo, es un asesino en potencia. Muchas veces no necesitaban sacar el rifle ni el lazo ni la calimba: habían encontrado formas más sutiles y perversas de torturar y matar a sus semejantes. Pues la agonía más dolorosa era que aniquilaran la palabra antes de que hubiese salido siquiera de la boca. La amarga experiencia me enseñó a callar; aprendí incluso a quedarme sentado en silencio, e incluso a sonreír, cuando en realidad estaba echando espuma por la boca. Aprendí a estrechar las manos y a decir cómo está usted a todas esas fieras de aspecto inocente que lo único que esperaban era que me sentara para chuparme la sangre.

¿Cómo iba a ser posible, cuando me sentaba a mi escritorio prehistórico en el salón, usar aquel lenguaje cifrado de la violación y el asesinato? Estaba solo en ese gran hemisferio de violencia, pero no estaba en relación con la raza humana. Estaba solo en medio de un mundo de cosas iluminado por destellos fosforescentes de crueldad. Deliraba con una energía que no se podía liberar salvo al servicio de la muerte y la futilidad. No podía empezar con una declaración completa: habría significado la camisa de fuerza o la silla eléctrica. Era como un hombre que había estado encarcelado demasiado tiempo en una mazmorra: tenía que abrirme paso despacio, vacilante, para no caer y ser pisoteado. Tenía que acostumbrarme gradualmente a los inconvenientes de la libertad. Tenía que crecerme una nueva epidermis que me protegiera de aquella luz abrasadora del cielo.

El mundo ovárico es el producto de un ritmo de vida. En el momento en que nace un niño pasa a formar parte de un mundo en que hay no sólo el ritmo de la vida, sino también el ritmo de la muerte. El deseo desesperado de vivir, de vivir a toda costa, no es el resultado del ritmo de vida en nosotros, sino del ritmo de muerte. No sólo no hay necesidad de mantenerse vivo a toda costa, sino que, además, si la vida es indeseable, es un error tremendo. Ese mantenerse uno vivo, por una ciega inclinación a derrotar a la muerte, es en sí mismo una forma de sembrar la muerte. Todo el que no haya aceptado la vida plenamente, que no esté aumentando la vida, está ayudando a llenar el mundo de muerte. Hacer el gesto más simple con la mano puede comunicar el mayor sentido de vida; una palabra pronunciada

Librodot

con todo el ser puede dar vida. La actividad en sí misma no significa nada: con frecuencia es un signo de muerte. Por la simple presión exterior, por la fuerza del ambiente y del ejemplo, por el propio clima que la actividad engendra, puede uno convertirse en parte de una monstruosa máquina de muerte, como América, por ejemplo. ¿Qué sabe una dinamo de la vida, de la paz, de la realidad? ¿Qué sabe cualquier dinamo americana individual de la sabiduría y de la energía, de la vida abundante y eterna que posee un mendigo harapiento sentado bajo un árbol en el acto de meditar? ¿Qué es la *energía*? ¿Qué es la *vida*? Basta con leer las estúpidas chácharas de los libros de texto científicos y filosóficos para comprender que el saber de esos americanos enérgicos es menos que nada. Mirad, a mí me tuvieron ajetreado, esos monomaniacos del caballo de vapor; para romper su ritmo demencial, su ritmo de muerte, tuve que recurrir a una longitud de onda que, hasta que encontrase el apoyo apropiado en mis entrañas, anularía por lo menos el ritmo que habían establecido. Desde luego no necesitaba aquel escritorio grotesco, incómodo, antediluviano que había instalado en el salón; desde luego, no necesitaba doce sillas vacías colocadas alrededor en semicírculo; lo único que necesitaba era espacio amplio para escribir y una decimotercera silla que me sacara del zodíaco que ellos usaban y me colocase en un cielo más allá del cielo. Pero cuando se conduce a un hombre casi hasta la locura y cuando, para su propia sorpresa quizá, descubre que todavía le queda alguna resistencia, algunas fuerzas propias, entonces es probable descubrir que esa clase de hombre actúa en gran medida como un hombre primitivo. Esa clase de hombre no sólo es capaz de volverse terco y obstinado, sino también supersticioso, un creyente en la magia y un practicante de la magia. Esa clase de hombre se sitúa más allá de la religión... de lo que sufre es de su religiosidad. Esa clase de hombre se convierte en un monomaníaco, empeñado en hacer solamente una cosa, a saber, destruir el maleficio que le han echado. Esa clase de hombre ha superado eso de tirar bombas, ha superado la rebelión; quiere dejar de reaccionar, ya sea inerte o ferozmente. Ese hombre, de entre todos los hombres de la tierra, quiere que el acto sea una manifestación de vida. Si, al comprender su terrible necesidad, empieza a actuar regresivamente, a volverse asocia!, a balbucir y tartamudear, a mostrarse tan totalmente inadaptado como para ser incapaz de ganarse la vida, sabed que ese hombre ha encontrado el camino del regreso al útero y a la fuente de la vida y que mañana, en lugar del despreciable objeto de ridículo en que lo habéis convertido, dará su paso adelante como un *hombre* por derecho propio y nada podrán contra él todos los poderes del mundo.

A partir del tosco código con que comunica desde su prehistórico escritorio con los hombres arcaicos del mundo se forma un nuevo lenguaje que se abre paso a través del lenguaje muerto del momento, como la radio a través de una tormenta. No hay magia en esa longitud de onda como tampoco la hay en el útero. Los hombres están solos y no comunican entre sí porque todos los inventos hablan sólo de la muerte. La muerte es el autómata que gobierna el mundo de la actividad. La muerte es silenciosa, porque carece de boca. La muerte no ha *expresado* nunca nada. La muerte es maravillosa también... *después de la vida.* Sólo alguien como yo que haya abierto la boca y haya hablado, sólo alguien que haya dicho Sí, Sí, Sí, y otra vez ¡Sí!, puede abrir los brazos a la muerte sin sentir miedo. La muerte como recompensa, ¡sí! La muerte como resultado de la realización, ¡sí! La muerte

Librodot

como corona y escudo, ¡sí! Pero no la muerte desde las raíces, que aísla a los hombres, que los llena de amargura, temor y soledad, que les infunde una energía estéril, que los hinche de una voluntad que sólo puede decir ¡No! La primera palabra que cualquier hombre escribe cuando se ha encontrado a sí mismo, cuando ha encontrado su ritmo, que es el ritmo de la vida, es ¡Sí! Todo lo que escribe a continuación es Sí, Sí, Sí... Sí en mil millones de formas. Ninguna dinamo, por enorme que sea —ni siquiera una dinamo de cien millones de almas muertas—, puede combatir a un hombre que dice ¡Sí!

Seguía la guerra y los hombres morían como moscas, un millón, dos millones, cinco millones, diez millones, veinte millones, finalmente cien millones, después mil millones, todo el mundo, hombres, mujeres y niños, hasta el último. *«¡No!»,* gritaban. *«¡No!, ¡no pasarán!»* Y, sin embargo, todo el mundo pasaba; todo el mundo tenía el paso libre, ya gritara Sí o No. En medio de aquella triunfante demostración de ósmosis espiritualmente destructiva yo estaba sentado con los pies puestos sobre el gran escritorio intentando comunicar con Zeus el Padre de la Atlántida y con su progenie desaparecida, sin saber que Apollinaire iba a morir antes del Armisticio en un hospital militar, sin saber que en su «nueva escritura» había compuesto estos versos indelebles:

Sed indulgentes cuando nos comparéis
Con quienes fueron la perfección del orden
Nosotros que por doquier buscamos la aventura
Queremos daros vastos y extraños dominios
En que el misterio en flor se ofrece a quien quiera cogerlo.

Ignoraba que en ese mismo poema había escrito:

Tened piedad de nosotros que siempre combatimos en las fronteras
De lo ilimitado y del porvenir
Piedad de nuestros errores piedad de nuestro pecados.

Ignoraba que entonces vivían hombres que respondían a los exóticos nombres de Blaise Cendrars, Jacques Vaché, Louis Aragon, Tristan Tzara, René Crevel, Henri de Montherlant, André Breton, Max Ernst, George Grosz; ignoraba que el 14 de julio de 1916, en el Saal Waag, en Zurich, se había proclamado el primer Manifiesto Dadá —«manifiesto del señor antipirina»—, que en ese extraño documento se declaraba: «Dadá es la vida sin zapatillas ni paralelo... severa necesidad sin disciplina ni moralidad y escupimos en la humanidad.» Ignoraba que el Manifiesto Dadá de 1918 contenía estas líneas: «Estoy escribiendo un manifiesto y no quiero nada, pero digo ciertas cosas, y estoy en contra de los manifiestos por principio, como también estoy en contra de los principios... Escribo este manifiesto para mostrar que se pueden realizar al mismo tiempo acciones opuestas; estoy en contra de la acción; a favor de la contradicción continua, también de la afirmación, no estoy ni en contra ni a favor y no explico, porque odio el sentido común... Hay una literatura que no llega a la masa voraz. La obra de los creadores, surgida de una necesidad real del autor, y para sí mismo. Conciencia de un egotismo supremo en que las estrellas se consumen... Cada página debe explotar, ya sea con lo profundamente serio y pesado, el torbellino, el vértigo, lo nuevo, lo eterno, con el engaño abrumador, con un entusiasmo por los

principios o con el modo de tipografía. Por un lado, un mundo tambaleante y huidizo prometido en matrimonio con las campanillas de la gama infernal; por otro lado: *seres nuevos...»*

Treinta y dos años después y todavía estoy diciendo ¡Sí! ¡Sí señor antipirina! ¡Sí, señor Tristan Bustanoby Tzara! ¡Sí, señor Max Ernst Geburt! ¡Sí!, señor René Crevel, ahora que se ha suicidado usted, sí, el mundo está loco, tenía usted razón. Sí, señor Blaise Cendrars, tenía usted razón en matar. ¿Fue el día del Armisticio cuando publicó usted su librito *J'ai tué?* Sí, «seguid adelante, hijos míos, humanidad...» Sí, Jacques Vaché, muy cierto: «El arte debería ser algo divertido y un poco aburrido.» Sí, mi querido difunto Vaché, qué razón tenía usted y qué divertido y qué aburrido y conmovedor y tierno y cierto: «Corresponde a la esencia de los símbolos ser simbólicos». ¡Dígalo otra vez, desde el otro mundo! ¿Tiene un megáfono ahí arriba? ¿Ha encontrado todos los brazos y piernas volados durante la refriega? ¿Puede juntarlos de nuevo? ¿Recuerda el encuentro en Nantes con André Breton en 1916? ¿Celebraron juntos el nacimiento de la histeria? ¿Le había dicho a usted André Breton que sólo existe lo maravilloso y nada más que lo maravilloso y que lo maravilloso es siempre maravilloso...? ¿Y acaso no es maravilloso volverlo a oír, aunque tengas los oídos tapados? Quiero incluir aquí, antes de pasar a otra cosa, un pequeño retrato de usted por Emili Bouvier para mis amigos de Brooklin que puede que no me reconocieran entonces, pero que me reconocerán ahora, estoy seguro...

«...no estaba loco en absoluto, y podía explicar su conducta, cuando la ocasión lo exigía. No por ello dejaban sus acciones de ser tan desconcertantes como las peores excentricidades de Jarry. Por ejemplo, apenas acababa de salir del hospital se empleó de estibador, y en adelante pasaba las tardes descargando carbón en los muelles del Loira. En cambio, por la noche recorría los cafés y cinemas, vestido a la última moda y con muchas variaciones de traje. Más aún, en tiempo de guerra, a veces se pavoneaba en uniforme de teniente de húsares, a veces en el de oficial inglés, de aviador o de cirujano. En la vida civil, se mostraba igualmente libre y desenvuelto, sin importarle presentar a Breton con el nombre de André Salmon, al tiempo que se atribuía a sí mismo, pero sin la menor vanidad, los títulos y aventuras más maravillosos. Nunca decía buenos días ni buenas noches ni adiós, y nunca hacía el menor caso de las cartas, excepto las de su madre, cuando tenía que pedir dinero. No reconocía a sus mejores amigos de un día para otro...»

¿Me reconocéis, muchachos? Un simple muchacho de Brooklin comunicando con los albinos pelirrojos de la región zuni. Preparándose, con los pies en el escritorio, para escribir «obras fuertes, obras por siempre incomprensibles», como prometían mis difuntos camaradas. Esas «obras fuertes»... ¿las reconoceríais, si las vierais? ¿Sabéis que de los millones de muertes que hubo ni una de ellas era necesaria para producir «la obra fuerte» ? *[Nuevos seres,* sí! Todavía necesitamos nuevos seres. Podemos prescindir del teléfono, del automóvil, de los bombarderos de primera... pero no podemos prescindir de nuevos seres. Si la Atlántida quedó sumergida bajo el mar, si la Esfinge y las Pirámides siguen siendo un enigma eterno, es porque no nacían más seres nuevos. ¡Parad la máquina un momento! ¡Volvamos atrás! Volvamos a 1914, a la secuencia del Kaiser montado en su caballo. Mantenedlo así un momento sentado ahí con el brazo marchito sosteniendo las riendas. ¡Miradle el bigote! ¡Contemplad su altivo aspecto de

Librodot

orgullo y arrogancia! Mirad su carne de cañón formando con la más estricta disciplina, todos dispuestos a obedecer a la voz de mando, a dejarse matar, a dejarse destripar, a dejarse quemar en cal viva. Ahora mantened la imagen así un momento, y mirad al otro lado: los defensores de nuestra gran y gloriosa civilización, los hombres que harán la guerra para acabar con la guerra. Cambiadles la ropa, cambiad los uniformes, cambiad los caballos, cambiad las banderas, cambiad el terreno. ¡Dios mío! ¿Es el Kaiser a quien veo montado en un caballo blanco? ¿Son ésos los terribles humanos? ¿Y dónde está el Gran Bertha? Ah, ya veo... pensaba que estaba apuntando a Notre Dame. La humanidad, hijos míos, la humanidad de siempre avanzando en vanguardia... ¿Y las obras fuertes de que estábamos hablando? ¿Dónde están las obras fuertes? Llamad a la Western Union y enviad a un mensajero de pies veloces... no a un inválido ni a un octogenario, sino, ¡a un joven! Pedidle que busque la gran obra y que la vuelva a traer. La necesitamos. Tenemos un museo nuevecito esperando para albergarla... y celofán y el sistema decimal de Dewey para archivarla. Lo único que necesitamos es el nombre del autor. Aunque no tenga nombre, aunque sea una obra anónima, no protestaremos. Aunque contenga un poco de gas de mostaza, no nos importará. Traedla viva o muerta: hay una recompensa para el hombre que la traiga.

Y si os dicen que tenía que ser así, que no podía ser de otro modo, que Francia hizo todo lo que pudo y Alemania todo lo que pudo y que la pequeña Liberia y el pequeño Ecuador y todos los demás aliados hicieron también todo lo que pudieron y que, desde que acabó la guerra, todo el mundo ha estado haciendo todo lo que podía para hacer las paces o para olvidar, decidles que no basta con que hagan todo lo que puedan, que no queremos volver a oír esa lógica de «hacer todo lo que se puede», decidles que no queremos la mejor parte de un mal trato, que no creemos en tratos buenos o malos ni en los monumentos relativos a la guerra. No queremos oír hablar de la lógica de los acontecimientos... ni de clase alguna de lógica. *«Je ne parle pas logique»,* dijo Montherland, *«je parle générosité».* No creo que lo oyerais bien, pues estaba en francés. Voy a repetirlo para vosotros, en la propia lengua de la reina: «No hablo lógica, hablo generosidad.» Es inglés malo, como la propia reina podría hablarlo, pero es claro. *Generosidad...* ¿oís? Nunca la practicáis, ninguno de vosotros, ni en la paz ni en la guerra. No sabéis lo que significa esa palabra. Creéis que suministrar cañones y municiones al bando vencedor es generosidad; creéis que enviar enfermeras de la Cruz Roja o el Ejército de Salvación al frente es generosidad. Creéis que una gratificación con veinte años de retraso es generosidad; creéis que una pequeña pensión y una silla de ruedas es generosidad; creéis que devolver su antiguo empleo a un hombre es generosidad. No sabéis lo que la guerra de los cojones significa, ¡cacho cabrones! Ser generoso es decir Sí antes incluso de que el hombre haya abierto la boca. Para decir Sí primero tienes que ser surrealista o dadaísta, porque hayas entendido lo que significa decir No. Incluso puedes decir Sí, y No al mismo tiempo, con tal de que hagas más de lo que se espera de ti. Sé un estibador de día y un Beau Brummel de noche. Lleva cualquier uniforme, con tal de que no sea tuyo. Cuando escribas a tu madre, pídele que afloje un poco de pasta para que puedas tener un trapo limpio para lavarte el culo. No te inquietes, si ves a tu vecino persiguiendo a su mujer con un cuchillo: probablemente tenga razones poderosas para perseguirla, y, si la mata, puedes estar seguro de que tiene

Librodot

la satisfacción de saber *por qué* lo ha hecho. Si estás intentando mejorar tu inteligencia, ¡desiste! No se puede mejorar la inteligencia. Mírate el corazón y las entrañas: el cerebro está en el corazón.

Ah, sí, si hubiera sabido entonces que esos andobas existían —Cendrars, Vaché, Grosz, Ernst, Apollinaire—, si hubiese sabido eso, si hubiera sabido que a su modo estaban pensando las mismas cosas exactamente que yo, creo que habría explotado. Sí, creo que habría estallado como una bomba. Pero lo ignoraba. Ignoraba que casi cincuenta años antes un judío loco en Sudamé-rica había alumbrado frases tan asombrosamente maravillosas como «la duda del pato con labios de vermouth» o «he visto a un higo comerse un onagro», que por la misma época un francés, que no era más que un niño, estaba diciendo: «Busca flores que sean sillas»... «mi hambre es trocitos de aire negro»... «su corazón, ámbar y yesca». Quizás en la misma época, poco más o menos, mientras Jarry decía «al comer el sonido de las polillas», y Apollinaire repetía tras él: «cerca de un caballero que se tragaba a sí mismo», y Breton murmuraba suavemente: «los pedales de la noche se mueven ininterrumpidamente», quizás «en el aire bello y negro» que el judío solitario había encontrado bajo la Cruz del Sur, otro hombre, también solitario y exiliado y de origen español, estaba preparándose para escribir estas palabras memorables: «En conjunto, procuro consolarme de mi exilio, de mi exilio de la eternidad, de ese *destierro* que gusto llamar mi descielo... En el momento presente creo que la mejor forma de escribir esta novela es decir cómo debería escribirse. Es la novela de la novela, la creación de la creación. O Dios de Dios, *Deus de Deo.»* Si hubiera yo sabido que iba a añadir esto, esto que sigue, con toda seguridad habría estallado como una bomba. «...Por estar loco se entiende perder la razón. La razón, pero no la verdad, pues hay locos que dicen verdades, mientras que otros guardan silencio...» Al hablar de estas cosas, al hablar de la guerra y de los muertos en la guerra, no puedo dejar de decir que unos veinte años después tropecé con esto en francés escrito por un francés. ¡Oh, milagro de milagros! *«Il faut le dire, il y a des cadavres que je ne respecte qu'à moitié.»* ¡ Sí, sí, y otra vez sí! ¡ Oh, hagamos algo imprudente... por el puro placer de hacerlo! ¡Hagamos algo vivo y magnífico, aunque sea destructivo! Dijo el zapatero loco: «Todas las cosas se engendran a partir del gran misterio, y pasan de un grado a otro. Lo que quiera que avance en su grado no es objeto de abominación.»

En todas partes y en todas las épocas el mismo mundo ovárico anunciándose. Pero también, paralelos con esos anuncios, esas profecías, esos manifiestos ginecológicos, paralelos y contemporáneos de ellos, nuevos postes totémicos, nuevos tabúes, nuevas danzas de guerra. Mientras que los hermanos del hombre, los poetas, los excavadores del futuro, lanzaban al aire sus mágicos versos, en esa misma época, ¡oh, insondable y desconcertante enigma!, otros hombres estaban diciendo: «Haga el favor de venir a tomar un empleo en nuestra fábrica de armas. Le prometemos los salarios más altos, las condiciones más higiénicas. El trabajo es tan fácil, que hasta un niño podría hacerlo.» Y si tenías una hermana, una esposa, una tía, con tal de que pudiera servirse de sus manos, con tal de que pudiese demostrar que no tenía malas costumbres, te invitaban a llevarla o llevarlas contigo a la fábrica de municiones. Si temías ensuciarte las manos, te explicaban cómo funcionaban aquellos delicados mecanismos, lo que hacían cuando explotaban y por qué no debías desperdiciar ni siquiera la basura porque... *et ipso facto e pluribus unum.* Lo que me impresionaba al

Librodot

hacer el recorrido en busca de trabajo no era tanto que me hicieran vomitar cada día (suponiendo que hubiera tenido la suerte de meterme algo en las tripas) como que siempre quisieran saber si tenías buenas costumbres, si eras formal, si no bebías, si eras diligente, si habías trabajado antes y, si no, por qué no. Hasta la basura, cuya recogida para el ayuntamiento fue uno de los trabajos que conseguí, era preciosa para ellos, los asesinos. A pesar de estar en la porquería hasta las rodillas, de estar en la posición social más baja posible, de ser un coolie, un paria, participaba en el fraude de la muerte. Intentaba leer el *Infierno* de Dante por la noche, pero estaba en inglés y el inglés no es lengua para una obra católica. «Lo que quiera que en sí mismo entre en su propio ser, es decir, en su *lubet...» ¡Lubetí* ¡ Si hubiera tenido entonces una palabra así para mis invocaciones, ¡qué apaciblemente me habría dedicado a mi recogida de la basura! ¡Qué agradable por la noche, cuando Dante está fuera de alcance y las manos huelen a porquería y a cieno, adoptar esta palabra que en holandés significa «lascivia» y en latín «libitum» o el divino *beneplaciturn.* Metido hasta las rodillas en la porquería, dije un día lo que, según cuentan, dijo Meister Eckhart hace mucho: «En verdad necesito a Dios, pero Dios me necesita a mí también.» Había un trabajo esperándome en el matadero, un trabajito agradable de seleccionar vísceras, pero no conseguí juntar el dinero para el billete hasta Chicago. Me quedé en Brooklin, en mi propio palacio de vísceras, y di vueltas y más vueltas en el plinto del laberinto. Me quedé en casa buscando la «vesícula germinal», «el castillo del dragón en el fondo del mar», «el Arpa Celestial», «el campo de la pulgada cuadrada», «la casa del pie cuadrado», «el pasaje oscuro», «el espacio del Cielo antiguo». Me quedé encerrado, prisionero de Fórculo, el dios de la puerta, de Cardea, dios de la bisagra, y de Limencio, dios del umbral. Hablé sólo con sus hermanas, las tres diosas llamadas Miedo, Palidez y Fiebre. No vi «lujo asiático», como vio o imaginó ver San Agustín. Tampoco vi «nacer los dos gemelos, tan cerca uno del otro, que el segundo iba cogido al talón del primero». Pero vi una calle llamada Myrtle Avenue, que va de Borough Hall a Fresh Pond Road, y por esa calle nunca caminó santo alguno (de lo contrario, se habría desmoronado), por esa calle nunca pasó milagro alguno, ni poeta alguno, ni especie alguna de genio humano, ni creció en ella nunca flor alguna, ni le dio el sol de lleno, ni la bañó nunca la lluvia. Por el Inferno auténtico que tuve que aplazar durante veinte años os doy Myrtle Avenue, uno de los innumerables caminos de herradura recorridos por monstruos de hierro que conducen al corazón vacío de América. Si sólo habéis visto Essen o Manchester o Chicago o Bayonne, no habéis visto nada del magnífico vacío del progreso y la ilustración. Querido lector, debes ver Myrtle Avenue antes de morir, aunque sólo sea para comprender hasta qué punto caló Dante en el futuro. Tienes que creerme, si te digo que ni en esa calle, ni en las casas que se alinean a sus lados, ni en los adoquines con que está pavimentada, ni en la estructura elevada que la corta en dos, ni en criatura alguna que lleve un nombre y viva en ella, ni en animal alguno, ave o insecto, que pase por ella camino del matadero o de vuelta de él, hay esperanza alguna de «lubet», «sublimación» o «abominación». No es una calle de pena, pues la pena sería humana y reconocible, sino de puro vacío: está más vacía que el volcán más extinto, más vacía que una vacuidad, más vacía que la palabra Dios en labios de un descreído.

He dicho que no sabía ni una palabra de francés entonces, y es

Librodot

verdad, pero estaba precisamente a punto de hacer un gran descubrimiento, un descubrimiento que iba a compensar el vacío de Myrtle Avenue y de todo el continente americano. Casi había llegado a la costa de ese gran océano francés que responde al nombre de Elie Faure, océano por el que los propios franceses apenas han navegado y que, al parecer, han confundido con un mar interior. Al leerlo incluso en una lengua tan marchita como ha llegado a ser la inglesa, veía que ese hombre que había descrito la gloria de la raza humana en el puño de la camisa era el padre Zeus de la Atlántida, al que yo había estado buscando. Un océano lo he llamado, pero también era una sinfonía mundial. Fue el primer músico que los franceses han producido; era exaltado y controlado, una anomalía, un Beethoven galo, un gran médico del alma, un pararrayos gigantesco. También era un girasol que giraba con el sol, siempre bebiendo en la luz, siempre radiante y resplandeciente de vitalidad. Nunca fue optimista ni pesimista, de igual modo que no se puede decir que el océano sea benéfico o malévolo. Creía en la raza humana. Hizo crecer un codo a la raza, al darle su dignidad, su fuerza, su necesidad de creación. Veía todo como creación, como gozo solar. No lo consiguió ordenadamente, sino musicalmente. Era indiferente al hecho de que los franceses tengan mal oído... estaba orquestando el mundo entero simultáneamente. Así, pues, cuál no sería mi asombro, cuando unos años después llegué a Francia, para descubrir que no había monumentos erigidos a él ni calles que llevaran su nombre. Peor aún, durante nada menos que ocho años ni una sola vez oí a un francés citar su nombre. Tuvo que morir para que lo colocasen en el panteón de las deidades francesas... ¡y qué aspecto más macilento deben de presentar sus deíficos contemporáneos en presencia de ese sol radiante! Si no hubiera sido médico, lo que le permitió ganarse la vida, ¡qué no le habría podido pasar! ¡Quizás otra mano hábil para los camiones de la basura! El hombre que hizo que los frescos egipcios cobraran vida con todos sus colores fulgurantes, ese hombre podía perfectamente haberse muerto de hambre, para lo que al público le importaba. Pero era un océano y los críticos se ahogaban en dicho océano, y los directores de periódicos y los editores y el público también. Tardará milenios en secarse, en evaporarse. Tardará tanto como los franceses en adquirir oído para la música.

Si no hubiera habido música, habría acabado en el manicomio como Nijinsky (fue por aquella época más o menos cuando descubrieron que Nijinsky estaba loco). Lo habían descubierto regalando su dinero a los pobres... ¡lo que siempre es mala señal! Mi mente estaba llena de tesoros maravillosos, mi gusto era fino y exigente, mis músculos estaban en condiciones excelentes, mi apetito era vigoroso, mi aliento sano. No tenía nada que hacer salvo perfeccionarme, y me estaba volviendo loco con los progresos que hacía cada día. Aun cuando hubiera un empleo que pudiese desempeñar, no podía aceptarlo, porque lo que necesitaba no era un trabajo, sino una vida más rica. No podía desperdiciar el tiempo haciendo de maestro, abogado, médico, político o cualquier otra cosa que la sociedad pudiera ofrecer. Era más fácil aceptar trabajos humildes porque me dejaban la mente en libertad. Después de que me despidiesen del empleo de basurero, recuerdo que pasé a trabajar con un evangelista que parecía tener gran confianza en mí. Hacía las funciones de conserje, cobrador y secretario particular. El me reveló todo el mundo de la filosofía india. Por las noches, cuando estaba libre, me reunía con mis amigos en casa de Ed Bauries, que

Librodot

vivía en un barrio aristocrático de Brooklin. Ed Bauries era un pianista excéntrico que no sabía leer ni una nota. Tenía un compañero del alma llamado George Neumiller con el que a menudo tocaba dúos. De la docena aproximada que nos congregábamos en casa de Ed Bauries, casi todos sabíamos tocar el piano. Todos contábamos entre veintiuno y veinticinco años por aquel entonces, nunca llevábamos mujeres con nosotros y casi nunca mencionábamos el tema de las mujeres durante aquellas sesiones. Teníamos mucha cerveza para beber y toda una gran casa a nuestra disposición, pues era en verano, cuando su familia estaba fuera, cuando celebrábamos nuestras reuniones. Aunque había otra docena de casas de las que podría hablar, cito la de Ed Bauries porque era representativa de algo que no he encontrado en ningún otro lugar del mundo. Ni Ed Bauries ni ninguno de mis amigos sospechaba la clase de libros que leía yo ni las cosas que ocupaban mi mente. Cuando aparecía, me recibían entusiásticamente... como a un payaso. Esperaban de mí que comenzara la función. Había cuatro pianos diseminados por la enorme casa, por no citar la celesta, el órgano, las guitarras, mandolinas, violines y yo qué sé qué más. Ed Bauries era un chiflado, un chiflado muy afable, comprensivo y generoso. Los emparedados eran siempre de lo mejor, la cerveza abundante, y si querías quedarte a pasar la noche, te podía proporcionar un diván de lo más cómodo.

Desde la calle —una calle grande, ancha, soñolienta, lujosa, una calle que no era de este mundo— oía ya el tintineo del piano en el gran salón del primer piso. Las ventanas estaban abiertas de par en par y, al acercarme más, veía a Al Burger y Connie Grimm arrellanados en las grandes y cómodas sillas, o con los pies en el alféizar, y grandes jarras de cerveza en las manos. Probablemente George Neumiller estuviera al piano, improvisando, sin camisa y con un gran puro en la boca. Hablaban y reían mientras George tocaba al tuntún buscando una obertura. En cuanto encontraba un tema, llamaba a Ed y éste se sentaba a su lado a estudiarlo a su modo no profesional y después, de repente, se abalanzaba sobre las teclas y daba la réplica clavada. Quizá, cuando entraba yo, estuviera alguien intentando hacer el pino en la habitación de al lado: había tres habitaciones grandes en el primer piso que daban una en la otra y detrás de ellas había un jardín, un jardín enorme, con flores, árboles frutales, viñas, estatuas, fuentes y todo. A veces, cuando hacía demasiado calor, llevaban la celesta o el organito al jardín (y un barrilito de cerveza, naturalmente) y nos sentábamos en la oscuridad riendo y cantando... hasta que los vecinos nos hacían callar. A veces, sonaba música por toda la casa al mismo tiempo, en todos los pisos. Entonces era realmente demencial, embriagador, y si hubiera habido mujeres por allí, lo habrían estropeado. A veces era como contemplar un torneo de resistencia. Ed Bauries y George Neumiller en el piano grande, uno intentando agotar al otro, cambiando de lugar sin parar de tocar, cruzando las manos, unas veces tocando con dos dedos, otras veces volando como una pianola. Y siempre había algo de qué reír. Nadie te preguntaba lo que hacías, lo que pensabas ni cosas así. Cuando llegabas a casa de Ed Bauries, dejabas en la entrada tus señas de identidad. A nadie le importaba tres cojones la talla de sombrero que usabas ni cuánto habías pagado por él. Era diversión desde el principio al fin... y la casa proporcionaba los emparedados y las bebidas. Y cuando empezaba la función, tres o cuatro pianos a la vez, la celesta, el órgano, las mandolinas, las guitarras, cerveza a discreción por los vestíbulos, las repisas de las

Librodot

chimeneas llenas de emparedados y de puros, una brisa que llegaba del jardín, George Neumiller desnudo hasta la cintura y modulando como un loco, era mejor que cualquier espectáculo que haya yo visto y no costaba ni un centavo. De hecho, con tanto vestirse y desvestirse, siempre salía yo con unas moneadas de más y un puñado de buenos puros. Nunca veía a ninguno de ellos fuera de nuestras reuniones... sólo los lunes por la noche durante todo el verano, cuando Ed recibía.

Al oír el estrépito desde el jardín, apenas podía creer que fuera la misma ciudad. Y si yo hubiese abierto el pico y hubiera revelado lo que pensaba, todo se habría acabado. Ni uno de aquellos tipos valía mucho, para el mundo. Eran simplemente buenos chicos, niños, tipos a los que les gustaba la música y pasarlo bien. Les gustaba tanto, que a veces teníamos que llamar a una ambulancia. Como la noche en que Al Burger se torció la rodilla, cuando nos mostraba una de sus acrobacias. Todo el mundo tan contento, tan lleno de música, tan piripi, que tardó una hora en convencernos de que se había hecho daño de verdad. Intentamos llevarlo al hospital, pero quedaba lejos y, además, era una broma tan divertida, que de vez en cuando lo dejábamos caer y eso le hacía dar alaridos como un maníaco. Así, que al final pedimos ayuda por teléfono a la policía, y llega la ambulancia y también el coche celular. Se llevan a Al al hospital y a los demás al trullo. Y en camino cantamos a pleno pulmón. Y, después de que nos suelten, seguimos alegres y los polis también se sienten alegres, así que pasamos todos al sótano, donde hay un piano destartalado, y seguimos cantando y tocando. Todo eso es como una época histórica A.C. que acaba, no porque haya una guerra, sino porque ni siquiera una casa como la de Ed Bauries es inmune al veneno que se cuela desde la periferia. Porque todas las calles se están convirtiendo en Myrtle Avenue, porque el vacío está llenando el continente entero desde el Atlántico hasta el Pacífico. Porque, al cabo de un tiempo, no puedes entrar en una sola casa a todo lo largo y ancho del país y encontrar a un hombre haciendo el pino y cantando. Es algo que ya no se hace. Ni hay dos pianos que suenen a la vez en ningún sitio ni dos hombres dispuestos a tocar toda la noche por pura diversión. A dos hombres que sepan tocar como Ed Bauries y George Neumiller los contratan para la radio o para el cine y sólo usan una ínfima parte de su talento y el resto lo tiran al cubo de la basura. A juzgar por los espectáculos públicos, nadie sabe el talento que hay disponible en el gran continente americano. Posteriormente, y por eso es por lo que me sentaba en los escalones de las puertas de Tin Pan Alley, pasaba las tardes escuchando a los profesionales desgañitarse. Eso estaba bien también, pero era diferente. No era divertido, era un ensayo continuo para producir dólares y centavos. Cualquier hombre de América que tuviera una pizca de humor, se lo guardaba para triunfar. También había algunos chalados maravillosos entre ellos, hombres a los que nunca olvidaré, hombres que no dejaron un nombre tras sí, y fueron los mejores que este país ha producido. Recuerdo un actor anónimo en un teatro de la cadena Keith que probablemente fuera el hombre más loco de América, y puede que no se sacara más de cincuenta dólares a la semana. Tres veces al día, todos los días de la semana, salía a escena y mantenía al público embelesado. No hacía un número... simplemente improvisaba. Nunca repetía sus chistes ni sus acrobacias. Se prodigaba, y no creo que fuera un drogota. Era uno de esos tipos que nacen en los maizales y su energía y alegría eran tan impetuosas, que nada podía

Librodot

contenerlas. Sabía tocar cualquier instrumento y bailar cualquier paso, y era capaz de inventar una historia en el momento y alargarla hasta el final de la función. No se contentaba con hacer su número, sino que ayudaba a los demás. Se quedaba entre bastidores y esperaba el momento oportuno para irrumpir en el número de otro tipo. Él solo era el espectáculo entero y era un espectáculo que contenía más terapia que todo el arsenal de la ciencia moderna. A un hombre así tendrían que haberle pagado el sueldo que cobre el presidente de Estados Unidos. Tendrían que echar al presidente de Estados Unidos y a todo el Tribunal Supremo y poner a gobernar a un hombre así. Aquel hombre podía curar cualquier enfermedad del catálogo. Además, era la clase de tipo que lo haría por nada, si se lo pidieran. Ese es el tipo de hombre que vacía los manicomios. No propone una cura... vuelve loco a todo el mundo. Entre esta solución y el estado de guerra perpetua, que es la civilización, sólo hay otra salida... y es el camino que todos tomaremos tarde o temprano porque todo lo demás está condenado al fracaso. El tipo que representa esa única salida tiene una cabeza con seis caras y ocho ojos; la cabeza es un faro giratorio, y en lugar de una triple corona encima, como podría perfectamente haber, hay un agujero que ventila los pocos sesos que hay. Hay pocos sesos, como digo, porque hay poco equipaje que llevar, porque, al vivir en plena conciencia, la sustancia gris se convierte en luz. Ese es el único tipo de hombre que podemos colocar por encima del comediante; ni ríe ni llora y está por encima del sufrimiento. No lo reconocemos todavía porque está demasiado próximo a nosotros, justo bajo la piel, en realidad. Cuando el comediante nos acierta en las tripas, este hombre, cuyo nombre podría ser Dios, supongo, si tuviera que usar un nombre, habla claro. Cuando toda la raza humana está desternillándose de risa, riendo tanto que llega a doler, quiero decir, entonces todo el mundo va por buen camino. En ese momento todo el mundo puede ser lo mismo Dios precisamente que cualquier otra cosa. En ese momento se produce la aniquilación de la conciencia doble, triple, cuádruple y múltiple, que es lo que hace que la sustancia gris se haga un ovillo de pliegues muertos en la coronilla. En ese momento puedes sentir realmente el agujero en la coronilla; sabes que en otro tiempo tenías un ojo en ella y que ese ojo era capaz de captar todo a la vez. Ahora el ojo ha desaparecido, pero cuando ríes hasta que se te saltan las lágrimas y te duele el vientre, estás abriendo realmente la claraboya y ventilando los sesos. En ese momento nadie puede convencerte para que cojas un rifle y mates a tu enemigo; nadie puede convencer a nadie para que abra un mamotreto que contenga las verdades metafísicas del mundo y lo lea. Si sabes lo que significa la libertad, la libertad absoluta y no la libertad relativa, en ese caso debes reconocer que eso es lo más cerca que puedes llegar a estar de ella. Si estoy en contra del estado del mundo no es porque sea un moralista... es porque quiero reírme más. No digo que Dios sea una gran carcajada; digo que tienes que reír con ganas antes de que puedas acercarte lo más mínimo a Dios. Mi exclusivo fin en la vida es llegar cerca de Dios, es decir, llegar cerca de mí mismo. Por eso es por lo que no me importa el camino que tome. Pero la música es muy importante. La música es un tónico para la glándula pineal. La música no es Bach ni Beethoven, la música es el abrelatas del alma. Te hace tranquilizarte terriblemente por dentro, te hace tomar conciencia de que hay un techo para tu ser.

El horror asesino de la vida no va contenido en las calamidades ni en

Librodot

los desastres, porque esas cosas te despiertan y te familiarizas e intimas mucho con ellas y, al final, acaban amasadas de nuevo... no, es más como estar en la habitación de un hotel en Hoboken, pongamos por caso, y con suficiente dinero en el bolsillo para otra comida. Estás en una ciudad en la que no esperas volver a estar nunca más y sólo tienes que pasar la noche en la habitación de tu hotel, pero necesitas todo el valor y coraje que poseas para permanecer en esa habitación. Tiene que haber una razón poderosa para que ciertas ciudades, ciertos lugares, inspiren tamaños aversión y espanto. Debe de estar produciéndose algún tipo de asesinato perpetuo en esos lugares. La gente es de la misma raza que tú, se ocupan de sus asuntos como hace la gente en todas partes, construyen el mismo tipo de casa, ni mejor ni peor, tienen el mismo sistema de educación, la misma moneda, los mismos periódicos... y, sin embargo, son absolutamente diferentes de las demás personas que conozco, y la atmósfera en conjunto es diferente, y el ritmo es diferente y la tensión es diferente. Es casi como mirarte a ti mismo en otra encarnación. Sabes, con la certidumbre más inquietante, que lo que rige la vida no es el dinero, ni la política, ni la religión, ni la educación, ni la raza, ni la lengua, ni las costumbres, sino otra cosa, algo que estás intentando sofocar y que en realidad te está sofocando a ti; porque, si no, no te sentirías tan aterrorizado de repente ni te preguntarías cómo vas a escapar. En algunas ciudades ni siquiera tienes que pasar una noche: simplemente una o dos horas son suficientes para desalentarte. Eso pienso de Bayonne. Llegué a ella por la noche con algunas direcciones que me habían dado. Llevaba bajo el brazo un maletín con un prospecto de la Enciclopedia Británica. Mi misión era ir al amparo de la oscuridad y vender la maldita enciclopedia a algunos pobres diablos que deseaban mejorar. Si me hubieran dejado caer en Helsingfors, no podría haberme sentido más turbado que caminando por las calles de Bayonne. Para mí no era una ciudad americana. No era una ciudad en absoluto, sino un enorme pulpo retorciéndose en la oscuridad. La primera puerta a que acudí era tan repulsiva, que ni siquiera me molesté en llamar; fui a varias direcciones antes de poder hacer acopio de valor para llamar. La primera cara que miré me hizo cagarme de miedo. No quiero decir que sintiera timidez o vergüenza... quiero decir miedo. Era la cara de un peón de albañil, un irlandés ignorante que de buena gana lo mismo se abalanzaría sobre ti con un hacha en la mano que te escupiría en un ojo. Fingí que me había equivocado de número y me apresuré a dirigirme a la siguiente dirección. Cada vez que se abría la puerta, veía un monstruo. Y por fin di con un pobre bobo que realmente quería mejorar y aquello fue la puntilla. Me sentí sinceramente avergonzado de mí mismo, de mi país, de mi raza, de mi época. Las pasé canutas para convencerle de que no comprara la maldita enciclopedia. Me preguntó inocentemente qué me había llevado a su casa, entonces... y sin vacilar ni un instante le conté una mentira asombrosa, mentira que más adelante iba a resultar una gran verdad. Le dije que simplemente fingía vender enciclopedias para conocer a gente y escribir sobre ella. Eso le interesó enormemente, más incluso que la enciclopedia. Quería saber qué escribiría sobre él, si podía decirlo. He tardado veinte años en dar una respuesta, pero aquí va. Si todavía le gustaría saber, Fulano de Tal de la ciudad de Bayonne, ésta es: le debo mucho a usted porque después de esa mentira abandoné su casa e hice pedazos el prospecto que me habían facilitado en la Enciclopedia Británica y lo tiré al arroyo. Me dije: «Nunca

Librodot

más me presentaré ante la gente con pretextos falsos, ni siquiera para darles la Sagrada Biblia. Nunca más venderé nada, aunque tenga que morirme de hambre. Me voy a casa ahora y me sentaré a escribir realmente sobre la gente. Y si alguien llama a mi puerta para venderme algo, le invitaré a pasar y le diré: "¿Por qué se dedica usted a esto?" Y si dice que es porque tiene que ganarse la vida, le ofreceré el dinero que tenga y le pediré una vez más que piense en lo que está haciendo. Quiero impedir que el mayor número posible de hombres finjan tener que hacer esto o lo otro porque tienen que ganarse la vida. *No es verdad.* Uno puede morirse de hambre... es mucho mejor. Cada hombre que se muere de hambre voluntariamente contribuye a interrumpir el proceso automático. Preferiría ver a un hombre coger una pistola y matar a su vecino para conseguir la comida que necesita que mantener el proceso automático fingiendo que tiene que ganarse la vida.» Eso es lo que quería decir, señor Fulano de Tal.

Sigo con lo de antes. No el horror, que asesina, del desastre y la calamidad, como decía, sino el retroceso automático, sino el panorama desolado de la lucha atávica del alma. Un puente en Carolina del Norte, cerca de la frontera con Tennessee. Destacándose de entre lujuriantes campos de tabaco, chozas bajas por todas partes y el olor a leña fresca ardiendo. El día pasó en un espeso lago de verde ondulante. Casi ni un alma a la vista. Y después un claro de repente y me encuentro sobre un gran barranco cruzado por un puente de madera desvencijado. ¡Es el fin del mundo! Cómo cojones he llegado aquí y por qué estoy aquí es algo que no sé. *¿Cómo voy a comer?* Y aunque coma la mayor comida imaginable, seguiré estando triste, espantosamente triste. No sé adonde ir desde aquí. Este puente es el fin, mi fin, el fin del mundo conocido para mí. Este puente es la locura; no hay razón por la que deba estar aquí ni razón por la que deba cruzarlo. Me niego a dar un paso *más;* me niego a cruzar ese puente demencial. Cerca hay un muro bajo contra el que me recuesto, mientras intento pensar qué hacer y adonde ir. Comprendo de repente lo terriblemente civilizado que soy... la necesidad que tengo de gente, conversación, libros, teatro, música, cafés, bebidas, etc. Es terrible ser civilizado, porque cuando llegas al fin del mundo no tienes nada que te ayude a soportar el terror de la soledad. Ser civilizado es tener necesidades complicadas. Y un hombre en la flor de la vida no debería necesitar nada. He pasado todo el día atravesando campos de tabaco, y sintiéndome cada vez más inquieto. ¿Qué tengo que ver con todo este tabaco? ¿Adonde me dirijo? En todas partes la gente produce cosechas y mercancías para otra gente... y yo soy como un fantasma que se desliza entre toda esa actividad ininteligible. Quiero encontrar alguna clase de trabajo, pero no quiero formar parte de esto, de este proceso automático e infernal. Paso por una ciudad *y* miro el periódico para ver qué ocurre en ella y en sus alrededores. Me parece que no ocurre *nada,* que el reloj se ha parado, pero que esos pobres diablos no lo saben. Además, intuyo de forma insistente que hay asesinato en el aire. Lo huelo. Unos días atrás crucé la línea imaginaria que divide el norte del sur. No fui consciente de ello hasta que pasó un moreno conduciendo una yunta; cuando llega a mi altura, se levanta del asiento y se quita el sombrero con el mayor respeto. Tenía pelo blanco como la nieve y una cara de gran dignidad. Aquello me hizo sentirme horrible: me hizo comprender que todavía hay esclavos. Ese hombre tenía que descubrirse delante de mí... porque yo era de la raza blanca. Cuando en realidad, ¡era yo quien debía

Librodot

descubrirme ante él! Debería haberle saludado como a un superviviente de todas las viles torturas que los hombres blancos han infligido a los negros. Debería haberme quitado el sombrero antes que él, para hacerle saber que no formo parte de este sistema, que pido perdón por todos mis hermanos blancos, demasiado ignorantes y crueles como para hacer un gesto honrado y claro. Hoy siento sus ojos sobre mí todo el tiempo; miran desde detrás de las puertas, desde detrás de los árboles.

Todos muy tranquilos, muy pacíficos, aparentemente. Negro dice nunca nada. Negro canturrea todo el rato. Hombre blanco piensa que negro aprende su lugar. Negro aprende nada. Negro espera. Negro mira todo lo que hombre blanco hace. Negro dice nada, no señor, que no. ¡PERO DE TODOS MODOS EL NEGRO ESTA MATANDO AL HOMBRE BLANCO! Siempre que el negro mira a un hombre blanco, le está clavando una daga. No es el calor, no es la lombriz intestinal, no son las malas cosechas, lo que está matando el sur: ¡es el negro! El negro despide un veneno, quiera o no quiera. El sur está drogado con veneno de negro.

Sigo... Sentado frente a una barbería junto al río James. Voy a quedarme aquí diez minutos, mientras descansan mis pies. Enfrente hay un hotel y unas cuantas tiendas; todo ello va desvaneciéndose rápidamente, acaba como empezó: sin razón. Desde el fondo de mi alma compadezco a los pobres diablos que nacen y mueren aquí. No hay razón concebible por la que deba existir este lugar. Ño hay razón por la que nadie deba cruzar la calle y pedir que le corten el pelo o que le despachen un plato de solomillo. Eh, vosotros, ¡compraos una pistola y mataos unos a otros! Borrad esta calle de mi mente para siempre: no tiene ni pizca de sentido.

El mismo día, tras la caída de la noche. Sigo caminando, hundiéndome cada vez más en el sur. Me voy alejando de un pueblecito por un camino corto que conduce a la carretera. De repente oigo pasos detrás de mí y en seguida pasa a escape un joven junto a mí respirando con dificultad y maldiciendo con todas sus fuerzas. Me quedo ahí un momento, preguntándome qué pasa. Oigo que llega otro hombre a escape; es más viejo y lleva un revólver. Respira con bastante facilidad y no dice ni pío. Justo cuando lo distingo, la luna se abre paso entre las nubes y le veo la cara claramente. Es un cazador de hombres. Me hago a un lado, cuando llegan los otros detrás de él. Estoy temblando de miedo. Es el *sheriff,* oigo decir a un hombre, y va a matarlo. Horrible. Sigo hacia la carretera esperando oír el disparo que pondrá fin a todo aquello. No oigo nada: sólo esa respiración dificultosa del joven y los rápidos y ansiosos pasos de la chusma que sigue al *sheriff.* Justo cuando me acerco a la carretera, sale un hombre de la oscuridad y se me acerca muy deprisa. «¿Adonde vas, hijo?», dice, tranquilo y casi con ternura. Balbuceo algo sobre la ciudad siguiente. «Más vale que te quedes aquí, hijo», dice. No dije nada más. Le dejé llevarme de nuevo a la ciudad y entregarme como un ladrón. Estuve tumbado en el suelo con otros cincuenta tipos. Tuve un maravilloso sueño sexual que acababa en la guillotina.

Sigo... tan difícil es volver atrás como seguir adelante. Tengo la sensación de haber dejado de ser ciudadano americano. La parte de América de la que procedía, donde tenía algunos derechos, donde me sentía libre, ha quedado tan lejos detrás de mí, que está empezando a borrárseme de la memoria. Tengo la sensación de que alguien me tiene clavada una pistola en la espalda constantemente. Sigue andando, es lo único que me parece oír. Si

Librodot

un hombre me habla, intento no parecer demasiado inteligente. Intento fingir que me interesan vitalmente las cosechas, el tiempo, las elecciones. Si me paro, me miran, negros y blancos: me miran de pies a cabeza como si fuera jugoso y comestible. Tengo que caminar otras mil millas aproximadamente, como si tuviese una meta clara, como si fuera realmente a algún sitio. Tengo que parecer agradecido también de que a nadie se le haya ocurrido todavía pegarme un tiro. Es deprimente y estimulante al mismo tiempo. Eres un hombre marcado... y nadie aprieta el gatillo. Te dejan caminar sin molestarte hasta el Golfo de México, donde puedes ahogarte.

Sí, señor, llegué al Golfo de México y caminé directo hasta él y me ahogué. Lo hice gratis. Cuando sacaron el cadáver descubrieron que llevaba la etiqueta F.O.B.[2] Myrtle Avenue, Brooklin; lo devolvieron con la etiqueta C.O.D.[3] Cuando me preguntaron por qué me había suicidado, lo único que se me ocurrió decir fue: *¡porque quería electrificar el cosmos!* Con eso quería decir una cosa muy simple: Delaware, Lakawanna y Western Union habían sido electrificadas, la Seabord Air Line había sido electrificada, pero el alma del hombre seguía en la etapa del carromato. Nací en medio de la civilización y la acepté con toda naturalidad: ¿qué otra cosa podía hacer? Pero el chiste consistía en que nadie más se lo tomaba en serio. Yo era el único hombre de la comunidad que era verdaderamente civilizado. No había sitio para mí... aún. Y, sin embargo, los libros que leía, la música que escuchaba, me aseguraban que había otros hombres en el mundo como yo. Tuve que ir a ahogarme al Golfo de México para tener una excusa para continuar aquella existencia seudocivilizada. Tenía que despojarme de mi cuerpo espiritual.

Cuando advertí que, de acuerdo con el orden de cosas, yo valía menos que el barro, la verdad es que me puse muy contento. Rápidamente perdí cualquier sentido de la responsabilidad. Y, si no hubiera sido porque mis amigos se cansaron de prestarme dinero, podría haber seguido como si tal cosa dejando pasar el tiempo indefinidamente. El mundo era como un museo para mí: no veía otra cosa que hacer que devorar ese maravilloso pastel cubierto de chocolate que los hombres del pasado nos habían dejado en las manos. A todo el mundo le molestaba ver cómo me divertía. Su lógica era que el arte era muy bonito, oh, sí, desde luego, pero que tienes que trabajar para ganarte la vida y después descubrirás que estás demasiado cansado como para pensar en el arte. Pero cuando amenacé con añadir una o dos capas por mi cuenta a aquel maravilloso pastel cubierto de chocolate fue cuando se enfadaron conmigo. Aquello fue la pincelada final. Eso significó que yo estaba rematadamente loco. Primero me consideraban un miembro inútil de la sociedad; después, por un tiempo, les parecí un cadáver despreocupado con un apetito tremendo; ahora me he vuelto loco. *(Oye, cacho cabrón, búscate un empleo... ¡no queremos verte más!)* En cierto modo ese cambio de frente fue alentador. Sentí el viento que soplaba por los pasillos. Por lo menos, «nosotros» ya no estábamos encalmados. Era la guerra, y, como cadáver que era, yo estaba bastante fresco como para que me quedara un poco de combatividad. La guerra te reanima. La guerra hace que te bulla la sangre. Fue en plena guerra mundial, de la que me había olvidado, cuando experimenté ese cambio de ánimo. De la noche a la mañana me casé, para demostrar a todos y cada uno que me importaba tres cojones una cosa o la otra. Casarse estaba bien para la mentalidad de ellos.

[2] *Free on board* «Franco de porte»
[3] *Cash on dehvery* «Cobro revertido»

Librodot

Recuerdo que, gracias al anuncio de la boda, junté cinco dólares inmediatamente. Mi amigo McGregor me pagó la licencia e incluso pagó el afeitado y el corte de pelo que insistió en que me diera para casarme. Decían que no podías casarte sin afeitarte; yo no veía razón alguna por la que no pudieses casarte sin afeitarte ni cortarte el pelo, pero, como no me costaba nada, cedí. Fue interesante ver que todo el mundo estaba deseoso de contribuir con algo a nuestro sustento. De repente, sólo porque había mostrado un poco de juicio, acudieron como moscas a nuestro alrededor: ¿y no podrían hacer esto, y no podrían hacer aquello por nosotros? Naturalmente, suponían que ahora con toda seguridad iba a ir a trabajar, ahora iba a ver que la vida es una cosa seria. En ningún momento se les ocurrió que podría dejar que mi esposa trabajase por mí. Realmente, al principio me portaba muy bien con ella. No era un negrero. Lo único que pedía era dinero para el autobús para ir a buscar el mítico empleo y un poquito de dinero para mis gastos, para cigarrillos, cine, etc. Las cosas importantes, como libros, discos, gramófonos, filetes y demás, me pareció que podíamos comprarlas a crédito, ahora que estábamos casados. El pago a plazos se había inventado expresamente para tipos como yo. La entrada era fácil... el resto lo dejaba para la Providencia. Tiene uno que vivir, estaban diciendo siempre. Pero, Dios mío, si era lo que yo me decía: *¡Tiene uno que vivir! ¡Vive primero y paga después!* Si veía un abrigo que me gustaba, entraba y lo compraba. Además, lo compraba un poco antes de temporada, para mostrar que era un individuo serio. Hostias, era un hombre casado y probablemente fuera a ser padre pronto... tenía derecho a un abrigo para el invierno por lo menos, ¿no? Y cuando tenía un abrigo, pensaba en unos zapatos fuertes para acompañarlo: un par de zapatos gruesos de cordobán como los que había deseado toda mi vida pero nunca había podido pagar. Y cuando venía el frío intenso y estaba en la calle buscando trabajo, a veces me entraba un hambre terrible —es muy sano salir así, día tras día, a andar de un lado para otro por la ciudad con lluvia y nieve y viento y granizo—, así que de vez en cuando me metía en una taberna acogedora y pedía un filete jugoso con cebollas y patatas fritas. Me hice un seguro de vida y también un seguro de accidentes... cuando estás casado, es importante hacer cosas así, según me decían. Supongamos que un día me muriera de repente... entonces, ¿qué? Recuerdo que el tipo me dijo eso para dar más fuerza a su argumentación. Yo le había dicho que iba a firmar, pero él debía de haberlo olvidado. Había dicho, sí, inmediatamente, por la fuerza de la costumbre, pero, como digo, era evidente que no lo había notado... o, si no, sería que iba contra las normas cerrar el trato con una persona hasta que no le hubieras largado toda la perorata. El caso es que estaba preparándome para preguntarle cuánto tiempo tenía que pasar antes de que pudieses pedir un préstamo con la póliza, cuando lanzó la pregunta hipotética: *Supongamos que muriera usted de repente un día... entonces, ¿qué?* Me figuro que pensó que estaba un poco mal de la cabeza por la forma como me reí al oír aquello. Me reí hasta que me corrieron lágrimas por las mejillas. Por fin dijo: «No creo haber dicho nada tan gracioso.» «Pero, bueno», dije, poniéndome serio por un momento, «míreme bien. Ahora dígame, ¿cree usted que soy la clase de tipo al que le preocupa más que la hostia lo que ocurra, una vez muerto?». Quedó completamente desconcertado al oírme, al parecer, porque lo que me dijo a continuación fue: «No creo que ésa sea una actitud demasiado ética, señor Miller. Estoy seguro de que usted no desea que su esposa...» «Mire», dije,

Librodot

«supongamos que le digo que me importa tres cojones lo que le ocurra a mi mujer, cuando me muera... entonces, ¿qué?». Y como eso pareció herir su susceptibilidad ética todavía más, añadí para no quedarme corto: «Por lo que a mí concierne, no tienen ustedes que pagar el seguro, cuando yo la diñe: lo hago simplemente para complacerlo a usted. Estoy intentando ayudar al mundo, ¿no lo ve? Usted tiene que vivir, ¿no es cierto? Pues, bien, le estoy poniendo un poquito de comida en la boca, nada más. Si tiene usted algo más para vender, sáquelo. Compro cualquier cosa que me parezca buena. Soy comprador, no vendedor. Me gusta ver feliz a la gente: por eso compro cosas. Ahora, óigame, ¿a cuánto ha dicho que saldría por semana? ¿A cincuenta y siete centavos? Estupendo. ¿Qué son cincuenta y siete centavos? ¿Ve usted ese piano... ? Sale por unos treinta y nueve centavos por semana, me parece. Mire a su alrededor: todo lo que ve cuesta tanto como eso a la semana. Dice usted: *si me muriera, entonces, ¿qué?* ¿Supone usted que me voy a morir y dejar a toda esa gente colgada? Eso sería una broma más pesada que la hostia. No, preferiría que vinieran y se llevasen sus cosas... en caso de que no pueda pagarlas, quiero decir...» Se había puesto muy nervioso y me pareció que tenía una mirada vidriosa. «Perdone», dije, interrumpiéndome, «pero, ¿no le gustaría echar un traguito... para celebrar lo de la póliza?» Dijo que le parecía que no, pero insistí y, además, todavía faltaba firmar los papeles y examinar mi orina y aprobarla y había que pegar toda clase de sellos y timbres —me sabía de memoria toda esa mierda—, así que pensé que podríamos echar un traguito primero y prolongar así el asunto serio, porque sinceramente comprar un seguro o comprar cualquier cosa era un auténtico placer para mí y me daba la sensación de que era simplemente como cualquier otro ciudadano, *¡un hombre, vamos!,* y no un mono. De modo que saqué una botella de jerez (que era lo único que tenía permitido), y le serví un vaso bien lleno, pensando para mis adentros que daba gusto ver desaparecer el jerez porque quizá la próxima vez me comprarían algo mejor. «Yo también vendí seguros en tiempos», dije, alzando el vaso hasta los labios. «Desde luego, soy capaz de vender cualquier cosa. Sólo que... soy vago. Fíjese en un día como hoy: ¿es que no es más agradable quedarse en casa leyendo un libro o escuchando discos? Si hubiera estado trabajando hoy, no me habría usted cogido en casa, ¿no es así? No, creo que es mejor tomárselo con calma y ayudar a la gente, cuando se presente... como usted, por ejemplo. Es mucho más agradable comprar cosas que venderlas, ¿no cree usted? ¡Sí *tienes el dinero,* naturalmente! En esta casa no necesitamos demasiado dinero. Como le estaba diciendo, el piano sale por unos treinta y nueve centavos a la semana, o cuarenta y dos, quizás, y el...»

—Perdone, señor Miller —interrumpió—, pero, ¿no cree que deberíamos pasar a la firma de estos papeles?

—Pues, claro —dije alegremente—. ¿Los ha traído usted todos? ¿ Cuál cree que deberíamos firmar primero? Por cierto, no tendrá usted una estilográfica para venderme, ¿verdad?

—Simplemente firme aquí —dijo haciendo como que no había oído mis observaciones—. Y aquí, eso es. Y ahora, señor Miller, creo que me despediré... y dentro de unos días tendrá noticias de la compañía.

—Más vale que se den prisa —observé, mientras lo acompañaba hasta la puerta—, porque podría ser que cambiara de idea y me suicidase.

—Claro, claro, cómo no, señor Miller, así lo haremos sin falta. Y ahora,

¡adiós, buenos días!

Naturalmente, llega un momento en que la compra a plazos falla, aun cuando seas un comprador asiduo como lo era yo. Desde luego, hice todo lo que pude para mantener muy ocupados a los fabricantes y a los anunciantes de América, pero parece ser que les defraudé. Defraudé a todo el mundo. Pero hubo un hombre en particular al que defraudé más que a nadie y fue un hombre que había hecho un esfuerzo realmente para ayudarme y al que decepcioné. Pienso en él y en el modo como me tomó de ayudante —tan fácil y amablemente—, porque más adelante, cuando estaba yo contratando y despidiendo a gente como un revólver del calibre cuarenta y dos, me traicionaron a base de bien, pero para entonces había llegado a estar tan inmunizado, que me importaba un comino. Pero aquel hombre se había tomado toda clase de molestias para demostrarme que confiaba en mí. Era el encargado de preparar un catálogo para una gran empresa de venta por correo. Era un enorme compendio de estupideces que se publicaba una vez al año y que se tardaba todo el año en preparar. Yo no tenía la menor idea sobre qué era exactamente y no sé por qué entré en su despacho aquel día, a no ser que fuera porque quería calentarme, ya que había estado vagando por los muelles todo el día intentando conseguir un empleo de verificador o cualquier otra cosa de los cojones. Se estaba calentito en su despacho y le largué un discurso muy largo para calentarme. No sabía qué empleo pedir... simplemente un empleo, dije. Era un hombre sensible y muy bondadoso. Pareció adivinar que yo era, o quería ser, escritor, porque no tardó en preguntarme qué me gustaba leer y qué opinaba de este y aquel escritor. Dio la casualidad de que precisamente llevaba una lista de libros en el bolsillo —libros que iba a buscar a la biblioteca pública—, así que la saqué y se la enseñé. «¡Válgame Dios!», exclamó, «¿de verdad lee usted estos libros?» Dije que sí con la cabeza modestamente, y después, como me ocurría con frecuencia cuando una observación tonta como ésa me provocaba, empecé a hablar de *Místenos* de Hamsun, que acababa de leer. A partir de ese momento lo tuve en el bote. Cuando me preguntó si me gustaría ser su ayudante, se excusó por ofrecerme una posición tan modesta; dijo que podía tomarme tiempo para aprender los pormenores del empleo, estaba seguro de que sería cosa de coser y cantar para mí. Y después me preguntó si podía dejarme un poco de dinero, de su propio bolsillo, hasta que cobrara. Antes de que pudiese decir sí o no, ya había sacado un billete de veinte dólares y me lo había puesto en la mano. Naturalmente, me sentí emocionado. Estaba dispuesto a trabajar como un cabrón para él. Ayudante del director... sonaba bien, sobre todo para los acreedores del barrio. Y por un tiempo me sentí tan feliz de comer rosbif y pollo y lomo de cerdo, que fingí que me gustaba el trabajo. En realidad, tenía que esforzarme para no quedarme dormido. Lo que había de aprender lo aprendí en el plazo de una semana. ¿Y después? Después me vi condenado a trabajos forzados para toda la vida. Para sacar el mayor provecho, pasaba el tiempo escribiendo cuentos y ensayos y largas cartas a mis amigos. Quizá pensaran que escribía ideas nuevas para la empresa, porque durante mucho tiempo nadie me prestó atención. Me pareció un trabajo maravilloso. Podía disponer de casi todo el día, para escribir, después de haber aprendido a despachar el trabajo de la empresa en una hora aproximadamente. Me sentía tan entusiasmado con mi propio trabajo particular que di órdenes a mis subordinados de no molestarme, excepto en momentos estipulados. Todo iba sobre ruedas, pues la empresa

Librodot

me pagaba regularmente y los negreros hacían el trabajo que yo les había indicado, cuando un día, justo cuando estoy enfrascado en la lectura de un importante ensayo sobre *El anticristo,* se acerca a mi escritorio un hombre a quien nunca había visto, se inclina sobre mi hombro, y en tono de voz sarcástico se pone a leer en voz alta lo que acababa de escribir. No necesité preguntar quién era o qué pretendía... lo único que se me ocurrió y que repetí para mis adentros desesperadamente fue: *"¿Me darán una semana de sueldo extra?»* Cuando llegó el momento de despedirme de mi benefactor, me sentí un poco avergonzado de mí mismo, sobre todo cuando dijo, casi al instante: «He intentado conseguirle una semana de sueldo extra, pero no han querido ni oír hablar de ello. Me gustaría poder hacer algo por usted... lo único que hace usted es ponerse obstáculos a sí mismo. La verdad es que tengo la mayor confianza en usted... pero me temo que lo va a pasar mal, por un tiempo. No encaja usted en ninguna parte. Algún día será usted un gran escritor, estoy seguro de ello. Bueno, discúlpeme», añadió, estrechándome la mano calurosamente, «tengo que ir a ver al jefe. ¡Buena suerte!».

Me sentí algo apenado por aquel incidente. Deseé que hubiera sido posible demostrarle en aquel mismo momento que su confianza estaba justificada. Deseé justificarme ante el mundo entero en aquel momento: me habría tirado del puente de Brooklin, si con eso hubiese convencido a la gente de que no era un hijoputa sin corazón. Tenía un corazón tan grande como una ballena, como no iba a tardar en demostrar, pero nadie me miraba el corazón. Todo el mundo quedaba profundamente decepcionado: no sólo las empresas de venta a plazos, sino también el casero, el carnicero, el panadero, los diablos del gas, el agua y la electricidad, *todo el mundo.* ¡Si por lo menos hubiese podido creer en ese cuento del trabajo! No podía creerlo, ni aunque de ello dependiera la salvación de mi vida. Lo único que veía era que la gente se partía los cojones trabajando porque no sabía hacer nada mejor. Pensé en el discurso que me había valido el empleo. En cierto modo me parecía mucho a Herr Nagel. No se podía saber lo que haría de un minuto para otro. No se podía saber si era un monstruo o un santo. Como tantos otros hombres maravillosos de nuestra época, Herr Nagel era un hombre desesperado... y era esa propia desesperación lo que lo convertía en un tipo tan simpático. El propio Hamsun no sabía qué hacer con ese personaje: sabía que existía, y sabía que era algo más que un simple bufón y un mistificador. Creo que amaba a Herr Nagel más que a ningún otro de los personajes que creó. ¿Y por qué? Porque Herr Nagel era el santo no reconocido que todo artista es: el hombre a quien se ridiculiza porque sus soluciones, que son verdaderamente profundas, parecen demasiado simples para el mundo. Ningún hombre *quiere* ser artista: se ve impelido a serlo porque el mundo se niega a reconocer que indica el camino adecuado. El trabajo no significaba nada para mí, porque el auténtico trabajo que había que hacer se eludía. La gente me consideraba vago e inepto, pero, al contrario, era un individuo sumamente activo. Aunque sólo fuera andar tras un polvete, eso ya era algo, y que valía la pena, sobre todo si lo comparamos con otras formas de actividad... como las de fabricar botones o apretar tornillos o incluso extirpar apéndices. ¿Y por qué me escuchaba la gente de tan buena gana, cuando solicitaba trabajo? ¿Por qué les parecía divertido? Por la razón, indudablemente, de que siempre había utilizado el tiempo provechosamente.

Les llevaba regalos: de las horas pasadas en la biblioteca pública, de

Librodot

mis vagabundeos por las calles, de mis experiencias íntimas con las mujeres, de las tardes pasadas en el teatro de revistas, de mis visitas al museo y a las galerías de arte. Si hubiera sido un inútil, un simple y pobre tipo honrado que deseara partirse los cojones trabajando por un tanto a la semana, no me habrían ofrecido los empleos que me ofrecían, ni me habrían dado puros ni me habrían invitado a comer ni me habrían prestado dinero con la frecuencia con que lo hacían. Debía de tener algo que quizá sin saberlo apreciaban más que los caballos de vapor o la capacidad técnica. Yo mismo no sabía lo que era, porque no tenía ni orgullo ni vanidad ni envidia. Con respecto a las cuestiones importantes, no tenía dudas, pero al enfrentarme con los detalles humildes de la vida, me sentía perplejo. Tuve que contemplar esa misma perplejidad en gran escala para poder comprender de qué se trataba. En muchos casos los hombres corrientes tardan poco en calibrar las situaciones prácticas: su yo está en proporción con lo que se le pide: el mundo no difiere mucho de como lo imaginan. Pero un hombre que esté en completo desacuerdo con el resto del mundo, o bien padece una colosal hipertrofia del yo o bien su yo está tan hundido, que es prácticamente inexistente. Herr Nagel tuvo que zambullirse hasta el extremo más profundo en busca de su yo auténtico; su existencia era un misterio, para sí mismo y para todos los demás. Yo no podía permitirme el lujo de dejar las cosas pendientes de ese modo: el misterio era demasiado intrigante. Aun cuando tuviera que frotarme como un gato contra todos los seres humanos que encontrase, iba a llegar hasta el fondo. Frota durante el tiempo suficiente y con la fuerza suficiente, ¡y saltará la chispa!

La hibernación de los animales, la suspensión de la vida practicada por ciertas formas inferiores de vida, la maravillosa vitalidad de la chinche que permanece al acecho incesantemente tras el empapelado de la pared, el trance del yogui, la catalepsia del individuo patológico, la unión del místico con el cosmos, la inmortalidad de la vida celular, todas esas cosas las aprende el artista para despertar al mundo en el momento propicio. El artista pertenece a la raíz X de la raza humana; es el microbio espiritual, por decirlo así, que se transmite de una raíz de la raza a otra. El infortunio no lo aplasta, porque no forma parte del orden de cosas físico, racial. Su aparición coincide siempre con la catástrofe y la disolución; es el ser cíclico que vive en el epiciclo. La experiencia que adquiere nunca la usa para fines personales; está al servicio del objetivo más amplio al que va engranado. No se le escapa nada, por insignificante que sea. Si se ve obligado a interrumpir durante veinticinco años la lectura de un libro, puede proseguir a partir de la página en que se quedó, como si nada hubiera ocurrido en el intervalo. Todo lo que ocurre en el intervalo, que es la «vida» para la mayoría de la gente, es una mera interrupción en su avance. La eternidad de su obra, cuando se expresa, es un mero reflejo del automatismo de la vida en que se ve obligado a permanecer aletargado, un durmiente en la espalda del sueño, en espera de la señal que anuncie el momento del nacimiento. Esa es la cuestión importante, y eso siempre estuvo claro para mí, aun cuando lo negaba. La insatisfacción que le impele a uno de una palabra a otra, de una creación a otra, es simplemente una protesta contra la futilidad del aplazamiento. Cuanto más despierto llega uno a estar, cuanto más se vuelve un microbio artístico, menos deseo tiene de nada. Completamente despierto, todo es justo y no hay necesidad de salir del trance. La acción, tal como se expresa en la creación de una obra de arte, es una concesión al principio automático de la

Librodot

muerte. Al ahogarme en el Golfo de México, pude participar en una vida activa que permitía al yo real hibernar hasta que estuviera maduro para nacer. Lo entendí perfectamente, a pesar de que actué ciega y confusamente. Volví nadando a la corriente de la actividad humana hasta que llegué a la fuente de la acción y en ella me metí, llamándome director de personal de una compañía de telégrafos, y dejé que la marea de humanidad me pasara por encima como oleadas de blancas crestas. Toda aquella vida activa, que precedió al acto final de desesperación, me condujo de duda en duda, cegándome cada vez más para el yo real que, como un continente asfixiado con los testimonios de una gran civilización floreciente, ya se había hundido bajo la superficie del mar. El yo colosal quedó sumergido, y lo que la gente observaba moviéndose frenéticamente sobre la superficie era el periscopio del alma buscando su blanco. Había que destruir todo lo que se pusiera a tiro, para que yo pudiese volver a emerger y cabalgar sobre las olas. Llegado el momento, ese monstruo que emergía de vez en cuando para fijar su blanco con puntería mortífera, que volvía a sumergirse y erraba y saqueaba sin cesar, volvería a emerger por última vez para revelarse como un arca, reuniría una pareja de cada especie y, al final, arraigaría en la cima de un alto pico montañés para abrir sus puertas de par en par y devolver al mundo lo que había preservado de la catástrofe.

Si me estremezco de vez en cuando, al pensar en mi vida activa, si tengo pesadillas, probablemente sea porque pienso en todos los hombres a los que robé y asesiné en mi sueño diurno. Hice todo lo que mi naturaleza me ordenó hacer. La naturaleza está susurrándonos al oído eternamente: «Si quieres sobrevivir, ¡has de matar!» Por ser humanos, no matamos como el animal, sino automáticamente, y el asesinato se disfraza y sus ramificaciones son infinitas, de modo que matamos sin pensarlo siquiera, matamos sin necesidad. Los hombres más exaltados son los mayores asesinos. Creen que están sirviendo a sus semejantes, y son sinceros al creerlo, pero son criminales despiadados y en ciertos momentos cuando despiertan, comprenden sus crímenes y realizan actos frenéticos y quijotescos de bondad para expiar su culpa. La bondad del hombre apesta más que la maldad que hay en él, pues la bondad no se reconoce todavía, no es una afirmación del yo consciente. Al verse empujado al precipicio, es fácil en el último instante ceder todas las posesiones, volverse y dar un último abrazo a los que quedan atrás. ¿Cómo vamos a detener la embestida ciega? ¿Cómo vamos a detener el proceso automático, empujando cada cual al otro lado del precipicio?

Sentado en mi escritorio, en el que había puesto un rótulo que decía: «¡Vosotros los que entráis, no abandonéis ninguna esperanza!» …sentado ahí, diciendo Sí, No, Sí, No, comprendí con una desesperación que estaba convirtiéndose en atroz desvarío, que era una marioneta en cuyas manos la sociedad había colocado una ametralladora. En última instancia, realizar una buena acción o una fechoría daba igual. Yo era como un signo igual a través del cual pasaba el enjambre algebraico de la humanidad. Era un signo igual bastante importante y activo, pero, por competente que fuera a llegar a ser, nunca me convertiría en un signo más ni en un signo menos. Ni ninguna otra persona, por lo que yo podía colegir. Toda nuestra vida se basaba en ese principio de la ecuación. Los números enteros se habían convertido en símbolos que se barajaban en provecho de la muerte. Compasión, desesperación, pasión, esperanza, valor: ésas eran las

Librodot

refracciones temporales causadas por la consideración de las ecuaciones desde ángulos diversos. De nada serviría tampoco detener el malabarismo incesante volviéndole la espalda ni afrontándolo cara a cara ni escribiendo sobre él. En un vestíbulo de espejos no hay modo de volverte la espalda a ti mismo. *No haré esto... ¡haré otra cosa!* Muy bien. Pero, ¿acaso puedes hacer la más mínima cosa? ¿Puedes dejar de pensar en no hacer nada? ¿Puedes detenerte en seco y, sin pensar, irradiar la verdad que conoces? Esa era la idea que se albergaba en el fondo de mi cabeza y que abrasaba y abrasaba; y quizá cuando me mostraba más expansivo, más radiante de energía, más comprensivo, más dispuesto, servicial, sincero, bueno, esa idea fija era la que se translucía, y automáticamente decía yo: «Pero, bueno, no hay de qué... en absoluto, se lo aseguro... no, por favor, no me dé las gracias, no tiene importancia», etc. De tantas veces como disparaba la pistola al día, ya ni siquiera notaba las detonaciones; quizá pensara que estaba abriendo puertas de palomares y llenando el cielo de aves blancas como la leche. ¿Habéis visto alguna vez a un monstruo sintético en la pantalla, a un Frankenstein realizado en carne y hueso? ¿Os imagináis cómo se lo podría adiestrar para que apretara un gatillo y viese al mismo tiempo palomas volando? Frankenstein no es un mito: Frankenstein es una creación muy real nacida de la experiencia de un ser humano sensible. El monstruo siempre es más real cuando no adquiere las proporciones de carne y hueso. El monstruo de la pantalla no es nada en comparación con el monstruo de la imaginación; incluso los monstruos patológicos existentes que acaban en la comisaría no son sino débiles demostraciones de la monstruosa realidad con que vive el patólogo. Pero ser el monstruo y el patólogo al mismo tiempo... eso está reservado para determinada especie de hombres que, disfrazados de artistas, son sumamente conscientes de que el sueño es un peligro todavía mayor que el insomnio. Para no quedarse dormidos, para no convertirse en víctimas de ese insomnio que se llama «vida», recurren a la droga de juntar palabras interminablemente. Eso es un proceso automático, según dicen, porque siempre está presente la ilusión de que pueden detenerse, cuando quieran. Pero no pueden detenerse; lo único que han logrado es crear una ilusión, que quizá sea un débil algo, pero dista de estar completamente despierto y tampoco activo ni inactivo. *Yo quería estar completamente despierto sin hablar ni escribir sobre ello, para aceptar la vida absolutamente.* He mencionado a los hombres arcaicos de lugares remotos del mundo con los que comunicaba a menudo. ¿Por qué consideraba a aquellos «salvajes» más capaces de entenderme que los hombres y mujeres que me rodeaban? ¿Estaba loco como para pensar una cosa así? No lo creo lo más mínimo. Esos «salvajes» son los restos degenerados de razas humanas anteriores que, según creo, debieron de tener un mayor dominio de la realidad. La inmortalidad de la raza está constantemente ante nuestros ojos en esos especímenes del pasado que subsisten en un esplendor marchito. Que la raza humana sea inmortal o no es algo que no me importa, pero la vitalidad de la raza sí que significa algo para mí, y que esté activa o aletargada significa todavía más. A medida que declina la vitalidad de la nueva raza, la vitalidad de las razas antiguas se manifiesta a la mente despierta cada vez con mayor significado. La vitalidad de las razas antiguas subsiste incluso en la muerte, pero la vitalidad de la nueva raza que está a punto de morir parece ya inexistente. *Si un hombre llevara un enjambre hormigueante de abejas al río para ahogarlas...* Esa era la imagen que

Librodot

llevaba siempre conmigo. ¡Si por lo menos fuera yo el hombre, y no la abeja! En cierto modo inexplicable, sabía que yo *era* el hombre, que no me ahogaría en el enjambre, como los demás. Siempre, cuando nos presentábamos en grupo, me señalaban para que me quedara aparte; desde que nací me vi favorecido así, y, fueran cuales fuesen las tribulaciones por las que pasaba, sabía que no eran fatales ni duraderas. También, otra cosa extraña me ocurría, siempre que me decían que diera un paso al frente. ¡Sabía que era superior al hombre que me requería! La tremenda humillación que yo ejercía no era hipócrita, sino un estado provocado por la comprensión del carácter fatal de la situación. La inteligencia que poseía, incluso de muchacho, me asustaba; era la inteligencia de un «salvaje», que siempre es superior a la de los hombres civilizados en el sentido de que es más adecuada para las exigencias de las circunstancias. Es una inteligencia *vital,* aun cuando aparentemente la vida haya pasado de largo ante ellos. Me sentía casi como si me hubieran arrojado a un ciclo de la existencia que para el resto de la humanidad todavía no había alcanzado su ritmo completo. Me veía obligado a marcar el paso, si quería seguir a su altura y no verme desviado a otra esfera de la existencia. Por otro lado, en muchos sentidos era inferior a los seres humanos que me rodeaban. Era como si hubiese salido de los fuegos del infierno sin purificar del todo. Todavía tenía cola y un par de cuernos, y, cuando se despertaban mis pasiones, exhalaba un veneno sulfuroso que era aniquilador. Siempre me llamaban «demonio con suerte». Las cosas buenas que me ocurrían las llamaban «suerte», y las malas las consideraban siempre consecuencia de mis defectos. O, mejor, fruto de mi ceguera. ¡Raras veces descubrió nadie la maldad que había en mí! En ese sentido, era yo tan diestro como el propio diablo. Pero con frecuencia estaba ciego, eso todo el mundo podía verlo. Y en esas ocasiones me dejaban solo, me rehuían, como al propio diablo. Entonces abandoné el mundo, volví a los fuegos del infierno... voluntariamente. Esas idas y venidas son tan reales para mí, más reales, de hecho, que cualquier cosa que ocurriera en el intervalo. Los amigos que creen conocerme no saben nada de mí por la razón de que mi yo real cambió de dueño incontables veces. Ni los hombres que me daban las gracias ni los que me maldecían sabían con quién hablaban. Nadie llegó nunca a pisar terreno firme conmigo, porque estaba liquidando constantemente mi «personalidad» para el momento, en que, dejándola coagularse, adoptaría un ritmo humano apropiado. Ocultaba la cara hasta el momento en que me encontrara de acuerdo con el mundo. Naturalmente, todo eso era un error. Hasta el papel de artista vale la pena adoptar, mientras se marca el paso. La acción es importante, aun cuando entrañe una actividad fútil. No debería uno decir Sí, No, Sí, No, aun estando sentado en el lugar más alto. No debería uno ahogarse en la oleada humana, ni siquiera para llegar a ser un Maestro. Debería uno latir con su propio ritmo... a cualquier precio. En unos pocos años acumulé miles de años de experiencia, pero fue experiencia malgastada porque no la necesitaba. Ya me habían crucificado y marcado con la cruz; había nacido exento de la necesidad de sufrir... y, sin embargo, no conocía otra forma de avanzar con esfuerzo que repitiendo el drama. Toda mi inteligencia estaba en contra de eso. El sufrimiento es fútil, me decía mi inteligencia una y mil veces, pero seguía sufriendo *voluntariamente.* El sufrimiento no me ha enseñado nunca la más mínima cosa; para otros puede que sea necesario, pero para mí no es sino una demostración algebraica de inadaptabilidad espiritual. Todo el

Librodot

drama que está representando el hombre de hoy mediante el sufrimiento no existe para mí: en realidad, nunca ha existido. Todos mis calvarios fueron crucifixiones rosadas, seudotragedias para mantener los fuegos del infierno ardiendo vivamente para los pecadores auténticos que corren peligro de verse olvidados.

Otra cosa... el misterio que cubría mi conducta se volvía más profundo, cuanto más me acercaba al círculo de los parientes uterinos. La madre de cuyas entrañas salí fue una completa extraña para mí. Para empezar, después de darme a luz, alumbró a mi hermana, a la que suelo llamar mi hermano. Mi hermana era una especie de monstruo inofensivo, un ángel que había recibido el cuerpo de una idiota. De niño, me daba una impresión extraña estar creciendo y desarrollándome junto a aquel ser que estaba condenado a ser toda su vida una enana mental. Era imposible ser un hermano para ella, porque era imposible considerar aquella masa de carne atávica como una «hermana». Me imagino que habría funcionado perfectamente entre los australianos primitivos. Incluso podría haberse elevado hasta el poder y la eminencia entre ellos, pues, como digo, era la esencia de la bondad, no conocía el mal. Pero por lo que se refiere a llevar una vida civilizada, era impotente; no sólo no deseaba matar, sino que, además, no deseaba prosperar a expensas de los demás. Estaba incapacitada para el trabajo, porque, aunque hubiera podido adiestrarla para fabricar fulminantes para explosivos instantáneos, por ejemplo, habría podido tirar distraídamente el sueldo al río de vuelta a casa o dárselo a un mendigo en la calle. Muchas veces la azotaban delante de mí por haber realizado un bello acto bondadoso distraídamente, como decían. Tal como aprendí de niño, nada era peor que realizar una buena acción sin razón. Yo había recibido el mismo castigo que mi hermana, al principio, porque también yo tenía la costumbre de regalar cosas, sobre todo cosas nuevas que acabaran de darme. Incluso había recibido una paliza una vez, a la edad de cinco años, por haber aconsejado a mi madre que se cortara una verruga del dedo. Me había preguntado un día qué debía hacer con ella y, con mi limitado conocimiento de la medicina, le dije que se la cortara con las tijeras, cosa que hizo, como una idiota. Unos días después tuvo una infección en la sangre y entonces me cogió y me dijo: «Tú me dijiste que me la cortara, ¿verdad?» y me dio una soberana paliza. Desde aquel día supe que había nacido en la familia que no debía. Desde aquel día aprendí como un rayo. ¡Que me vengan a hablar a mí de adaptación! A los diez años ya me teníais desarrollándome a través de todas las fases de la vida animal y, aun así, encadenado a aquella criatura, llamada mi hermana, que evidentemente era un ser primitivo y que nunca, ni siquiera a los noventa años, iba a llegar a la comprensión del alfabeto. En lugar de crecer derecho como un árbol fornido, empecé a inclinarme a un lado, en completo desafío a la ley de la gravedad. En lugar de echar ramas y hojas, me salieron ventanas y torrecillas. Todo el ser, a medida que crecía, se iba convirtiendo en piedra, y cuanta más altura alcanzaba, más desafiaba la ley de la gravedad. Era un fenómeno en medio del paisaje, pero un fenómeno que atraía a la gente y despertaba elogios. Si la madre que nos dio a luz hubiera hecho un pequeño esfuerzo, podría haber nacido un maravilloso búfalo blanco y los tres podríamos haber sido instalados permanentemente en un museo y haber estado protegidos para toda la vida. Las conversaciones que sostenían la torre inclinada de Pisa, el poste de flagelación, la máquina de roncar y el pterodáctilo en carne humana

Librodot

eran un poco curiosas, por no decir algo peor. Cualquier cosa podía ser tema de conversación: una miga de pan que mi «hermana» se había dejado al limpiar el mantel o la chaqueta de José que, para la mente de sastre del viejo, podría haber sido cruzada o chaqué o levita. Si llegaba yo del estanque helado, donde había estado toda la tarde patinando, lo importante no era el aire puro que había respirado gratis, ni las circunvoluciones geométricas que estaban fortaleciendo mis músculos, sino la motita de herrumbre bajo las lañas que, si no se quitaba inmediatamente, podía deteriorar todo el patín y provocar la destrucción de un valor pragmático que era incomprensible para mi pródigo talante. Esa motita, por poner un ejemplo trivial, podía acarrear los resultados más alucinantes. Podía ser que mi «hermana», al buscar la lata de petróleo, tirara la jarra de las ciruelas que estaban guisándose y pusiese así en peligro la vida de todos nosotros, al privarnos de las calorías necesarias para la comida del día siguiente. Habría que darle una severa paliza, no con rabia, pues eso perturbaría el aparato digestivo, sino silenciosa y eficazmente, como un químico que batiera la clara de un huevo para preparar un análisis de poca importancia. Pero mi «hermana», al no entender el carácter profiláctico del castigo, daba rienda suelta a los gritos más espeluznantes y eso afectaba tanto al viejo, que salía a dar un paseo y regresaba dos o tres horas después borracho como una cuba y, lo que era peor, descascarillaba un poco la pintura de la puerta con sus ciegos traspiés. La pizca de pintura que había arrancado provocaba una trifulca que era muy mala para mis sueños, pues en éstos con frecuencia me veía en el pellejo de mi hermana, aceptando las torturas que le infligían y fomentándolas con mi hipersensible cerebro. En esos sueños, acompañados siempre por el ruido de vidrios al romperse, de chillidos, maldiciones, gemidos y sollozos, era en los que adquiría un saber confuso sobre los antiguos misterios, sobre los ritos de iniciación, sobre la transmigración de las almas y cosas así. Podía empezar con una escena de la vida real: mi hermana de pie junto a la pizarra en la cocina, mi madre amenazándola con una regla y preguntándole cuánto es dos y dos, y mi hermana gritando *cinco,* ¡zas!, *no, siete,* ¡zas!, *no, trece, dieciocho, ¡veinte!* Yo estaba sentado a la mesa, haciendo los deberes, en la vida real pura y simple durante aquellas escenas, cuando con un ligero giro o culebreo, quizás al ver caer la regla sobre la cara de mi hermana, de repente me encontraba en otro dominio en que no se conocía el vidrio, como tampoco lo conocían los kickapoos ni los lennilenapi. Los rostros de quienes me rodeaban me eran familiares: eran mis parientes uterinos que, por alguna razón misteriosa, no me reconocían en aquel nuevo ambiente. Iban vestidos de negro y el color de su piel era gris ceniza, como la de los diablos tibetanos. Todos ellos iban pertrechados con cuchillos y otros instrumentos de tortura; pertenecían a la casta de los carniceros ejecutores de sacrificios. Me parecía tener libertad absoluta y la autoridad de un dios, y, sin embargo, por algún caprichoso cambio de los acontecimientos, el final iba a consistir en que yo yaciera en la piedra de los sacrificios y uno de mis encantadores parientes uterinos se inclinase sobre mí con un cuchillo centelleante para cortarme el corazón. Cubierto de sudor y aterrorizado, empezaba a recitar «mis lecciones» en voz aguda y chillona, cada vez más deprisa, al sentir el cuchillo buscándome el corazón. Dos y dos son cuatro, cinco y cinco diez, tierra, aire, fuego, agua, lunes, martes, miércoles, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, mioceno, plioceno, eoceno, el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, Asia, África, Europa, Australia, rojo, azul, amarillo, el alazán, el caqui, la

Librodot

papaya, la catalpa... *cada vez más deprisa...* Odín, Wotan, Parsifal, el rey Alfredo, Federico el Grande, la Liga Hanseática, la batalla de Hastings, las Termopilas, 1492,1786,1812, el almirante Farragut, la carga de Pickett, la Brigada Ligera, estamos hoy reunidos aquí, el señor es mi pastor, no lo haré, uno e indivisible, no, dieciséis, no, veintisiete, ¡socorro! ¡un asesinato! ¡policía!... y gritando cada vez más fuerte y más deprisa pierdo el juicio completamente y ya no hay dolor, ni terror, a pesar de que me están atravesando por todas partes con cuchillos. De repente, me siento absolutamente tranquilo y el cuerpo que yace en la piedra, que siguen agujereando con júbilo y éxtasis, no siente nada porque yo, su dueño, he escapado. Me he convertido en una torre de piedra que se inclina sobre la escena y mira con interés científico. Basta con que sucumba a la fuerza de la gravedad y caeré sobre ellos y los borraré del mapa. Pero no sucumbo a la ley de la gravedad porque estoy demasiado fascinado por el horror de la situación. Estoy tan fascinado que me salen cada vez más ventanas. Y a medida que penetra la luz en el interior de mi ser, siento que mis raíces, que están en la tierra, están vivas y que algún día podré alejarme cuanto quiera de este trance que me paraliza.

Esto en relación con el sueño, en que estoy enraizado sin remedio. Pero en la realidad, cuando llegan los queridos parientes uterinos, estoy tan libre como un pájaro y lanzándome de un lado para otro como una aguja magnética. Si me hacen una pregunta, les doy cinco respuestas, cada una de las cuales mejor que la anterior; si me piden que toque un vals, toco una sonata cruzada para la mano izquierda; si me piden que me sirva otro muslo de pollo, dejo el plato limpio sin salsa ni nada; si me piden que salga a tocar en la calle, salgo y con mi entusiasmo le abro la cabeza a mi primo con una lata de conservas; si me amenazan con darme una zurra, les digo: ¡adelante! ¡me da igual! Si me dan palmaditas en la cabeza por mis progresos en la escuela, escupo en el suelo para mostrarles que todavía me queda algo por aprender. Hago todo lo que deseen que haga, en *exceso.* Si desean que calle y no diga nada, me quedo callado como una roca: no oigo cuando me hablan, no me muevo cuando me tocan, no lloro cuando me pellizcan, no me meneo cuando me empujan. Si se quejan de que soy terco, me vuelvo tan dúctil y flexible como la goma. Si desean que me fatigue para que no despliegue demasiada energía, les dejo que me den toda clase de trabajos y los hago tan concienzudamente, que al final me desplomo en el suelo como un saco de trigo. Si desean que obedezca, obedezco al pie de la letra, lo que causa una confusión continua. Y todo eso porque la vida molecular de hermano-y-hermana es incompatible con los pesos atómicos que nos han asignado. Por no crecer ella lo más mínimo, crezco yo como un champiñón; por no tener ella personalidad, me vuelvo yo un coloso; por estar ella exenta de maldad, me convierto yo en treinta y dos candelabros del mal; por no pedir ella nada a nadie, pido yo todo; por inspirar ella ridículo en todas partes, inspiro yo miedo y respeto; por verse ella humillada y torturada, inflijo yo venganza a todos, amigos y enemigos; por estar ella indefensa, me vuelvo yo todopoderoso. El gigantismo que padecí era el resultado de un esfuerzo por limpiar la motita de herrumbre que se había pegado al patín familiar, por decirlo así. Aquella motita de herrumbre bajo las lañas me convirtió en un campeón de patinaje. Me hizo patinar tan deprisa y furiosamente, que cuando se había derretido el hielo seguía patinando, por el cieno, por el asfalto, por arroyos y ríos y melonares y teorías económicas y

Librodot

cosas así. Era tan veloz y ágil, que podía patinar por el infierno.

Pero todo aquel patinaje artístico era inútil: el padre Coxco, el Noé panamericano, siempre me estaba llamando para que regresara al Arca. Siempre que dejaba de patinar había un cataclismo: la tierra se abría y me tragaba. Era hermano de todos los hombres y, al mismo tiempo, un traidor para mí. Hacía los sacrificios más asombrosos, simplemente para descubrir que carecían de valor. ¿De qué servía demostrar que podía ser lo que se esperaba de mí, si no quería ser ninguna de esas cosas? Siempre que llegas al límite de lo que te exigen, te enfrentas con el mismo problema: ¡ser tú mismo! Y, al dar el primer paso en esa dirección, te das cuenta de que no hay ni más ni menos; tiras los patines y te pones a nadar. Ya no hay sufrimiento porque no hay nada que pueda amenazar tu seguridad. Y ni siquiera hay deseo de ayudar a los demás, ya que, ¿por qué privar a los demás de un privilegio que hay que ganar? La vida se extiende de momento en momento en una infinitud prodigiosa. Nada puede ser más real que lo que supones serlo. El cosmos es lo que quiera que pienses que es y en modo alguno podría ser otra cosa, mientras tú seas tú y yo sea yo. Vives en los frutos de tu acción y tu acción es la cosecha de tu pensamiento. El pensamiento y la acción son una misma cosa, porque al nadar estás en ella y eres de ella, y *eso* es lo único que deseas que sea, ni más ni menos. Cada brazada cuenta para la eternidad. El sistema de calefacción y refrigeración es un mismo sistema, y Cáncer está separado de Capricornio sólo por una línea imaginaria. No te vuelves estático ni te hundes en un pesar violento; no rezas para que llueva, ni bailas una jiga. Vives como una roca feliz en medio del océano: estás fijo, mientras que todo lo que te rodea está en movimiento turbulento. Estás fijo en una realidad que permite la idea de que nada está fijo, de que hasta la roca más feliz y fuerte se disolverá un día totalmente y será tan fluida como el océano del que nació.

Esa es la vida musical a la que me acercaba patinando primero como un maníaco por todos los vestíbulos y pasillos que conducen de lo exterior a lo interior. Mis esfuerzos nunca me aproximaron a ella, ni mi actividad furiosa, ni el codearme con la humanidad. Todo eso era simplemente un paso de vector a vector en un círculo que, por mucho que se dilatara el perímetro, seguía siendo paralelo, a pesar de todo, al dominio de que hablo. En cualquier momento puede trascenderse la rueda del destino porque en cualquier punto de su superficie toca el mundo real y sólo una chispa de iluminación es necesaria para producir lo milagroso, para transformar al patinador en un nadador y al nadador en una roca. La roca en simplemente una imagen del acto que detiene la fútil rotación de la rueda y sumerge al ser en la conciencia plena. Y la conciencia plena es verdaderamente como un océano inagotable que se da al sol y a la luna y que incluye *también* el sol y la luna. Todo lo que existe nace del ilimitado océano de la luz... incluso la noche.

A veces, en las incesantes revoluciones de la rueda, vislumbraba la naturaleza del salto que es necesario dar. Saltar del mecanismo de relojería: ésa era la idea liberadora. ¡Ser algo más que el más brillante maníaco de la tierra y *diferente* de él! La historia del hombre en la tierra me aburría. Irradiar bondad es maravilloso, porque es tónico, vigorizador, vivificador. Pero *ser* simplemente es más maravilloso todavía, porque es inacabable y no requiere demostración. Ser es música, que es una profanación del silencio en provecho del silencio, y, por tanto, está por encima del bien y del mal. La

Librodot

música es la manifestación de la acción sin actividad. La música no incita ni defiende, no busca ni explica. La música es el sonido silencioso que produce el nadador en el océano de la conciencia. Es una recompensa que sólo puede conceder uno mismo. Es la dádiva del dios que uno es porque ha dejado de pensar en Dios. Es un augurio del dios que todo el mundo llegará a ser a su debido tiempo, cuando todo lo que *es* supere la imaginación.

Coda

No hace mucho iba caminando por las calles de Nueva York. El viejo y querido Broadway. Era de noche y el cielo estaba de un azul oriental, tan azul como el oro en el techo de la *Pagode,* rué de Babylone, cuando la máquina empieza a tintinear. Estaba pasando exactamente por debajo del lugar en que nos conocimos. Me quedé allí un momento mirando las luces rojas de las ventanas. La música sonaba como siempre: alegre, picante, encantadora. Estaba solo y había millones de personas a mí alrededor. Estando allí, me vino la idea de que había dejado de pensar en ella; pensaba en este libro que estoy escribiendo, y el libro había pasado a ser más importante para mí que ella, que todo lo que nos había ocurrido. ¿Será este libro la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, lo juro? Al meterme otra vez entre la multitud, me debatía con esa cuestión de la «verdad». Durante años he estado intentando contar esta historia y siempre la cuestión de la verdad ha pesado sobre mí como una pesadilla. He contado a otros una y mil veces las circunstancias de nuestra vida, y siempre he dicho la verdad. Pero la verdad puede ser también una mentira. La verdad no es suficiente. La verdad es sólo el núcleo de una totalidad que es inagotable.

Recuerdo que la primera vez que nos separamos, esta idea de la totalidad se adueñó de mí. Cuando me dejó, fingía, o quizá lo creyera, que

Librodot

era necesario para nuestro bien. Yo sabía en el fondo de mi corazón que estaba intentando librarse de mí, pero era demasiado cobarde como para reconocerlo. Pero cuando comprendí que podía prescindir de mí, aunque fuera por un tiempo limitado, la verdad que había intentado desechar empezó a crecer con alarmante rapidez. Fue más doloroso que ninguna otra cosa que hubiera experimentado antes, pero también fue curativo. Cuando quedé completamente vacío, cuando la soledad hubo alcanzado tal punto, que no podía aguzarse más, de repente tuve la sensación de que, para seguir viviendo, había que incorporar aquella verdad intolerable a algo mejor que el marco de la desgracia personal. Tuve la sensación de que había dado un cambio de rumbo imperceptible hacia otro dominio, un dominio de fibra más fuerte, más elástica, que la verdad más horrible no podía destruir. Me senté a escribirle una carta en la que le decía que me sentía tan desdichado por haberla perdido, que había decidido iniciar un libro sobre ella, un libro que la inmortalizaría. Dije que sería un libro como nadie había visto antes. Seguí divagando extáticamente, y de repente me interrumpí para preguntarme por qué me sentía tan feliz.

Al pasar bajo la sala de baile, pensando de nuevo en este libro, comprendí de repente que nuestra vida había llegado a su fin: comprendí que el libro que estaba proyectando no era sino una tumba en que enterrarla... y al yo mío, que le había pertenecido. Eso fue hace algún tiempo, y desde entonces he estado intentando escribirlo. ¿Por qué es tan difícil? ¿Por qué? Porque la idea de un «fin» es intolerable para mí.

La verdad radica en ese conocimiento del fin que es cruel y despiadado. Podemos conocer la verdad y aceptarla, o podemos negarnos a conocerla y ni morir ni renacer. De ese modo es posible vivir para siempre, una vida negativa tan sólida y tan completa, tan dispersa y fragmentaria, como el átomo. Y si nos adentramos por ese camino lo suficiente, hasta esa eternidad atómica puede ceder ante la nada y el propio universo desmoronarse.

Llevo años intentando contar esta historia; cada vez que he empezado, he escogido un rumbo diferente. Soy como un explorador que, deseando circunnavegar el globo, considere innecesario llevar ni siquiera un compás. Además, a fuerza de soñar sobre ella por tanto tiempo, la propia historia ha llegado a parecerse a una vasta ciudad fortificada, y yo, que sueño una y otra vez, estoy fuera de la ciudad, soy un vagabundo que llega ante una puerta tras otra demasiado exhausto para entrar.

Y, como en el caso del vagabundo, esa ciudad en que está situada mi historia me elude perpetuamente. A pesar de estar siempre a la vista, sigue siendo inalcanzable, una especie de ciudadela fantasma flotando en las nubes. Desde las elevadas almenas, bandadas de enormes gansos blancos descienden en formación uniforme y en forma de cuña. Con las puntas de sus alas blancoazules rozan los sueños que deslumbran mi visión. Mis pies se mueven confusamente; tan pronto como encuentro un apoyo, vuelvo a verme perdido. Vago sin rumbo, intentando conseguir un apoyo sólido e inconmovible desde el que pueda dominar una vista de mi vida, pero tras de mí sólo hay un cenegal de huellas entrecruzadas, una circunvalación incierta y confusa, el gambito espasmódico del pollo al que acaban de cortar la cabeza.

Siempre que intento explicarme a mí mismo la pauta peculiar que mi vida ha adoptado, cuando me remonto hasta la causa primera, por decirlo

Librodot

así, pienso inevitablemente en la primera muchacha a la que amé. Me parece que todo data de aquel amor abortado. Fue un amor extraño y masoquista, ridículo y trágico al mismo tiempo. Quizá conociera el placer de besarla dos o tres veces, el tipo de beso que reserva uno para una diosa. Tal vez la viese sólo varias veces. Desde luego, nunca habría podido imaginarse que durante un año pasé por delante de su casa todas las noches con la esperanza de vislumbrarla en la ventana. Todas las noches después de cenar me levantaba de la mesa y recorría el largo camino que conducía a su casa. Nunca estaba en la ventana, cuando yo pasaba, y nunca tuve el valor de quedarme parado delante de la casa y esperar. Iba y venía, para arriba y para abajo, pero nunca le vi ni un cabello. ¿Por qué no le escribí? ¿Por qué no le telefoneé? Recuerdo que en cierta ocasión hice acopio del suficiente valor para invitarla al teatro. Llegué a su casa con un ramo de violetas, la primera y única vez que he llevado flores a una mujer. Cuando salíamos del teatro, las violetas se le cayeron de la blusa, y en mi confusión las pisé. Le pedí que las dejara allí, pero insistió en recogerlas. Estaba pensando en lo torpe que yo era: hasta mucho después no recordé la sonrisa que me dirigió, cuando se agachó a recoger las violetas.

Fue un completo fracaso. Al final, escapé. En realidad, huía de otra mujer, pero el día antes de abandonar la ciudad decidí ir a verla una vez más. Era por la tarde y salió a hablar conmigo en la calle, en el pequeño patio de entrada rodeado por una cerca. Ya estaba prometida a otro hombre; fingió que se sentía feliz por eso, pero, aun ciego y todo como estaba, pude ver que no estaba tan feliz como aparentaba. Con sólo que yo hubiera dicho la palabra, estoy seguro de que habría dejado al otro; hasta puede que se hubiera venido conmigo. Preferí castigarme. Dije adiós como si tal cosa y me fui calle abajo como un muerto. A la mañana siguiente salía con destino al oeste, decidido a emprender una nueva vida.

También la nueva vida fue un fracaso. Acabé en un rancho de Chula Vista, el hombre más desdichado que haya pisado la tierra. Por un lado, la muchacha a la que amaba y, por otro, la otra mujer, por la que sentía profunda compasión. Había estado viviendo dos años con ella, con aquella otra mujer, pero parecía toda una vida. Yo tenía veintiún años y ella reconocía tener treinta y seis. Siempre que la miraba, me decía: cuando yo tenga cuarenta años, ella tendrá cincuenta y cinco; cuando yo tenga cincuenta años, ella tendrá sesenta y cinco. Tenía finas arrugas bajo los ojos, arrugas sonrientes, pero arrugas de todos modos. Cuando la besaba, aumentaban doce veces. Reía con facilidad, pero tenía ojos tristes, terriblemente tristes. Eran ojos armenios. Su cabello, que en tiempos había sido rojo, era ahora de un rubio oxigenado. Por lo demás, era adorable: un cuerpo de venus, un alma de venus, leal, encantadora, agradecida, todo lo que debe ser una mujer, *sólo que tenía quince años más que yo.* Los quince años de diferencia me volvían loco. Cuando salía con ella, sólo pensaba: ¿cómo será dentro de diez años? O bien, ¿qué edad aparenta ahora? ¿Parezco suficientemente mayor para ella? Una vez que llegábamos a la casa, no había problema. Al subir las escaleras, le metía los dedos por la entrepierna, lo que le hacía relinchar como un caballo. Si su hijo, que era casi de mi edad, estaba acostado, cerrábamos las puertas y nos encerrábamos en la cocina. Ella se tumbaba en la estrecha mesa de cocina y yo se la clavaba. Era maravilloso. Y lo que lo volvía más maravilloso todavía era que a cada sesión me decía para mis adentros: *Esta es la última vez...*

Librodot

¡mañana me largo! Y después, como ella era la portera, bajaba al sótano y sacaba por ella los cubos de la basura. Por la mañana, cuando el hijo se había ido al trabajo, yo subía a la azotea y oreaba la ropa de cama. Tanto ella como el hijo tenían tuberculosis... A veces no había sesión en la mesa. A veces el carácter irremediable de todo aquello se me subía a la garganta y me vestía y me iba a dar una vuelta. Una vez que otra me olvidaba de volver. Y cuando lo hacía, me sentía más desdichado que nunca, porque sabía que me estaría esperando con aquellos grandes ojos desconsolados. Volvía con ella como un hombre que tuviera que cumplir una misión sagrada. Me tumbaba en la cama y le dejaba acariciarme; le estudiaba las arrugas bajo los ojos y las raíces del pelo que se estaban volviendo rojas. Estando así tumbado, muchas veces pensaba en la otra, aquella a la que amaba, me preguntaba si estaría también tumbada para el asunto o... ¡Daba aquellos largos paseos trescientos sesenta y cinco días al año! Los repasaba en la mente acostado junto a la otra mujer. ¡Cuántas veces he revivido aquellos paseos desde entonces! Las calles más deprimentes, más desoladas, más feas que el hombre haya creado. Revivo con angustia aquellos paseos, aquellas casas, aquellas primeras esperanzas destruidas. La ventana está ahí, pero Melisenda no; también está ahí el jardín, pero no hay resplandor de oro. Paso y vuelvo a pasar, la ventana siempre está vacía. El lucero de la tarde cuelga a poca altura; aparece Tristán, después Fidelio, y después Oberón. El perro de cabeza de hidra ladra con todas sus bocas y, aunque no hay ciénagas, oigo croar a las ranas por todos lados. Las mismas casas, los mismos tranvías, todo lo mismo. Está escondida tras la cortina, está esperando a que yo pase, está haciendo esto o lo otro... *pero no está ahí, nunca, nunca, nunca.* ¿Es una ópera grandiosa o es un organillo lo que suena? Es Ameto rompiéndose el pulmón de oro; es el Rubaiyat, es el Monte Everest, es una noche sin luna, es un sollozo al amanecer, es un muchacho que aparenta, es el Gato con Botas, es Mauna Loa, es zorro o astracán, es insustancial e intemporal, es inacabable y empieza una y mil veces, bajo el corazón, en el fondo de la garganta, en las plantas de los pies, y por qué no una vez, una sola vez, por el amor de Dios, una simple sombra o un crujido de la cortina, o el aliento en el cristal de la ventana, algo por una vez, aunque sólo sea una mentira, algo que acabe con el dolor, que detenga este ir y venir... De regreso. Las mismas casas, los mismos faroles, todo lo mismo. Paso de largo por delante de mi casa, del cementerio, paso por delante de los depósitos de gas, de las cocheras, del embalse, hasta llegar al campo abierto. Me siento junto a la carretera con la cabeza en las manos y sollozo. Pobre tío que soy, no puedo contraer bastante el corazón para reventar las venas. Me gustaría ahogarme de dolor pero, en lugar de eso, doy a luz a una roca.

Mientras tanto, la otra está esperando. Vuelvo a verla sentada en el porche bajo esperándome, con sus grandes y dolorosos ojos, su pálido rostro y temblando de anhelo. Siempre pensé que era *compasión* lo que me hacía volver, pero ahora, al caminar hacia ella y verle la mirada en los ojos, ya no sé lo que es, sólo que iremos dentro y nos tumbaremos juntos y ella se levantará medio llorando, medio riendo, y se quedará muy callada y me mirará, estudiándome mientras me muevo de un lado para otro, y sin preguntarme qué es lo que me tortura, nunca, nunca, porque ésa es la única cosa que teme, la única cosa que tiene miedo a conocer. *¡No te amo!* ¿Es que no me oye gritarlo? *¡No te amo!* Una y mil veces lo grito, con los labios

Librodot

cerrados, con odio en el corazón, con desesperación, con rabia impotente. Pero las palabras nunca salen de mis labios. La miro y me quedo mudo. No puedo hacerlo... Tiempo, tiempo, tiempo inacabable en nuestras manos y nada con que llenarlo salvo mentiras.

En fin, no quiero relatar toda mi vida hasta aquel momento fatal: es demasiado largo y doloroso. Además, ¿condujo realmente mi vida hasta aquel momento culminante? Lo dudo. Creo que hubo innumerables momentos en que tuve la oportunidad de empezar de nuevo, pero carecí de fuerza y de fe. La noche a que me refiero me abandoné a mí mismo: salí derecho de la antigua vida y entré en la nueva. No necesité hacer el menor esfuerzo. Tenía treinta años entonces. Tenía una esposa y una hija y lo que se llama una posición «responsable». Esos son los hechos y los hechos no significan nada. La verdad es que mi deseo era tan grande, que se convirtió en realidad. En un momento así lo que hace un hombre no tiene demasiada importancia, lo que cuenta es lo que *es.* Esto es precisamente lo que me ocurrió: me *convertí en un ángel.* No es la pureza de un ángel lo que es tan valioso, es el hecho de que pueda volar. Un ángel puede romper la pauta en cualquier punto y en cualquier momento y encontrar su cielo; tiene poder para descender hasta la materia más baja y para salir de ella cuando quiera. La noche a que me refiero lo entendí perfectamente. Era puro e inhumano, era independiente, tenía alas. Estaba desposeído del pasado y no me preocupaba el futuro. Estaba más allá del éxtasis. Cuando abandoné la oficina, plegué mis alas y las escondí bajo la chaqueta.

La sala de baile estaba justo enfrente de la entrada lateral del teatro al que solía ir por las tardes en lugar de buscar trabajo. Era una calle de teatros y solía quedarme sentado allí durante horas entregado a los sueños más violentos. Toda la vida teatral de Nueva York estaba concentrada en aquella única calle, por lo que parecía. Era Broadway, era el éxito, la fama, el oropel, la pintura, el telón de amianto y el agujero en el telón. Sentado en los escalones del teatro, solía mirar la sala de baile de enfrente, la hilera de faroles rojos que incluso por la tarde estaban encendidos. En cada ventana había un ventilador giratorio que parecía arrojar la música a la calle, donde se descomponía con el discordante estrépito del tráfico. Frente al otro lado del baile había un urinario y también en él solía sentarme de vez en cuando con la esperanza de ligarme a una mujer o de dar un sablazo. Sobre el urinario, al mismo nivel de la calle, había un quiosco con periódicos y revistas extranjeras; la simple visión de aquellos periódicos, de las extrañas lenguas en que estaban impresos, era más que suficiente para dejarme trastornado para todo el día.

Sin la menor premeditación, subí las escaleras hasta el baile, fui derecho a la ventanilla de la cabina donde Nick, el griego, estaba sentado con un taco de boletos delante de él. Como el urinario de abajo y los escalones del teatro, aquella mano del griego me parece una cosa separada e independiente: la enorme mano peluda de un ogro procedente de algún horrible cuento de hadas escandinavo. Era la mano la que me hablaba siempre, la mano que decía: «La señorita Mara no va a venir esta noche», o «Sí, la señorita Mara vendrá tarde esta noche». Era la mano con que soñaba de niño, cuando dormía en la alcoba de la ventana con barrotes. En mi sueño febril, aquella ventana se iluminaba de repente para revelar al ogro aferrado a los barrotes. Noche tras noche el monstruo peludo me visitaba, aferrándose a los barrotes y rechinando los dientes. Me despertaba cubierto

Librodot

de sudor frío, la casa a oscuras, la habitación en silencio absoluto.

Parado junto a la pista de baile, la veo venir hacia mí; viene con las velas desplegadas, la ancha y llena cara oscilando magníficamente sobre la larga columna del cuello. Veo a una mujer de dieciocho años quizás, o tal vez de treinta, con pelo negroazulado y ancha cara blanca, una cara llena en la que los ojos brillaban resplandecientes. Lleva un traje de chaqueta de terciopelo azul. Recuerdo vivamente ahora la plenitud de su cuerpo y que su pelo era fino y liso, peinado a raya, como el de un hombre. Recuerdo la sonrisa que me dirigió —inteligente, misteriosa, fugitiva—, una sonrisa que surgió de repente, como un soplo de viento.

Todo el ser estaba concentrado en la cara. Podría haber cogido la cabeza sola y habérmela llevado a casa; podría habérmela colocado al lado por la noche, en el almohadón, y haber hecho el amor con ella. Cuando la boca y los ojos se abrían, todo el ser resplandecía desde ellos. Había una iluminación que procedía de alguna fuente desconocida, de un centro oculto en lo profundo de la tierra. No podía pensar en otra cosa que en la cara, en el extraño carácter, como de matriz, de la sonrisa en su absorbente inmediatez. La sonrisa era tan dolorosamente rápida y fugitiva, que era como el destello de un cuchillo. Aquella sonrisa, aquella cara, se elevaban sobre un largo cuello blanco, el cuello firme, parecido al de un cisne, de la médium... y de los perdidos y los condenados.

Estoy parado en la esquina bajo las luces rojas, esperando a que baje. Son hacia las dos de la mañana y ella está preparándose para salir. Estoy en Broadway con una flor en el ojal y me siento absolutamente limpio y solo. Hemos pasado casi toda la noche hablando de Strindberg, de un personaje suyo llamado Henriette. He escuchado con tanta atención, que he entrado en trance. Era como si, con la primera frase, hubiéramos iniciado una carrera... en direcciones opuestas. ¡Henriette! Casi inmediatamente después de mencionar ese nombre, empezó a hablar de sí misma sin perder de vista del todo a Henriette en ningún momento. Henriette estaba unida a ella por una larga cuerda invisible que manejaba imperceptiblemente con un dedo, como el vendedor ambulante que se mantiene un poco apartado de la tela negra sobre la acera, indiferente aparentemente al pequeño mecanismo que está dando saltitos sobre la tela, pero que se traiciona con el movimiento espasmódico del dedo meñique al que lleva atado el hilo negro. Henriette soy yo, mi yo auténtico, parece decir. Quería que creyera que Henriette era realmente la encarnación del mal. Lo dijo con tanta naturalidad, con tanta inocencia, con un candor casi subhumano... ¿Cómo iba a creer que lo decía en serio? Lo único que podía hacer era sonreír, como para demostrarle que estaba convencido.

De repente, la siento llegar. Vuelvo la cabeza. Sí, ahí viene de frente, con las alas desplegadas y los ojos brillantes. Ahora veo por primera vez qué tipo tiene. Avanza como un ave, un ave humana envuelta en una gran piel suave. El motor va a todo vapor: siento ganas de gritar, de dar un bocinazo que haga aguzar el oído al mundo entero. ¡Qué manera de andar! No es una manera de andar, sino de deslizarse. Alta, majestuosa, llenita, dueña de sí misma, corta el humo y el jazz y el resplandor de la luz roja como la reina madre de todas las lúbricas putas de Babilonia. En la esquina de Broadway, justo enfrente del urinario, está sucediendo esto. Broadway: es su reino. Esto es Broadway, esto es Nueva York, esto es América. Ella es América a pie, alada y sexuada. Es el lubet, la abominación y la sublimación... con una

Librodot

pizca de ácido clorhídrico, nitroglicerina, láudano y ónice en polvo. Opulencia tiene, y magnificencia: es América, buena o mala, y el océano a cada lado. Por primera vez en mi vida el continente entero me acierta de lleno, me acierta entre los ojos. Esto es América, con búfalos o sin ellos. América la rueda de esmeril de la esperanza y la desilusión. Lo que quiera que hiciese a América la hizo a ella, hueso, sangre, músculo, globo del ojo, andares, ritmo, aplomo, confianza, descaro y tripas vacías. Está casi encima de mí, con la cara llena brillando como el calcio. La gran piel suave se le desliza del hombro. No lo nota. No parece importarle que se le caiga la ropa. Le importa tres cojones todo. Es América avanzando como la raya de un rayo hacia el almacén de cristal de la histeria de sangre roja, América, con piel o sin ella, con zapatos o sin ellos. América a cobro revertido. *¡Y largaos, cabrones, antes de que os peguemos un tiro!* Lo siento en las entrañas, estoy temblando. Algo viene hacia mí y no hay modo de esquivarlo. Viene ella de cabeza, por la ventana de cristal. Si por lo menos se detuviera por un segundo, si al menos me dejase ser un momento. Pero no, ni un momento me concede. Veloz, despiadada, arrogante, como el Destino mismo está sobre mí, una espada que me traspasa de parte a parte...

Me lleva de la mano, la aprieta. Camino a su lado sin miedo. Dentro de mí centellean las estrellas; dentro de mí, una gran bóveda azul donde hace un momento batían los motores furiosamente.

Se puede esperar toda una vida por un momento así. La mujer que esperabas conocer está ahora sentada enfrente de ti, y habla y tiene el mismo aspecto exactamente que la persona con quien soñabas. Pero lo más extraño de todo es que nunca antes te habías dado cuenta de que habías soñado con ella. Todo tu pasado es como haber estado durmiendo durante mucho tiempo y no lo habrías recordado, si no hubieras soñado. Y también el sueño podría haber quedado olvidado, si no hubiese habido memoria, pero el recuerdo está ahí, en la sangre, y la sangre es como un océano en que todo se ve arrastrado, salvo lo que es nuevo y más sustancial incluso que la vida: LA REALIDAD.

Estamos sentados en un pequeño compartimento del restaurante chino de la acera de enfrente. Por el rabillo del ojo capto el parpadeo de las letras iluminadas que suben y bajan en el cielo. Sigue hablando de Henriette, o quizá sea de sí misma de quien habla. Su gorrito negro, su bolso y la piel están junto a ella sobre una silla. Cada pocos minutos enciende un nuevo cigarrillo que arde mientras habla. No hay principio ni fin; sale a chorros de ella como una llama y consume todo lo que esté al alcance. No hay modo de saber cómo o dónde empezó. De repente, se encuentra en medio de un largo relato, uno nuevo, pero siempre es el mismo. Su charla es tan informe como un sueño: no hay surcos, ni paredes, ni salidas, ni paradas. Tengo la sensación de sumergirme en una profunda red de palabras, de gatear penosamente para volver a la boca de la red, de mirarle a los ojos e intentar encontrar en ellos algún reflejo del significado de sus palabras... pero no logro encontrar nada, nada excepto mi imagen tambaleándose en un pozo sin fondo. Aunque no habla de otra cosa que de sí misma, no consigo formarme la menor imagen de su ser. Se inclina hacia adelante, con los codos en la mesa, y sus palabras me inundan; ola tras ola rodando sobre mí y, sin embargo, nada se forma en mi interior, nada que pueda captar con la mente. Me está hablando de su padre, de la extraña vida que llevaron en el borde del Sharwood Forest, donde nació, o por lo menos

Librodot

estaba hablándome de eso, pero ahora es de Henriette otra vez de quien habla, ¿o es de Dostoyevski? —no estoy seguro—, pero el caso es que de repente comprendo que ya no está hablando de ninguna de esas cosas, sino de un hombre que la llevó a su casa una noche y, cuando estaban en el porche dándose las buenas noches, de pronto él se agachó y le levantó la falda. Se detiene un momento como para asegurarme que de eso es de lo que se propone hablar. La miro perplejo. No puedo imaginar por qué ruta hemos llegado a este punto. *¿Qué hombre?* ¿Qué le había estado diciendo él? Le dejo proseguir, pensando que volverá a referirse a eso, pero no, ha vuelto a dejarme atrás y ahora parece ser que el hombre, *ese* hombre, ya está muerto; un suicidio, y ella está intentando hacerme entender que fue un golpe terrible para ella, pero lo que en realidad parece dar a entender es que está orgullosa de haber conducido a un hombre hasta el suicidio. No puedo imaginar al hombre muerto; sólo puedo imaginarlo en el porche levantándole la falda, un hombre sin nombre, pero vivo y perpetuamente inmóvil en el acto de agacharse para alzarle la falda. Hay otro hombre, que era su padre, y lo veo con una fila de caballos de carreras, o a veces en una pequeña posada en las afueras de Viena; más que nada, lo veo en el techo de la posada haciendo volar cometas para pasar el tiempo. Y entre ese hombre que era su padre y el hombre del que estaba locamente enamorada no puedo hacer distinción. Es alguien en su vida de quien prefiero no hablar, pero aun así vuelve a referirse a él todo el tiempo, y, aunque no estoy seguro de que no fuera el hombre que le levantó la falda, tampoco estoy seguro de que no fuese el hombre que se suicidó. Quizá fuera el hombre del que empezó a hablar cuando nos sentamos a comer. Recuerdo ahora que, cuando nos sentamos, empezó a hablar bastante febrilmente de un hombre al que acababa de ver entrar en la cafetería. Incluso mencionó su nombre, pero lo olvidé al instante. Pero recuerdo que dijo haber vivido con él y que él había hecho algo que no le había gustado —no dijo qué—, así que lo había abandonado, lo había dejado sin más ni más, sin una palabra de explicación. Y entonces, justo cuando estábamos entrando en el restaurante chino, se habían encontrado cara a cara y ella estaba todavía temblando a consecuencia de ello, cuando nos sentamos en el pequeño compartimento... Por un largo momento siento el mayor desasosiego. ¡Quizá fueran mentiras todas las palabras que pronunciaba! No mentiras corrientes, no, algo peor, algo indescriptible. Sólo en ocasiones sale también la verdad así, sobre todo si piensas que no vas a volver a ver nunca a la persona con la que estás hablando. A veces puedes decir a un perfecto extraño lo que nunca te atreves a revelar a tu amigo más íntimo. Es como quedarse dormido en medio de una fiesta; te llegas a interesar tanto por ti mismo, que te quedas dormido. Cuando estás profundamente dormido, empiezas a hablar con alguien, alguien que ha estado contigo en la misma habitación todo el tiempo y, por tanto, entiende todo, aunque empieces en el medio de una frase. Y quizás esa otra persona se quede dormida también, o haya estado dormida siempre, y por eso es por lo que ha sido tan fácil encontrarla, y, si no dice nada que te perturbe, entonces sabes que lo que estás diciendo es real y cierto y que estás completamente despierto y no hay otra realidad que el hecho de estar durmiendo estando completamente despierto. Nunca en mi vida he estado tan completamente despierto y tan profundamente dormido al mismo tiempo. Si el ogro de mis sueños hubiera roto realmente los barrotes y me hubiese cogido de la mano, me habría muerto de miedo y, por

Librodot

consiguiente, ahora estaría muerto, es decir, dormido para siempre y, por tanto, siempre en libertad, y nada sería ya extraño ni incierto, aun cuando lo que ocurrió no hubiera sucedido. Lo que ocurrió debió de suceder hace mucho tiempo, por la noche indudablemente. Y lo que ahora está ocurriendo está sucediendo también hace tiempo, y no es más cierto que el sueño del ogro y los barrotes que no cedían, excepto que ahora los barrotes están rotos y aquella a la que temía me tiene cogido de la mano y no hay diferencia entre lo que temía y lo que es, porque estaba dormido y ahora estoy durmiendo completamente despierto y ya no hay nada que temer, ni que esperar, sino sólo esto que es y que no tiene fin.

Quiere irse. Irse... Otra vez su cadera, ese deslizarse escurridizo como cuando bajó del baile y se acercó a mí. Otra vez sus palabras: «De repente, sin razón alguna, se agachó y me levantó la falda.» Se está echando la piel en torno al cuello; el gorrito negro hace resaltar su cara como un camafeo. La cara redonda, llena, con mejillas eslavas. ¿Cómo pude soñar esto, sin haberlo visto nunca? ¿Cómo pude saber que se alzaría así, cerca y plena, con la cara blanca, llena y lozana como una magnolia? Tiemblo cuando la plenitud de su muslo me roza. Parece incluso un poco más alta que yo, aunque no lo es. Es por la forma como alza la barbilla. No nota por dónde camina. Camina sobre las cosas, sin mirar, con los ojos completamente abiertos y mirando al vacío. Sin pasado, sin futuro. Hasta el presente parece dudoso. El yo parece haberla abandonado, y el cuerpo se alza hacia adelante, con el cuello lleno y alto, blanco como la cera, lleno como la cara. Sigue hablando en esa voz baja y ronca. Sin principio, sin fin. No soy consciente ni del tiempo ni del paso del tiempo, sino sólo de la intemporalidad. Tiene la pequeña matriz de la garganta conectada con la gran matriz de la pelvis. El taxi está junto a la acera y todavía está mascando la paja cosmológica del yo exterior. Tomo el tubo acústico y conecto con el doble útero. ¡Hola, hola! ¿Estás ahí? ¡Vamos! Sigamos: taxis, barcos, trenes, lanchas con motor; playas, chinches, carreteras, desvíos, ruinas, reliquias; viejo mundo, nuevo mundo, muelle, espigón; el alto fórceps; el trapecio oscilante, la zanja, el delta, los caimanes, los cocodrilos, charla, charla; y más charla, después calles otra vez y más polvo en los ojos, más arcoiris, más aguaceros, más desayunos, más cremas, más lociones. Y cuando hayamos atravesado todas las calles y sólo quede el polvo de nuestros pies frenéticos, todavía quedará el recuerdo de tu ancha cara llena, tan blanca, y la gruesa boca con frescos labios entreabiertos, los dientes blancos como la tiza y todos ellos perfectos, y en ese recuerdo nada puede cambiar en modo alguno, porque esto, como tus dientes, es perfecto...

Es domingo, el primer domingo de mi nueva vida, y llevo el collar de perro que me ataste al cuello. Una nueva vida se extiende ante mí. Empieza con el día de descanso. Estoy tumbado de espaldas en una ancha hoja verde y miro el sol estallando en tu matriz. ¡Qué estruendo produce! Todo eso expresamente para mí, ¿eh? ¡Si por lo menos tuvieras un millón de soles dentro de ti! ¡Si al menos pudiese quedarme tumbado aquí para siempre disfrutando con los fuegos artificiales del cielo! Estoy suspendido sobre la superficie de la luna. El mundo está en un trance como de matriz: el yo interior y el exterior están en equilibrio. Me prometiste tanto, que, aunque nunca salga de esto, dará igual. Me parece que he estado 25 960 años dormido en la negra matriz del sexo. Me parece que quizá durmiera trescientos sesenta y cinco años de más. Pero, en cualquier caso, estoy

Librodot

ahora en la casa en que debo estar, entre los seises, y lo que queda detrás de mí está bien y lo que queda delante está bien. Vienes hasta mí disfrazada de Venus, pero eres Lilith, y lo sé. Mi vida entera está en la balanza; voy a disfrutar de este lujo por un día. Mañana inclinaré los platillos. Mañana el equilibrio habrá acabado; si lo vuelvo a encontrar alguna vez, será en la sangre y no en las estrellas. Está bien que me prometas tanto. Necesito que me prometan casi todo, porque he vivido en la sombra del sol por demasiado tiempo. Quiero luz y castidad... y un fuego solar en las entrañas. Quiero que me decepcionen y desilusionen para poder completar el triángulo superior y no estar continuamente volando del planeta al espacio. Creo todo lo que me dices, pero también sé que todo resultará de forma diferente. Te considero una estrella y una trampa, una piedra para inclinar la balanza, un juez con los ojos vendados, un agujero en el que caer, un sendero por el que caminar, una cruz y una flecha. Hasta ahora he viajado en sentido opuesto al del sol; en adelante, voy a viajar en dos direcciones, como sol y como luna. En adelante acepto dos sexos, dos hemisferios, dos cielos, dos seres de todo. En adelante tendré articulaciones dobles y sexo doble. Todo lo que ocurra sucederá dos veces. Seré como un visitante de esta tierra, participando de sus bendiciones y llevándome sus dones. No serviré ni seré servido. Buscaré el fin en mí mismo.

Vuelvo a sacar la cabeza para mirar el sol: mi primera mirada plena. Está rojo como la sangre y los hombres caminan por los tejados. Todo lo que hay por encima del horizonte está claro para mí. Es como el domingo de Pascua. La muerte está detrás de mí y el nacimiento también. Ahora a vivir entre las enfermedades de la vida. Voy a vivir la vida espiritual del pigmeo, la vida secreta del hombrecillo en la soledad del bosque. Lo exterior y lo interior han intercambiado sus lugares. El equilibrio ya no es la meta: hay que destruir los platillos. Déjame oírte prometer otra vez todos esos tesoros solares que llevas dentro de ti. Déjame intentar creer por un día, mientras permanezco al aire libre, que el sol trae buenas noticias. Déjame pudrirme en el esplendor mientras el sol estalla en tu matriz. Creo todas tus mentiras implícitamente. Te considero la personificación del mal, la destructora del alma, la maharaní de la noche. Clava tu matriz en mi pared para que pueda recordarte. Debemos irnos. Mañana, mañana...

Septiembre de 1938
Villa Seurat, París.

Librodot